



se



Lectulandia

Clochemerle Babilonia, una de las narraciones más divertidas y, a la vez, más profundamente humanas que se han escrito, si por profundidad humana entendemos exclusivamente un realismo vivo y auténtico, con el que se nos cuentan las aventuras y desventuras de unos seres, arrancados de la vida real y vistos a través del lente del más fino humor y juzgados con una sátira sin mala intención.

Igualando las cualidades de la primera novela y, en ciertos aspectos superándolas en cuanto a madurez literaria, nuestro autor, en *Clochemerle Babilonia*, ha sabido llevar al máximo su habilidad en la creación de situaciones cómicas, en su intención satírica y en la permanencia de una filosofía indulgente para, mientras nos divierte, hacer comprender y querer a sus personajes.

Así es como fácilmente nos damos cuenta de que, si el autor ha querido hacernos reír, también ha tenido el propósito de presentarse como un moralista terriblemente lúcido y penetrante.

Por la sabia ironía y equilibrado humor de esta obra, los más acreditados críticos han situado a su autor entre los mejores satíricos franceses desde Rabelais.

Lectulandia

Gabriel Chevallier

Clochemerle Babilonia

Clochemerle - 2

ePub r1.0

Titivillus 01.02.2017

Título original: *Clochemerle Babilonia*

Gabriel Chevallier, 1951

Traducción: Domingo Pruna

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Tenía en la mano una copa de oro, llena de las abominaciones y de las impurezas de su prostitución. Sobre su frente estaba escrito un nombre, un misterio: Babilonia la grande, madre de los impúdicos y de las abominaciones de la tierra.

(Apocalipsis)

A manera de prefacio

Es preciso abrir primero el libro y pesar cuidadosamente después lo que en él está enumerado.

Rabelais

Hijo mío, todo es físico en nosotros. Toda secreción hace bien al cuerpo, y todo lo que alivia a éste, alivia también al alma. Somos las máquinas de la Providencia.

Voltaire

Nuestro decano, el antiguo Esquilo, nos ha dicho que las tragedias no eran más que bagatelas pomposas.

Alfred de Vigny

Yo no suelo escribir para mi hermanita.

Jules Renard

Hay gentes que encuentran que nada va bien, que acusan al progreso de ser la causa de todo y dicen del Presente que no vale tanto como el Pasado. No saben nada de ello. Yo tampoco. Pero el descontento humano es cosa de todas las épocas, por lo cual puede concluirse que ese Pasado, en tiempos que era Presente, ha utilizado un lenguaje idéntico.

Courteline

Primera parte

Los tiempos nuevos

Vosotros confundís el ruido con la gloria.

(P.-L. Courier).

Capítulo I

Una muerte. Prodigios y canciones

El cura Ponosse había muerto.

Fue un acontecimiento que sumió al Clochemerle de 1933 en una asombrada tristeza, encogiendo todos los corazones. Incluso los baladrones derramaron su lagrimilla, recordando haber bebido y bromeado con el mejor y más buena persona de los curas que el Beaujolais hubiese conocido. Y es que aquel duelo amenazaba cambiar la faz del mismo Dios.

Clochemerle se avenía muy bien con aquel Dios rural, demócrata y socializante, indulgente con los empinadores y con los charlatanes de taberna, al igual que con los enamorados impacientes, que llevaban adelante sus empresas a cubierto de las frondas de Fond-Moussu, durante la vigorizadora estación primaveral. La prueba prenupcial era casi obligatoria entre chicas y chicos. Aquellas prácticas, totalmente instintivas, les desembarazaban muy pronto de sus complejos, encaminándoles hacia un eugenismo que descansaba sobre el buen acuerdo de los participantes. Los hijos del amor poseen por naturaleza un algo alegre, caluroso y emprendedor, que siempre faltará a los desgraciados que han nacido de abrazos fastidiosos y resignados. Así, los esponsales de los sotos, bajo el patrocinio de ruiseñores y mirlos, preparaban una nueva generación de adultos vigorosos y optimistas, concebidos bajo la ardiente luz del sol, entre el perfume de las flores, el cosquilleo de las hierbas y los arrobados suspiros de las atracciones mutuas. El sacramento del matrimonio llegaba después, como una especie de marchamo, para legitimar un estado de hecho y de pleno consentimiento.

El buen Dios de Clochemerle, Aquél de quien el tolerante Ponosse había sido apóstol, no encontraba nada en contra de ello. En su sabiduría, sabía muy bien que el tiempo de los amores ardorosos no se presta a la paciencia ni a las frigdeces de la razón. Toda vida se inicia por crepitaciones de chispas bajo párpados cerrados y por síncope lánquidos del deseo, de los cuales renacen las pacientes en los dulces estremecimientos de su carne. Cuanto más en contacto están los amantes con la tierra, cuanto más se aproximan al reino animal, más ceden sin cumplidos al encantador abandono de las viejas génesis.

Y por lo demás, importaba sobre todo que Clochemerle, asentado sobre su

montaña batida por los vientos, en el aborregamiento de esmeralda de sus viñedos, constituyese un sólido bloque, donde la armoniosa repartición de los sexos, su buen entendimiento y su satisfacción asegurasen la perpetuación de las familias y la transmisión de las herencias. Sin duda aquel reparto de principio no impedía por completo las codicias secretas, ni los arrepentimientos, ni las imaginaciones delirantes, porque es inevitable que los espíritus se mantengan ocupados. Mas cuando la mayoría se hallaba provista, sea de una buena mujer, sea de un excelente esposo, elegidos libremente, un nuevo reparto se hubiese visto con muy malos ojos.

Y cuando los humores se tornaban avinagrados, cuando la monotonía se manifestaba pesada, cuando la incompatibilidad o la ineptitud se hacían sentir en demasía, se producía, de un modo natural, un pequeño acomodo. Una complacencia entre vecina y vecino no cobraba proporciones de catástrofe, con tal de que dejase las cosas en su sitio, es decir, los hijos con su madre y las verdeantes hectáreas en manos de su propietario. Mejor era soportar alguno que otro incidente en el desarrollo de las relaciones íntimas, aceptándolo con filosofía, que las tiranteces, las disputas, incluso los odios, que nacen fatalmente de las discusiones de intereses. Más valía compartir un poco los cuerpos que dismantelar el catastro. El furor de la posesión carnal se atenúa muy de prisa, en tanto que la pasión de poseer tierras no abandona jamás el corazón del hombre. Y es porque la tierra tiene algo de inmutable, de eterno, y porque basta disponer de una parcela propia, que os comunique los fluidos subyacentes de la creación, para sentir la ilusión de entrar a formar parte de la perennidad del mundo.

Existían, pues, cornudos en Clochemerle, como en cualquier otro lugar, pero en una proporción muy razonable y con objeto más bien de consolidar el orden, por consentimiento tácito y clarividente cordura. Cada cual comprendía que hacían falta exutorios a ciertos exaltados, cuya inclinación obsesiva hacia el amor podría conducirles a los peores excesos. Era preferible verles aplacarse a costa de ligeras concesiones (se mostraban muy liberales sobre todo cuando era la mujer del vecino o el marido de la vecina quien pagaba el pato), que correr el riesgo de que pasasen el pueblo a sangre y fuego.

Sobre esas confusiones y mezclas extraconyugales, el buen Dios del tolerante Ponosse cerraba igualmente los ojos. Nunca dejaba de tener en cuenta que las pasiones humanas son de corta duración y que los fascinantes objetos que las inspiran, tras una breve plenitud florida, no resisten los efectos destructores de una veintena de años. Como decía el viejo Tuvelat, ascendido a filósofo a causa de su edad avanzada:

—No creo que su buen Dios quisiera condenar un alma por una historia de nalgas. Sería dar a las nalgas más importancia que al alma.

Escala que, evidentemente, estaba fuera de proporción. Nadie ignora que aquéllas, una vez cumplida su tarea incitadora, regresan a la soledad, en espera de desaparecer para siempre. En tanto que la otra sobrevive para tomar parte en las festividades del más allá.

Pero el cura Ponosse había muerto. Y, con él, había desaparecido un Dios bastante jovial, conciliador, comprensivo ante las bromas, un Dios rústico, campechano, con el cual de buena gana se hubiera trincado y jugado a los bolos en el Paraíso. Y quien, estrictamente entre hombres, hubiera sin duda tolerado que se hablase de mujeres con concupiscencia y jactancia, como es habitual hacerlo. Esas pretendidas hazañas de después de beber reemplazan a menudo la consumación del pecado. Si tantas mujeres de las que se habla fuesen acogedoras, el mundo estaría sumido en la obscenidad hasta el cuello y se convertiría en un inmenso lupanar. Es bien sabido que no son así las cosas, que muchas mujeres son tan avaras de su persona como de su dinero. Estos dos géneros de avaricia corren parejas, por lo general.

La tierra es el reino de los cuerpos, como el cielo será más tarde el de los puros espíritus. No se puede pedir aquí abajo el ejercicio constante de una espiritualidad que turban las obsesionantes servidumbres carnales. El drama del hombre consiste precisamente en estar compuesto por dos elementos antagónicos, uno puramente fluido, el otro, pesado como el plomo. En vano el alma bate las alas ansiosa de emprender su vuelo, pobre ave de las grandes altitudes, que no puede arrancar del suelo la pesada materia, sometida a las leyes de la gravedad que la retienen en tierra. Por tanto, es preciso contemporizar entre el cielo y la tierra, entre la carne y el espíritu. La dosificación armoniosa de este compromiso constituye el arte de vivir. Desgraciadamente, pocos seres son artistas, en cualquier terreno que sea. El cura Ponosse lo había comprendido así, por haber experimentado en sí mismo que los ímpetus del alma terminaban a menudo en penosos aterrizajes.

Pero había muerto. La desaparición de su bondadoso ministro, al que estaba habituado por una larga convivencia, amenazaba cambiar en Clochemerle la forma del gobierno de Dios.

La muerte del cura Ponosse ocurrió en el mes de la vendimia, mientras su amado Clochemerle estaba impregnado por el olor dulzón del mosto, en la gloria de un septiembre dorado, resplandeciente y cálido. El viejo sacerdote murió en la apoteosis de un gran año, famoso por el vino, uno de esos años cuyo espíritu perfumado manará más tarde de las botellas para alegrar el corazón de los hombres, celebrar las abundancias de la tierra, el recuerdo de los días felices y de los veranos perfectos.

Fue seguramente un favor de la benévola Providencia quien decretó que el viejo sacerdote muriese aquel año. Mucho tiempo después, los clochemerlinos pudieron decir, al hablar de la bebida más exquisita que sus viñas hubiesen producido en treinta años: «Es el vino del año Ponosse». Se acabó incluso por denominarlo, cuando se tornó escaso y venerable, «el vino Ponosse». Hermosa recompensa postuma para un viejo cura del Beaujolais que había sostenido, en vida, que el cultivo de la viña y los cuidados proporcionados al vino de calidad era una de las más grandes tareas que un hombre pudiese desempeñar en este mundo, que había creído que sus feligreses no

tenían la conciencia malvada ni condenable, puesto que el leal trabajo que consiste, sin medir la fatiga y el sudor propios, en producir buen vino, auxiliador, reconfortante y festivo, debe contentar a Dios. La probidad del vino no puede existir sin el acompañamiento de la probidad en el corazón del viñador. Y Dios sabía, en su conocimiento de todas las cosas, cuál era la absoluta probidad del vino de Clochemerle.

Aquel hermoso día de septiembre, que había de ser el último de su vida, el cura Ponosse quiso dar un paseo matutino por el burgo, al que seguían afluyendo los cuévanos, desbordantes de racimos jugosos. Tocado con un viejo birrete, remontó la calle mayor a pasitos, apoyándose en su bastón. Saludaba a los clochemerlinos y los clochemerlinos le saludaban a su vez.

—¿Cómo van las cosas, señor cura?

—Van como quiere el buen Dios —respondía él, con su voz debilitada por la edad—. Y vosotros, mis buenos amigos, ¿estáis contentos?

—Muy contentos, señor cura. El vino alcanzará muchos grados con este hermoso mes de agosto que hemos tenido.

—¿Y abundante, amigos míos?

—Pues..., tal vez menos que el año pasado, señor cura. Pero en cuanto a calidad, no tiene punto de comparación. Y en esto lo que cuenta es la calidad, ¿no es verdad? Tendrá que venir a catarlo, señor cura.

—Lo intentaré, amigos míos, lo intentaré. Pero tengo el estómago encogido. El vino no me entra ya como antes.

—El vino de este año le pondrá el gáznate como un embudo, ya verá.

—Y ya no tengo muchas fuerzas...

—No lo crea, señor cura. Está usted sólido como el san Roque de piedra de la iglesia. El vino nuevo es aún mejor para la salud que el agua bendita, sea dicho sin ofenderle a usted.

—¡Hacen falta las dos cosas para un cristiano! Y con el agua bendita acabaréis todos, amigos míos.

—Es muy posible. Pero, de todos modos, ¡no deseamos mucha agua en nuestro vino!

Y los clochemerlinos se reían. Y el viejo Ponosse se reía con ellos. Aquellas pullas eran el tributo de la amistad y de la confianza. Hacía tanto tiempo que se conocían que sus relaciones estaban fundamentadas sobre una tolerancia mutua, fruto de la estima y de un largo y frecuente trato.

El viejo sacerdote pensaba que aquellos alegres despreocupados, algo paganos, pero sin maldad, eran capaces de caminar a su manera por las vías del Señor. Los príncipes de la Iglesia han dictado leyes para reglamentar la religión en la tierra, igual que los gobiernos dictan leyes para hacer reinar en cierta medida la justicia y el orden. Sin embargo, todo lo que es confiado a los hombres, aunque fuere en delegación de la potencia divina, se queda siempre un poco cojo y dificultosamente

adaptable. Del mismo modo que resulta conveniente que la aplicación de la ley terrenal descansa en manos de bonachones policías, así también la ley de Dios, creada para acudir al encuentro de la pena y la miseria de los hombres, no debe extraer fuerza y prestigio sino de la indulgencia, la caridad y una dulce bondad. Los ritos son el signo exterior de la religión y, sin duda, son accesorios para impresionar a las almas sencillas. Pero aquellos que hacen demasiada ostentación tras los ritos y se arman con ellos para juzgar severamente a su prójimo, ¿son siempre los mejores? El cura Ponosse había observado en el confesonario que existen, atrincherados en la religión, corazones secos y almas envidiosas, arpías que se nutren de odio, hipócritas que buscan la sombra de Dios para meditar bajo ella sus malos designios y hacerlos triunfar.

Por todo ello, el viejo Ponosse no estaba lejos de creer que, al lado de la religión oficial que él servía en la medida de sus fuerzas, existía otra religión, muy íntima, florecida en el secreto de ciertas almas tiernas que abren sobre el mundo una pequeña lumbreira de pureza y de amor.

Indudablemente, aquella teoría no figuraba entre las que hubiese convenido exponer al arzobispo, quien hubiera podido ver en la misma el germen de una herejía y que, por lo demás, no gustaba de que sus curas de aldea tuviesen tan avanzados pensamientos. Hace falta mantener una firme jerarquía dentro de la Iglesia y es preciso desconfiar de los subalternos que manifiestan una excesiva inclinación a convertirse en santos varones. No sería menos inquietante para un obispo ver a sus sacerdotes dedicarse de lleno a la imitación de Cristo que para un general descubrir que sus cabos se inspiran directamente en la vida de Napoleón. La virtud, el mérito y el talento deben ser contenidos dentro de límites decorosos, conforme a las reglas establecidas.

Pero el cura Ponosse tenía demasiada humildad para proponerse innovar o reformar, para oponerse a los concilios y las armazones de la creencia. Las ideas que acudían a su mente, al final de su largo ministerio, eran más bien meditaciones acerca de la condición humana. Se guardaba mucho de sacar de ellas conclusiones sistemáticas, por parecerle el espíritu del sistema la cosa más funesta del mundo. No creía, sin embargo, que el hecho de considerar posible la gracia de una buena muerte para aquellos clochemerlins no practicantes resultase detestable ante los ojos de Dios. ¿Acaso no significaba extender piadosamente el campo de la mansedumbre divina? ¿Se conoce, quizás, en qué normas se fundará el Todopoderoso para escoger a los elegidos que han de sentarse a su diestra? ¿No es vana pretensión anunciar, basados en el juicio de los hombres, cómo zanjará en su justicia el destino de cada cual? Las acciones visibles de una vida no revelan las profundas cualidades de la misma. El viejo sacerdote extendía, pues, su amistad a todos los clochemerlins, hombres y mujeres, sin distinción alguna. Y los clochemerlins se la devolvían en afecto y hacían callar en favor suyo todo conflicto de opinión.

Por ejemplo, tres años antes, el consejo municipal, que se consideraba a sí mismo

de izquierdas, había votado sin vacilar los créditos necesarios para la restauración del presbiterio. Y el senador Piéchut, elegido por los partidarios del librepensamiento y probablemente afiliado a las logias, no olvidaba enviar cada año a la rectoría una barrica de su mejor vino y algunos litros de aguardiente. Babette Manapoux, la reina de las comadres, solía comentar, soltando su risa atronadora, que resonaba bajo la ligera techumbre del lavadero:

—Es de la clase de los santos varones el cura ese. Y su buen Dios es incapaz de hacerle daño a una mosca. Os aseguro que ni uno solo de los clochemerlinos irá al infierno.

Y el resto de las lavanderas asentía, mientras formaban sobre el agua corriente grandes vejigas con la ropa dispuesta para aclarar.

El cura Ponosse había llegado a la plaza Mayor de Clochemerle, donde acudía con frecuencia para leer su breviario, y los domingos, entre las vísperas y el oficio vespertino, para jugar su partida de bolos, buen sistema para hacer resultar simpático en la opinión de los clochemerlinos a un modesto representante de Dios, que, teniendo buena puntería, no fallaba una sola tirada.

La plaza era fresca, bajo la tupida bóveda de sombra que formaban los follajes de los castaños y del gran tilo central. En aquella espesura, cantaban los pájaros, como chiquillos gritando todos a la vez en el patio de la escuela a la hora del recreo. Desde el borde de la terraza donde fue a sentarse, el viejo cura contempló, a través de un boquete entre los montes cubiertos de viñedos, la llanura del Saône, semejante a un gran lago resplandeciente. Aquí y allá, sobre aquel inmenso charco espejeante, se descubría, como una pequeña vela en el mar, la mancha frágil y brillante de un campanario. En segundo término, donde la atmósfera no era ya sino un polvo impalpable, se extendía una línea de montañas dentadas, los Alpes. Un ligero chirriar en el aire, recorrido de cuando en cuando por frescas ráfagas, anunciaba una hermosa jornada, cálida a pedir de boca para la vendimia.

Era aquél un rinconcito de la inmensidad del mundo, que hubiérase dicho amasado con los azules de todas las flores, acianos, nomeolvides, hortensias, sobre los que contrastaban, en pinceladas de geranio pálido, los tejados de las granjas y las aldeas. En aquel cabrilleo de perspectivas vaporosas, hileras de chopos formaban pequeñas barreras estremecidas, que engarzaban el verde aterciopelado de los prados. El Saône se distinguía apenas, gracias a algunos reflejos relucientes en dos o tres puntos de sus blandas curvas. Podía verse también el arco de un puente, pero aquel puente resultaba tan pequeño, tan infantil, que semejaba construido sobre minúsculas cerillas. De aquel espectáculo se elevaba un estremecimiento de vida y de belleza, estremecimiento que no siempre los corazones son aptos para sentir, pero que les penetra de dulzura y de paz cuando saben volverse hacia la Naturaleza.

En aquel pequeño rincón del universo, que tenía sus instantes de fantasmagoría y

de grandeza, el cura Ponosse había trabajado durante largos años para cumplir lo mejor que pudo, bajo la sotana, su misión de hombre. Había tratado de ser un verdadero hermano para sus conciudadanos. Los había bautizado, casado, confesado, enterrado, sin prejuzgar jamás el porvenir terrenal y celestial de las criaturas. En verdad, el misterio del hombre excedía a sus capacidades y le dejaba siempre lleno de sorpresa. Si hubiese sido soberanamente poderoso, a la manera de su Maestro, habría hecho bajar del cielo una inmensa escala de Jacob, gritando a todos los humanos, vivos y muertos, puros e impuros; «¡Vamos! ¡Venid! Cambiaremos todo esto. Haré de todos vosotros unos bienaventurados, en el deslumbramiento de mi poder y las fiestas de mi eternidad». Pero debía creerse que ésta era una idea por completo humana, puesto que Dios no la había tenido, y el viejo sacerdote no pretendía meterse en las cosas divinas sino dentro de su pequeña escala de cura rural.

No obstante, persistía en creer al hombre más necio que malo, que el pecado original había sido en verdad su primera necedad, y que todo provenía de ahí, el mal, el odio y los desórdenes, porque el hombre entiende su interés de una manera tan estúpida que hace todo lo posible por enturbiar sus propios asuntos. Aquella monstruosa e ingobernable necedad era también un misterio, el gran misterio fundamental del confusionismo terrestre. ¡Y era preciso aguardar a encontrarse en el cementerio para ver un poco claro en semejante caos!

—Buenos días, señor cura. ¿Cómo va esa salud?

—Todo lo bien que puede ir la de un anciano que ya no está en la tierra más que por aplazamiento. ¿Y la suya, señor Tafardel?

—Todo lo bien que puede ir la de un viejo profesor que ya ni siquiera sirve para dar clase. «*Aeternum, vale*, Tafardel», me gritaron los chicos. Han cambiado de maestro.

Allí estaban en el resplandeciente declinar del verano, el viejo profesor y el anciano cura de Clochemerle, uno jubilado y el otro próximo a la tumba, fatigados ambos por el largo pasado de servicios en los que pusieron su fe y su devoción. Cuarenta y cinco años de pedagogía convencida habían dejado a Tafardel tan recto y seco como la palmeta con la que tanto había golpeado su pupitre de maestro, conservándole la rigidez de los principios sobre los cuales había guiado su vida militante. Anunciaba siempre la emancipación del hombre por el hombre y su acceso a una dignidad más alta, cuyos recursos sabría hallar en sí mismo. Lleno de abnegación, llevaba las escrituras del municipio con una aplicación sin límites, ya que era el único capaz de desentrañar aquel galimatías de decretos y cien mil extravagancias burocráticas peculiar del estado francés. La gente acudía siempre a él para pedirle que redactase sus súplicas y reclamaciones.

Las circunstancias habían opuesto antaño al cura y el maestro, con una violencia que ahora les llenaba de extrañeza. El tiempo de las luchas había pasado. No

quedaban presentes ahora más que dos hombres envejecidos, que habían aprendido a estimarse.

—Entonces —dijo el cura—, ¿no piensa usted abandonar nunca Clochemerle, señor Tafardel?

—¿Y dónde podría ir, señor cura? Estoy solo en la vida y he enseñado a leer a todos los clochemerlinos que no han rebasado la cincuentena. Aquí es donde está mi familia. A menos —añadió con ironía—, que juzgue usted que nuestra verdadera familia no es de este mundo, como dijo el ciudadano Jesús.

Tafardel ponía siempre un especial empeño en demostrar que su amistad con un sacerdote no entrañaba la menor concesión. El cura Ponosse conocía bien aquel pequeño capricho del maestro. Por ello, respondió sin conmoverse:

—Mi familia está en todas partes donde estén mis semejantes y mis hermanos. Pero mi familia de predilección está aquí, en nuestro querido Clochemerle. ¡Dios mío! Todavía me veo, un joven sacerdote, llegado a este pueblo...

—Y yo —suspiró Tafardel—, un joven maestro. Vine a Clochemerle cuatro años después que usted, señor cura.

—Es muy posible, señor Tafardel... Recuerdo que, en la época de mi llegada, la señora baronesa estaba en todo su esplendor de gran dama. ¡Verdaderamente soberbia!

—Teníamos un diputado conservador.

—Mi pobre iglesia estaba muy necesitada de reparaciones.

—Mi escuela era totalmente insalubre. El inspector no pasaba nunca por el pueblo.

—Clochemerle tenía mala fama en el arzobispado.

—Había demasiados analfabetos en la región.

—¡Ea! Hicimos todo lo que pudimos, señor maestro. El Señor nos lo tendrá en cuenta.

—Hable por usted, señor cura. Yo no espero recompensa más que de los hombres.

—Lo sé, señor Tafardel. ¡Eso prueba que tiene usted mucho más valor que yo!

—He hecho del hombre mi religión y del deber laico mi regla.

—Eso no impedirá que Dios le tenga en cuenta la suma de sus obras, juzgadas por sus buenas intenciones.

—¿No piensa usted, entonces, que en vuestro paraíso no caben más que los cristianos pertenecientes a la Iglesia?

—Se lo confieso entre nosotros, señor Tafardel, yo opino que Dios tiene ideas muy amplias y que siente predilección, en resumidas cuentas, por las gentes honradas. La Misa es una cosa sublime, pero no es el todo.

—Dígame, señor cura, ¿es que acaso enseña usted desde el púlpito cosas semejantes?

—En el púlpito —respondió quedamente el cura Ponosse—, no puedo apartarme del dogma, señor Tafardel. Como tampoco podría apartarse usted de los manuales

aprobados por su inspector. Atribuyo a Dios unas intenciones de generosidad que creo tiene en realidad. Pero eso podría desagradar a mis feligreses asiduos y demasiado rigoristas. Ya sabe usted cómo son los militantes, más papistas que el Papa, con mucha frecuencia.

Ernest Tafardel se tiraba pensativamente de los pelos grises del bigote lacio, y su índice, con gesto maquinal, rozaba los cartílagos de su nariz poderosa y ligeramente torcida. Se ajustó los lentes sobre ella, y dilató sus ojos soñadores detrás de los cristales.

—Señor cura —dijo solemnemente—, he podido enfrentarme a usted, como sacerdote, en nombre de cierto ideal al que estimo la Iglesia pone trabas. Pero jamás he ido en su contra como hombre.

—Señor maestro —respondió Ponosse—, siempre he comprendido que ardía en usted la llama de un apóstol. Y toda fe sincera merece ser bien enjuiciada.

—He luchado —adujo Tafardel— porque no se impusiera a la infancia un Dios obligatorio y que adopta posiciones políticas estrechas. Un Dios de opresión, que protege los abusos y los privilegios escandalosos.

—Ponen a Dios en todas las salsas, sin preguntarle su opinión. En cuanto a mí, he servido a un Dios que me parece necesario y que no le busca camorra a nadie. Un Dios enemigo de la ofensa y que prefiere a todo la sinceridad del corazón.

—¡Dios vale tanto como sus sacerdotes, señor cura! Si todos hubiesen sido como usted...

—¡La enseñanza vale tanto como sus maestros, señor Tafardel! Si todos los profesores se le pareciesen...

—Tenga en cuenta, señor cura, que no soy, en absoluto, enemigo de una religión liberal, que rehuyese las usurpaciones. Probablemente, hay gentes que tienen necesidad de una religión para vivir.

—Así pienso sinceramente, señor Tafardel. Raros son los seres que saben darse a sí mismos principios suficientes. No niego, sin embargo, que existen algunos y que éstos tengan a veces un mérito superior en conducirse bien. Pero el gran peligro que les amenaza es el orgullo.

—La abominación que acecha a muchos de sus adeptos es la hipocresía. Se alinean en el partido de los justos al menor costo posible. Comprometen a su Dios y le hacen odioso.

—¡Ay! —suspiró el cura Ponosse—. Me veo obligado a tomar a mis cristianos tal como se me presentan. ¿Está usted siempre satisfecho de sus alumnos?

—Bueno... evidentemente —dudó el viejo maestro de escuela—, la manera como entienden la *libertad* y la *fraternidad* es a veces sorprendente.

—Es como la caridad de los míos. Deja a menudo que desear.

—Señor cura —declaró de pronto Tafardel—, hace treinta años que hubiéramos debido sostener esta conversación.

—Sin duda, señor Tafardel, pero, en aquel entonces, ¿habría sido posible? Los

fanatismos rebullían todavía en nosotros. Los que nos seguían, a usted y a mí acaso nos hubiesen acusado de traición. Los jefes no gozan jamás de entera libertad. Sus decisiones responden a imperativos que no les permiten escoger.

—Señor cura —afirmó gravemente Tafardel—, jamás he tratado de hacer componendas con mi conciencia.

—Estoy convencido de ello, señor Tafardel. Pero la conciencia es una ergotista sutil. Se lo digo por haber observado muy a fondo la mía.

—Señor cura —prosiguió Tafardel—, en el seno de la religión, y apoyándose en ella, podía usted haberse dejado seducir por la molicie. Yo no podía hacerlo dentro de mi laicismo. Prescindir de la religión, sin cesar por ello de creer en el deber hacia los semejantes, es una religión exigente.

—Convengo en ello gustosamente —aseguró el buen Ponosse—, aunque eso me habría asustado mucho en aquel tiempo. La noción de la existencia de Dios me ha proporcionado un gran reposo. Me pregunto, señor Tafardel, si no estaría en usted el verdadero espíritu religioso.

—Y en usted, señor cura, el verdadero espíritu liberal.

—No es mérito mío, sino un efecto de mi indulgencia natural, que ha podido ser considerado como una falta de combatividad por mi parte. Ciertos católicos me han reprochado esta debilidad. No obstante, jamás me he imaginado ejerciendo otro oficio que el mío, ni practicándolo de un modo distinto. ¿Y usted?

—Sin duda —confirmó Tafardel—. Si tuviese que empezar de nuevo, volvería a escoger el ser maestro de escuela. Formar espíritus jóvenes...

—Cuidar almas muy sencillas... —murmuró Ponosse.

Aquella conversación terminó a la puerta del presbiterio, adonde habían regresado lentamente, regulando sus pasos el maestro de acuerdo con el andar vacilante del anciano sacerdote. Iban a separarse. Con gesto amplio, Tafardel se despojó de su panamá y permaneció descubierta.

—Señor cura —afirmó—, sin retractarme un ápice de mis convicciones, me inclino ante usted y saludo la generosidad de su corazón.

El cura Ponosse se quitó el birrete.

—Señor Tafardel —dijo—, me inclino ante la rectitud de su carácter y su dedicación a la causa de los hombres.

Tendió su mano al maestro, quien la estrechó.

—¿Entra usted un instante? —preguntó, mientras abría la puerta de su morada.

—Otra vez será —respondió Tafardel—. Pero le prometo venir a visitarle muy pronto.

El cura Ponosse no sentía el menor apetito. Almorzó ligeramente, con una pequeña tortilla y compota de frutas. Bebió no más de un sorbo de cierto «Clochemerle añejo», que emanaba un delicado perfume y del que poseía una

pequeña reserva, destinada a su régimen. Era el único vino que su estómago podía soportar. Le comunicaba un poco de fortaleza.

En el comedor, una pieza húmeda situada en la planta baja, se sintió friolento en el momento de la digestión. Bajó a su jardín y dio algunos paseos a lo largo de los bancales, exponiendo sus omóplatos al calor del sol. Los rayos eran tan vivos que le quemaban la nuca. Se puso debajo del birrete un pañuelo a cuadros, cuyos picos dejó pender sobre su espalda. Un extraño entumecimiento le invadía. No era pesado ni abrumador, sino más bien como un desprendimiento, una renunciación, que le comunicaba una debilidad un poco lastimera y henchida de dulzura. En un rincón del jardín, había un gran sillón de mimbre, guarnecido de cojines y colocado a la sombra de un parasol de lona naranja, firmemente plantado en el centro de una mesa de hierro. Fue a sentarse en el sillón y dejó relajarse su cuerpo.

Allí le llevó Honorine más tarde su café y una botella de aguardiente añejo, que tenía más de veinticinco años de edad, un presente de la piedad. Solía tomar tan sólo una lágrima de él sobre un terrón de azúcar, para activar la secreción del jugo gástrico (método aconsejado por el doctor Mouraille). Le trajo su pipa, su petaca y su breviario.

—Ya está usted instalado —dijo, arisca, la sirvienta—. Procure quedarse un poco quieto y descansar. Hoy no hay moribundos. Las gentes se abstienen de enfermar a causa de la vendimia, porque no hay tiempo en estos días de ocuparse de ellas.

—Está bien, Honorine —dijo dócilmente el cura Ponosse, que temía a su vieja sirvienta.

—Corretear por ahí como lo hace usted no tiene ningún sentido a su edad. El obispo debería enviarle un joven vicario para las labores más pesadas. Contésteme, ¿acaso no debería hacerlo?

—Jamás me atrevería a pedirle semejante cosa.

—¿Que no se atreve usted, santo varón? ¿Es que prefiere morir?

—Moriré al servicio del buen Dios, mi vieja Honorine.

—¡El buen Dios! ¡El buen Dios! Él no le ha mandado ser un imbécil. No ganará nada su buen Dios, ni la religión con Él, cuando usted se haya muerto. ¿Y a quién pondrán para sustituirle? ¿No pretenderá que me convierta en la criada de un curita rubicundo, siempre tocado con su boina, obligando a los niños a hacer no sé qué clase de gimnasias, mientras sopla sin cesar en un silbato? Estoy casi impedida. ¿Es que no tenemos derecho a que nos paguen un retiro, cuando se ve cómo nos hemos vuelto los dos? Mire, estoy pensando que su religión es más cicatera que los mismos sin Dios. Por lo menos, ellos dan pensiones a sus viejos servidores.

—Nosotros tendremos mejor parte en el cielo.

—Cuando veo lo tonta que he sido en la tierra, me entra miedo de volver a dejarme tomar el pelo en el cielo. Y lo mismo le pasará a usted, pobre hombre. Verá los buenos sitios pasar ante sus narices. ¡Si piensa que esos grandes canónigos, tan astutos, de Lyon, no sabrán deslizarse delante de usted...!

—¿Qué importa, Honorine? Un pequeño sitio nos bastará.

—Confórmese para usted. Pero yo estoy cansada de los pequeños sitios. No quiero seguir siendo toda la eternidad la vieja Honorine de las cacerolas. Estoy harta de no ser más que eso. Y de Clochemerle también estoy harta.

—Vamos, vamos, Honorine —la tranquilizó el cura. Y aludiendo a una flaqueza de la sirvienta añadió—: ¿Acaso el vino no es bueno aquí?

—Claro —dijo Honorine—. ¡Pero si no fuera por eso! Hubiera cambiado de buen Dios.

—¿Cambiado de buen Dios, Honorine?

—¡Oh! No son buenos dioses lo que faltan. Y los hay que prometen todavía más que el suyo. ¡Cielos llenos de festines, con orquestas y huríes que bailan *La danza de los siete velos*!

—Pero, Honorine... ¿No pensará usted en renacer hurí y consagrar toda su eternidad a danzas lascivas?

—Siempre sería más alegre que lavar los platos. Yo también sabré levantar la pierna. Me han fallado las cosas en la tierra, pero cuento mucho con resarcirme en el cielo.

—El espíritu de rebeldía —suspiró tristemente el cura Ponosse— es el espíritu mismo de Satanás. Me apena usted, Honorine.

—Su Satanás no me causa el menor miedo. Esas que hacen locuras con su cuerpo, lo tienen todo: vestidos, casas hermosas, buena vida y automóviles. Los hombres aguzan las miradas sobre ellas y enferman imaginándolas en ciertas posturas.

—¡Ciertas posturas! Honorine, eso es abominable.

—Está bien —zanjó Honorine—. Quédese tranquilo y no deje enfriar su café. Y después descabece un buen sueño. Cuando los clochemerlinos están al lado de sus cubas, no tienen necesidad de sacerdotes. Voy a probar el vino dulce en casa de la Adèle. Si me necesita usted, no tiene más que tocar la campanilla.

El cura Ponosse cerró los ojos. Una somnolencia se apoderaba de él, privándole del menor deseo, de la menor gana de hacer gesto alguno. Su pensamiento partió a la deriva. Bajo el velo rosa de sus párpados, adivinaba en torno suyo el sosegado jardín, rodeado de tapias, con la gran magnolia de inmóvil follaje, el abeto y el carpe, los laureles rosas, los macizos de boj, las hortensias y los lirios con los que se adornaba la capilla de la Virgen. En el silencio crepitante de calor, zumbaban los insectos. Un pájaro encaramado en lo alto dejó oír su trino malicioso y echó a volar. El aire portaba un perfume de melocotones, de uvas y de peras duquesa, al que se mezclaba un olor a crema almendrada y a *brioche* caliente que procedía de la casa del pastelero. Ponosse se encontraba bien en aquella debilidad relajada, rodeado de una paz profunda y familiar. Era precisamente el género de reposo que deseaba su cuerpo consumido. Apenas sentía aquel viejo cuerpo, calentado por el sol, en tanto que su espíritu flotaba en una bruma azulada, pareja a las brumas de las resplandecientes mañanas de su juventud, en el fondo de la cual resonaba, deliciosamente lejana, una

coral de ángeles, asomados sonriendo a la tierra, sonriendo a un viejo cura rural, amodorrado bajo un parasol naranja, y que perdía poco a poco conciencia de la vecindad de los hombres.

Se oyeron voces detrás de la pared del callejón sin salida. Una de ellas pronunció la palabra Clochemerle.

—Clochemerle —murmuró el cura Ponosse—, mi querido Clochemerle...

Su cabeza se inclinó profundamente sobre el pecho, su boca entreabierta dejó escapar la pipa y su birrete rodó sobre la gravilla clara del jardín. En algún lugar, un perro prorrumpió en un largo y fúnebre aullido. Pero la tarde prosiguió su curso resplandeciente, el reloj de la iglesia dio los cuartos, las medias y las horas, y el aire continuó acarreado el rumor de la vida y los vapores de la uva pisada.

—¿Está usted todavía ahí, monseñor cura? Haga el favor de meterse inmediatamente en casa. Va a ponerse malo con este fresco que cae. ¿Está usted ahí, señor cura, está usted ahí?

El sol declinaba por detrás de los montes de Azergues, no alumbrando ya más que las cuestas de las altas vertientes y el gallo de la iglesia, en la cima del campanario. La ola de sombra avanzaba, inundando el viñedo y sumergiéndolo en el semitono del atardecer, en el que los verdes se reavivaban, como grandes lienzos pintados por la Naturaleza. El vapor acuoso de septiembre subía de las hondonadas. De montaña a montaña, se repetían los Angelus, con toques espaciados que estallaban como vilanos. En aquella quietud, donde los perfumes se hacían más penetrantes, uniendo el sabor amargo de los bojés al olor azucarado de los lirios, el silencio que reinaba en el jardín del presbiterio tenía algo de extraño, de vagamente opresivo.

—¿Está usted ahí, señor cura? ¡Contésteme de una vez, caray!

La vieja Honorine había bebido inmoderadamente vino dulce, alternándolo, para subrayar la diferencia, con el vino del año anterior. Los clochemerlinos se apresuraban siempre a darle de beber. Les gustaba oírla charlar con viveza acerca del obispo y de las reformas que devolverían a la Iglesia su plena autoridad, por virtud del ejemplo. La sirvienta manejaba el dogma a su manera, manera harto radical cuando se había tomado más de una copa. Aquel gusto verboso por la justicia había hecho su aparición en Honorine al mismo tiempo que la menopausia, época en que fue presa de una pasión desenfrenada por la bebida. Simultáneamente, comenzó a razonar su fe, lo cual tuvo efectos sorprendentes, dado que no poseía el menor bagaje teológico.

Aquella tarde se la había visto salir dando fuertes bandazos de la posada. Nadie ignoraba que el viejo cura temía a su terrible sirvienta. Los clochemerlinos se dijeron, riendo:

—¡Pobre Ponosse! ¡Lo van a sacudir de lo lindo!

Sin embargo, no ocurrió nada parecido. Honorine descubrió a su amo en el fondo

del jardín, en un estado de extraña postración, ante la taza de café que no había bebido. Aquella taza de café frío, sobre cuya superficie jugueteaba un reflejo de la tarde, la asustó más aún que la inmovilidad del viejo sacerdote. Al mismo tiempo, se sintió escandalizada al verle destocado en la peligrosa humedad del crepúsculo, él que tenía tanto miedo a los resfriados de cabeza. No obstante, el buen calor del vino apartaba todavía de su mente la idea de un acontecimiento irremediable.

—¡Está usted loco! —dijo—. ¡Mira que quedarse sentado así al relente a unas horas semejantes! Se va a poner enfermo. ¿Me oye usted, señor cura?

Su amo no le respondió. El silencio absoluto del jardín, un silencio extraordinariamente vacío, le produjo de súbito una terrible aprensión. Zarandó al cura Ponosse por el hombro, con una energía desesperada. Él osciló sin que sus ojos se abriesen siquiera. Y el testimonio de aquella taza llena y brillante, ante un hombre que jamás dejaba enfriar su café... El miedo se apoderó de Honorine.

—¡Jesús, Virgen Santa! —gritó—, ¿no irá usted a decirme que se ha muerto, señor cura?

El viejo sacerdote tampoco dio respuesta alguna a tan simple pregunta.

—¡No está usted muerto! ¡Dígame que no está usted muerto, señor cura! —repetía Honorine.

Su voz resonaba como un tañido fúnebre contra las tapias del jardín, cuyos céspedes se iban cubriendo de una oscuridad reptante.

Vio el birrete en el suelo, mostrando su forro de seda deshilachado. Lo recogió y sacudió de modo maquinal el madroño. Luego, con él en la mano y todo lo aprisa que le permitían sus reumáticas piernas y los vapores del vino, salió del presbiterio, bordeó la iglesia y se precipitó hacia el callejón sin salida de los Monjes. Al llegar a él gritó, alzando la cabeza:

—¡Señorita Chavaigne! ¡Señorita Chavaigne!

Se abrió una ventana en un primer piso del callejón sin salida. Una forma extraña, austera y gris, apareció en ella. El rostro anguloso de una mujer, enmarcado por cabellos lisos y estirados sobre la nuca, se dibujó en la luz. Una voz seca dejó caer:

—¿Qué hay?

—Venga de prisa, señorita Chavaigne —gritó Honorine, agitando el birrete—. No puedo despertar al señor cura. Está dormido como un muerto.

—¿Quiere usted decir que ha muerto?

—No me atrevo a mirarlo —dijo Honorine—. Pero parece que sí. ¡Figúrese! Ni siquiera me contesta cuando grito...

—La muerte tiene esto de bueno —decía el poeta Bernard Samothrace, el más profundo pensador de la región—. Convierte en iguales a todos los seres. Marca una pausa y una sorpresa, durante las cuales nos es permitido hojear el índice de una vida. La suma de las obras aparece cuando ya es demasiado tarde, medida con la vitola de

lo efímero y de la fragilidad humana. Hace resplandecer, durante los cortos instantes que preceden al olvido, lo justo y lo injusto, el perdón y los arrepentimientos. La vista de la muerte sopla en el oído del hombre el consejo de que debería vivir de otro modo, dejando a un lado los tormentos de odio, de envidia y de codicia que le corrompen la existencia. Pero él olvida este consejo en cuanto vuelve al tráfago cotidiano.

Clochemerle sabía que tenía un buen cura, de alma condescendiente y dulce, convicción que aumentaba con el curso de los días. La silueta del sacerdote, su amenidad y su catolicismo tolerante formaban de tal manera parte del burgo, de su decorado y de su leyenda, que nadie imaginaba un Clochemerle privado de su viejo Ponosse.

Y he aquí que los abandonaba de pronto, ante una taza de café frío donde flotaban reflejos del crepúsculo. Con él desaparecía una época de Clochemerle, cuya noción perdería el Clochemerle futuro, con el apresuramiento siempre renovado del progreso por precipitar y perturbar las cosas.

El burgo celebró funerales imponentes en honor de su viejo cura. Fue en su querida iglesia donde Augustin Ponosse pasó las últimas cuarenta y ocho horas de su presencia entre los hombres. Colocaron su féretro bajo el coro, en el centro de un hermoso altar junto al cual se relevaban en la oración las mujeres piadosas y algunas Hijas de María, que formaban una guirnalda de juventud, haciendo juego con las flores.

La iglesia estaba fresca, aromatizada, henchida de cuchicheos y murmullos de plegaria. Por la puerta abierta de par en par, por la que penetraban grandes salpicaduras de sol, llegaba un ruido de acarreo y de toneles removidos. En el atrio, brincaban los pájaros de Dios, lanzando, en agradecimiento al alimento que se les daba, vivaces trinos. Algunos gozques alocados, sacudiendo sus orejas semejantes a paquetes de trapos, se lanzaban por el pasillo central, turbando el recogimiento con sus husmeos. Un terror cómico aparecía en sus ojos cuando trataban de echarlos. Una cabra, que apareció sin que nadie supiese de dónde, asomó la cabeza y dejó oír un balido lastimero. Por una abertura del ventanal, penetró una golondrina, que tenía su nido en un hueco del campanario, y revoloteó largo rato a través de las naves, pegando aletazos contra las estrellas de oro apagado que decoraban las bóvedas. El gato del presbiterio escapó de la casa y acudió a tumbarse a los pies del túmulo. Fuera, resonaban voces tranquilas, que comentaban:

—Este año tenemos una condenadamente buena cosecha. El vino alcanzará muchos grados. Claudius Brodequin obtendrá sus buenas treinta pipas sólo en la viña de Bonne-Pente.

La vida campestre rodeaba por última vez al cura Ponosse, con la sencillez de la Naturaleza que Dios ha creado y la sana actividad de los cultivos que Él ha dispuesto, en tanto que el buen vino de Clochemerle fermentaba en los lagares.

Aquella muerte había de verse acompañada por episodios milagrosos, cuyo recuerdo quedó profundamente anclado en ciertas mentes, a las que agradaban de modo particular lo sobrenatural y lo fabuloso.

Una mujer del burgo bajo, llamada Catherine Repinois, juró que, por la noche, mientras velaba sola los restos mortales de Ponosse (su compañera se había ausentado por un momento), había oído cerca de las pilas bautismales como el sonido de un clarinete, acompañado por un frufrú de alas. Al mismo tiempo, un olor suave llenaba la iglesia («un olor tan bueno como jamás he sentido, un verdadero perfume de flores del cielo», según sus propias palabras). Un resplandor fulgurante nimbaba el túmulo. Y una voz de infinita dulzura, que parecía descender de las alturas del ábside, pronunció estas palabras proféticas:

—Un día llegará en que tú serás San Ponosse, porque tu humildad ha tocado el corazón de Dios. En recuerdo tuyo, habrá grandes milagros en el pueblo y todas las miradas de Francia se volverán hacia Clochemerle.

Luego, el resplandor se apagó, el olor se diluyó en el ambiente y la voz calló, al igual que el clarinete. Pero lo inefable pareció suscitar en seguida la cólera de las potencias infernales. Un ave nocturna ululó trágicamente en los altos árboles de la plaza. Algunos murciélagos vinieron a chocar en su ciego vuelo contra la lamparilla roja del presbiterio que, balanceándose, esparció su aceite por el suelo. Salió del vientre del armonio un quejido lúgubre. Una risa espantosa y estridente («una verdadera risa del diablo, que helaba la sangre», dijo Catherine Repinois) retumbó en el confesonario. Las vigas del campanario crujieron siniestramente, y toda la iglesia, como levantada por la tempestad, osciló en la noche. Presa de terror, invocando a todos los santos, Catherine Repinois se precipitó hacia fuera. Por fortuna, encontró muy pronto a Sophie Baratin y a la viuda Zoé Voinard, que acudían a prestar su turno en el velatorio, y les contó su historia.

Hacía falta tal vez poseer un espíritu muy crédulo para conceder importancia al sorprendente testimonio de Catherine Repinois, que pasaba por tener la cabeza un poco perturbada. Pero Sophie Baratin y Zoé Voinard pertenecían a esa clase de personas a quienes agrada sobremanera la idea de un prodigio, tanto más cuanto que ellas no salían jamás de aquel dormido Clochemerle. Escucharon con avidez y luego se hicieron repetir una vez y otra el extraño relato.

El interior de la iglesia, donde brillaba muy derecha la llama de los cirios, mostraba su aspecto ordinario. No obstante, bajo la lamparilla del presbiterio, había aceite derramado. Zoé Voinard creyó notar un olor ligero pero delicioso, distinto por completo a todos los olores que ella conocía. Sophie Baratin, por su parte, aspiró bocanadas de un humo acre, saturado de azufre. Y las estaciones del calvario estaban todas de través contra los pilares, prueba evidente de que, en efecto, la iglesia se había movido.

Al día siguiente, todas las mujeres de Clochemerle fueron informadas del prodigioso suceso. La noticia del mismo fue acogida por ellas de diversas maneras.

La palma de la piedad correspondía a ciertas solteras. Al frente de ellas caminaba Clémentine Chavaigne, que había asumido la sucesión e incluso el alojamiento de su antigua rival, Justine Putet, desaparecida hacía años. Aquellas vestales sin belleza ni obligaciones de familia podían a placer colmar a Dios y a su representante de asiduos cuidados. Su batallón de faldas tristes y de corpiños lisos exigía a cambio que todo cuanto tuviera un carácter sacro fuese sometido a su censura. Las señoritas de escapulario debían ser quienes reglamentasen los asuntos del cielo. Sobre sus rasgos contraídos, brillaban reflejos de santa inquisición. Viendo en aquello un atentado a sus prerrogativas, se alzaron unánimemente contra el milagro de la noche. Hablando en nombre de ellas, Clémentine Chavaigne exclamó:

—El cielo no suele hacer sus revelaciones más que a las vírgenes. Fijaos en Juana de Arco, en Bernadette, en Santa Teresita de Lisieux... Con sus siete hijos, Catherine Repinois es una embustera y una desequilibrada.

—No olvidemos además —hizo observar con voz melosa Pauline Coton—, que se precipitó a los diecisiete años en el tálamo de Repinois.

—¡Eso lo explica todo! La pureza le pesaba.

—Sin aguardar el sacramento —insistió Pauline Coton—. Su segundo hijo es medio idiota, y el tercero, albino. ¿No es un verdadero castigo de Dios?

—Lo que me extraña —dijo la Chavaigne— es que el señor cura, aunque esté en su ataúd, preste ayuda a semejante comedia.

—¡El señor cura tenía un carácter tan débil! —suspiró Pauline Coton—. Esa borracha de Honorine era la que mandaba en la casa parroquial.

—Usted y yo no abandonaremos la iglesia esta noche, querida Pauline. Y condenaremos las puertas. Ya sabe usted lo tímido que era el señor cura. Si tiene alguna comunicación que hacer, como creo, estará más a sus anchas en presencia de dos personas que disfrutaban de toda su confianza.

La noche siguiente, se manifestó un segundo prodigio, en cierto modo contradictorio. Sobre las tres de la mañana, los cirios comenzaron a derretirse con una rapidez insólita, proyectando vivos resplandores danzantes («como almas en pena del purgatorio», contaron después). Luego, las tinieblas fueron cruzadas por el cielo de una paloma fosforescente y de una blancura inmaculada («la blancura virginal de la Virgen Santa»). Una aureola luminosa descendió de lo alto de la gran nave y vino a posarse sobre el túmulo («poco más o menos como una lengua de fuego sobre la cabeza de un apóstol»). Se dejó oír una voz, una voz inmaterial que reconocieron, sin embargo, y sin lugar a dudas, como la del cura Ponosse («se distinguía muy bien su pronunciación un poco arrastrada»). Aquella voz dijo:

—La he designado, señorita Clémentine Chavaigne, para velar sobre mi querido Clochemerle y recibir la revelación de los milagros. Que la paz sea con mis buenos feligreses. Reciba usted mi última bendición.

La aureola se elevó en los aires («como cerniéndose sobre la cabeza de un santo que sube al cielo») y desapareció, mientras una brisa acariciadora agitaba el paño

negro y plata del túmulo. Las señoritas se decidieron entonces a buscar más cirios en la sacristía y limpiaron los candeleros, embadurnados por la cera derretida. Todo el mundo pudo en efecto comprobar, durante la mañana, que los cirios habían sido cambiados.

Tal fue el relato de la segunda noche maravillosa que las piadosas mujeres oyeron de boca de Clémentine Chavaigne. Una historia poco más o menos idéntica fue divulgada por Pauline Coton. No difería de la precedente más que por un pequeño detalle. El difunto cura había dicho:

—Señoritas Pauline Coton y Clémentine Chavaigne, os he designado, etcétera.

Había ahí una pequeña discordancia de testimonio que no escapó a los espíritus malintencionados. La más audaz madre de familia de Clochemerle, Mélanie Boigne, que había tenido quince hijos y se alineaba en el partido de Catherine Repinois, aunque no fuese más que por odio hacia las solteras inútiles a la sociedad, esas egoístas que se pasan la vida molestando al buen Dios, en lugar de dedicarse a limpiar sus crios y a preparar el puchero de su esposo, declaró muy alto que ella no creía en la segunda manifestación. En todo caso, de haber ocurrido en la iglesia alguna cosa sobrenatural, el gran San Roque, que no era sordo en absoluto, lo daría a entender claramente con algún cambio de actitud.

Un cortejo de mujeres casadas acudió a la iglesia para examinar la situación sobre el lugar de autos. Pero San Roque conservaba su expresión de beatitud inmutable, cuajada en el granito. No mostraba aspecto alguno de sentirse decidido a prestar testimonio del segundo milagro. Ahora bien, era seguro que San Roque conocía mejor que nadie, por haberlo oído predicar a menudo, las entonaciones de Augustin Ponsose. Se hubiese quedado muy sorprendido, sabiendo a éste en su féretro, al oír su voz al filo de las tres de la madrugada, hora en que el cura de Clochemerle, cuando vivía acostumbraba a estar serenamente dormido. No importaba que estuviese de espaldas. Un santo no es tan papanatas como para no hacer esta observación al comprobar semejante prodigio: «¡Vaya! ¡Caramba con el viejo Ponsose! ¡Pues no est resucitando!». Seguro que no podría por menos de echar una ojeada de curiosidad, aun a costa de molestarse en dar la vuelta sobre su peana. Ahora bien, San Roque no había chistado siquiera y conservaba, en su uniforme de peregrino, su aire impasible de bienaventurado.

—sa es una invención de la Chavaigne —afirmó Mélanie Boigne—, que acabará loca de envidia, como le pasó antes a la Putet. ¡Lo que les hacía falta a esas solteras era tener mocosos de los que ocuparse! La misma Virgen Santa tuvo que cuidar el Niño Jesús. Bien debía vigilarlo cuando se sentase sobre su orinal, darle su baño, lavar su cuerpecito de ngel... ¡Porque el pequeño Jesús estaba tan bien formado como cualquier chico! La prueba es la operación esa que le hicieron, como a todos los judíos. Y la Virgen Santa estaba constituida como una mujer, seguro. Las cosas naturales ha sido el buen Dios quien las ha creado con sus propias manos, y los hijos vienen al mundo como vosotras sabéis con su permiso, dado que él invent esa

manera de nacer. Si Boigne hubiera sido un vago, yo no habría tenido quince pequeños, todos cristianos, con su bautismo y su primera comunión, buenos clochemerlinos y buenos franceses. Quince almas he dado yo a la parroquia..., disfrutando lo mío con Boigne, no me avergüenza confesarlo. ¿Acaso alguna de esas nalgas tristes ha hecho algo que se aproxime a esto? En su virtud, piensan que el vientre no sirve para otra cosa más que para hacer la digestión. Pero nosotras, las verdaderas mujeres, somos los vientres vivientes, y hemos portado frutos en nuestras entrañas, como se recita en el *Dios te salve, María*.

Este discurso inflamó a las madres de familia, que habían laborado por la perpetuación de Clochemerle y la repoblación del cielo. Se pusieron de acuerdo en que convenía creer a Catherine Repinois, madre de siete hijos, y en que todavía no se había dicho la última palabra.

Las solteras, por su parte, reclutaban adeptos para el segundo prodigio entre las infecundas, las cuales estimaban que el haberse sustraído al impuro contacto del hombre les daba derecho al monopolio de los tratos con el cielo.

Había en aquel antagonismo peligrosos fermentos que estallarían más adelante, los gérmenes de una nueva guerra de religión. Sin embargo, aquel debate fue dejado provisionalmente en suspenso. No se podía enterrar al cura de Clochemerle en un ambiente de pependencias e invectivas.

¿Quién parecía mejor designado para rendir los supremos deberes al cura Ponosse que el cura de Valsonnas, el abate Jouffe, que había sido su amigo y su confesor?

De avanzada edad también, con el hígado tan deshecho que no toleraba ya el vino hacía mucho tiempo, habiendo perdido a su ama Josèpha para sustituir a la cual no había podido encontrar más que una sirvienta por horas, el abate Jouffe se separaba lentamente de la tierra. No obstante, no podía negarse a celebrar el entierro de Ponosse. El garajista Fadet lo fue a buscar en auto.

El cura Jouffe fue informado punto por punto de los prodigios que habían tenido lugar. No obstante, no los tuvo siquiera en cuenta en las palabras que pronunció. Su afán por glorificar al prójimo no llegaba a tanto. Le parecía increíble que Ponosse, a quien tenía por un espíritu más bien mediano, pudiese ser objeto de la predilección divina, manifestada por medio de perfumes, palomas y aureolas. No era partidario de otorgar apresuradamente un diploma de santidad fiándose tan sólo de una popularidad lugareña. A fin de cuentas, él no había hecho menos por la religión que su colega, y en condiciones más difíciles, a causa de la acidez del vino de Valsonnas, que le había estropeado el estómago en poco tiempo.

El adiós de Jouffe al cura Ponosse fue juzgado por el pueblo seco y demasiado breve. No faltaron ni los ritos, ni las citas sagradas, ni el agradecimiento del clero, pero se sentía que el corazón del orador permanecía frío. Preciso es confesarlo todo: el entusiasmo afectuoso con el que los clochemerlinos hablaban del difunto había crispado un poco los nervios del oficiante.

No podía esperarse de un viejo sacerdote gastrálgico, condenado a beber

amargamente agua de Vichy en un presbiterio destartado, que enfocase con alegre corazón la elevación de Augustin Ponosse a la primera fila de las jerarquías celestiales. Su repugnancia a admitir esta glorificación pertenecía al orden profesional. Era como si tratase de pasarle en el turno de ascenso. De tal suerte que las más graves restricciones que azotaron el recuerdo del cura de Clochemerle fueron insinuadas por su colega en religión y amigo. Tal vez era normal, humanamente hablando, que así fuese. Tal vez hacía falta que las cualidades del difunto fuesen minimizadas por un representante de la casta sacerdotal. Proclamando sus virtudes, la voz ingenua de Clochemerle lo exponía a la calumnia y a la envidia, a los rencores y resentimientos que son el precio con que se paga toda superioridad.

El día del entierro, aparte de los inválidos y los enfermos, todo Clochemerle estaba presente. Hasta el punto que una mujer encinta se vio obligada a regresar precipitadamente a su casa, presa de dolores, en el momento de la absolución. Se vio incluso a ateos bien conocidos entrar en la iglesia y mojar un dedo en la pila del agua bendita. El doctor Mouraille, entre ellos. Llevaba treinta años pasándole sus clientes a Ponosse, y se preguntaba qué cara tendría el sucesor y si sabría dorar tan bien la píldora como aquél a los moribundos.

En el cementerio, en torno a la fosa abierta, los clochemerlinos se agruparon por categorías, las mujeres a un lado, los hombres al otro, teniendo en cuenta clasificaciones de importancia social, de estima, de parentesco y de vecindad.

Se veía en primera fila de la asistencia a la baronesa de Courtebiche, la exbella Alphonsine, que había conocido en París sus mayores éxitos mundanos en la época del corsé, del *french-cancan* de los coches de caballos. Era entonces, entre las mujeres célebres y solicitadas, una de las más fogosas amazonas que se paseaban por el Bosque de Bolonia. Un gran duque de la corte rusa, un gigante con risa de niño, siempre un poco ebrio de vodka y de champaña, estaba loco por su gracia imperiosa y le hacía una corte tan ruinosa como excéntrica. Algunos viejos parisienses, duchos en las intrigas de los nobles salones, habían creído reconocerla por más de un rasgo en la duquesa de Guermantes, creada por la pluma de Proust. Pero la baronesa tenía menos afectación y mayor lealtad de temperamento. Si la expresión «a lo húsar» pudiese aplicarse a una mujer, ninguna mejor que ella la habría merecido. Conducía sus asaltos de frente, con una intrepidez más propia de un Casanova. Un *monsignore* italiano que se había visto lanzado a sus brazos, pillado de sorpresa al salir en Roma de la basílica de San Pedro, hubo de permanecer dos años en el monasterio de Montecassino para desintoxicarse de sus caricias. Incendiaba a los hombres y sólo dejaba de ellos las cenizas.

Sorda y deforme ahora, caricatura de lo que había sido en sus buenos tiempos, pero soberbia de andares pese a la edad, seguía siendo una figura original en la región. Los clochemerlinos tenían un gran apego a su castellana, que siempre les

sorprendía por el brillo de su humor, sus modales impertinentes y la libertad de su lenguaje. En aquel momento, estaba harto descontenta de que el difunto se hubiese dejado morir de una forma tan descortés, sin haber acudido al castillo para despedirse. Era como la defección de un viejo servidor, que hubiese faltado a sus compromisos de fidelidad. Desde hacía quince años, el cura de Clochemerle había efectuado una visita semanal a la baronesa. Jugaba con ella su partida de dominó o de triquitraque y recibía su confesión. Ésta tenía más de formulismo que de un acto piadoso verdadero. La baronesa se sentaba en una poltrona rinconera. (Pasaba a duras penas por arrodillarse ante Dios, pero no se sentía capaz de hacerlo ante Ponosse, aquel rústico que en su vida sólo había besado la mano a los obispos). Y entre ellos se mantenían unas conversaciones del género siguiente, en las que el buen cura, de la raza de los tímidos respetuosos, lleno de deferencia por las culpas de una gran dama, desempeñaba un papel casi pasivo.

—¿Mis pecados? —decía la baronesa, encogiéndose de hombros—. La verdad, no veo... Se me pueden reprochar mis impacencias. Pero no concibo el ser paciente con los imbéciles.

—Hay que ponerse al alcance de ellos, señora baronesa.

—¡Jamás, Ponosse! No cuente conmigo para eso. Estoy dispuesta a ser caritativa, pero no hasta el punto de ponerme al nivel de los imbéciles.

—No es culpa de ellos, señora baronesa.

—¡Menos lo es mía!

—Los últimos serán los primeros, señora baronesa...

—No repita esa estupidez. Si Dios desea verdaderamente rodearse de mediocres, ¿qué idea pretende usted que me forme de Él? Por lo menos, espero encontrar en el cielo gente tratable... ¿Me dirá usted que carezco de humildad? Puede que sea cierto, Ponosse, pero cuando pienso en lo que he sido y lo comparo con las mujeres de hoy en día, que carecen en absoluto de fuerza, me digo que todavía he demostrado demasiada humildad. ¡Como se lo digo, Ponosse, demasiada! Si tuviera que volver a empezar...

—¿Es que no piensa usted en otra cosa, señora baronesa? —atajaba Ponosse, espantado.

—¿En otra cosa? ¡Claro que pienso! Pero ya no conduce a nada. Siempre contemplo con interés a un guapo muchacho o a un hombre apuesto. Es una costumbre que me ha quedado de antaño, cuando mis firmes propósitos de virtud resistían raramente más de cuarenta y ocho horas a mis impulsos naturales.

—Pero, señora baronesa...

—Es un hecho, Ponosse. Hasta la edad de cincuenta años, he desechado una gran cantidad de firmes propósitos. Y muy agradablemente, se lo juro. ¿Dónde está el mal, amigo mío? ¡Después de todo, la virtud no era precisamente mi profesión!

Al lado de la baronesa estaba su hija, Estelle de Saint-Choul, una persona blandengue y corpulenta que semejaba, con sus gruesos labios pálidos y su nariz

borbónica excesivamente grande, una de las atontadas princesas que pintara Goya. Su madre le repetía a menudo a voz en grito, dado que la insensibilidad de su tímpano no moderaba ya el peligroso alcance de la voz: «Querida mía, eres la gran necesidad de mi vida». Lo que no contribuía, por cierto, a hacer menos atolondrada y pasiva a Estelle.

Entre el resto de las personas notables que se encontraban en el cementerio podríamos citar a Noémie Piéchut, la esposa del alcalde-senador, mujer alta, huesuda e indiferente, que pasaba por preferir el dinero a los honores; la señora Pimpalet, la mujer del nuevo notario, que mantenía su rango con un poco de desdén burgués; la señora Cudoine, la consorte del brigada de gendarmería, una matrona a quien embriagaba el orgullo de estar siempre al lado de la ley y de acostarse cotidianamente con la fuerza pública; la señorita Auvergne, la administradora de Correos; la señorita Dupré, maestra de escuela; la señora Fouache, digna recaudadora de contribuciones; Adèle Torbayon, la posadera, que tenía una corpulencia adecuada a su oficio y era justamente célebre, y cuyos bellos ojos ojerosos conservaban una llama que hacía soñar a los jovencuelos.

Entre las mujeres de los viticultores, se distinguían en primer lugar aquéllas cuyas numerosas maternidades debían ser honradas, como Mélanie Boigne, Catherine Repinois, Eulalie Ouille, Marie-Louise Maffigue, Annette Soupiat, etcétera. Entre todas enmarcaban a la fresca y apetitosa Rose Brodequin, que se citaba como ejemplo de esposa fiel y sonriente.

Más lejos se situaban las solteras y las viudas desengañadas, reunidas en torno de Clémentine Chavaigne y de Pauline Cotton. Del grupo de aquellas cenizas, de aquellas marchitas figuras, partían miradas frías, furtivas pero penetrantes, que corrían solapadamente sobre la asistencia. En el ánimo de aquellas justicieras, los hombres y mujeres de Clochemerle eran juzgados severamente y, cosa extraordinaria por parte de aquellas inexpertas, de aquellas abandonadas, juzgados sobre todo en función de sus lujurias secretas.

Entre las mujeres casadas y las solteras se habían situado las Hijas de María, cuya masa abigarrada y juvenil, ruborosa y un poco necia, pero ya gentilmente rolliza y henchida de buenas promesas, formaba un agradable parterre. Sobre este florido cuadro se posaban las miradas de todos los jóvenes, que aspiraban a reclutar en él quien una madre de familia fecunda, quien una amante tierna y maravillada, quien una buena mujer, dócil y solícita en las tareas domésticas. En las filas de aquella juventud en maduración, podían distinguirse ya aquéllas a quienes rasgos ingratos y una insuficiencia humoral destinaban a los repliegues de la soledad y a las marchiteces amargas de las que tenían la honesta posibilidad de convertirse en la buena esposa de un viñador o de aquellas otras a las que el fuego de las curiosidades abrasaría temprano, destino que se adivinaba por los leves estremecimientos de su erguido espinazo y por el porte orgulloso de su nutrido busto, descansando sobre sólidas caderas.

Una Hija de María, que descollaba sobre el conjunto, se situaba a primera vista en

la cima más encantadora de la juventud, por su don de animación y su gracia inimitable. Tenía algo de flor y de fruto, de guirnalda y de racimo. Era bonita, sin lugar a dudas, con sus grandes ojos de un azul violeta, su cabellera castaño oscuro con reflejos cobrizos, sus labios de un dibujo encantador, su óvalo a lo Botticelli, terminado por un fino mentón netamente dibujado. No obstante, lo que había de conmovedor en su belleza provenía de algo más. La visión de su rostro producía un sentimiento de alegría. Su mirada hacía recordar a las gentes que todavía poseían corazones capaces de sentirse agitados. Se llamaba Marie Coquelicot. Y los clochemerlins exclamaban al mirarla:

—¡Qué encantadora es la pequeña Marie Coquelicot! No existe nadie más atractivo que Marie Coquelicot.

Su presencia hacía sentir mejor la dulzura de aquella hermosa jornada de septiembre, gozar con mayor intensidad de la pureza del cielo. Los jóvenes jactanciosos no se resolvían a contemplarla con mirada fanfarrona o cínica, ni los hombres maduros con aire demasiado avisado y molesto. Las madres no osaban mostrarse celosas de ella, ni las solteras calumniarla. Éste era el mayor prodigio de Marie Coquelicot, que las mujeres estuviesen orgullosas de ella, considerándola como un ornato de su sexo. Los hombres experimentaban un dulce deseo de sonreírle para que ella expresase felicidad, pero no se atrevían a pensar otra cosa, por miedo de empañar lo que en ella había de confiado y espontáneo. Soñaban con quererla por ella misma, sin pedirle nada a cambio, salvo que no les menospreciase y que siguiese siendo siempre la deliciosa, la pequeña Marie Coquelicot, la maravilla de Clochemerle.

Había sido durante mucho tiempo una chiquilla como las otras, en quien nadie se fijaba especialmente. De pronto, aparecieron en su cuerpo los tiernos botones de unos senos incipientes que tensaban su blusa. Después se peinó despejando la nuca y las orejitas rosadas. Su naturaleza comenzó a florecer como un esplendoroso tulipán de mayo. Y un buen día, los clochemerlins se dijeron al verla pasar, tan nueva y tan radiante bajo los rayos de sol de la joven estación: «Pero ¿habéis visto? ¿Quién es esa chica?». Hacía muy poco de ello. Pero ya su nombre corría de boca en boca, repetido en todas partes con pasmado entusiasmo. Al pasar, evocaba los perfumes de la rosa y del lirio de los valles, el estremecerse de las ramas, el discurrir de las nubes y el chapoteo de la fuente, todo lo que conmueve y hace soñar. Los hombres guardaban aquel nombre en un rincón de su mente —lleno en su mayor parte de crudos deseos y de apetitos brutales—, donde repiqueteaban como un estribillo de su infancia: Marie Coquelicot, Marie Coquelicot, Marie Coquelicot...

Apiñados en torno a la fosa donde acababan de ser depositados los restos de Augustin Ponosse, los clochemerlins miraban, pues, maquinalmente a su pequeña Marie Coquelicot, en tanto que eran celebrados con palabras los méritos del buen cura de Clochemerle, quien iba a reposar ahora entre sus fallecidas ovejas hasta la consumación de los siglos.

—Señor cura —discurseaba en aquel momento el senador Piéchut (quien había ganado mucho con el contacto de París y extraído de los medios políticos el arte de matizar su elocuencia)—, no me incumbe a mí juzgar si ha sido usted o no un buen sacerdote conforme a las leyes de la Iglesia, aunque, por lo demás, estoy persuadido de ello, pero estoy perfectamente calificado para asegurar que ha sido usted un buen ciudadano de nuestro Beaujolais, un hombre fraternal para con los demás hombres y por completo dedicado a sus semejantes. Políticamente, por su apego a la causa de los humildes, se le podía considerar a usted de izquierdas, señor cura, a ejemplo de su maestro y modelo, Jesucristo, a quien el poder romano dio suplicio acusándolo de agitador. No es el hábito lo que hace la calidad de un hombre, sino su bondad. Su bondad brillaba entre nosotros como las cosas familiares de nuestro país, las cosas a las cuales más vinculados estamos. Era la miel de nuestra pequeña patria vinícola. Repose en paz, padre Ponosse, en este Clochemerle que tanto le ha querido y cuyo cálido afecto sentirá mucho tiempo aún a su alrededor. Se entregó usted a Clochemerle. Pues bien, Clochemerle le guarda, Clochemerle le añora y le llora. ¡Descanse en paz aquí para siempre!

El gentío se dispersaba lentamente, dejando al cura Ponosse al cuidado del enterrador, a quien apodaban *Juan Cadáver*. El sujeto en cuestión era muy temido por los clochemerlinos, porque parecía acecharlos a todos, con su gusto maniaco de «meterles en el hoyo», como decía él. Les prometía, por lo demás, muchos cuidados. Amaba a sus muertos con la pasión de un coleccionista. Sin embargo, esto no convencía a nadie. Las mujeres le juzgaban capaz de aojar y conjuraban el maleficio mediante abundantes libaciones. El doctor Mouraille le tenía un horror mortal. *Juan Cadáver* tenía una manera tan socarrona de mirarle que parecía desafiar su ciencia médica. Mouraille, tan filósofo ante la muerte de los demás, no podía conformarse con la idea de la suya. Abandonó el cementerio profundamente asqueado tan pronto como el enterrador le hubo dirigido un guiño y un gesto de invitación, designando la fosa abierta, y marchó a casa Torbayon, donde bebió dos o tres aperitivos con objeto de animarse. En realidad, con ello no conseguía sino abreviar su vida. Pero solamente se vive dando prendas a la muerte, destruyéndose a sí mismo. Lo reflexionó mientras tragaba sorbo tras sorbo. Después, habiéndole proporcionado el alcohol una dosis suficiente de euforia, su pensamiento tomó un rumbo distinto. Consultó su carnet. Tenía dos enfermos a quienes visitar.

Aquel día, el otoño se asemejaba a un estío clemente que hubiese perdido el exceso de sus ardores. El paisaje resplandecía con un brillo atenuado, que tornaba más sensible su belleza. No quedaba sino dejar fermentar la uva en los lagares y aprovechar aquella hermosa jornada.

Todas las casas beaujolenses tienen, formando parte de la obra maestra, una bodega espaciosa y poderosamente abovedada, que ocupa toda la superficie de los

cimientos. Allí es donde se celebran los grandes acontecimientos de la vida, tanto si tienen por origen la alegría como la pena, pues el vino generoso aumenta la alegría y atempera la congoja. Allí es donde se acoge a los amigos y a los invitados.

Las bodegas de Clochemerle estuvieron muy animadas durante la tarde y la noche que sucedieron a los funerales de Augustin Ponosse. Los clochemerlinos pensaban que la mejor manera de honrar la memoria de su viejo cura era beber a su salud, su buena salud postuma y celestial, naturalmente. A nadie le cabía duda alguna sobre ello.

La bodega más frecuentada, como de costumbre, era la de Coco Bidois, que poseía una bonita voz de tenor ligero. Cultivaba a la par la viña y la canción. Así lo estipulaba su filosofía de la existencia. Se iba a su casa como a un concierto. Sus conciudadanos entonaban los estribillos, en los que ponían mejor voluntad que intuición musical, y Coco Bidois se encargaba de los trozos de alto vuelo. Para «romper el vino», comían embutidos y queso de cabra.

De madrugada, antes de separarse, Coco Bidois entonó el famoso *Noé en Clochemerle*, obra del poeta beaujolesense Bernard Samothrace:

*Encaramado en el cuello de la jirafa,
Mirando con su catalejo hacia la duna,
El almirante Noé dijo:
¡Maldita sea la botella!
¡Cuánta agua, Señor, cuánta agua
Bajo la nave!*

*Mas por último el ramo de la paloma
Anunció el final de aquella triste tromba.
Y llegó al mismo tiempo del cielo
Un providencial acento
Para inspirar al patriarca
Dueño del arca.*

*Sin perder un instante la brújula,
El buen Noé dirige su góndola
Hacia un ribazo
Y allí vara su balsa
En tanto que el oleaje rompe
Sobre Clochemerle.*

*Entonces el arrojado navegante,
Asqueado para siempre de la marina*

*Y de la sardina,
Se estableció aquí como viticultor
Para olvidar tanta agua, tanta agua,
Y su cascarón de nuez.*

*Así la viña beaujolesa,
En una tierra húmeda y arcillosa,
Fue para Noé,
A instigación divina,
Plantada en el flanco de la colina,
Frente a Julié.*

*Desde aquel tiempo de prehistoria
Se canta aquí
Esta copla:
La vida, amigos, es irrisoria
Para el mendigo o para el listo.
¡Y sería menguada cosa,
Podéis creerlo, clochemerlinos,
Sin el buen vino
Sin el buen vino!*

Capítulo 2

El mundo cambia

Paisajes donde la mañana sonríe y se desparrama en un mar de claridad, un mar de rebosante gozo que viene a batir, como contra atolones de coral, las aldeas adormecidas en la aurora. Aldeas que poco a poco empezarán a flotar en la luz como rosadas escuadras, navegando bajo sus paveses.

Paisajes un poco descarnados, que han renunciado al gran atavío cabelludo de los bosques, para ofrecer al sol sus ringleras de cepas, cuyas olas de un verde profundo se encrespan en la ladera de las colinas, bañando los islotes de casas claras de viñador, los pequeños castillos de torres cuadradas, coronados de pizarra escamosa, que se ocultan en el fondo de sus explanadas boscosas, atrincherados detrás de sus fosos repletos de ranas.

Paisajes aireados, donde la vista brinca de una montaña a otra, bordea el fondo de vallecitos herbosos, hasta las pendientes que se comban hacia la gran llanura f ertil, donde reluce el río ancho y profundo, entre los cañaverales de sus márgenes, los pastos y los barbechos, los antiguos caminos de sirga, los merenderos con su olor a fritanga, frecuentados por los pescadores.

El Sa ne completa el Beaujolais, con la perspectiva de sus tierras bajas, abundantes en caza y ricamente agrícolas. Abre para él grandes extensiones reverberantes, donde resplandecen los espejismos, bajo la bóveda del azul y el galope de las nubes y los vientos. La mirada arrastra al pensamiento que sueña, solicitada por los matices de la llanura, con sus trigales, sus campos de avena y de maíz, sus florestas y sus bosques, sus estanques plumizos y sus burgos campesinos.

Encaramado sobre su montaña, Clochemerle atravesaba el tiempo, al compás de los días y de las estaciones, en el feliz aislamiento de su semialtitud, propicia a la maduración de los viñedos. El pasado se medía todavía en cosechas, la calidad de los años se evaluaba por la embocadura, el grano de la uva, el color de sus vendimias. La vida del burgo giraba en torno al vino, que la nutría de creencia, de la noción de un noble deber común. Era una cuestión de honor que la bebida fuese perfecta. Reposaba en las bodegas siempre a la misma temperatura, protegida por la sombra, en toneles bien alineados donde las pipetas hacían de cuando en cuando sus sondeos para ver cómo evolucionaban envejeciendo los doce y los trece grados. Sabiendo poco del

mundo y viviendo lejos de sus alcances, sus agitaciones y su frenesí, Clochemerle se imponía a sí mismo la misión de preparar para los hombres los néctares que sostienen el cuerpo y encantan el espíritu.

Aquel día, brillante de serenidad secular, el burgo, rematado por su campanario románico achatado, se repantigaba en una mañana de oro pálido.

Pero esto no era sino apariencia. Tras aquella serenidad del decorado, estaba en marcha una invasión que iba a trastornar el mundo antiguo, el mundo de nuestros padres, el tejido de tradiciones, de sabidurías y de prudencias heredadas que se engloban bajo ese nombre. La vieja experiencia de antaño chocaba por todas partes con objetos que no había conocido, que la ridiculizaban y la tornaban caduca, y que imprimían a las costumbres y a las condiciones sociales una aceleración que ella calificaba de vertiginosa y absurda. Clochemerle, por la fuerza de los acontecimientos y los medios de la época, salía de su aislamiento rural para comunicar con un universo ruidoso y en perpetua refundición, en el que todo cambiaba.

Ciertas buenas almas —Tafardel y Mouraille a la cabeza— estimaban que el burgo se vería arrastrado a participar en la gran aventura que se iniciaba, aventura científica, emancipadora, justiciera, y que caminaba denodadamente a la conquista de las fuerzas y los secretos del cosmos. El orgulloso siglo xx, en el principio todavía de sus embriagueces y en el primer fuego de sus descubrimientos, parecía plantear de nuevo la vieja cuestión: ¿Se hará el hombre por fin dueño de su propio destino?

Tafardel contestaba resueltamente que sí. Al fin su esperanza de viejo idealista materialista estaba en vías de realización. Materialista igualmente, aunque escéptico, Mouraille no contestaba más que con un encogimiento de hombros. «El hombre —explicaba—, inteligencia incluida, es el producto de su tejido conjuntivo y de sus glándulas. ¿Cómo queréis que domine nada, cuando no es capaz siquiera de cuidar de su cuerpo?». Bernard Samothrace proclamaba por su parte: «Hay que desesperar de una Humanidad en la que la función intelectual no está situada en primera fila. La inspiración y la poesía deben conducir al mundo. Sin ellas, perecerá».

El senador Piéchut no se pronunciaba al respecto. Él era un político entregado a lo inmediato, o sea, en primer lugar, a la conservación del poder. Los juegos del poder le mantenían encerrado dentro de un pequeño mundo de intrigas, emotivo y poco seguro, en el que la suerte de los gobernados, enfrentados a las dificultades de cada día se convertía en una contingencia lejana y secundaria. Que el hombre fuese soberanamente poderoso le preocupaba menos que llegar a ser ministro algún día o, ¿quién sabe?, presidente, presidente de algo importante en el Estado. La Cámara, el Senado, hasta el Elíseo le sonreían en sus ensueños de ambición. Se decía que era locura pensarlo. Y, sin embargo..., ¿a qué no puede aspirar, en tan cambiante República, un hombre hábil que ha sabido permanecer apartado, no afirmar nada con demasiada vehemencia, no negarse a ninguna camaradería, no comprometer ni traicionar a nadie, inspirar confianza a todos por su discreción, su neutralismo y su humor acomodaticio? Hay momentos durante los cuales, en la confusión general y el

choque demasiado violento de las doctrinas, nos volvemos hacia hombres semejantes, que nos parecen providenciales. Aseguran al menos un tiempo de tregua. Era la inclinación natural de Piéchut no abordar jamás de frente ningún obstáculo. Anunciaba a los clochemerlins, sin asignar ningún plazo preciso, la dicha y la prosperidad. Afirmaba, optimista, con el misterio sobrentendido de la razón de Estado:

—¡Esto marcha, amigos, esto marcha! Y todavía irá mejor, ya lo veréis. Dejadme hacer...

—Pero ¿se ocupa usted de nosotros?

—¡Vaya! Si yo no me ocupase de Clochemerle...

—Es que el vino se vende mal.

—Pero en cambio podéis beberlo sin estar obligados a comprarlo. ¡Ah, qué felices sois aquí!

—Felices, lo que se dice felices...

—Vosotros no tenéis idea de lo que pasa en otras partes. Si pudieseis ver la miseria de las regiones industriales...

—¿Tan desgraciados son?

—¡Es espantoso!

Y la certidumbre de que, en comparación, les había tocado la parte buena, les reanimaba.

Una mujer joven camina por la carretera en dirección a la estación, portando en brazos la dulce carga que supone un niño. El peso de esta dulzura palpita contra su seno y la embriaga con el tierno olor de las criaturas, ese aroma a carne lacteada, que recuerda también el pan caliente, con un ligero fermento agrio, procedente de los pañales. El pequeñuelo abre sus grandes ojos de un azul cambiante, en el que juguetean reflejos de cielo y de verdor. Lanza gritos perneando, se hunde los dedos en la boca y los pasea, brillantes de saliva clara, sobre la cara de su embelesada madre. Luego, se ríe, a través de hoyuelos y mofletes, mostrando sus encías rosadas.

Es un hermoso niño, de unos ocho kilos de peso y seis meses aproximadamente de edad. La madre acaricia la seda fina y dorada de sus cabellos incipientes y la carne exquisitamente suave del cuerpecito tibio, del que su amor no logra saciarse. Es ya su tercer hijo, pero el único que conserva aún la gracia de un angelillo desmañado. En cuanto adquieren un poco de fuerza, los niños inician su propia vida y comienzan a alejarse. El que Rose Brodequin lleva en sus brazos, a quien sonrío y se dirige mientras camina, todavía le pertenece por completo en razón de su debilidad. Ella ama esta debilidad por encima de todo y la contempla con éxtasis cuando el pequeño, apretado contra su pecho, mama glotonamente. Es un chico, que más tarde se hará hombre robusto, atrevido y risueño como su padre. Pero este hombre futuro, que tal vez hará llorar a las mujeres, está aún en poder de una mujer, que vela por evitarle

todo dolor.

Rose sigue el camino que usaba años atrás el soldado Brodequin, cuando venía de permiso para ver a su bonita prometida y a su dulce Clochemerle. Hace de eso ya muchos años, que transcurrieron breves y durante los cuales han muerto varios de los viejos de la familia. Pero los hijos han nacido y la viña de Bonne-Pente ha prosperado, cultivada personalmente por Claudius, uno de los mejores viticultores del país.

Rose piensa en ello, cargada con su hijo, marchando al encuentro de aquél a quien su corazón aguardaba antaño y al que jamás ha cesado de aguardar. Su hijito de miel y de leche, su chico que babea y ríe y cuyos ojos están llenos de sol, su muñeco que huele a *brioche* caliente y que la hurga con sus manitas, su pequeño productor de pis puro, es un Claudius, también, el último, el preferido, el benjamín de su ternura, aquel que más que ninguno de los otros será parecido al padre cuyo nombre lleva. Rose le confía su secreto, el gran secreto de la unión entre Rose y Claudius, a lo largo de los días y de los años, el secreto que sigue impeliéndola a la carretera, portando el peso de su niño, para poder sonreír un instante antes a la silueta cuya alegre voz oye ya.

Esta voz resuena en el preciso momento que ella imagina, en el recodo del camino bordeado de pequeñas encinas y de avellanos.

—¡Ya está aquí mi Rose! ¡Ya viene con el Dios!

La gran risotada sonora llega hasta ella como otrora, seguida del mismo semblante de otrora, brillantes los claros ojos de hombre alegre y cándido, en los que ella supo leer, desde el primer día que la conmovieron, que había de ser feliz hasta la vejez.

—¡El Dios y la Rose, aquí vienen los dos!

Su corazón se ensancha hasta desfallecer cuando oye esa risa, que penetra en ella como una fuerte ráfaga de viento, como los raudales de sol cuando se abren de par en par los postigos de la casa las mañanas de verano. Los años transcurridos no pueden nada en contra. Casi le dan ganas de llorar cuando Claudius la mira de cierta manera que le hace tergiversar el mundo en su cabeza. Ésta es la dicha de Rose, su preciosa dicha siempre intacta.

—¡Conque los dos, aquí! ¡Vaya, vaya!

Claudius Brodequin estrecha contra sí a su Rose, inclinada hacia él, a su buena mujer valiente, siempre tierna y bonita, pese a frisar la treintena. Ella le tiende al niño:

—¿Quieres sostenerle un poco?

Claudius coge a su hijo y lo alza en vilo, rosa y dorado a la luz del sol. Durante este tiempo, ella ha sacado de la cestilla colgada de su brazo un frasquito envuelto en hierba húmeda.

—He pensado que acaso tendrías sed...

Claudius hace chorrear en su gaznate el vino claro y fresco.

—¡Cielos! —exclama devolviendo el recipiente vacío—. ¡Es un buen vino casero! Resbala por la garganta sin subirse a la cabeza.

—Entonces —pregunta Rose con ternura—, ¿estás contento? ¿Estás contento de haber vuelto, Claudius?

—Sí —dice él, contemplando las viñas y los ribazos—. ¡Estoy contento, claro! Y tú, Rose, ¿estás contenta? ¿Estás contenta de verme otra vez por aquí?

—¡No seas tonto! —responde Rose, queriendo expresar que no hay razón para hacer tal pregunta—. ¿Habrás visto mucha gente...?

—Sí —afirma Claudius, que regresa de cumplir un período militar—, he visto calles llenas de ella, tenlo por seguro. En Lyon.

Echan a andar en dirección a Clochemerle.

—Pero es gente que no se toma el tiempo suficiente para andar despacio y que nunca mira hacia arriba para ver el cielo... Gente que piensa demasiado, en cosas inimaginables para nosotros. Bien se adivina, nada más con ver todas esas caras tan ceremoniosas.

—Y —sigue preguntando Rose—, ¿no has visto nada más?

—He visto muchas cosas... Tranvías y monumentos, sus grandes casas y sus bulevares, cafés donde caben tal vez mil personas, cines como iglesias de grandes, y sus autos mejor bruñidos que baterías de cocina...

—Y —desliza Rose, sin atreverse a mirarlo—, esas mujeres de las ciudades, ¿las has visto? ¿Las has mirado?

—¡Bah! —exclama Claudius por toda respuesta.

Pero esto no podía tranquilizarla del todo.

—¿No has ido con ellas, Claudius?

—¿Esas que se menean tanto y van todas pintadas? —dice alegremente—. Hubiera sido dejarme robar el dinero. ¡Sería como dejarse robar en el peso al comprar la carne, Rose! Se han vuelto como aves de corral sin engordar, tan canijas como los polluelos de una mala empolladura. Mujeres estupendas para el viernes, con esa manía por adelgazar que han pillado. Y a las que le ha concedido buenas carnes el buen Dios, les da vergüenza hasta el punto de no comer más que vinagretas, me han dicho. Y beben tisanas, y toman drogas americanas...

—Entonces, ¿por eso no te han gustado?

—No les he hecho el menor caso —aseguró con firmeza Claudius—. ¡Mujeres con menos posaderas y menos pecho que una Pauline Cotton! Para emperifollarse, no digo que no, son listas las bribonas. Pero no huelen a buena salud como por aquí. ¡Tú, Rose, eres una planta sólida, no una tramposa bajo la camisa!

Rose sabe, por el timbre de su voz, que es sincero. Un estremecimiento de contento le recorre de arriba abajo, a través de sus músculos tensos. Claudius le da en la grupa una palmada de buena amistad, y su ancha mano se entretiene, evaluando su bien, leal y firme.

—¿No te has privado demasiado? —pregunta ella.

—Bien me resarciré ahora. ¡Toma!, si no estuviera el peque delante...

—No tardaremos en estar en casa...

De repente, Claudius suelta un chorro de su risa fuerte, esa risa que a ella la embriaga más que el mismo beaujolais. Llegan a una encrucijada de la carretera, a mitad de camino entre el burgo y el castillo de los Courtebiche. Es aquí donde Claudius, años atrás, aguardó a su Rose, al regreso de la casa de la baronesa, aquí donde le prometió casarse con ella. Reconocen el mojón ante el cual cambiaron el juramento de pasar juntos sus vidas.

—¿Te acuerdas?

—¡Claro...! —responde ella, tan emocionada como antaño.

—De aquí salió todo —exclama Claudius, haciendo saltar a su hijo—, de aquí. Incluso tú, pequeñajo.

—Me parece —dice Rosa— como si todo fuese igual que era aquel día.

—Sí —replica Claudius—, casi igual. Salvo que ya he pasado de los treinta, y soy un viticultor establecido, padre de tres hijos.

—¿No tienes queja de nada, Claudius?

—No tengo queja de nada, Rose. Salvo que el tiempo se va y que los días se vacían como vasos en casa de la Adèle. Lo que ya está bebido no sirve para beber, decía mi padre, el viejo Brodequin. ¡La de toneles vacíos que dejamos atrás!

—Todavía los hay llenos.

—Los vaciaremos entre los dos, si el diablo no se entromete y nos los birla ante nuestras propias narices. Porque hete aquí que el mundo cambia. ¿Será para mejor o para ir más torcidos?

—¿Tú ves el mundo cambiar? —pregunta inquieta Rose—. ¿Qué mundo?

—Pues, el mundo, la gente... En las ciudades donde he estado, todos hablan como ministros y se hacen los importantes. Se han querido echar demasiado en las cabezas, cosas e ideas. Eso les rebosa de costado y les causa estropicios... ¡Sí, hete aquí que el mundo cambia, creo yo!

—¡El mundo cambia! —repetía veinte veces cada día la señora Fouache, inamovible, aunque lacrimosa por la edad, que seguía despachando en el estanco tabaco y sellos, al mismo tiempo que las máximas de su experiencia y las habladurías que alimentaban la crónica del burgo.

—¡El mundo cambia! —repetían los hombres maduros, que habían conocido la moneda de oro y una forma muy distinta de existencia.

—¡El mundo ha cambiado mucho! —repetían los abuelos, que no habían visto, ni qué decir tiene, nada fuera del Beaujolais, que apenas conocían el departamento y cuyos rostros curtidos parecían tallados en cepas.

—¡El mundo cambia! —repetía Beausoleil, el guarda rural.

Y Cudoine, el brigada de gendarmería; y Nicolas, el pertiguero; y Torbayon, el

posadero, y el carnicero, el tocinero, el panadero... Todos, por razones relacionadas con sus costumbres y sus intereses.

—¡Ah, sí, partida de idiotas! —murmuraba Mouraille—. ¡El mundo está en vías de cambiar! Pero siempre lo ha estado, como todo lo que tiene vida.

Se daba una apetencia general de ganancias, una negativa a plegarse a las viejas reglas. Se había empezado a azucarar el vino. Este procedimiento, que aumenta la graduación de alcohol, permite vender la cosecha a mejor precio. Pero el vino pierde su carácter y cobra al envejecer un sabor a confitura. El viejo Tuvelat, que había sido catador experto, todavía se indignaba por ello en vísperas de su muerte:

—Si hubiese hecho falta más azúcar en el vino, la Naturaleza se hubiese cuidado de ponerlo. Nuestros beaujolais semejarán malos borgoñas.

—En nuestros tiempos —decían los ancianos—, los vinos de nuestro país alcanzaban once, doce grados. Excepcionalmente trece. Tenían grano, paladar, frescor... Los vuestros terminan por parecer todos iguales.

A todas estas cuestiones se injertaban las relativas a los vinos de origen, a las apelaciones controladas, que se extendían exageradamente, a las cooperativas vinícolas. Se sacrificaba la rareza al gran expendio, la selección de las bodegas al rendimiento de los almacenes.

Los clochemerlinos que ostentaban el poderío hacia 1920 eran todos ahora sexagenarios. Los hijos, de treinta a cuarenta años de edad, tomaban la dirección de los negocios. Tildaban a los ancianos de estar llenos de prejuicios, de ser unos viejos tontos, y aseguraban que la vida debía cambiar. Esto producía mucho ruido en todos los hogares.

—¿Es que tú —decía a su padre el hijo de Popanel (o el hijo de Lamolire, o de una veintena más)— no reñías con tu padre?

—Pero no de la misma manera...

—¡Me extraña mucho, con esa condenada calabaza terca que tiene por cabeza!

—En todo caso, no echábamos a un lado los padres, como hacéis vosotros.

—Olvidas —recordaba el hijo— que yo he visto al abuelo sentado solo en un banquito, años antes de morir.

—Hablas de un tiempo en que el abuelo pasaba de los setenta y en que comenzaba a írsele la mollera. Pero yo no estoy aún en ésas. Tenéis unas maneras de atropellar...

—Somos más instruidos.

—¡Hombre...! Lo que sois es más vanidosos que los pavos. Veremos a ver, cuando lo dirijáis todo vosotros.

—No me preocupa.

—¡Qué desgracia! —gruñía el viejo—. Se cree más listo que su padre. Aprende primero a cuidar el vino antes de beberlo.

Estos conflictos se veían agravados por otro motivo. Hablando de los hombres que se habían batido en la guerra del 14 y que recordaban sus belicosas hazañas con

una manía machacona, una facundia jamás agotada, la joven generación decía abiertamente:

—¡Ya nos están fastidiando con tanta guerra!

Así se cavaba un foso cada vez más profundo entre la generación anterior y la posterior a la guerra, los primeros porque pretendían sacar una superioridad de sus años en el campo de batalla, los segundos porque no querían concedérsela.

—¡Vamos, tanto cuento! Os habéis batido porque no podíais hacer otra cosa.

—El haber querido o no, no tiene importancia, berzotas. Lo que cuenta es haber estado, haber hecho lo que hicimos y visto lo que vimos. Tú no puedes imaginártelo siquiera.

—Resulta increíble lo que pudimos soportar —recalcaban los excombatientes.

—¡Los obuses y las ametralladoras te hubieran hecho bajar el gallo, pequeñajo!

—¡Los jovenzuelos como tú no habéis pasado canguelo!

En este terreno, la ventaja estaba, necesariamente, de parte de los mayores. Pero los jóvenes se sentían llenos de amargura al aceptarlo.

La realidad era que dos generaciones llegaban a la línea de demarcación donde una comienza a descender y la otra a subir. El tiempo medio durante el cual un hombre es capaz de imponer sus ideas y de dirigir los asuntos no excede mucho de treinta años. Después, otros más jóvenes reclaman su período de importancia y de poder.

Era verdad que, para los ancianos, todo se modificaba a su alrededor, con una precipitación que les restaba autoridad. Las chicas (niñas que habían visto así de altas) florecían bruscamente y se casaban, los chicos volvían de la mili con aires presumidos y un vocabulario nuevo, nacía una muchachada que alborotaba irrespetuosamente todo Clochemerle. Los ex-chiquillos encarnaban a los hombres de hoy, en plena fuerza y capacidad, que tenían ascendiente sobre las mujeres y se hacían escuchar por ellas. Ellos sabían apañárselas para binar, sulfatar, podar las viñas, conservar los toneles, trasegar el vino y venderlo de ochocientos a mil doscientos francos por unidad, precios que nunca se hubiesen atrevido a imaginar en sus tiempos. ¡Conque los viejos no tenían más remedio que callarse!

Clochemerle se alumbraba ya con electricidad. El hijo de Farinard, que había sucedido a su padre en el oficio de panadero, poseía una amasadora mecánica y una camioneta para repartir el pan. François Laridon, el hijo del contratista, servía en la aviación como piloto y hablaba de intentar arriesgados vuelos, de batir todas las marcas. La baronesa había sustituido su antiguo carruaje por un «B-12». Los clochemerlinos sabían utilizar el teléfono y muchos poseían aparatos de radio. El hijo mayor de Bezon, Toine, se había ido a América como cocinero y escribía desde allá: «Os partiríais de risa viendo Clochemerle en comparación de Nueva York y el castillo de la baronesa al lado de los rascacielos. ¡Como si no existiese! Me alojo en el piso

veintisiete de mi hotel y gano diez veces más dinero con mi cocina que el subprefecto de Villefranche. Los taxis son tan grandes como el coche del presidente de la República. Pienso comprarme un “Ford” a plazos para ir a California durante las vacaciones. Las mujeres de América son un verdadero desfile del “Folies Bergères”, en cuestión de belleza, piernas y el resto. Para los franceses, es un buen truco confesar la nacionalidad a las guapas, dada nuestra reputación. Se fuman cigarrillos tan gruesos como salchichas de *choucroute*, y se beben el *whisky* como vosotros bebéis el vino. Los bandidos de aquí, gangsters los llaman, matan ringleras de gente con una metralleta, sin siquiera bajarse del coche. Los cines son grandes como catedrales. No podéis haceros una idea de cómo es América. Como el paraíso del cura Ponosse, pero más divertido». Aquellas cartas circulaban entre la juventud, conturbando los ánimos. La joven generación comenzaba a decirse que existía, más allá de los horizontes del burgo, un mundo inmenso y maravilloso, donde podía encontrarse la fortuna y el amor por los caminos de la aventura. Había mozos que declaraban que no tenían intención de ser viñadores como sus padres. Era un signo de los nuevos tiempos.

Sueños nuevos calentaban las cabezas nuevas. Muchos de los clochemerlinos se sentían cansados de la tranquilidad bucólica en que había vivido Clochemerle durante siglos. La llamada de la felicidad llegaba de lejos, de las grandes ciudades destelleantes de luces, rumorosas de claxons y de *jazz*, cegadoras encrucijadas de los destinos, donde los hombres apagan su sed de lo ignoto, juegan su suerte a un azar, un encuentro, un rostro. En los montes de Beaujolais había ya muchachos para soñar en las ganancias de un boxeador, en la celebridad de un corredor ciclista, en la vida fácil de un *danseur mondain*.

La gloria de las estrellas trastornaba el ánimo de las chicas como Lulu Bourriquet, quien, sosteniendo los senos desnudos entre sus manos y con una toalla anudada en las caderas, jugaba a los diecisiete años a encarnar un ídolo de las multitudes, del género de las vampiresas, sola delante de su espejo, detrás de las cortinas corridas. No dejaba de pedir a sus padres que la mandasen a Villefranche para aprender mecanografía. Pero Villefranche no representaba para ella más que una etapa en el camino de París, donde se tiene la posibilidad de encontrar a un director de cine, un príncipe, un hijo de millonario. Soñaba con un triunfo semejante al de Anaïs Frigoul.

Esa Anaïs Frigoul, chica precoz, estuvo decidida desde muy pronto a todo. ¡A todo! Por lo demás, podía pretenderlo. ¡Estaba muy bien armada, la muy zorra! Y lo sabía, por añadidura. ¡La de melindres que podía hacer con su trasero! Todo el pueblo la llamaba *Miss Bello-Rulé*. En Clochemerle, no obstante, no sólo no faltaban buenas aposentaderas, sino que eran bastante copiosas, como para no llamar la atención una de ellas. ¿Cómo pudo ella alcanzar el título, con preferencia a tantas candidatas, muchas de las cuales no eran nada desmañadas en ese sentido? Es curioso lo que un pequeño detalle de combadura o de relieve puede hacer para asegurar la supremacía de esos volúmenes. La manera piafante y traviesa con que Anaïs pisaba el suelo caminando de tacón, unida a una extrema delgadez de talle, transmitía a sus salientes

un delicado sobresalto, una imperceptible vibración que les confería una intensidad de vida subyugadora. Algo indefinible le permitía destacar con toda brillantez sobre una rival aparentemente tan bien provista como ella. Por otra parte, el arte no se analiza. Y para todo es preciso el don, que es regalo del cielo. Anaïs comprendió en seguida el valor del que ella había obtenido de la Providencia, admirable modeladora, viendo farfullar ante sí a los hombres, riéndose neciamente y enrojeciendo como langostas. Comprendió igualmente que sería un crimen confiar aquel tesoro a las manos palurdas de un clochemerlino. Su vocación se avenía tan bien con el modelado de su cuerpo encantador que sus padres no se negaron a dejarla ir a Lyon, con el supuesto objeto de trabajar. Era una familia numerosa, recargada de bocas que alimentar, cada uno de cuyos miembros había de correr su suerte por separado, tratando de encontrar sus medios propios. Los que Anaïs tenía por naturaleza no la dejarían en el desamparo, por poca cabeza que tuviera.

También tenía bastante cabeza como para regir bien el resto. Un primer amante, escogido un poco apresuradamente (con la de cosas que precisaba aprender, no podía hacerse la difícil de salida), le aseguró al menos el traslado a París, donde había de comenzar su verdadera carrera. Tuvo que pagar mucho con su persona en el período de prospección. (Llegaron a Clochemerle ecos bastante escandalosos que arrojaron descrédito sobre los Frigoul). Pero Anaïs poseía tenacidad y coraje. No dejándose desalentar, pasando de un mantenedor a otro, franqueó los primeros escalones de la galantería. Hasta el día en que encontró el poderoso protector, capaz de solventar su situación verdaderamente, de valorizarla y de hacerla subir en los ambientes donde ella deseaba brillar.

Reapareció en el pueblo algunos años más tarde. Un soberbio automóvil se detuvo un día frente a la casa de los Frigoul. Surgió de él una Anaïs transformada, vivaracha, cubierta de joyas, que tenía acento parisiense, modales aplomados y una risa cascabelera. Traía regalos a brazadas para sus hermanos y hermanas pequeños, quienes se quedaron boquiabiertos de admiración ante ella. Permaneció una semana en la posada de Torbayon, cuya más hermosa habitación ocupaba. Se pavoneó mucho en el pueblo, cada día con un vestido y unos zapatos diferentes. Parecía como si la vida no fuese para ella más que placer y despreocupación. Se supo que trabajaba en los teatros, que frecuentaba familiarmente a ministros, que estaba a punto de empezar el rodaje de un film y que se hablaba de ella en los periódicos de París. Clochemerle no pudo por menos que sentir admiración por ella. Los Frigoul recobraron su buena reputación. Eran buenas gentes. El brillante triunfo de su hija les recompensaba de las privaciones sufridas para educar a sus hijos.

Aquel éxito de Anaïs tuvo una influencia nefasta sobre algunas muchachas jóvenes, que soñaban con un porvenir novelesco. Muchas partieron a su vez para la ciudad. Hermosas chicas tal vez, pero triviales. No tenían ni la plástica espiritualidad de Anaïs, ni su inteligencia para sacarle partido. Dos o tres naufragaron en la prostitución de baja estofa, esa que hace despreciable a una mujer.

Soplaban sobre el burgo bocanadas de aburrimiento del que hacía falta curarse a toda costa. Y para ello, probar esa droga que se llama el placer. Las chicas acudían a los bailes con ropas someras, que enseñaban mucho y permitían apoyar las manos en plena piel. Familiares con los hombres en la vida corriente, carecían parecidamente de compostura. Alentados, los jóvenes se permitían con ellas audacias a las que no se hubiesen arriesgado sin las incitaciones de las muchachas.

Todo aquello molestaba en gran manera a la señora Fouache, quien declaraba a la señora Nicolas, la esposa del pertiguero:

—La tierra ya no va como antes, amiga mía. Las gentes imaginan y oyen demasiado, con todos esos periódicos, esa radio, ese cine. Todo eso se les sube a la cabeza y yo veo cambiar a mi Clochemerle. Vendo la mitad de picadura y cinco veces más, en cambio, de cigarrillos hechos, sin contar los cigarros. Las ideas de grandeza y de goce predominan. Es Babilonia que resurge, fíjese bien en lo que le digo.

—¿Babilonia, señora Fouache?

—Sí, Babilonia, aquella ciudad de antaño, señora Nicolas, donde los emperadores pasaban la vida en orgías con las cortesanas.

—¿Qué son cortesanas, señora Fouache?

—Eran criaturas pagadas para el placer del hombre. Y figúrese usted que existían escuelas para enseñarles todas las suciedades posibles e imaginables. ¡El mundo también era puerco en aquel entonces! Esa porquería de naturaleza es la filoxera del mundo. Y el orgullo encima, el orgullo de querer ser más que el vecino, en cuestión de dinero y de importancia. Babilonia, señora Nicolas, ya lo verá. ¡Babilonia!

La baronesa de Courtebiche trataba agitadamente cuestiones de la misma índole en compañía del senador Piéchut, quien acudía con frecuencia a visitarla en su castillo desde que emparentó con la clase noble por el matrimonio de su hija Francine con un Gonfalon de Bec.

—¡Muy bien, senador! —gritaba a voz en cuello—. El mundo se ha vuelto como usted anhelaba verlo, amigo mío. Se ha hecho de cualquier pelanas un igual a nosotros. Y ¿a quién cree usted que beneficia eso? Ya no existe la buena sociedad.

—La experiencia democrática —respondía Piéchut— está en curso y da la vuelta al mundo. Debe procurar más bienestar a todos, y dar a cada uno parte legítima en las riquezas que produce la tierra. Los avances sociales responden a las necesidades. Los hombres tienen hambre y sed de justicia porque ha habido demasiados abusos.

—¿Quiere usted decir que ya no se producen abusos?

—No tanto. Pero, desde luego, hay menos.

—Menos, no lo creo. Bajo Luis XIV, el lujo era la prebenda de la minoría, de un círculo cerrado donde pocas gentes penetraban. Ahora, todo se ve demasiado, se conoce demasiado, se exhibe demasiado. Mire, hace poco vinieron a hacerme una

oferta para comprar mi castillo. Y ¿sabe usted quién? Nada menos que un carnicero enriquecido, un aposentador de las *Halles*^[1]. Desalojar a la vieja Courtebiche, cuyos antepasados acompañaron a san Luis a Palestina, para instalar en su lugar a un carnicero, ¿encuentra usted que es una reforma muy necesaria?

Luego, amargamente irónica, prosiguió:

—¡Y si hubiese visto la pinta de tal personaje...! Un tabernero abominable. Y el tono que se daba al hablar de sus millones y con qué aire inspeccionaba mi casa solariega, tan llena de historia... Habrá que ver cuando todo lo que es bello en Francia haya pasado a manos de esas gentes. Y fíjese bien en que el carnicero obtendrá mi castillo. Y si no es él, será otro desollador de su especie. Porque yo soy cada vez más pobre, en tanto que esos sujetos se enriquecen. Habéis querido cambiar de *élites*. Os deseo mucha satisfacción con las nuevas.

—Todo eso, señora baronesa, ha ocurrido por culpa de las *élites* de antaño, permítame que se lo diga. Es la rueda que gira.

—¡Pues que gire, amigo mío! Pero usted, vaya con cuidado. La envidia le acecha desde que se ha encumbrado usted.

—No temo nada mientras me sostenga al lado del poder.

—¡Toma! Razona usted como nuestros antiguos cortesanos... ¿Es usted un idealista, Piéchut?

—Pues, pues... de verdad, es que ya no tengo tiempo para reflexionar. No imagina usted cuán dispersadora es esta vida política. Soy un simple comerciante en promesas.

—¿Que no tiene intención de mantener?

—Si hubiésemos de mantener todas nuestras promesas, arruinaríamos al Estado. Se satisface a los más exigentes, a los más intrigantes, a los más peligrosos. ¡Tanto peor para quien no pertenece a ellos!

—¡Y tanto peor para el caos!

—El caos humano corresponde a los barullos de la naturaleza. Y, mire usted, yo creo que precisamente en eso consiste el gobernar: en tratar de limitar el caos.

Así disputaban amistosamente una anciana mujer autoritaria, que seguía conservando su solera, y un viejo liberal oportunista. Llegaban por gusto al extremo de las teorías, de las paradojas y del cinismo. Es probable que exagerasen uno y otra. Mas siempre se manifestaban de acuerdo en un punto, la profunda estupidez humana, que ha falseado ya tantas reformas y hecho vano el sacrificio de tantos apóstoles.

Pero no exageremos. Si mentes locas o temerarias soñaban con una felicidad de novela por entregas o de film americano, la mayor parte de los clochemerlino permanecían fieles a su oficio de viticultores y no deseaban otra cosa.

El hombre que sigue aferrado a la tierra de sus antepasados, inclinado sobre ella, está por lo menos seguro de sacarle su sustento. La tierra es ruda, no promete ningún

milagro. Exige por el contrario duros esfuerzos, pero no traiciona. El campesinado constituye la primera célula social de una nación, la más indispensable, pues toda vida viene de la gleba, esa gran nodriza del mundo.

Los clochemerlinos fieles a la tierra sabían que siempre dispondrían del suelo bajo sus pies, del cielo sobre sus cabezas y de grandes bocanadas de aire para respirar. Sabían que no obedecerían ni a la campana ni a la sirena y que nadie les mandaría. El destino se cumple allí donde el nacimiento sitúa. La aventura es un empeño quimérico, que ha poblado más prisiones y hospitales que castillos.

No obstante, reinaba ciertamente un malestar, denunciado por la señora Fouache, quien ocupaba en el estanco un puesto de observación de primer orden, donde convergían las comidillas de las mujerucas. Era, hablando en plata, el malestar de los tiempos nuevos, de la época de transición, de adaptación a un nuevo estado de cosas que tenía su origen en esa palabra maravillosa: el progreso.

Capítulo 3

El progreso

Al turista que hubiese vuelto a visitar Clochemerle durante el buen tiempo, el pueblo, reclinado en su colina verde y ocre, le hubiese parecido semejante a lo que era diez o quince años antes. El paisaje dormitaba en un bienestar de calor, en cuyo cénit flotaban pequeñas nubes blancas, que la brisa del Nordeste arrastraba con lentitud.

El burgo se amodorraba sobre un gran colchón de quietud ardiente, con uno de sus ojos fijo en el rincón de cielo de donde pueden surgir las nubes que acarrear en su vientre sombrío las malditas tormentas de granizo. Es el gran peligro de julio. Luego, viene agosto, con su refuerzo de calorías, que aplasta a los seres, recuece la tierra y la hace resquebrajar y hendirse. Encerradas en sus frescas casas, con las persianas bajadas, las gentes dejan que se cumpla el dorado milagro que producen en los racimos las gotas de sol, cuya fermentación dará las grandes cosechas.

A primera vista, el Clochemerle de 1934 semejaba al antiguo. No obstante, si se prestaba oído, se percibían estallidos de feria y de bailoteo, todo un estrépito de metales, sorprendente en aquel marco, que se elevaba del paisaje y lo recubría de oleadas sonoras. Estribillos de operetas y cuplés de café-concierto repercutían en los ecos de la montaña. Aquello causaba en pleno Beaujolais un ruido frenético de *Magic-City* y de *Luna-Park*.

Aquella farándula de sonidos sincopados, obsesivos, era generadora de un baile de San Vito que atacaba a las partes de los clochemerlinos. Las chicas, que tenían esas partes desarrolladas y dominantes, querían bailar a toda costa. Los aires de *jazz* les fustigaba la sangre, despertaban sus instintos y les sacudían bandazos en las caderas que enervaban sus nalgas bajo el rasete tenso. Pegadas a los chicos, meneaban la rabadilla como morenas de la selva tropical, con delirios amorosos estremecidos. Era que las costumbres nuevas habían ganado las campiñas.

¡Bueno, era la juventud! Después de todo, muchas de las muchachas de antaño habían sido iniciadas a los dieciséis años. Puesto que hay que pasar por ello un día u otro... Pero había matronas, que, cosquilleadas por aquella música salvaje, sentían reanimarse sus fibras. Acababan por creer que la vida les había perjudicado, que no les había otorgado su parte de placeres. Acudían a sudar al baile, donde desataban

maelstroms de rollizos pompis expertos. ¡Mujeres en edad de ser abuelas!

Los hombres, por su parte, sentían su medula calentada hasta el rojo blanco por aquellos braceos y revoloteos y se llegaban con más frecuencia a la ciudad, donde pagaban verdaderas bazofias, producto de la vida airada.

—¡Son las pasiones desencadenadas y Babilonia que vuelve! —gemía la señora Fouache—. ¿Recuerda usted los escándalos del urinario? Veremos abominaciones otra vez, amiga mía. Lo siento venir.

Durante siglos, lejos de las ciudades y de las grandes rutas, Clochemerle había vivido en el silencio y el aislamiento. Y he aquí que, de súbito, los rumores del universo franqueaban aquella muralla de China, aportando la duda, las tentaciones y la insatisfacción.

—¡Es el progreso! —clamaban los jóvenes, a cada paso.

—¿Qué progreso? —gruñían los viejos, enfadados oyendo hablar de las nuevas fiestas del mundo, en las cuales no participaban.

—Pues ¡el progreso! Ya no viviremos más como unos retrógrados, como unas pobres bestias.

—¿Quieres decir, como nosotros?

—¡Tendremos menos trabajo y más tiempo libre!

Un soldado licenciado, que regresaba de los centros urbanos, donde había frecuentado mulleras sólidas y reivindicadoras, lanzó, en plena posada Torbayon, donde resonó extrañamente y produjo un efecto sobrecogedor, esta palabra nueva: «¡Ideología!». Era como una nueva palanca de Arquímedes que había de levantar el mundo. Los viejos quedaron hipnotizados.

—¿Ideología dices tú, muchacho? Y eso, ¿qué es?

—Es una nueva religión que lo hará estallar todo —explicó el joven reformador, atiborrado a su vez de celo explosivo.

—¿Todo el qué harás volar?

—¡Todo! —repinó él, rabioso—. Vuestras viejas casuchas y vuestros embustes. Las viejas canalladas y toda la condenada trampa de antes.

—De todos modos, tu ideología, ¿no pretenderá volar también nuestras bodegas?

—¡Vuestras bodegas nos importan un pito, vejestorios! —gritó Joannès Migon—. No habéis salido nunca de ellas. Hay que derribarlo todo para reconstruirlo todo otra vez.

—¿Derribarlo todo? —preguntaban ellos, sofocados.

—Sí. Demoler el mundo, esta porquería asquerosa y demasiado vieja.

—¡Pues entonces, ya tienes bastante en qué ocuparte! Necesitas beber un trago para fortalecerte. ¿Y cuántos sois para emprender ese género de trabajo?

—Miles y miles —afirmó Joannès Migon—, que se os echarán encima para acabar de una buena vez con vuestras memeces de esclavos y de viejos chochos.

—«Viejos chochos» no significa gran cosa en tu boca. Tu hijo lo dirá un día de ti, un día que llegará más pronto de lo que piensas. No te tenemos en cuenta la expresión. Pero eso de «esclavos» no lo admitimos. ¿De dónde sacas que seamos esclavos nosotros, los hombres de Clochemerle? ¡A ver, dilo, cabeza inflada, cráneo enfermo, meningítico de nacimiento!

—Sois unos bestias, unos caducos de aldea. Carne de rebaño. Las raspaduras del capitalismo.

—Y ¿por qué te metes con nuestros cuartos, di, mocoso, nuestros cuartos que hemos ganado con tanta fatiga?

—¡Yo me río de vuestros cuartos, carcamales! Es necesario que las revoluciones se hagan —gritó el hijo Migon, anunciando con embriaguez el advenimiento de una justicia que principiaría con un zafarrancho de todos los diablos.

—Pero ¿tú ves la necesidad de una revolución en Clochemerle?

—Esa necesidad existe en todas partes. Hace falta pegar fuego a las barracas y que los billetes de a mil ardan dentro. La nueva riqueza del mundo consistirá en no tener ya dinero.

—¿Nada de dinero, dices?

—¡Aguarda a tener tú billetes de a mil!

—¡No los quiero!

—¡Nadie te los ofrece, pequeño!

Aquello duraba horas y horas en casa Adèle. En el calor de la discusión, cada cual, incluido el reformador, bebía sobradamente sus tres jarros. De noche, cuando había de regresar a casa de sus padres, la «ideología» de este último andaba ya un poco torcida.

El vocabulario del burgo se enriquecía con términos nuevos, importados del exterior, acaso bienhechores, acaso perniciosos. Nunca se tiene bastante cuidado con las palabras. Acarrear toda suerte de ideas, de creencias, de espejismos, y fuerzas misteriosas que trastornan las sociedades, *Ideología* llegaba después de *dancing*, *jazz*, *gigolo*, *charro*, *gran-sport*, *cámara*, *star*, *pin-up*, etcétera.

Mercachifle y *especulador* ya habían entrado en el lenguaje vulgar. Correspondían a fortunas que se habían visto edificar demasiado rápidamente. Se decía que las gentes de las ciudades entregaban su balance con tanta naturalidad como se quitaban la ropa sucia. La estafa hallaba todos los días medios más ingeniosos de ejercerse. La facultad de indignarse se embotaba. ¡Cosa grave! Muchos de los jóvenes que regresaban al pueblo contaban abiertamente que, para «llegar», la astucia era muy superior al trabajo. Comenzaban a deslizarse en las discusiones un término destinado a alcanzar un gran porvenir: *combina*.

Todo aquello era el vocabulario del progreso, cuyos efectos se hacían sentir en razón de los nuevos contactos con el exterior. El automóvil había hecho su aparición en Clochemerle, otorgando una importancia de demiurgo a Eugène Fadet, quien, inclinado sobre el capó, sabía auscultar un motor y hacer brotar las chispas de éste y

los truenos del escape.

¡El auto! Fue probablemente la más importante invención de principios de siglo, llamada a trastornar las nociones arcaicas del tiempo y del espacio, las relaciones entre los hombres, y a cambiar, empequeñeciéndolas, las dimensiones de la tierra. La palabra velocidad que derivaba de ella y a la que se juntó el de embriaguez, definía una droga soberanamente poderosa sobre los nervios y las costumbres. Y aquella droga, a la cual todos iban a someterse, ingerida con deleite cobraba fuerza de ley e imprimía al universo sus ritmos y cadencias. Cada cual fue sacado de su agujero como por milagro, aspirado de un pasado estantío en el que no sucedía nada, en el que la vida no era más que una teoría de costumbres en un decorado invariable. Cada cual fue dueño y señor de ofrecerse escapadas, sin más límites que su fantasía. Cada cual en su vehículo, con su mujer o su amante, su familia o sus amigos, y el mundo entero ante sí, tornado abierto y franqueable en cualquier sentido, ofreciendo a todos su inmensidad maravillosa, sus zonas baldías, para soñar y exaltarse, para bañar el espíritu en los cien mil aspectos de lo desconocido, las explanadas hasta perderse de vista de sus carreteras del llano y los toboganes de las montañas, sus panoramas cegadores de colores, sus parajes, sus anfractuosidades, sus gargantas, sus bosques profundos y sus cursos de agua, sus castillos fortificados de antaño, sus ciudades compactas y brillantes, su pureza agreste y su lujo ciudadano, y los monumentos grandiosos, que son los arcos de triunfo con que la civilización ha marcado sus etapas a través de los siglos. Y todo aquello, que desfilaba por ambos costados con ágil deslizarse, acunador y runruneante, en una profusión de imágenes ofrecidas, de perspectivas cabrilleantes, resplandecientes y mutables, todo aquello que dejaba a los automovilistas aturdidos de bellezas y de riquezas entrevistas, ¡era formidable!

Correr se convertía en la más urgente de las necesidades. La Humanidad iba a arremeter hacia delante, en un perpetuo éxodo de engullidores de kilómetros, de devoradores de velocidad, con una pasión completamente nueva por desterrarse, una apasionada avidez por verlo todo, conocerlo todo, juzgarlo y dominarlo todo, por avanzar cada vez más de prisa, por amasar un bagaje inmenso de sensaciones, de recuerdos, de comparaciones, de pasmos, desgranando una letanía de superlativos que terminaban desgraciadamente por embotarse, porque se tornaba demasiado fácil alcanzarlo todo sin esfuerzo. Y se tomaba la costumbre de rehuir toda meditación, toda contemplación, todo soliloquio que recondujese al hombre a interrogarse sobre el sentido de su destino.

¡No importaba! Se trataba de no quedarse atrás, pues la igualdad ya sólo se medía por el número de kilómetros recorridos, de cosas vistas y de fronteras cruzadas. Clochemerle, a su vez, también se lanzaba a la competición.

Jactancioso y mañoso, gran discutidor de taberna, Eugène Fadet se titulaba a sí mismo mecánico. Pero su comercio de bicicletas se desmoronaba, tanto por razón de

la topografía accidentada de la región, como por la obstinación de los clochemerlinos en conservar sus viejas máquinas oxidadas, ingenios de dieciocho a veinte kilos, cuya desesperante solidez encomiaban. Fadet se consolaba con la poca venta frecuentando mucho el «Café de la Alondra», donde era el aplaudido comentador de las grandes proezas deportivas. Tampoco esto le metía dinero en el bolsillo. Pero la ambición velaba en su hogar, en la persona de Léontine Fadet, mujer lúcida y fría, a quien desesperaba la vaciedad de la caja. Y, partiendo del principio de que un hombre puede ser utilizado de muchas maneras, orientó a su marido hacia una actividad más remuneradora.

En 1926, habiendo concluido un acuerdo con un agente de Mâcon, Eugène Fadet se convirtió en garajista y vendedor de «Citroën». Reapareció en el burgo al volante de un coche que causó sensación. Todo iba a salir de aquel coche, en el cual todos quisieron montar, y que, precisamente, se encontraba allí para que montasen en él.

Mouraille cambió su cacharro por un auto nuevo. (Aquel año había reinado una provechosa epidemia de gripe infecciosa). Luego, le llegó el turno a la baronesa. Piéchut encargó un modelo de lujo. Laroudelle, por odio y envidia de Piéchut, hizo otro tanto. Otros viticultores, que no querían que Laroudelle se creyese más que ellos, compraron igualmente. Y aún muchos más, empujados por sus esposas. Éstas aspiraban a abandonar de vez en cuando sus casas, de las que no salían sino para misas, bautizos, bodas y entierros.

La iniciación no se llevó a cabo sin alguno que otro estropicio. Naturalmente optimistas, los nuevos conductores no sospechaban las trampas de la aceleración, las de la fuerza centrífuga, ni los cuidados que reclama la mecánica. Consideraban que una máquina que está hecha para caminar, ha de caminar siempre. No sintiendo ninguna estima por el agua, omitían ponerla en los radiadores. Se les veía regresar con motores que humeaban como calderas y que enrojecían bajo el capó. Olvidaban comprobar el nivel de aceite, lo que traía como consecuencia barullos de engranajes, bielas fundidas, pistones reventados y berbiqués deteriorados. Pero esto todavía no era nada.

Hubo despistes, patinazos, topetazos y abolladuras de todo género, que daban como resultado chasis retorcidos, ejes descentrados y aletas arrancadas. ¡Trabajo para Fadet! Hubo vuelcos en recodos peligrosos, y, en consecuencia, miembros quebrados, heridas. ¡Trabajo para Mouraille! También *Juan Cadáver* sacaba lo suyo. Tuvieron que ser administradas algunas extremaunciones a automovilistas que habían dado de cabeza contra un muro o contra un árbol, o que se habían roto algo dentro del cuerpo, por haber dado una vuelta de campana un vehículo repleto de gente. Por lo que hubo también herencias que fueron adquiridas con veinte años de adelanto. Era el tributo que debía pagarse al progreso mecánico, Minotauro emboscado en las cuestas abajo y en los recodos. Por lo demás, las líneas rectas no eran menos temibles: uno se mataba en ellas con toda facilidad, aunque sin saber por qué.

Nadie se desanimó por ello. Gentes que habían rehuido recorrer algunas leguas,

para quienes constituía todo un problema subir al tren, no vacilaban en salvar cien kilómetros como si tal cosa, a velocidades inimaginables. Muy pronto todo eso pareció natural, después indispensable, hasta el punto casi de preguntarse cómo se había podido vivir hasta entonces sin moverse. Clochemerle se vaciaba los días festivos. Se faltaba a la misa dominical por salir temprano. Y las chicas... ¡Vaya usted a impedirles subir a un coche, so pretexto de darse una vueltecita amistosa! ¡Cuántas se pillaron los dedos, no regresando intactas de aquellas salidas de toda confianza! Pero de ello hablaremos más tarde.

Burgos y aldeas se pusieron en comunicación. El Beaujolais se mezcló con la Bresse, el Charollais, el Bugey, la Borgoña... Los parientes afluían, trayendo consigo amigos. Se devolvían las visitas. Por la noche, bien ahitos de vino, los conductores derrapaban petardeando, en medio de los chirridos de los cambios de marcha, tan rígidos al volante como si hubiesen pillado una tortícolis y, sin embargo, risueños, inflados por la certeza de ser tipos formidables, dueños del espacio, campeones del «quítese usted de delante».

Viendo que los negocios tomaban tan buen cariz, Léontine Fadet obligó a su marido a embellecer su tienda y a lanzarse a otra rama comercial: la venta de fonógrafos y aparatos de radio. Desparramó sobre el burgo torrentes de armonía, de cuplés, de ritmos saltarines. Las mujeres se mostraron sensibles a ello. Se negaban a confinarse en la soledad y el aburrimiento, cuando podían tener distracción en casa con sólo girar un conmutador. Los hombres acabaron por ceder para que se les dejara en paz. De ahí partió el follón que imprimían a las chicas cadencias de meneanalgas y daba a los clochemerlinos contoneos de atáxicos beatos.

Por si fuera poco, se vio llegar en un gran cochazo a tipos con gafas ahumadas de carey, pantalones de golf, chaquetas de *tweed*, extravagantes prendas de lana, jerseys de colorines y cigarro puro en el pico, que combinaban los dos géneros de *businessman* y «tomavistas». Se supo que Clochemerle iba a tener un cinema. La sala fue inaugurada poco tiempo después.

Lo inauguraron en primer lugar con un *western* crepitante de disparos. Una cadena de bandoleros se tiroteaban con ardor por los bellos ojos de una tía bien formada que mostraba, con su picaro pantalón de montar (pues también ella galopaba con rara maestría), expansiones que no era cristiano exhibir ante las narices de cow-boys hambrientos y perdidos en la selva. Pero, en todo caso, justificaban el encono de aquellos salvajes por perseguirla, haciéndole silbar los oídos con su lazo. (Los clochemerlinos varones se ponían en su lugar y pensaban que habrían hecho lo mismo que ellos por acorrallar a la hermosa y quedarse a solas con ella. ¡Valía verdaderamente la pena!). Tras una montería de terribles peripecias, la pobrecilla, fuertemente amarrada, iba a corresponder en reparto a un abominable bandido. El destino que la aguardaba hacía estremecer de horror a las almas sensibles. Entonces, se oía una galopada a uña de caballo que acudía del horizonte. El rubio, el tierno, el atlético Jimmy volaba en socorro de su enamorada. Sin molestarse siquiera en frenar

su caballo, saltaba a pies juntillas sobre el grupo de los raptos. Era cinturón negro de judo y poseía el derechazo fulgurante de Joe Louis. Sobreveniía entonces la zurra final y justiciera. Los duros caían como bolos o huían empavorecidos. Tras haber despejado el terreno, Jimmy subía a la grupa a su bella (que en aquellas reyertas no había perdido ni una onza de sus encantadores volúmenes) y ambos partían al trote corto hacia el rancho de la felicidad.

Después proyectaron la película principal. Una chica arrebatadora de Oklahoma marchaba a Nueva York para trabajar. Encontraba un empleo como dependienta en una *drugstore*, situada en un barrio popular. Pura y honesta, mandaba a su casa parte de sus ingresos para ayudar a su madre a criar a sus hermanos y hermanas. Este sagrado deber la sostenía en su duro oficio. Pero su corazón permanecía vacante, y este vacío la hacía sufrir en las horas crepusculares y durante los días de fiesta, que pasaba sola en su pequeña habitación, soñando con el príncipe encantador. La mala suerte se ensañaba con ella. Su patrona, la vieja *Mrs. Kreeps*, que le había tomado ojeriza desde que ella había rehusado las proposiciones de un mal sujeto, sobrino suyo, no le escatimaba las afrentas. A todo esto un buen día murió su pez rojo. Y su canario, volviéndose neurasténico, no cantaba ya en su jaula. A menudo, servía las hamburguesas a sus clientes con lágrimas en los ojos. En tal estado de congoja que la tornaba semiinconsciente, se dejó atropellar por un «Cadillac» en la esquina de la Calle 45, quedándose desvanecida en la calzada. Pero del «Cadillac» brotó un guapo mozo que la levantó, la tomó en sus brazos y la transportó personalmente a la clínica. Se adivina la consecuencia. Conmovido por tanta gracia e infortunio, el joven Slim Howard hizo una corte asidua a la pobre Joan de Oklahoma, llamándola fervientemente *darling* con su voz nasal y colmándola de regalos entre los que destacaba un «Cadillac» descapotable. (Una excelente ocasión para ella de aplastar un poco a los demás, compensación bien merecida). Podía permitirse esos lujos, pues era hijo del dueño de la «Texaco Oil», y su padre poseía el cuarenta por ciento de los valores del petróleo americano. Todo ello acabó en un gran baño de nafta. Y con un beso cronometrado, en primer plano, que los corazones tiernos saborearon como un *ice-cream* sentimental.

Era un film altamente moral, edificante incluso, pero justo del género que podía volver completamente chaladas a las chicas del género de Lulu Bourriquet.

—¡Una nueva Babilonia se prepara!

—No, no, señora Fouache —respondía Tafardel—. Es simplemente el progreso que está en vías de transformar la condición humana.

—¡Ah, señor Tafardel, me gustaría que fuese así! Pero me temo que el hombre siga siendo un imbécil y un grandísimo golfo.

Mouraille compartía la opinión de la señora Fouache.

—Se ponen en movimiento —decía— fuerzas que la inteligencia humana es incapaz de controlar. El progreso mecánico ha pasado de uno a mil en menos de un siglo. Mientras que el cerebro del hombre no ha ganado ni un grado.

—Perdone —replicaba Tafardel—, no estoy de acuerdo. Los hombres son más instruidos que antes.

—No niego que haya aumentado la cantidad de hombres que saben leer y escribir, y que, en último extremo, son capaces de expresarse. Pero ¿cuántos tienen algo que expresar? ¿Se dan ahora más genios? A buen seguro que lo que se dan son más locos.

—¿Más locos?

—Sí. Lo sé por los alienistas. El hombre no está hecho para este atropellamiento, o quizá sea que no se ha adaptado a él. Todo esto viene demasiado de prisa.

—¡Es usted un pesimista, doctor!

—Un pesimismo robusto no es incómodo, mi querido Tafardel. Confíese que, a menudo, los pesimistas han visto claro. Y que en definitiva tienen razón, puesto que todo termina con la muerte.

—¿La muerte? —respondía Tafardel, que no quería capitular—. ¡Tal vez ya no le quede mucho tiempo de predominio a la muerte!

—¡Es el progreso! —decían los clochemerlinos, al salir del cine, al encender sus radios, al pisar el acelerador de su coche.

Resplandecían de goce y de orgullo. Pero, en realidad, era el automóvil lo que más había influido en su transformación. Se encontraban clochemerlinos en todas las carreteras, recorriendo el mundo como unos ingleses cualquiera. Se les veía en Montmerle y Montmelas, en Bourg y Charolles, en Louhans y Lons-le-Saulnier, en Dijon y Besançon. Se les veía en Montélimar, en Aix-en-Provence, Niza, Cannes, Saint-Raphael, Sète, incluso en Burdeos. Siempre bien provistos de comida y bebida.

Nada pasmaba ya a aquellos clochemerlinos salidos de su agujero. Se volvían enormemente listos y atrevidos. Opinaban acerca de todo, con seguridad irrefutable, sobre política, fiscalidad, libre cambio, coches americanos, el príncipe de Gales, los rayos x, Rodolfo Valentino y el *sex-appeal* de Mae West, Hitler y Mussolini, Stalin y Primo de Rivera, la Greta Garbo y la Mistinguett... ¡Si hubiesen tenido el país en su mano, lo habrían gobernado y puesto en orden, ya veríais! Hasta el peón caminero de Clochemerle sabía lo que debía hacerse para que las cosas anduviesen derechas en Francia.

Los clochemerlinos se estaban convirtiendo en extraordinariamente inteligentes, y lo sabían. Llegaban a extrañarse ellos mismos, arrodillándose ante sus excelentes cráneos, que tantas cosas podían contener. Ya no eran unos paletos atontados, unos atrasados, unos chiquillos y descendientes de siervos. ¡Eran los hombres modernos! Pronunciaban un yo tan grande como medio pipote.

Lo malo es que, por la carretera, se encontraban a veces con engréidos que tenían un aire de satisfacción intolerable, que conducían por la izquierda, ¡los malditos puercos!, como boyeros de la Edad Media, que paraban sus cacharros en plena curva para ir a orinar en los sotos, coger fresas o sobar a su rolliza. Los clochemerlinos

abroncaban sobre la marcha a esa infrahumanidad.

Y venga a dar bocinazos, y venga a acelerar, con la certeza de que adelantaban a tontos de capirote, a miserables de las cavernas, a salobres aldeanos rezagados.

—¡Qué pena que un coche vaya a parar a manos de bobos semejantes! —decía el conductor clochemerlino.

—¡Son pobres franceses medios! —respondían los pasajeros clochemerlinos.

A causa de su buen juicio acerca de los hombres, por sentirse con una inteligencia tan bien lubricada, por conocer tanto y tanto sobre el mundo entero y todo y lo demás, se sentían inmensamente satisfechos de sí mismos. Y cobraban un aspecto vanidoso que les caía muy bien.

—En la actualidad —dijo una vez Sébastien Ouille, sentado al volante, en la euforia de los ochenta por hora—, verdaderamente ya no existe superioridad alguna sobre nosotros.

—¡Desde luego! —respondieron con éxtasis los otros clochemerlinos—. Ya no existe superioridad alguna sobre nosotros.

—¡Somos tan inteligentes como el que más!

—¡Tan inteligentes! —afirmaron todos.

Aquello era la verdadera igualdad.

—En cambio, más tontos los hay a porrillo. Prueba de ello es que se los encuentra uno por las carreteras.

—De seguro, más tontos no es precisamente lo que falta.

Y aquella convicción era la verdadera felicidad.

Se llegaba al cruce de Belleville y hubo que disminuir la velocidad para atravesar Saint-Jean-d'Ardières. Pero más lejos, habiendo recobrado su plena velocidad en la recta, Sébastien Guille soltó una carcajada.

—¡De todos modos —dijo—, el mundo está lleno de bobos!

Todos manifestaron solícitamente su aprobación.

—Y —concluyó Sébastien Ouille— ha sido preciso que llegase el progreso para que nos diésemos cuenta de ello.

Capítulo 4

El desarrollo de Clochemerle

Volvamos un poco atrás.

Adèle Torbayon se aburría.

Algunos años antes, aquella hermosa mujer, atormentada por la imperiosa necesidad de conocer homenajes de calidad refinada, había cedido a los ardores de un guapo notario y de un galante capitán^[2], lo cual no dejó de provocar vivos incidentes. Todo volvió a su cauce con la partida de los amantes, hombres de poca perseverancia, que sólo habían pensado en el placer. Convaleciente del corazón, viuda por parte de los sentidos, la voluptuosa posadera buscaba un derivativo a sus recuerdos nostálgicos.

Concibió elevar su posada al orgulloso rango de parador. Se sentía cansada hasta la náusea de ver siempre las mismas caras, de oír las mismas conversaciones, las mismas pesadas bromas, en un marco corrompido por humo de tabaco y relentes vulgares. Desde que lo novelesco la había visitado, anhelaba acoger gentes elegantes, venidas de lejos, que dejasen en su casa un perfume de distinción y de aventura. Rumió la cosa y emplazó sus baterías antes de hablar de ello, aunque segura de hacer prevalecer su idea si la presentaba hábilmente. Y es que, una vez que se supo engañado, Torbayon había comenzado a hacer gran caso de su mujer, por haber comprobado que bien se la pudieran birlar, cosa que por mucho tiempo había considerado como imposible.

Torbayon se reía del título que pudiese ostentar su casa, con tal de seguir llevando en ella la existencia que le gustaba. Lo mejor de la cual transcurría trincando y jugando a la *belote* con los clochemerlinos. El papel de un posadero consiste en entretener la sed del cliente, en hacerle olvidar la hora, guardándose, sin embargo, del peligro de tomar partido en las discusiones, cosa que siempre motiva disgustos con uno o con otro. Un local destinado a la expedición de bebidas es un terreno neutral, donde se pueden expresar libremente todas las opiniones.

Torbayon gustaba todavía de la caza, la pesca y la búsqueda de setas. Estas pasiones le alejaban a menudo de su establecimiento, cuya buena marcha dejaba al cuidado de su esposa durante sus ausencias, sin ignorar, por otra parte, que las caderas de Adèle y las opulencias mórbidas de su pecho no eran ajenas a la afluencia

de la clientela. Algunos consumidores tenían incluso lamentables atrevimientos de mano. Pero cuando se tiene un comercio y se desea su prosperidad, cuando además se quiere ir de caza, de pesca o por setas, hay que cerrar los ojos sobre ciertas cosas. Por lo demás, eran tantos los clochemerlinos que codiciaban a Adèle que se estorbaban entre sí. Veinte galanteadores, bien visibles y rivales, son menos temibles que uno solo, que esconde su juego y prepara solapadamente sus agresiones. Fueron dos *outsiders*, de los cuales él no desconfiaba, quienes convirtieron en cornudo a Arthur Torbayon.

Cuando las mujeres de edad madura comienzan a soñar con el amor, se tornan más estúpidas aún que las chiquillas. Torbayon se daba cuenta de que su mujer se volvía caprichosa, irritable, distraída. Perdía el alegre humor que había sido la base de su popularidad. Vio, pues, con buenos ojos el hecho de que se volviese hacia proyectos que podrían distraerla, y no hizo objeción alguna cuando ella habló de hacer pintar en grandes caracteres sobre la pared de la fachada:

CASA ADÈLE

PARADOR

Torbayon

—De todos modos, la fachada tendríamos que pintarla. Y dar un repaso al edificio entero.

—Bueno —contestó—, tú verás. Haz lo que te parezca, pero con calma.

(Al hablar de calma, se refería al dinero, claro está).

Adèle llamó a los contratistas y se sumergió en un maremágnum de presupuestos, que rápidamente cobraron amplitud. Pues en seguida se trató nada menos que de instalar el moderno confort: agua corriente en las habitaciones, espejos, alfombras nuevas, lavabos de porcelana, bidets e, incluso, cuartos de baño.

—Pero ¡estás loca, pobre mujer mía! —exclamó Torbayon—. ¿Cuartos de baño en Clochemerle? Lo que tú quieres es montar un hotel para americanos.

Sin embargo, Adèle se mantuvo firme. Moviada por el aburrimiento, deseaba conocer, a través de quienes la llevan realmente, la vida que embellecen los viajes, las estancias a orillas del mar, la frecuentación de casinos y de *palaces*. El nombre de Montecarlo brillaba en su espíritu como el de una capital mundial del amor y del lujo. Deseaba, una vez enriquecida, retirarse al Midi, entre Cannes y Menton, para ver desfilar lo que ella llamaba el «bello mundo». Términos como «Paseo de los Ingleses», «la Croisette», «el cabo de Antibes», ejercían sobre ella una atracción irresistible. La verdad es que resultaría demasiado tonto, habiendo sido la bella Adèle, cuyos encantos habían reinado sobre todo un burgo, morir sin haber visto nada

ni disfrutado del dinero amasado. Albañiles, pintores, escayolistas, electricistas, invadieron la casa. El hotel fue equipado de nuevo. Seis meses más tarde, lucía en el centro de Clochemerle una rozagante fachada.

Atraer a la clientela era una simple cuestión de cocina. Tiene mucha fuerza en Francia la cocinera que logra sacar untuoso el pollo a la crema, el *gratin* delfinés mantecoso, el *civet* de liebre bien ligado, la pierna de cordero cuajada y sangrante, que sabe preparar costillas de lechal a la parrilla, cangrejos y caracoles, ranas a la provenzal, el buen viejo estofado con zanahorias, la tradicional *blanquette* de ternera a la salsa de oro, el *entrecote* al vino, la mantequilla de anchoas... La que sabe conducir las carnes a su punto exacto de cochura, exaltar el husmo de la caza, dosificar la trufa, el ajo y la *fine*, el tomillo y el laurel, dar, en fin, a las viandas el arropamiento sabroso que es lo que el acompañamiento instrumental al canto.

Adèle se dedicó al fogón con la firme intención de ganar la partida. Profesaba que la calidad había de ser impecable, que una cocina no succulenta no era sino trivial. Las especias, los jugos, los escabeches, los guisos, los embutidos, los entremeses, la mezcla de aromas, la dosificación de los aliños, todo debía alcanzar ese raro grado de perfección, sabio, aunque sencillo y natural, que hace brillar de placer los ojos de los pequeños Brillat-Savarin y relucir sus mejillas rubicundas.

El menú, cuyo precio quedó fijado en veinticinco francos, era el siguiente:

Foie-gras truffé
Saucisson chaud en croûte ou grenouilles
Volaille de Bresse à la crème ou coq au vin
Fonds d'artichauts ou champignons
Entrecôte au sarments de vigne
Crêpes ou soufflé au kirsch
Fromages
Fruits
Pâtisseries

Pero también se preparaba cualquier otro plato por encargo. Había caza cuando estaba levantada la veda, ostras los meses en cuyo nombre estaba la letra «r», langostas y todos los pescados apetecibles.

—¡Como para reventar! —rugieron los primeros comensales, apopléticos, levantándose de la mesa sobre las cuatro de la tarde.

Partieron a notificar que habían descubierto en Beaujolais un rincón famoso para llenarse «hasta aquí». ¡Y nada caro, además! Eran precisamente rincones semejantes los que buscaban los automovilistas del domingo. Progresivamente, afluyeron coches atestados de turistas, deseosos de comer y beber hasta saciarse. No fueron robados ni

decepcionados.

Luego hubo habituales que pidieron quedarse a dormir. Se sintieron encantados al despertar en plena naturaleza, sobre una montaña, en el esplendor ligero de la mañana, y más encantados aún de enjuagarse la boca con *mâconnais* fresco. Volvieron para pasar los fines de semana.

La clientela engrosó rápidamente. Los automovilistas abandonaban la carretera nacional y, a costa de un desvío, acudían a regalarse en Clochemerle. El domingo, la plaza de la iglesia se transformaba en garaje. Los veladores con parasol de colores invadían la acera de la calle Mayor. Edificaron un mirador sobre el patio, sacaron partido de las dependencias. Emplearon chicas del pueblo, que servían hasta ciento cincuenta comidas los días de fiesta.

El nuevo parador hizo mucho por el renombre del burgo. En todas partes se citaba a la Adèle de Clochemerle, que llegó a ganarse las estrellas en la «Guía Michelin».

Arthur Torbayon salió de su apatía para revelar unas cualidades de conductor de hombres que no se sospechaban en él. Tocado con el gorro de cocinero —aunque le echaban de la cocina, donde no servía más que de estorbo— iba de mesa en mesa, informándose de si «las señoras y caballeros se sentían complacidos». Al terminar las comidas, ofrecía a los mejores clientes la ronda del amo. Luego, proponía una «visita a las bodegas».

Es una tradición entre los viticultores del Beaujolais abrir sus bodegas a los visitantes, porque están orgullosos de sus vinos y desean hacérselos apreciar. Tienen asimismo el puntillo de hacer coger una buena «cogorza» al forastero.

El novato no desconfía. Sacado del mismo tonel, bebido a la temperatura de la bodega, el beaujolais parece resbaladizo y de una ligereza sin consecuencia. Son incontables los presuntuosos que han debido revisar este juicio, en posturas poco compatibles con la dignidad de un investigador. El vino de Clochemerle es a la vez fino y traicionero. Se olfatea, se humedece el gaznate, y el hombre entero se siente inundado por él. Por lo demás, no embriaga malévolamente. Provoca una alegría encantadora, tan graciosa intelectualmente, que el bebedor se siente liberado de los convencionalismos y trabas que le encadenan en la vida ordinaria. Por lo que muy pronto empieza a declarar que se ríe de su mujer y de las cuentas que ha de rendirle, que se ríe de su patrono, de los gendarmes, del recaudador de contribuciones, de los vencimientos y citas, y de manera general, de todo lo que pudiera impedir a un libre ciudadano el conducirse según las leyes de su propio gusto y de su quisquillosa dignidad de hombre borracho. Este grado de emancipación regocija mucho a los clochemerlinos.

Con frecuencia, turistas caídos en la trampa abandonaban el pueblo con dos o tres días de retraso. (Pues suele pasarse de una bodega a otra para comparar las cosechas, y esta vida subterránea llega a falsear toda noción del tiempo). El record fue batido por tres desconocidos que, tras haber insistido en casa Torbayon para ser servidos rápidamente, permanecieron en Clochemerle diez días enteros, en un estado de

felicidad incoercible. Lanzaron en todas direcciones telegramas (que debían ser redactados en su lugar), informando que estaban retenidos por un negocio de la mayor importancia. El negocio eran las cosechas de Clochemerle, escalonadas en una veintena de años, que ellos deseaban ser capaces de distinguir a ojos cerrados.

La visita a las bodegas —gratuita, repitámoslo— tornóse en una meta turística apreciada. Aquellos que se habían dejado sorprender por el vino de Clochemerle traían amigos para que fuesen atrapados a su vez. Torbayon guiaba aquellas caravanas y sacaba de ello su ventaja. Cada vez había más visitantes que no estaban en condiciones de reanudar el camino y habían de quedarse a dormir en el hotel. Aquello aumentaba proporcionalmente la cifra de negocios y constituía una distracción para el pueblo.

Pero el oficio de cicerone del vino no es de aquellos que puedan ejercerse a medias, sobre todo en Clochemerle, donde los comulgantes de la botella no se convidan a falsos tragos. Arthur se había lanzado hacia aquella vía por patriotismo y abnegación comercial, creyendo ser un bebedor acorazado. Aquella vanidad le perdió. Es locura desafiar al vino. Puede, a ciertas dosis, reconfortar, alegrar al hombre. Pero a otras también puede matarle.

Torbayon estaba en la pendiente del hábito, primero amable, después, amenazador, más tarde, tiránico. No se sostenía si no era con el vaso en la mano. En ayunas, se sumía en un sopor pastoso e irresponsable, del que nada podía sacarle. Después de beber, se sumergía en los delirios de la megalomanía. Ora se sentía dictador, condenando a muerte a tal o cual persona cuyo aspecto no le agradaba. Ora recelaba que todo el pueblo se había acostado con su mujer. Afirmación absurda, pues todo el pueblo podía responder del decoro de la buena Adèle, al menos en el plano local. Sus conocidas flaquezas —bastante revuelo armaron en su tiempo— llevaban la marca de un deseo de evasión fuera de su ambiente, pero jamás había consentido nada a un clochemerlino, aparte las familiaridades corrientes que una buena comerciante está obligada a conceder a los parroquianos de una posada. La verdad es que Torbayon estaba enloqueciendo: las bodegas habían matado su razón. Tal era la opinión de Mouraille.

Un día viose aparecer en el hotel una belleza embriagadora, que cortó el resuello a los clochemerlinos. Se trataba de una simple doméstica; mas ¡qué importaba! La belleza jamás se deja asignar un rango subalterno. Aquella beldad halló su digno cantor:

*¡Oh sirvienta!, ¡oh Flora!, con tus manos rojas como cangrejos,
Con tus flancos de amor y tus callosidades,
Y a pesar de la lija de tus manos, Venus de la despensa,
Reinas en lo más oscuro de nuestras lubricidades.*

Así versificaba en secreto el viejo Bernard Samothrace. En el declinar de su fogosidad, acababa de encontrar a su Dulcinea del Toboso. Sirvienta en el hotel, era una alta y hermosa muchacha, de grupa de hurí, senos cálidos como frutas de Andalucía, muslos más apretados que la madera de teca y tersos como un *box-calf* precioso, labios de frambuesa chafada y unos ojos, magníficos y estúpidos a la vez, que reflejaban una animalidad tan primitiva como fascinante.

La carne de aquella tosca zagala olía a especias y a trópicos, exhalaba relentes salvajes, evocaba perfumes de noche profunda, alumbrada tan sólo por las claridades lechosas de un cuerpo cuyos impulsos semejabán mareas, creadas para agitar pasiones, como el mar tormentoso zarandea los barcos. Hubiera constituido un admirable modelo para una estatua simbolizando la bestialidad y la lujuria, esas grandes fuerzas ciegas que rigen las génesis y las corrientes más activas de la Humanidad. De seguro que aquella efigie hubiese resplandecido de necedad, pero de una necedad poderosamente simbólica, que hubiera ostentado el semblante de la fatalidad. Se adivinaba, al través de los silencios de su alma inerte, que nada podía desviar a Flora de sus ciegos fines genésicos. Ciertamente, la inteligencia no habría servido más que de estorbo en aquel bello ídolo de carne.

Samothrace cantaba, por tanto, a Flora Baboin en poemas que nutría de concupiscencia cerebral. Audaz con la pluma en ristre, se tornaba tímido lejos de su escritorio.

Sin duda es necesario que un poeta sufra para ser capaz de lanzar acentos sublimes. (Las gentes gustan mucho de que tanto lo sublime como la superioridad se paguen con un peso tranquilizador de dolores, de suspiros y de miserias).

Samothrace había sufrido hasta el punto de volverse agrio. Durante treinta años, y en cincuenta kilómetros a la redonda, no se había honrado la memoria de un Benoît Raclet (el escaldador del mildiu), o de un benefactor cualquiera, o de un exconsejero general, no se había colocado una primera piedra, inaugurado un hospital, una escuela o un lavadero, sin que él hubiese estado presente, con sus poemas de circunstancias. Entre dos aires de charangas locales, echando hacia atrás su inspirada cabeza, soltaba sus estrofas ante las narices de las autoridades y los asistentes rurales. En el castillo de Saint-Point se había enfrentado con la sombra de Lamartine. En Mâcon, en el patio del Ayuntamiento, al pie de la estatua de Timón el Misántropo (aquel ateniense honrado en una ciudad de los eduos), había celebrado cien veces en verso, bien la cuarta época de la edad paleolítica —la solutrense—, bien los oros del Pouilly-Fuissé, bien los rubíes del Clochemerle, del Juliéñas, del Morgon, del Moulin à Vent...

Pese a tantos trabajos y fatigas, había fallado sus citas con la gloria. Y no era por falta de haber estrechado muchas manos, de ministros, de diputados, de subprefectos, de alcaldes... Mil veces le habían felicitado por su «espléndido talento». Pero las cosas no pasaban de ahí. Terminada la fiesta, las gentes retornaban a sus propios asuntos, dejándole entregado a sus fútiles ocupaciones. Si le hablaban de obras

literarias, citaban las de sus colegas, confundiendo títulos y nombres de autores. Le decían, sin malicia: «Los poetas no se vuelven célebres hasta después de su muerte». Algunos le manifestaban una frialdad distante, estimando que la sociedad debe protegerse de los poetas.

Pero no se protege de ellos en absoluto. Se quisiera olvidar que existen, andrajosos que no conocen el precio de las cosas, figurantes apagados del escenario donde se juegan las partidas importantes, aquellas que sancionan el dinero y los honores. Nadie desea escuchar sus voces. No obstante, esas voces acaban por triunfar misteriosamente de la indiferencia y la hostilidad.

Un día, no pudiendo contener por más tiempo su emoción, su desesperanza o su miseria, el poeta traza sobre el papel algunas líneas. Un nuevo talismán ha nacido, ha surgido una nueva manera de sugerir lo indecible. Las palabras se remontan como aves migratorias, para ir a rozar con un estremecimiento de sus alas a los desconocidos, proporcionándoles refranes que más tarde cantarán en sus recuerdos. Un pelagatos cualquiera de poeta, ridículo y despreciado, puede lograr a veces algo semejante. Tal idea sostenía a Samothrace.

¿Poseía realmente un gran talento? Así lo creía en sus días de orgullo y de desprecio y lo dudaba en sus días de abatimiento.

Y en aquella situación descubrió a Flora. Y comenzó a escribir para ella, magnificando en ocasiones su cuerpo soberbio, representándola bajo otros rasgos duros y sarcásticos. Aquel rapsoda de la belleza había obtenido pocas veces el favor de las mujeres, con frecuencia calculadoras y nada tentadas a compartir su bohemia. Siempre leal a su mito de creador de renombre, fiel a la tradición de los poetas de corazón desdichado, hacía de una humilde sirvienta su inspiradora. Escribía, por ejemplo, si bien no osando comunicarle nada de ello:

*Y, bien, ¿qué dirías tú, preciosa,
De un talento destinado a la gloria,
Que presta atención a tu hermosura
Y que desafía el rigor de los otoños?*

*En mis versos te nombro
Si bien cuidando de que adivinar
No pueda el resto de los hombres
De quién es esa linda nariz.*

*Ahora estás en risueña primavera
Y dices: «¡Oh!, ese tal me abrume».
Sí, pequeña, mas de aquí a cien años...
¡La edad y el olvido, agobiante suma!*

*Y hasta, ¡ay!, mucho antes,
Por muy bella que seas hoy día,
No osarás sin ayuda de un biombo
Ajustarte las ligas.*

*De todo eso que te torna vana,
Blancas, firmes razones, a fe mía,
Pronto vendrá, presta atención a ello,
La postrera estación.*

*Piensa en la de Ronsard,
Viviente aún en todas las memorias,
Por el prestigio encantador de un arte
Que de una bella consiguió la gloria.*

*Si así te place, podrás ser como ella.
Figurarás en toda antología.
Descrita en términos eternos,
Contigo soñarán los futuros cerebros...*

*Eres tú, hermosa, aquella que he escogido
Para abordar a los mañanas
Lejanos, cogidos de la mano,
Pasajeros de la poesía.*

*Inmortal en tu hermosa primavera,
Piensa que es rara herencia
Que bien vale algunos instantes
Dedicados a mí, que os hago soberana.*

*Mas si te portas mal,
Ten cuidado con ello, hermosa niña,
Como a Theodora te cantaré en mis versos
Y así los años te perpetuarán.*

*¿No es preferible esto a los diamantes?
¡Ah!, elige, por tanto, ser honesta
Para quien puede salvarte del olvido...
¡Este mago, el poeta!*

Estos postreros juegos de un anciano amargado coincidían con la obsesión que se había adueñado de todos los clochemerlinos varones, jóvenes o viejos, por el simple hecho de la existencia de Flora, la impasible, la diosa de la sala común y de los pasillos del hotel, una diosa sospechosa, un tanto fregona y desaliñada, de risa tonta, tal vez, pero que sabía adoptar tales posturas, tenía unas formas tan esculturales que, aun cubierta de andrajos y de mugre, el deseo hubiera ido a buscarla debajo de ellos para exaltarse.

¿De dónde salía? ¿Qué azares la habían conducido a Clochemerle? Nadie se preocupaba por ello. Pertenecía a esa raza de esclavas de las que la pasión de los conquistadores hace reinas. De éstas, tan codiciables como un imperio, cuya existencia enciende de nuevo los salvajismos primitivos, suscita duelos, odios y asesinatos. Los hombres no soñaban con poseerla por amor, pero esto no importaba. Acaso aquella chica, lavada, perfumada y ataviada, hubiera llegado a ser una de las triunfadoras de la época. O tal vez no. Tal vez aquella bestia de lujuria, aquella bestia de grupa, tuviese un mayor atractivo, así, en su desaliño de criada, con sus morbideces de caderas fatigadas, sus ojeras y sus morados, sus olores poderosos, sus suspiros de buhardilla, su aire adormecido y retrepado, cuando posaba sobre sus admiradores su torpe mirada intraducible, que no desviaba y que les hacía enrojecer.

Siempre hay una criatura que descuella sobre las otras. Flora encarnaba en Clochemerle la belleza del momento, embriagadora y lasciva. Sucedió a la esplendente Judith Toumignon, cuyas guedejas doradas y opulentas carnes requirieron largo tiempo la atención de todos. Sólo podía oponerse a la sirvienta la deliciosa Marie Coquelicot, linda gacela de ojos tiernos y luminosos. Mas ésta solicitaba el sentimiento. El físico de Flora se dirigía exclusivamente a los sentidos. Nadie pensaba en quejarse de ello. Sin embargo, las mujeres la detestaban. Esto era una buena señal.

Se atribuían a Flora una serie incontrolable de aventuras. Lo cierto era que ella continuaba siendo, en la opinión pública, disputable, materia de pasiones sordas o fulgurantes. En realidad, parecía poco dispuesta a apegarse a un hombre. Inspiraba a un viejo poeta y obsesionaba fuertemente el ánimo del joven maestro, Armand Jolibois, que contaba veintiséis años.

Jolibois no tenía a su disposición, como Samothrace, el exutorio de la poesía. Las conversaciones filosóficas con Mouraille y Tafardel no podían satisfacerle. La imagen de Flora le atormentaba hasta el punto de convertir en insípidas a sus ojos a dos o tres jovencitas bastante agradables, que de buena gana hubieran alimentado una inclinación hacia él y que no se preocupaban de ocultarlo. (Un joven soltero siempre es acechado por las doncellas que piensan en los dulces lazos del matrimonio). En sus horas de clase, Jolibois caía en ensueños que le distraían de la enseñanza. Metamorfoseado en acérrimo o misógino por la insatisfacción, trataba con un rigor

excesivo a ciertos personajes de la Historia, principalmente a las reinas que tuvieron amantes, o a las concubinas titulares que se habían deslizado en el tálamo del rey. Hacía un elogio exagerado de la Revolución, que inquietaba a los clochemerlins, poco satisfechos ante la idea de un Robespierre o un Danton remplazando a su buen Piéchut. Empezaban a preguntarse si el nuevo maestro no sería anarquista. Pero era solamente un enamorado.

Flora se quejó a su ama de que llevaba huellas de pellizcos en lo más nutrido de su persona.

—¡Pobre hija mía! —respondió Adèle—. ¡No debe fijarse usted en eso! Yo también he tenido que pasar por ello. Cuando se sirve en una taberna, no queda otro remedio que aguantarlo.

—Pero usted es la dueña. Seguro que con usted ponían más cuidado...

—¿Más cuidado? Los hombres no saben contenerse demasiado. En cuanto pueden estrecharla a una en un rincón... Pero repítase usted que sin buenas carnes para atrapar pellizcos, tampoco se atrapan buenas propinas. Y, además, acabará usted enganchando un marido con ellas. ¿Cómo cree que se deciden los hombres? ¡Precisamente con las manos!

—No tengo ninguna prisa —adujo Flora.

—Eso se dice siempre. Pero un marido... No hay otra solución más que acabar por ahí... A menudo, no resulta lo que una cree. Pero, de todas formas, se tienen menos preocupaciones.

Un marido... La verdad era que no podía saberse lo que la extraña chica deseaba. ¿Lo sabía ella siquiera?

—No la creo inteligente —decía Tafardel, siempre inclinado a buscar la inteligencia aun donde ésta nada tiene que hacer.

—Está muy bien así —decía Mouraille—. Si esa chica no fuese tonta, con la planta que tiene, no estaría de criada en Clochemerle y no podríamos darnos el gusto de mirarla. No necesita inteligencia para cumplir su cometido incendiario. Más de uno caerá en la trampa de sus faldas. Y yo mismo..., si fuese más joven... ¿Es que a usted no le dice nada, Tafardel?

—¡Oh...! —decía Tafardel—. Yo sólo tengo pasiones intelectuales.

—Tampoco carecen de peligros. Vale más volverse loco por una mujer que por una doctrina.

—¡Nunca habla usted en serio, doctor!

—Veo enfermos todos los días, mi querido Tafardel. ¡Buena falta me hace consolarme un poco mofándome de la muerte!

Adèle sustraía todo lo posible a su criada del servicio de taberna, reservada desde las reformas a los consumidores del pueblo. La diestra comerciante consideraba que, en lugar de dejar que la guapa chica se echase a perder con simples viñadores, más valía conservarla para solaz de su clientela de lujo. Porque la verdad era que la chica atraía a la gente. Los habitantes de la ciudad la encontraban pasmosa en aquel marco

campesino. Incluso algunos alquilaban una habitación con la mera esperanza de que ella les trajese el desayuno a la cama.

Así, gracias a los tumultuosos encantos de Flora y gracias a la cocina incomparable de Adèle Torbayon, el renombre de Clochemerle crecía y se extendía hasta muy lejos. Un tercer nombre vino a arrojar nuevo lustre sobre el famoso burgo. Se trataba de un producto farmacéutico de gran difusión: el «Zénaphal».

¿Quién se acuerda de Eusèbe Basèphe, el mancebo de botica de Poilphard, antiguo farmacéutico de Clochemerle? Era, hacia 1917, un oscuro mozo de veinte años, melancólicamente doncel, que expendía los remedios, recogía en un algodón el pus de los panadizos y los forúnculos, aplicaba árnica sobre las contusiones y éter o tintura de yodo sobre las heridas benignas. En el laboratorio, confeccionaba píldoras y obleas, analizaba los orines del burgo, machacaba y malaxaba los potingues, amasaba los unguentos, pegaba las cápsulas y las etiquetas rojas: «Uso externo».

Miope, de aire aturdido, oliendo a gomenol, eucalipto y orín soflamado, solícito y orgulloso de su sapiente misión, el paliducho Basèphe alimentaba, en su cabezota de braquicéfalo rubio, sueños de ambición y de desquite. Preparaba su porvenir con una tenacidad que nadie sospechaba. Por la noche, solo en su buhardilla de empleado, atiborrándose de pastillas de goma y de malvavisco, cebándose por sistema de fortificantes fosforados, estudiaba hasta la madrugada las propiedades, dosis y preparaciones de todos los cuerpos que entran en la composición de las fórmulas del *Códex*.

Amables ensueños le sostenían en su árida labor. Cansado de tomar notas, el mancebo de botica evocaba a las lindas mujeres de Clochemerle que, arremangadas y cabalgando en una silla, le presentaban familiarmente sus nalgas hinchidas de majestad, para que él hincase en ellas la larga aguja de inyecciones. Experimentaba como un delirio de posesión cuando, apretando la jeringuilla, inyectaba el líquido bienhechor en las bellas masas sosegadas que se le tendían. Sus noviciados de amor no iban más lejos, preciso es decirlo. Era demasiado tímido para atreverse a tocar, de otra manera que no fuese clínica, las suntuosidades exhibidas ante sus narices. Aquellas visiones no hacían sino excitar más aún su mente, hasta el punto de poner su razón en peligro.

¡Qué esplendores marfileños, qué matices de camelia, qué granulación satinada, qué divinos claroscuros tenían aquellas formas, y cómo, en su soledad, Basèphe, hablaba con ellas tiernamente, nombrándolas lleno de fervor por sus nombres de pila: Catherine, Marie-Louise, Jeannette, Adélaïde, Agathe, Pélagie...! ¡Cuánto más atractiva era la cruz de las personas que sus caras, a menudo duras e indiferentes! ¡Y cómo se distendían de alivio las hermosas partes gemelas cuando, una vez quitada la aguja, el mancebo las frotaba con un algodón empapado en alcohol! ¡Y qué gentil retozar de aquellas grupas, en sus esfuerzos por ajustarse la ropa interior, antes de

volver a subirse las faldas. ¡Pero entre todas aquéllas, tan variadas, cada una con sus expresiones particulares, un par eran objeto de su predilección y de su amor!

¡Oh, nalgas de Anita Trimouille, ramillete de rosas y de claveles blancos, grandes peonías florecidas, tan enternedoras con sus venitas del espinazo, sus lisas redondeces, su profundo surco medianero, sus pliegues transversales, bien netos bajo las combas de los hemisferios!

¡Exaltadora y cara Anita Trimouille! Anita, la del dorso tan confianzudo y prometedor, ¡qué hechicera contracción tenías de riñones, con un lindo quejido de sorpresa temerosa, surgida de todo tu ser, alcanzado por el choque de la aguja que penetraba!

¿Sospechabas acaso, incomparable Anita, la adoración que inspirabas a un joven solitario, inclinado sobre ti en un punzante enfrentamiento, en tanto que, sin saberlo, lo más encantador de tu persona le sonreía, con todos aquellos exquisitos hoyuelos que lo salpicaban?

¿Has llegado a sospechar jamás, ¡oh Calípiga ingenua!, que, al mostrar así tus secretas palideces y tus penumbras de alcoba, trastornabas el corazón de un ruboroso mancebo de botica?

¿Sospechabas que aquel desdichado, cuando permanecía detrás de ti con la cabeza baja, fingiendo preparar la aguja y la jeringuilla, mantenía los ojos celosamente fijos en tus esplendores y respiraba con fuerza para impregnarse de tus aromas íntimos?

¿Sospechabas que tus combas soberanas eran más tarde para Eusèbe Basèphe los astros resplandecientes de la noche, en el silencio de Clochemerle, mientras el reloj de la iglesia dejaba caer las horas sobre tu reposo de bella durmiente?

¿Sospechabas las confidencias apasionadas que, desaparecida por fin toda timidez, aquel muchacho hacía más tarde a ese otro rostro suyo, tan expresivo, cuyas tiernas curvas había acariciado con la mirada?

¡Oh soledad de la juventud, grandes esperanzas y grandes penas, cuán conmovedoras sois! ¡Cómo sabe ennoblecerlo todo el ideal de un joven corazón y adivinar el alma por doquier! Aquel muchacho que no hubiera sido capaz de sostener tu mirada sin ruborizarse, aprovechando que le volvías la espalda, al romper la ampolla y llenar la jeringuilla, no cesaba de murmurar a tus adorables asentaderas, elegidas entre todas: «Anita, te quiero».

Si alguna vez le ocurrió hacerte daño y verse obligado a pinchar por dos veces para hincar la aguja, era porque la mano le temblaba y un vaho de emoción empañaba los cristales de sus gafas. Sólo Dios sabe con qué corazón se habría ofrecido en tu lugar para las inyecciones, por evitarte sufrimientos, con el fin de que le fuese dado posar su cara donde te hería y cubrir aquellas regiones sublimes de piadosos besos.

La vida es de una dureza implacable, Anita. Entonces eras una joven mujer de veintisiete años, provista de esposo, experta en muchas cosas en las que el pobre Basèphe, consumiéndose y creyéndose maldito, iba a tientas como un ciego. Para

aquel desierto abrasador de la juventud inquieta tú habrías podido ser palmeras y fuente; ¡cara Anita del bello cuerpo de oasis fresco!, tú, cuyas caricias hubiesen calmado la fiebre de una juvenil frente extraviada. ¿Qué te habría costado, Anita de Clochemerle, inclinarte un poco y convertirte para el tembloroso mancebo de botica en la Reveladora? Sí, sí, y sólo sí... «¡Eso no se hace!». En ese punto es donde el mundo engaña y obra mal. Pues el haberte inclinado compasiva, el haberle ofrecido una parte de aquella abundante cosecha de la que estabas madura habría sido una gran caridad. ¡Qué brincos habría pegado el corazón del pobre Basèphe bajo su bata de aprendiz de farmacéutico, qué orgullo y qué valor le habrías insuflado, Egeria de flancos generosos!

Anita, Anita, ¿tan poco mujer eras que nada veías ni presentías, sólo porque estabas vuelta de espaldas? ¿Cómo, a lo largo de varias series de inyecciones, jamás sentiste temblar de fervor y adoración la mano que te traspasaba? Detrás de ti estaba el amor, el más tierno, el más ferviente, el más devoto...

La juventud necesita de móviles bravios para obrar y emprender. Porque te amaba y quería salir de su condición subalterna, por reaparecer vencedor en los lugares donde se le había desdeñado, Basèphe se sumía con rabia en sus estudios. Sólo por elevarse y conquistarte, Anita Trimouille, pues mezclaba románticamente el mérito con el triunfo amoroso. ¡Sueño pueril, que no tenía en cuenta la marcha del tiempo, la evolución que se produciría en tu persona, oh Anita, bella estatua marchitable!

Hoy puede confesarse. Gracias a tus nobles formas, a aquel algo tan íntimo que ocultabas a los ojos de todos (excepto a los de Trimouille, deplorable patán) y que Basèphe conoció superficialmente, fuiste para aquel muchacho la inspiradora que, al imponerle rigurosas sujeciones de espíritu, había de conducirlo a la fortuna. Pero todo aquello que se compra al precio de una felicidad perdida ha de pagarse a un precio tremendo. Un alma estrujada en su juventud no se repone jamás por completo de los antiguos dolores.

Resultaba imprudente, y acaso escabroso, confiar al joven Basèphe el cuidado de pinchar a aquellas damas en lo más carnoso de sus personas. No porque careciera de destreza, no. Pero la gente podía haberse preguntado si el temple de su carácter y la suma de sus experiencias personales le cualificaban para trabajos turbadores en cualquier caso para su edad.

¡Bah, Clochemerle no hilaba tan fino, y las buenas mujeres no veían ninguna malicia en ello! En la farmacia, no se les pedía más que el precio de la ampolla. Y como ellas decían: «¡Qué más da enseñarlas a uno o a otro, puesto que siempre hay que enseñarlas...». Algunas, orgullosas de su belleza, incluso mostraban gran solicitud en airear rotundidades que estimaban demasiado poco conocidas. Aquellas damas vivían, en general, con la convicción de tener ahí un capital, matrimoniabile y rentable, sobre el que descansaba su autoridad en el hogar.

El farmacéutico Poilphard era un viejo loco, de gestos bruscos, que hincaba en las grupas, con un gozo inquietante, agujas de una longitud desmesurada y que hacían

sangrar. La clientela rechazaba sus servicios. Por el contrario, estaba encantada de la suavidad de mano de Basèphe. «No se nota siquiera que penetra», decían las pacientes. Jamás el más leve arañazo, siempre una asepsia perfecta. Las mujeres solamente querían al gentil mancebo para acribillarlas. Pero nadie pensaba en ofrecerle la recompensa de su abnegada y paciente aplicación.

Mas aquella recompensa llegó por fin un día, como todo llega. Una tal María Mouffier, alias María *la Robusta*, acudía todos los días a hacerse pinchar, aunque, francamente, cabía preguntarse el porqué, ya que parecía reventar de salud. Era una hermosa moza de unos treinta años que, cuando montaba a caballo, desbordaba ampliamente de la silla. Solía presentarse siempre a horas inesperadas. Acudió un día a las doce, cuando Basèphe, solo en la botica, estaba a punto de echar el cierre.

—Bueno, creo que le dará tiempo a ponerme la inyección —dijo María con su amplia sonrisa incitante—. Me conviene hacerlo ahora, pues he de tomar el coche de línea en seguida.

—Es que es hora de cerrar —protestó Basèphe.

—Cierre la puerta para que no entre nadie. Mientras, voy a desvestirme rápidamente. Me encontrará usted preparada.

Pasó directamente al laboratorio, adonde Basèphe la siguió, tras haber echado una última mirada a la tienda cuya guardia le estaba confiada.

¡Claro que estaba preparada! Y ya en la postura apropiada, ofreciendo un amplio blanco desnudo. Sin ser comparable a la querida Anita, María Bouffier no era de esas que pueden ser desdeñadas. Había una bondad sencilla y alentadora en sus opulencias. El mancebo se sintió extrañamente emocionado. Las gentes estarían ahora en sus casas, tenedor en mano, indiferentes a lo que sucedía en el burgo.

Y él, encerrado a solas con aquella rolliza María desprovista en absoluto de velos. Si tuviese valor...

Pero María lo tenía de sobra. Inclinado sobre sus trebejos, Basèphe se sintió empujado hacia atrás. Una boca voraz se apoderó de la suya. Perdió el tino y, se convirtió en un dócil instrumento en manos de aquella resuelta mujer, a la hora más aturdidora de la jornada, matizada por el zumbir de los insectos de mayo. Hubo un estrépito de frascos derribados. Se desparramó el jarabe sobre el enlosado y su olor azucarado atrajo algunas avispa. De tal suerte, que María fue punzada, a fin de cuentas, si bien por una *vespa vulgaris*, que le arrancó un fuerte grito y le dejó su dardo clavado en el muslo. Basèphe le aplicó agua de colonia.

Ya era hora de que aquella aventura se produjese. El mancebo tenía entonces veintidós años. Desmejoraba, perdía el apetito y el sosiego. María Bouffier operó un verdadero salvamento y se dedicó a él con toda asiduidad. Era una mujer mimosa, de cuerpo agradecido. A partir de entonces, Basèphe tuvo menos prisas por ir a encerrarse en su habitación. Se atrevió a mirar a las chicas, sin perder no obstante

aquel aire solapado, o cínicamente agresivo, que había sido el suyo durante largo tiempo. Sin embargo, quedaba marcado de manera indeleble por aquellos repliegues que habían coincidido con la formación de su ser. Conservaría aquella impronta durante toda su vida y daría siempre la impresión de salir de un sueño inconfesable, totalmente poblado de visiones mofletudas.

La fortuna acabó por sonreírle. La herencia de una vieja tía le permitió marchar a la ciudad y estudiar hasta conseguir su título. No obstante, aún tardó en establecerse.

Por último se enteró de que el farmacéutico de Clochemerle, sucesor de Poilphard, deseaba traspasar su establecimiento. Era un gastrálgico, obligado a renunciar al vino, y ver a tantos bebedores regocijados en torno suyo le ponía enfermo de envidia. Basèphe aprovechó la ocasión.

¡Anita Trimouille, querida obsesión! Las abundancias de María Bouffier no habían conseguido borrar tu imagen. Ni las amantes que Basèphe tuvo después. Mas ¡ay!, Anita había abandonado Clochemerle. Al enviudar, decidió partir para rehacer su vida a otro sitio. Se la suponía en Argelia, pero las gentes nada sabían con precisión.

Basèphe hizo modernizar la farmacia e instalar, en el huerto contiguo, un pequeño laboratorio, del que saldría algún día un producto prestigioso, una de esas especialidades cuya venta procura fortunas a los grandes aliviadores de la humanidad. Aquello requería mucho trabajo y reflexión. Consagró todo su tiempo libre a hacer investigaciones.

Un día, el producto estuvo a punto de presentarse al público y fue bautizado con el nombre de *Zénaphal*. Sin duda debe verse en la elección de aquel medicamento una consecuencia remota de la penosa crisis de pubertad de su inventor. Era un supositorio, a diferentes dosis, de múltiples aplicaciones, un analgésico de notable eficacia, para uso ampliamente femenino.

Con objeto de dar a conocer su producto (y evitar al tiempo toda confusión: «¡Sobre todo, no se le ocurra tragárselo, desdichada!»), el farmacéutico Basèphe no vacilaba en preconizar su uso inmediato, en el momento de comprarlo, y en proponer una demostración de su empleo. Parecía sacar de ello un placer mudo y grave, henchido de reminiscencias. Conducía a la cliente al laboratorio donde María Bouffier acudía antaño a hacerse pinchar.

—Pase, señora, voy a mostrarle cómo se hace. En seguida se sentirá aliviada... Arremánguese... Acódese... Inclínese hacia adelante... Sobre todo, procure no contraerse...

Con dedo ágil y preciso, glicerinado, encauchutado, hundía el pequeño obús.

—Bien, ya está en su sitio. Se derretirá con toda facilidad. ¿Le he hecho algún daño?

—¡Oh, no, señor Basèphe! Pero por ese sitio... la verdad, sorprende un poco...

Prudente organizador, tuvo una idea publicitaria genial. Mandaba a los médicos una cesta de diez botellas de un buen caldo de Clochemerle, acompañado de la carta siguiente:

Distiguído y apreciado doctor:

El Zénaphal (para las dosis apropiadas, véase prospecto adjunto) obra con eficacia en los casos de obstetricia, metritis, salpingitis, cistitis, hemorroides, desarreglos menopáusicos, reglas difíciles, enteritis crónica, agujetas febriles, insomnio, etcétera. Procura un alivio inmediato y duradero, sin fatigar los órganos de la digestión. Hallará usted adjuntos los testimonios de los señores profesores que se dignan preconizarlo. Se emplea el Zénaphal en la mayoría de clínicas y hospitales de Lyon, Mâcon, Villefranche, Dijon, Bourg, etcétera.

Pero esto no es todo, distinguido y apreciado doctor. Si bien nos preocupamos en particular de los enfermos, no por ello dejamos de pensar también en los señores médicos. Sabemos lo ruda que es su tarea y que los trastornos del exceso de trabajo les amenazan a menudo. Queremos contribuir a sostener sus fuerzas.

Le rogamos se digne catar el excelente vino de Clochemerle, del que le remitimos diez botellas y deseamos se reconforte con él entre consulta y consulta. Ya nos comunicará si ese buen vino francés le ha sido tan provechoso como nuestro Zénaphal a sus enfermos.

De usted afectísimo distinguido y apreciado doctor...

Aquella política tuvo efectos inmejorables. La palabra *Zénaphal* se multiplicó en las recetas, lo cual garantizaba un consumo regular del producto, cuya venta subía rápidamente.

Más tarde, el farmacéutico hizo un acomodo con Adèle Torbayon. A todos los médicos residentes en un radio de cien kilómetros les enviaba, una vez al año, un bono para dos comidas gratuitas, vinos y servicios incluidos, en el famoso parador. Tras la visita a los laboratorios, se pasaba a su magnífica propiedad, donde el champaña discurría a torrentes. Así adquirió amistades inapreciables en el cuerpo médico. Adèle obtenía igualmente beneficios del arreglo: los visitantes que habían probado una vez su cocina volvían trayendo nuevos clientes. Torbayon se apoderaba de ellos y les conducía a las bodegas. Las cuchipandas no acababan nunca.

De este modo, el *Zénaphal* contribuía con su reputación (fuertemente apoyada por la propaganda) a extender la de Clochemerle, cuyo nombre empezaba a irradiar sobre toda Francia. En cuanto a Basèphe, fácil es comprender que estaba amasando una enorme fortuna, tan ávidos se mostraban los rectos por usar su supositorio. Éste tenía poco más o menos la misma forma que una bala de fusil «Lebel», pero de una bala

cuya punta mantecosa se embotaba suficientemente al calor del cuerpo para que su empleo se viese facilitado por ello.

—¡Una fortuna colosal! —murmuraban los clochemerlins envidiosos—. Y todo con un chisme que se mete en el trasero. ¡Los hay con suerte!

Pero las mujeres se ponían de parte del farmacéutico. Casi todas usaban el *Zénaphal*, pues el generoso inventor distribuía gustosamente estuches-obsequio, a condición de que se le tuviese al corriente de los resultados obtenidos, que tenía interés en controlar, registrándolos cuidadosamente en fichas. Tuvo que examinar de cerca algunos casos de inflamaciones circunvecinas. La experiencia demostró que se trataba de brotes de eczema, de origen hepático, localizadas por azar en semejante sitio y en absoluto imputables a su producto. Por el contrario, hizo doblar o triplicar las dosis para calmar los terribles pruritos que martirizaban a los enfermos. ¡El *Zénaphal* triunfó también del eczema!

—¡Hay que ver! —decían las mujeres—. ¡Vaya una idea la de curar a las gentes por abajo! Tan fácil de utilizar. Y sin dejar ni un mal sabor de boca.

Por añadidura, Mouraille, que sostenía los mejores tratos con el farmacéutico, que le invitaba a menudo y a quien veía de buena gana, porque juntos sostenían conversaciones interesantes, recetaba ampliamente el *Zénaphal*. Siendo partidario del viejo y clásico *purgare*, tenía por dotado de una virtud médica superior todo lo que penetraba en el cuerpo de semejante manera. Parecía, pues, que Basèphe, rico suntuosamente instalado y, en consecuencia, vengado de su oscuridad anterior, lo poseyese todo ahora para ser feliz. Y sin embargo...

Había hecho restaurar su antigua buhardilla de mancebo, en lo alto del edificio de la farmacia. Allí se retiraba solo para meditar y soñar, como antaño se encerrara pobre, inquieto, atormentado... ¡Oh, formas ideales de Anita Trimouille, alma querida! Estáis aquí, imaginarias y deslumbrantes, igual que en el pasado. Anita, cuyo destino fue ser adorada de espaldas, Anita, que no supiste volverte a tiempo para sorprender el éxtasis, ¿adonde has ido a envejecer, a morir tal vez...? Quizá lo uses para tu salud. Y, sin embargo, lo más probable es que ignores siempre que el bienhechor *Zénaphal* es el invento de un pobre mancebo de botica desesperado, que se estremecía de amor ante tus esplendideces carnales, cuando te hallabas en la plena floración de la juventud. Aquel muchacho tímido, helo aquí de nuevo en los lugares de su primera adoración, guardando eternamente en el corazón el desasosiego producido por saberte situada fuera de los alcances que le hubiesen permitido confrontar los deslumbramientos del pasado con las realidades del presente.

¡Anita, querida Anita!, tú has continuado siendo aquélla con la cual se sueña, la inaccesible, la sacerdotisa de quimera que mantiene en el corazón del hombre esa añoranza de insatisfacción y esa llama de melancolía con que se matizan todos nuestros placeres. Anita Trimouille, criatura ideal, todavía obsesionas noches sin sueño. Y con frecuencia sucede que el señor farmacéutico Eusèbe Basèphe, el famoso y riquísimo especialista, se ve forzado a recurrir a su propio específico para conseguir

dormirse. Pues es cierto que se trata de un excelente producto, eficaz también en grado sumo para calmar los nervios y sumir al paciente en una bruma de ilusiones sin cuento.

Capítulo 5

Complicaciones religiosas

Y llegó el sucesor de Ponosse.

Se le aguardaba desde hacía días con cierta inquietud. ¿Qué cara tendría? Es preciso advertir en seguida que nada más verla les cortó el resuello a los clochemerlinos y les hizo presentir que las relaciones con el cielo iban a complicarse singularmente. Los parroquianos de la taberna permanecieron al acecho, después que un ciclista venido de la estación les hubo señalado su proximidad. Lo examinaron al pasar, cuando, una vez llegado a la plaza de la iglesia, él se hizo indicar el emplazamiento de la rectoría.

—¡Caramba! —dijeron con sorpresa—. ¡Vaya!

—¡No tiene una pinta muy amable el tío!

En efecto, era un enorme cura, pálido y siniestro, de unos cuarenta años, tan tieso como el as de bastos, todo huesos, manos y pies, de perfil tajante y barbilla tan firme como un parachoques, un negro personaje cuyos ojos oscuros brillaban de fanática devoción. Portaba una verdosa sotana corcusida, y los bordes reblandecidos de su sombrero batían al viento como alas de cuervo. Un tipo como para producir escalofríos agoreros de una mala muerte. Se abismó en el callejón sin salida que conducía a la casa parroquial.

No había transcurrido una hora siquiera, cuando ya recorría Clochemerle a grandes zancadas bruscas, con aire arisco, sin saludar a nadie ni sonreír a los niños, lanzando sobre el burgo una mirada de águila. A golpe de tambor, hizo anunciar por Beausoleil un servicio religioso especial para el día siguiente. Los clochemerlinos acudieron a él en gran número, atraídos por la curiosidad.

La misa fue oída en una tensa atmósfera de pánico. Los *Dominus vobiscum* del oficiante restallaban en la cara de los fieles como «¡firmeeeeees!» de sargento. Despachada la misa, el cura Noive subió al púlpito y habló con voz ronca. El sentido de su prédica fue más o menos del tenor siguiente: «Y ahora, hermanos míos, ¡se acabó el tiempo de reír! Os habéis hecho de Dios una idea blanda y degradante. Apartemos de una vez a ese Dios demasiado condescendiente, que ve con complacencia la francachela, la carencia de recato en las mujeres y el libertinaje en los hombres. Voy a ponerlos en presencia de un Dios cuyo Hijo ha sufrido por

vosotros, el Dios de la justicia, pero también el Dios terrible que os pedirá cuentas de la sangre divina, la sangre de la Cruz, derramada por vuestra salvación. En una época bajamente materialista, que se cubre de oprobio y no cesa de ofender al cielo, quiero hacer con vuestra ayuda de Clochemerle una ciudadela de la fe más firme. El mundo, os lo notifico, no se salvará sino por la penitencia, la continencia, la templanza, la plegaria repetida y el desprecio de los bienes terrenales. Las novenas del rescate van a comenzar».

—¡Pues sí! ¡Estamos arreglados!

—¡La que se va armar en la confesión!

Las gentes estaban aterrorizadas. Jamás se les había hablado de Dios en términos tan terroríficos, propuesto un programa tan árido para ganar la vida eterna. A las mujeres se les revolvían las entrañas, se sentían abrasadas por un hierro candente y sus senos parecían pesar con gravidez vergonzosa. Se las designaba, en suma, como los instrumentos de la gran suciedad universal. Era en verdad como para hacer flaquear sus piernas.

Consiguientemente, comprendieron los clochemerlinos que un sacerdote que lo veía todo negro, debido a su natural melancólico y atormentado, encontraría el pecado en todas partes, sembraría la duda en las mentes, mediría con tacañería el paraíso a sus feligreses y haría de la parroquia un lugar limpiamente aburrido. Mouraille declaró que no se debería colocar a ningún sacerdote al frente de una comunidad sin haberle hecho sufrir un examen psíquico profundo.

—Mirad —decía— en los grabados de la época las pintas de aquellos caballeros de la Inquisición, y decidme si jetas semejantes no incumbían a la neurología. Se lee en los rasgos de los inquisidores el estigma de la contención sexual y del sadismo. Entre aquellas gentes había bastantes perturbados mentales.

—Los curas —hizo observar Armand Jolibois— se ocupan con exceso del pecado de la carne. ¿No será en virtud de su propia obsesión?

—El ejemplo de la castidad —dijo Tafardel— viene del ciudadano Jesús, que vivía en la soledad y la privación. A su juicio, doctor, ¿Jesucristo murió virgen?

—Existe una gran tendencia a escamotear el problema de la sexualidad en los seres con caracteres divinos —respondió Mouraille—. Salvo, claro está, en la mitología antigua, donde los mocetones del Olimpo, cuando estaban cansados de las arpías de sus esposas celestiales, no se privaban de echar una canita al aire en la tierra. El caso de Jesucristo es espinoso. Si hubiese dejado en la tierra una descendencia de nietos de Dios, ¿os dais cuenta de la complicación que supondría para el dogma? Es mejor descartar esa eventualidad.

—A ese propósito —intervino Samotrache—, he leído un artículo muy serio, en el que se pretende que el celibato de los sacerdotes causa un grave daño a la espiritualidad, porque las cualidades morales de los religiosos no son transmitidas por

la vía de la sangre.

—Dicho de otro modo, ¿carecemos de hijos de curas!

—No lo tome a broma. Esa tesis se apoyaba en las leyes de la herencia. ¿No pretenderá usted negarlas, doctor?

—No las niego. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la herencia ancestral, surgida no se sabe de dónde, siempre es susceptible de intercalarse entre las herencias de filiación directa. Se tienen constantes ejemplos de ello. Créame, el individuo está condicionado por sus glándulas y sus órganos. No se puede salir de ahí.

—Nos estamos desviando de la cuestión —dijo Tafardel—. Hablábamos de la influencia que el carácter de un cura puede tener sobre sus feligreses. ¿Qué opina usted sobre ello?

—A primera vista —respondió Mouraille—, el nuevo cura es un temperamento mezcla de nervioso y bilioso, con tendencias febriles.

—¿Mal indicio?

—Pues... aproximadamente lo contrario de los componentes psicológicos de nuestro viejo Ponosse, a quien yo situaba entre los sanguíneos plácidos, con predominio intestinal... O mucho me equivoco, o la vida en Clochemerle no resultará alegre para los cristianos.

El cura Noive tenía una hermana que le servía de ama, una solterona bigotuda, de piedad astringente, que mimaba a un Dios de hiel en un corazón siempre ultrajado a la vista de cuanto la vida podía brindar de gracioso, tierno y amable. Hay naturalezas constituidas así, a contrapelo, a las cuales todo lo que se asemeja a la felicidad las sume en el despecho y el furor.

Barbe Noive despidió sin contemplaciones a Honorine, destinándola a un hospicio de ancianos donde, rodeada de viejas chochas, podría laborar su salvación. Esto era lo único que contaba para ella. La inmundicia humana debe partir de lo más bajo para elevarse a lo más alto. No se gana el cielo en el lujo y el bienestar. El cuerpo no es sino excremento y sólo al salir de ese pútrido andrajo puede el alma irradiar su luz... La nueva ama de llaves de la rectoría disponía de todo un repertorio de estas máximas santificadoras.

Pero Honorine no tenía prisa por marcharse. Festejada en la tabernucha, donde podía beber a saciedad, lo aprovechó para decir muy alto lo que pensaba de un sacerdote que no tenía en cuenta los servicios prestados a la iglesia. Se jactaba de haber cuidado a un santo varón, dulce y humano, que valía cien mil veces más que aquella cetrina estantigua dietética, que se abrevaba sádicamente del agua de un pozo. En cuanto a aquella nariguda que cuidaba del interior del cura, era una alimaña del infierno, cuya carne filamentosa olía ya a alquitrán y a parrilla. Tales juicios adquirirían un gran alcance por el hecho de que Honorine había vivido largo tiempo en la vecindad de las cosas sagradas. Ella sabía, mejor que nadie en el burgo, cómo se

administra honestamente el dogma. Por último, no le quedó más recurso que irse, no sin haber echado en cara con acritud a Barbe Noive lo que pensaba de sus procedimientos.

Clochemerle se quedó, pues, en presencia de su cura, atrincherado en la rectoría como en una fortaleza tenebrosa. Los acentos del angelus matutino cobraron de pronto un timbre cascado para anunciar jornadas poco regocijantes, bajo un cielo de cólera que no prometía más que castigos. Las gentes no se aventuraban ya sino con temor en los parajes de la iglesia.

Seis clochemerlinos murieron durante la semana, proporción jamás alcanzada con anterioridad. Entre ellos se contaba el abuelo Garabois, de noventa y seis años, a quien cuidaban con gran esmero para que pudiese celebrar el centenario, lo que habría arrojado gran lustre sobre Clochemerle, demostrando la cualidad tónica de su vino, del cual el anciano había bebido en su vida más que nadie.

Seis muertos para una semana era demasiado. El mismo Mouraille encontraba anormal tener que entregar en tan poco tiempo tantos permisos de inhumación y comentaba:

—Los enfermos prefieren acabar de una vez, por miedo a tener que recibir de nuevo a ese cura junto a su cabecera. El sujeto ese nos traerá la negra. Vais a ver cómo tendremos pedrisco en los viñedos.

Cuando llegó el momento de acudir al castillo para confesar a la baronesa, según la costumbre establecida, el cura Noive opuso una negativa formal. Encargó al emisario enviado a buscarlo que explicase a su ama que el sincero arrepentimiento de los pecados implicaba la renuncia a la comodidad (era lo menos que podía hacerse) y que, personalmente, él tenía por iguales a todas las almas ante el tribunal de la penitencia. Hizo contestar también que no acostumbraba a cenar fuera de casa, ya que debía ajustarse a un régimen. Que no se contase, pues, con él para adornar la mesa de la castellana, jugar una partida de dominó y conversar con ella acerca de futilidades mundanas.

La baronesa se lo tomó muy a mal. Al instante, tomó airada su pluma y escribió la carta siguiente, dirigida al obispo:

Eminencia:

Me gustaría saber quién es ese insolente de cura sin educación que Vuestra Eminencia acaba de otorgar a Clochemerle. Si se tiene especial empeño en acentuar el divorcio entre la religión y el trato social, prefiero decirle que yo permaneceré fiel a este último. Sé muy bien lo que le debo a Dios, pero sé también lo que debo a mi nacimiento. Y Dios no me ha hecho nacer d'Eychaudailles d'Azin para tener que aguantar las afrentas de un palurdo

ensotonado. Al fin y al cabo, puedo prescindir de las absoluciones de ese imbécil.

*Pero os advierto que dejaré de interesarme por las obras de la parroquia.
Con la devoción de vuestra humilde servidora*

Alphonsine de Courtebiche.

—Ya está —dijo la baronesa—. Ya le enseñaré a vivir al muy...! ¡Ah!, ¿conque no se debe hacer más caso de mi alma que de la de cualquier bribón? Lo veremos... Nunca he ocupado en la vida sino palcos proscenios y sitios de honor, a la derecha de los dueños de casa. ¿Pensará el individuo ese que me voy a contentar con menos cuando llegue al cielo? Me sentaré entre los procedentes del *faubourg* Saint-Germain, lejos de la pocilga de los mezquinos bienaventurados de los barrios bajos. Cuento precisamente con la justicia de Dios para colocar de una vez a cada uno en su sitio y libramos de la mascarada de la tierra.

Su hija entraba en aquel momento.

—Estelle —le dijo—, hemos perdido mucho enterrando a nuestro viejo Ponosse. Había acabado por civilizarle y resultaba ya muy aceptable como capellán de una viuda noble. ¿Y sabes a quién mandan para sustituirle? Pues nada menos que a un Calvino de la triste figura.

—¿Un Calvino, madre mía?

—Que hace demagogia religiosa.

—¿Demagogia?

—Sí. Pretende humillarme atrayéndome a su pulgoso confesonario. Pero ¿tú puedes concebir esto, Estelle?

—No, madre mía.

—¡Haces muy bien, hija! Si fuese más joven, te aseguro que mandarí la fe a paseo, sólo por enseñarle buenas maneras a ese representante del nuevo clero. Pero ya no me queda nada a mano para remplazarla, que por lo demás siempre ha sido muy bien vista en nuestra familia... ¿Tienes alguna idea, Estelle?

—No, madre mía.

—¡Lo contrario me extrañaría mucho...! ¡Ah!, ya sé lo que voy a hacer. Daré una gran cena cada mes e invitaré a ese canónigo de Lyon que es tan glotón, tan buen catador de trufas y de borgoña. ¿Sabes a quién me refiero?

—¿Al reverendo padre Reventin?

—Eso es. Le enviaré la invitación a través de Ghislaine d'Aubenas-Teizé, que le ve con frecuencia en los medios de la nobleza lionesa. Por una buena cena, me aliviará de mi confesión. Y si es necesario, se quedará para las dos comidas. Al parecer es un brillante conversador.

—Pero, madre mía, ¿va a venir de Lyon ex profeso?

—Haremos que lo recojan y le vuelvan a llevar en coche. Esto complicará un poco el servicio. Pero a razón de una absolución por mes, no es un grave inconveniente. Y no volveré a poner los pies en la iglesia.

—¡Oh, madre mía!

—Ni tú, Estelle.

—Pero, madre mía...

—Está decidido. Iremos a oír misa por ahí, en Montéjour, en Valsonnas, en Pontanevaux, en Thoisse... , donde sea, salvo en Clochemerle. Eso nos dará ocasión de salir un poco. Y cada vez iremos a un sitio distinto.

—¡Oh, madre mía, qué divertido va a ser!

—¿No estarás encinta, verdad Estelle?

—No creo, madre mía. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque te mandarían a dar a luz a otra parte. Sólo para que el bautizo no tuviese lugar aquí... ¡Ah!, ¿conque ese curita no quiere molestarse por el alma de una baronesa? Pues bien, ya verá él cómo las gasta esa baronesa.

Más amargo fue lo que sucedió a Firmin Lapédouze, reputado «comecuras» y el peor ateo de Clochemerle, que marchaba al frente de los cortejos del libre pensamiento y portaba sus banderas. Era tal vez el único habitante del burgo cuyo humor intransigente jamás había sido doblegado por la afabilidad del cura Ponosse. «Como esos tíos, decía hablando de los sacerdotes, volviesen a sentirse poderosos, estaríamos todos fastidiados». En vano le aseguraban que las posiciones estaban tomadas ahora, que la separación de la Iglesia y del Estado ha delimitado las atribuciones y las zonas de influencia. Él no quería apearse de su ostracismo.

Dejando esa manía aparte, todo el mundo estaba de acuerdo en reconocer que Lapédouze era un buen hombre, viticultor capacitado y de una probidad escrupulosa. Su odio hacia las gentes de Iglesia podía explicarse por el hecho que su mujer, acérrima devota que había caído en manos de aquéllas, le había hecho la vida imposible basada en un estúpido concepto de las virtudes domésticas, en su cortedad de juicio y en una tontería capaz de hacer condenar a un santo. Julie Lapédouze hacía unos años que había muerto, pero Lapédouze la había aguantado durante treinta y consideraba como un milagro que se hubiese ido la primera, contrariamente a la regla que quiere que las mujeres entierren a los hombres.

Ahora bien, el hijo de aquel viudo descreído, cuya pasada existencia había sido martirizada por una beata, acababa de ingresar de súbito en el seminario. Así se lo comunicó a su padre, al tiempo que encargaba a unos vecinos el hacerle entrar en razón, explicándole que semejante decisión era dictada por un sentimiento más fuerte que su voluntad. La reacción de Lapédouze fue espantosa.

—¡El muy canalla! ¡Hacerme eso a mí!

—Pero, si su felicidad está ahí... —trataban de decirle.

—¡Una felicidad de don nadie!

—De todos modos, es tu hijo.

—Ya no tengo hijo. Y lamento haber tenido uno. ¡Semejante traidor...!

—Vamos —le decían—, ser cura es un oficio como cualquier otro. Hasta se puede considerar un buen oficio.

—¡Como no han podido conmigo, me roban a mi hijo!

—Si ésa es su idea... Pero, bueno, ¿no estás tú por la libertad?

—No por la libertad de ser cura. No cuando se trate de mi chico.

Y recaía en sus humores negros, paseaba su rencor de un café a otro, bebía solo en un rincón enfrentándose con enemigos imaginarios. Nadie se atrevía a bromear acerca de lo que le ocurría. Veían que sufría demasiado.

Una noche, no sabiendo ya bien lo que se hacía ni lo que quería, fue a llamar a la puerta de la casa rectoral. Se sentía lleno de violencia, de dolor amargo y desesperación. El cura Noive, probablemente solo en la casa, acudió a abrirle. Su alta sombra flaca se enmarcó en la puerta, sobre el fondo de un pasillo mal alumbrado. Sin decir nada, contempló al hombre arisco que tenía ante sí, con el sombrero calado hasta los ojos, y aguardó a que se explicase.

—¡Canalla de cura! —le espetó Lapédouze en la cara.

Los rasgos del abate no expresaron extrañeza ni cólera.

—Amigo mío, ¿quiere usted entrar? —dijo sencillamente con voz calmada, como si se dirigiese a alguna visita que estuviese aguardando y por la cual sintiese simpatía de antemano.

—¿No ha oído usted lo que le he dicho? ¿Hace falta repetirlo?

—Repítalo, si eso puede aliviarle. Y si le he hecho algún daño le ruego que me perdone.

Lapédouze no se lo esperaba. Permaneció, sin embargo, obstinadamente aferrado a su cólera, una cólera acumulada en él y que amenazaba asfixiarle.

—Bien —gritó otra vez—. Ya conozco sus camelos. No puedo tragar a los curas y he venido para decírselo en la cara.

—Bueno, pues ya está hecho. Y ahora, ¿quiere usted entrar?

—¿No pretenderá liarme?

—Mi misión no consiste en liar a nadie. Por lo menos yo no la concibo así. Le invito a entrar porque es usted el primer habitante de este pueblo en quien descubro una verdadera llama. Prefiero el odio a la blandenguería y a la indiferencia.

De un modo inconsciente, Lapédouze siguió al sacerdote a uno de los aposentos de la casa, frío y desnudo, pobremente amueblado. Con gesto maquinal, se quitó el sombrero. No podía librarse de una cierta curiosidad. Sufría una especie de hechizo al encontrarse en la morada de uno de aquellos hombres cuyo oficio iba a ejercer su hijo, uno de aquellos hombres que él detestaba y a quienes nunca se había acercado.

—¿Le guarda usted mucho rencor a Dios? —preguntó el abate.

—¿A Dios? —respondió él, extrañado—. Ni siquiera pienso en Él. Es a los curas a quienes no puedo tragar.

—Es verdad que muchos de nosotros somos bastante torpes, muy por debajo de nuestra tarea. Necesitaríamos ser injuriados más a menudo y reclamados al sentimiento de nuestra insuficiencia. No vaya usted a creer que, porque soy sacerdote, me estime superior a usted, señor...

—Lapédouze... Firmin Lapédouze, de la encrucijada Bonivet, pasado el burgo alto... ¡Es mi hijo quien va a hacerse cura, rediez! ¡Un hijo mío que jamás había pisado una iglesia! Comprenderá usted que...

—Comprendo —dijo el abate—. ¿No tiene usted más que ese hijo?

—Nada más. Su madre murió hace cinco años. Se pasaba la vida en misa, para rezos y sermones, y tonta hasta no entender nada. No lo sentí. Me dije para mí: «Me queda mi chico». ¡Y, de pronto, va y me hace esta sucia jugarreta!

—Comprendo —repitió el cura, inclinando su cara pálida y pensativa—. Es una pesada prueba para una persona que no cree en Dios.

—Y la viña, ¿qué va a ser de ella? Era él, después de mí, quien debía...

—Al fin y al cabo, ¡hay cosas más importantes que una viña!

—¿Más importantes que una viña? No las conozco —replicó sinceramente Lapédouze.

—¡Bonita contestación para un viticultor! —comentó el abate con ligera sonrisa.

Al verle de cerca, Lapédouze no le encontraba una expresión desagradable. Él consideraba a este tipo de gente hipócrita y engañosa, dispuesta a adueñarse de la inteligencia de uno, como también a sacaros dinero. Personajes que tienen por única meta impedirlos vivir como os place, someteros a una regla que les proporciona poder. Y que recurren al miedo para dominaros: miedo a la muerte, miedo al infierno. Sí, ahí estaba su truco: el miedo, siempre el miedo... Por lo demás, su intuición no le había engañado, puesto que aquellas gentes le jugaban ahora la más mala pasada que podía esperar al final de su vida: quitarle a su hijo. No obstante, el sacerdote que estaba ante él no tenía el aire de ser cómplice de los otros, los murmuradores de mirada torva. Había en su continente algo de humilde, de simple y leal que inspiraba confianza. Sin pensarlo siquiera, Lapédouze pronunció la atormentadora pregunta a la cual se sentía impotente para hallar una respuesta.

—¿No habría manera de impedirle a mi chico que se hiciese cura?

Tampoco ahora pestañeó el cura. No pareció encontrar anormal que fuese a él precisamente a quien preguntasen aquello.

—Lo ignoro —respondió calmamente—. Si se trata de una verdadera vocación, como es probable... Lo más natural es que su hijo se haya aconsejado al respecto con su director espiritual... Siéntese y aguárdeme un instante.

Volvió llevando una botella lacrada, sacada de la reserva que le dejara el cura Ponosse. Pero la traía sin adoptar la menor precaución.

—¡Desdichado! —exclamó Lapédouze, arrebatado por la emoción de los miramientos que son debidos a una bebida venerable—. ¡No la menee así! ¿Qué pretende hacer con ella?

—Hágame el favor de beberla. Para una vez que recibo una visita...

Lapédouze la descorchó, llenó los vasos y se llevó el suyo a los labios.

—¡Vaya! —dijo, tras haber bebido—. ¡Es del 29! (Aquél había sido un gran año para el Beaujolais). No envejece del todo mal, el indino. Pero ¿no bebe usted, señor cura?

¡Bueno! Se le había escapado el «señor cura». Pero es que no puede seguirse injuriando a un hombre que os obsequia con una botella inapreciable.

—No pruebo nunca el vino —dijo el abate.

¡Esos curas, de todos modos...! Lapédouze estaba estupefacto.

—¿Es que no le gusta?

—No es ésa la razón. Me abstengo de beberlo, como me abstengo de muchas otras cosas. Las concesiones a un solo placer arriesgan arrastrarnos por la pendiente de todos los placeres.

Renunciando a comprenderlo, Lapédouze hizo observar:

—Los otros placeres son cuenta suya. Pero no beber vino le perjudicará en Clochemerle. Se lo prevengo, señor cura, le perjudicará mucho.

¡Otra vez había dicho «señor cura»! Bueno. El surco había sido trazado ya. No podían gastarse malos modales con un hombre que, cura o no, demostraba tanta paciencia y honradez.

—Su predecesor, el cura Ponosse, empinaba bien el codo, con lo cual consiguió que se le quisiera bien en el pueblo. Tenga usted la seguridad de que no digo esto por agraviarle a usted. Pero, a fin de cuentas, acaba de llegar y hace falta que las gentes se vayan acostumbrando a su cara.

Lapédouze se encontraba bien. Era tal vez su primer momento de alivio desde que se enteró de la abrumadora decisión de su hijo. Se dirigía a un hombre perfectamente informado de la condición eclesiástica y que tenía gran costumbre de escuchar confidencias sin abusar por eso de ello. Habló profusamente de su vida echada a perder por una mujer necia por completo. Siempre se había preguntado si ella se había vuelto beata porque era estúpida, o si la estupidez había sido producida por su gazmoñería. Explicó así su inicial error de juicio:

—Mientras son jóvenes y lozanas —dijo a propósito de las mujeres— uno se obceca por su causa. Es decir, que nos resultan apetitosas, mera cuestión de corpulencia y de formas, y no nos fijamos lo bastante en el carácter. Uno se dice que la cama lo arreglará todo. Pero a veces es precisamente la cama lo que lo echa todo a rodar. No tenía la menor fogosidad de mujer, como las que siempre están metidas en la iglesia. Porque la clientela de ustedes, que todo hay que decirlo...

El abate seguía su perorata con los ojos cerrados, sin manifestar la menor impaciencia ni la menor reprobación. Testimoniaba, por el contrario, con leves signos

afirmativos, que seguía prestando atención. Solamente invitaba, de vez en cuando:

—Beba, beba... No haga cumplidos.

Lapédouze bebía y empezaba de nuevo con mayor ahínco. Cuando por último quedó sin resuello, el abate Noive preguntó:

—Y ¿de qué proviene su hostilidad por las gentes de iglesia?

—Siempre he desconfiado de los tíos esos, como mi padre también desconfiaba de ellos, por mor de que el abuelo ya tuvo jaleos por su culpa. En general, no son sujetos francos. Tienen una manera de mirar de soslayo y de embaucar a nuestras mujeres... Y vea usted, me han robado a mi hijo. Admito que siempre ha sido un poco memo, puesto que se parece a su madre. Pero de ahí a hacerse cura... Además, el pueblo se burla de mí.

—¿Se siente usted verdaderamente afectado en sus sentimientos?

—Claro que sí —dijo Lapédouze—. Me hubiera gustado un chico que soltase tacos y que no fuese mojigato con las mujeres. Y me hubiese gustado tener nietos, ahora que empiezo a ir cuesta abajo. No terminar como un animal agotado, al que no queda ya más que su viejo pellejo en que pensar. ¿Me comprende usted?

—Sí, —respondió el abate—. Es duro romper con los vínculos terrenales. A menos de ser un santo... ¡Pero es tan difícil ser santo...!

—Ande —le animó Lapédouze—, no se desanime usted. Y, ¿sabe usted?, no todos los días resulta divertido no ser cura. Cuando pienso en ese canallita...

—Lo mejor que podría usted hacer, hija mía, sería procurarse primero un hombre. Pero de esto no existe el menor peligro, aunque llamase usted en su ayuda a todos los santos del Paraíso. A menos de topar con un pobre ciego, Y aun así, como no estuviese resfriado, lo más probable es que el olor le hiciese huir. ¡Porque bajo sus faldas, que no se han arremangado jamás, eso debe apestar a polvos maticucarachas! ¡Cállese! ¡Diga lo que diga, yo voy a soltar lo que tengo que soltar, Chavaigne! ¡Sé muy bien lo que anda usted contando por todas partes, víbora de iglesia! ¡Una criatura que nunca ha sabido qué hacer de sus noches y que las ocupa atreviéndose a hablar de nosotras, las madres de familia!

—Pero, señora...

—No he terminado, Chavaigne, y pienso desembucharlo todo. Es verdad que mi Etienne no fue concebido dentro del matrimonio. Es verdad que me acosté con Boigne antes de pasar por delante del cura. No me avergüenza decirlo. Bendecidos antes o después, ¿qué más da? Prefiero haber perdido mi virtud a los diecinueve años que quedarme como se ha vuelto usted, ¡so inútil! Y mi Etienne, a pesar de haber sido hecho en el prado de Fond-Moussu, en la picara primavera, está tan logrado como los otros. Y puede que mejor. Y usted, dígame, holgazana, ¿qué ha hecho usted de su virtuoso trasero?

—Pero, señora...

—No he terminado, Chavaigne, y me escuchará usted de cabo a rabo. El buen Dios no tiene tratos con usted ni recibe de él confidencias de almohada, como parece querer dar a entender. Cuando el buen Dios quiera hacer saber cosas a los clochemerlinos, no irá a buscar una jeta como la suya, digna de ser puesta en la retaguardia durante las derrotas para meter miedo a los prusianos.

—Pero, señora...

—Aguarde a que desembuche el resto, Chavaigne. Cuando se hace limpieza general, es preciso que todo pase por ella. Yo no soy ninguna murmuradora de pasillos. Por eso le hablo a la luz del día, amparada en mi verdad y a voz en cuello. ¿Me oye, usted, so zorra? Hago menos señales de la cruz que usted y recito menos rosarios. Porque tengo montones de chiquillos que necesitan que se les limpie las nalgas y porque no paro de lavar pañales y más pañales, de repartir biberones y de curar descomposiciones. Yo concibo, nutro y educo, Chavaigne. Hay días que tengo el cuerpo como arruinado. ¡Por ahí tenía usted que haber pasado, parásito, santurrona!

—Pero, señora...

—¿Me va a dejar hartarme de hablar de una buena vez, Clémentine? Cuando se dedica usted a andar de un lado para otro chismorreando, yo la dejo hacer y espero mi turno. Pero ahora ha llegado. Despotrica usted contra las madres de familia porque está furiosa contra Catherine Répinois, a causa de los milagros de la iglesia. Pero el cura Ponosse no la apreciaba a usted en absoluto, todo el mundo lo sabía, y no iba a ser precisamente a usted a quien escogiera para hacerle confidencias después de su muerte. ¡Métase en su agujero y muérdase su venenosa lengua!

—Pero, señora...

—Ocúpese de su religión de resentida y no se preocupe por la nuestra. Bueno, ¿y qué si la Catherine se metió en la cama de Répinois cuando apenas tenía diecisiete años? ¿Acaso le importan a usted esas cosas tan personales, nalga de desecho, y por eso piensa tanto en ella, eh, mohosa de donde yo me sé? El cura lo era tanto para mí como para usted, y aún más a decir verdad, puesto que le he proporcionado quince bautizos a buen precio, con carillón y confites. Siempre será algo mejor que sus muecas de vejstorio.

—Pero, señora...

—Y, además, si no está usted contenta, bájese de su gallinero y dé la cara. Venga acá, Chavaigne, a repetirme frente a frente lo que ha estado diciendo sobre las madres de familia que se han atareado con su vientre. Pues entérese de que están por encima de usted, por los servicios que prestan al hombre y a la sociedad. Me hace daño verla manchar las reputaciones con la mugre que tiene usted en la cabeza. Haremos callar su lengua podrida. Y, por lo demás, puede usted seguir mojándola en agua bendita. ¡Eso no la hará florecer! ¿Qué se ha creído, trasero tullido?

Plantada en mitad del callejón sin salida, bajo el domicilio de Clémentine Chavaigne, Mélanie Boigne se expresaba en voz alta, como justiciera sin pelos en la lengua, resuelta a emprenderla con los implacables tirones de moño. Numerosas

mujeres aprobaban a aquella matrona de amplios senos y vientre dilatado, magnificada por su record de maternidades. En el marco de su ventana, por donde mostraba su perfil de viejo pájaro colérico, Clémentine Chavaigne no hacía sino aparecer para lanzar sus «pero, señora...» y echarse de nuevo hacia atrás, sumiéndose en la profundidad de su angosto alojamiento.

Seguía en pie el mismo viejo conflicto entre las mujeres fecundas y las vírgenes avinagradas que pretendían glorificarse de su ajada virtud. Adonde no irá a esconderse la vanidad, que pretende sacar mérito de aquello que no ha sido escogido y que sólo se soporta con el corazón amargado... Porque el cura Noive predicaba la austeridad, las solteronas levantaban la cabeza. Aquellas venenosas arañas de piedad, aquellas ociosas de sus cuerpos tejían la trama de sus calumnias en torno a los seres ocupados en vivir normalmente, cumpliendo las simples funciones, las simples tareas de la vida.

—Es verdad. ¿Por qué se tienen que meter en todo, los desechos esos?

—¡Siempre metiendo las narices en los pantalones ajenos!

—Las casadas no tienen por qué rendirles cuentas.

—Ha hecho usted muy bien, Mélanie.

Las mujeres casadas entendían que su superioridad no debía ser nunca puesta en duda, que no podía serles retirado el beneficio de la victoria alcanzada cuando, saliendo de la iglesia con las campanas al vuelo y vestidas de blanco, habían demostrado a todos que acababan de ganar la partida que todas las muchachas deben jugar alrededor de sus veinte años: encontrar un hombre y asegurárselo. Esa hora consagra el triunfo de la mujer. Por lo menos lo consagraba en Clochemerle, donde el número de hombres, menguado por la guerra, no permitía emparejar totalmente por pares a ambos sexos. Es muy agradable fingirse la reservada o la difícil, pero con ello se arriesga a resecarse de languidez en un lecho solitario. De aquí la prisa, cada vez mayor, de las chicas por adelantarse, forzando a los memos a que se declarasen, aún a costa de ponerles en la mano buenas pruebas de sus aptitudes para ser esposas. El fin justifica los medios. Y no podía decirse que el fin fuese detestable en sí mismo.

Todo el pueblo sabía que se habían casado así, a brazo partido, sacrificando toda vergüenza a su terco anhelo por lograrlo. Tanto peor para las indecisas, las timoratas, las demasiado ariscas. Al menos ellas no tendrían que lamentar más tarde haber dejado escapar lo que les había pasado delante de las narices. En cuanto a las avinagradas de nacimiento, aquellas que jamás se vieron en la tesitura de escoger ni de rechazar, la tendencia general habría sido compadecerlas, pobres mujeres apartadas de la vida, porque les había faltado el pequeño toque de la naturaleza que las habría hecho aceptables. Pero eran ellas mismas, las abandonadas, quienes, rehusando la compasión, pretendían juzgar a las otras con un desprecio agresivo. Es verdad —hay que decirlo todo— que las provistas de hombre se pavoneaban delante de ellas con contoneos de caderas satisfechas, que harto decían a qué debían sus seguridades, sus ropas y su autoridad en los hogares. Era muy difícil ser

absolutamente justo en aquella materia. Ya se sabe cuánto tienen de implacables las rivalidades femeninas, que descansan sobre los encantos comparados de las damas en cuestión y sobre los modos más o menos astutos o perentorios con que saben darlos a valer.

Una cosa parecía cierta. Rencores adormecidos acababan de despertar con una fuerza renovada, provocando las afrentas, las injurias y las broncas. Algunos se divertían con ello, pero otros deploraban tales querellas, que corrompían las relaciones de vecindad y dividían el burgo en clanes acerbos. Incluso había quien insinuaba que el cura Noive tenía algo que ver en el asunto. Aparte que su función le alineaba en el partido de las célibes, su manera vehemente de predicar las virtudes cristianas podía arrojar la confusión en los espíritus limitados y vindicativos. De todas maneras, su elección no parecía ni feliz ni bienhechora para Clochemerle. Se comenzaba a declararlo abiertamente.

Capítulo 6

Complicaciones religiosas (Continuación)

*Senos pasmados de muchacha,
Apenas acariciados por una pestaña,
Se han estremecido en el bosquecillo.
Es el nacimiento de abril.*

*El alba joven, color vainilla,
Ha despertado al ruiseñor.
Sobre una rama se desgañita
Lanzando trinos en si bemol.*

*El cielo sonrío en la fuente,
El día renace, adolescente,
En el agua tiembla la mancha del zafiro.
El corazón del mundo es inocente.*

*La estatua avanza su muslo
Hacia la caricia de un rayo,
Y ordena a lo que se esboza
Una alfombra nueva de césped.*

*¡Oh gracias apenas nubiles
De lo que se inicia y sonrío!
Nuestras barcas irán a las islas,
En la época que madura la dicha.*

*¡Ah!, veremos de nuevo las glorietas,
Las tórtolas, los pájaros.*

*Y a ti también, mi muy hermosa,
Tendida al borde del cañaveral.*

*La vida volverá a ser bermeja,
Dorada y rosa, teñida de sol.
Los mañanas serán maravillas,
De días y días sin igual.*

*¡Oh senos pasmados de las muchachas!
Pasmados de vuestra propia emoción,
Dulces senos que quebráis vuestra cáscara
Con ardientes suspiros de amor.*

*Todo no pende sino de un hilo.
¡Qué importa!, el príncipe tiene un encanto sutil.
Un poco paliducho, grácil y delgado,
Príncipe o paje, señor Abril.*

Samothrace celebraba en verso los ardores de la joven primavera, bañada de luz brillante bajo un cielo límpido, de vibrante azul, mientras los melocotoneros abrían sus flores en las laderas de las colinas, como un plantel de manchas rosas sobre el veronés de las hierbas reanimadas en puntas de espárragos, en tanto que la primera pululación de insectos agitaba el aire con minúsculos aleteos. Las alondras ascendían al cenit de la mañana, donde revoloteaban embriagadas y lanzaban destellos al fuego de los primeros rayos. Los verdes renacían en profusión, esos verdes que reposan la mirada, partiendo de los verdes negros del bosque para degradarse al llegar a los viñedos en verdes de estanque de berros y de sulfato de cobre, y, al pie de la montaña, en verdes tiernos de trigo verde, de avena verde, en verdes delicadamente grises y plateados de los sauces y abedules y, un poco por doquier, en las ramas, en verdes claros, rozagantes y acídulos.

Se salía de la modorra invernal, que había sido particularmente pesada y hosca. Y un brusco estallido de tonos claros hacía surgir a Clochemerle del griseo de los días apagados. Los brotes floridos ponían sus trazos de colores alegres sobre las fachadas y a lo largo de los caminos. Una brisa vivificadora y perfumada, que sabía a majuelo y a madreSelva, a menta y a perejil, daba a las gentes una apetencia de dicha. Las muchachas mostraban sus pechos henchidos, madurados cual frutos de invernadero, y, como cada año, había un impulso, una floración de senos jóvenes que reventaban corpiños. La vida se reanudaba intensamente, en el remolino de savias y el retozar de los cuerpos estremecidos. Las mentes soñaban conquistas, sonrisas, hazañas y, para

decirlo todo, también amor. La ilusión, una vez más, brillaba como una radiante Osa Mayor en un cielo favorable a los navegantes.

Estación bienhechora. Estación dilatadora. Estación de los saludos calurosos, de los cumplidos solícitos, de la dulce indulgencia, de los deseos acariciadores. Aquella que justamente cantaba Samothrace, revigorizado por el lirismo de la naturaleza, que comenzaba a lanzar en todos sentidos sus lianas, sus tallos y sus ramajes, a hacer subir de la tierra sus olores y sus cosechas. Aquella maravillosa primavera hubiera debido principiar con el contento de los corazones. Sin embargo, no sucedían así las cosas. He aquí las pruebas.

Clochemerle, 27 de abril de 1934.

Monseñor arzobispo:

Nos habéis enviado un cura que no nos va, dado que no es un sacerdote conveniente para Clochemerle, pueblo de viñedos y de buen vino. No queremos decir que el cura Noive no sea un hombre capaz y de buena piedad respecto a la devoción y los rezos, y que no haga los bautizos, los casamientos y los entierros como es de costumbre. De todos modos, no es un cura para nosotros, dado que tiene un género de virtud triste y contrariada y jamás está de buen humor, como el pobre cura Ponosse, al que queríamos mucho y que terminó santo a su manera, sin haber desanimado jamás al mundo de que procurase vivir contento tras la pena.

Con el cura Noive, no hay más que penitencia y desdicha y broncas del buen Dios. Además, hay que decir que al cura Noive no le gusta el vino, que jamás lo bebe, aparte su trago de la misa, y, para eso, torciendo el gesto, los monaguillos bien lo ven. A causa de este asco, se ha puesto a predicar contra el vino. No es una cosa muy apropiada para Clochemerle, donde los viticultores beben sus tres o cuatro litros al día, de padres a hijos, por mor del trabajo al aire libre, y asimismo porque el vino es bueno, sin que eso les trastorne la cabeza. Y las mujeres, aunque sin beber tanto, han notado que el vino les da fuerza para la lactancia y las labores caseras. Y los clochemerlinos viven tantos años como en otras partes, con no más idiotas ni enfermedades que en otras partes. Aquí está el doctor Mouraille para decirlo.

Así que eso de desacreditar el vino no puede ir bien para Clochemerle. Eso trae perjuicio a la comunidad, cuestión de reputación, porque no se bebe más que en Morancé, Blacé, Chiroubles, Odenas, Romanèche, Saint-Etienne-les-Ouillères, Brouilly, Fleurie o en cualquier otro lugar del Beaujolais. Hasta se puede decir que en Morgan y Juliènas se encontrarían más borrachines, visto que el vino es más fuerte, sobre los catorce grados, lo que se explica por la naturaleza del subsuelo.

Es como con la abstinencia del viernes. El cura Ponosse nos daba la bula por cinco francos, lo cual les iba muy bien a las amas de casa, dado que aquí no es como

en la Brasse, donde disponen de vacas lecheras y del pescado de los estanques. El cura Noive no quiere saber nada, ganas de fastidiar probablemente, puesto que al buen Dios ¿qué puede importarle lo que comamos para sostener nuestras fuerzas? Y nuestros hombres necesitan carne.

Monseñor arzobispo, comprenderéis que éstas no son maneras de un buen cura. En tiempos del llorado cura Ponosse, Clochemerle estaba muy de acuerdo con el buen Dios. Y ahora el buen Dios no debe estar nunca contento de Clochemerle, lo cual hace que no sirva de nada ir a misa ni dar cuartos en la colecta. De todos modos, se encuentra uno el infierno al final, o temporadas de purgatorio para nunca acabar. Eso haría perder la fe al mundo, porque bastantes fastidios se tienen en la tierra, principalmente el pedrisco y el mildiu, que traen la ruina.

También hemos de decir que el cura Noive, por causa de su hermana, que es una de ellas, se ha rodeado por completo de solteronas, con la Chavaigne y la Pauline Coton a la cabeza, que no son más que arpías envidiosas y unas puercas embusteras. No queremos dejarnos conducir por esas inútiles.

Y todo eso viene de que al cura Noive no le gusta el vino, dado que es ascético, lunático, melancólico y misántropo, como dice el doctor Mouraille, quien lo atribuye todo a razones de salud, porque explica las acciones de las gentes según la manera en que tienen el cuerpo hecho por dentro.

Al cura Ponosse le gustaba el vino y se había vuelto un buen entendido. Le había costado muchos esfuerzos, como aquella vez (todavía no era usted el obispo, hablamos de mucho tiempo atrás) en que por poco incendia la sacristía. Acababa de soplar demasiado con los viñadores, que le habían gastado la jugarreta de la bodega. Eso hizo que, en la sacristía, el cirio encendido se le escapase de las manos y le pegó fuego al armario de los ornamentos. Si no hubiese sido por el mayordomo Coiffenave y por Machavoine y sus bomberos, la sacristía habría ardido toda y tal vez la iglesia con ella. Aquel golpe hizo reír mucho a las gentes, pero más bien atrajo a todo el mundo hacia la religión. De ahí se partió para decir que el cura Ponosse era un buen hombre y jamás se cambió de opinión, salvo cuando los escándalos del urinario. Pero éste es otro asunto y, además, el cura Ponosse había sido empujado, cuestión de política, lo comprendimos después, puesto que él iba al urinario, como todo el mundo, cuando tenía necesidad.

Monseñor arzobispo, las cristianas abajo firmantes le pedimos que mande a otra parte al cura Noive y que nos envíe en su lugar un cura más apropiado para el Beaujolais. Porque, de no ser así, ya no podremos llevar a nuestros hijos a la iglesia. No es bueno para ellos oír decir que es pecado beber, y luego ver al padre bebiendo en casa. No es bueno para el respeto hacia los padres. Y el deber de las esposas es ponerse de parte del padre, como lo haría usted si fuese madre de familia, en todo lo que se refiere a la autoridad, al buen entendimiento y a todo.

Eso hace que queramos otro cura, en el interés de la religión, y también de las colectas, por decirlo todo, pues no estamos animados a dar nada a un hombre que

perjudica al pueblo. Sin contar las discusiones en casa, porque el cura Noive nos aconseja, por penitencia, que tengamos a nuestros hombres en cuaresma, respecto a lo que usted sabe. Eso acabaría por llevarlos a las casas de prostitución de Mâcon y por traernos las sucias enfermedades.

Firmado:

Mélanie Boigne, madre de quince hijos bautizados y nacidos en el matrimonio, salvo Etienne, pero que ha sido legitimado de todos modos.

Catherine Répinois, madre de siete hijos y de uno que está al venir.

Madres de seis hijos:

Eulalie Ouille, Annette Soupiat, Thérèse Pignaton, Toinette Jupier, Fanny Lachenève, Ursule Safaisse, Mauricette Piffeton, Mimi Susson, Berthe Bajasson.

Madres de varios hijos:

Claudia Tripotier, Lucie Malatoisse, Amélie Guinchard, Félicie Pouette, Célestine Machavoine, Léonore Sardinet, Justine Bocon, Sidonie Pétinois, etcétera.

Una segunda carta iba adjunta a la de las madres de familia.

Monseñor arzobispo:

Todos nosotros somos cristianos. Tal vez vayamos poco a misa, pero no somos malos de todos modos, ni enemigos de que las mujeres vayan, con los pequeños además. Porque estamos por la libertad, y cada cual es libre de tener su religión, como está escrito desde la Revolución y los Derechos del Hombre.

Guardamos la consideración debida para con un buen cura, amigo del viticultor y entendido en vino, como era el cura Ponosse, educado durante las discusiones, de buen consejo, siempre dispuesto a trincar y a jugar a los bolos, fuera de su trabajo de bendecir.

El cura Noive, como ya os dicen las mujeres, no puede ir bien para nosotros. Es un cura para un país de limonada o de cerveza, o en todo caso, de vino de noha. No le gusta el vino de aquí, lo cual hace que esté siempre triste y hermético, con un carácter colérico. Eso convierte en avinagrada a la religión. (Este calificativo había sido sugerido por Mouraille, quien asistía a la redacción de la carta en la taberna y se divertía mucho con ello). Si no nos quitáis al cura Noive, como os lo piden las mujeres, tendremos que votar por los extremistas, y eso producirá más líos. Preferimos decírselo antes, porque nosotros no tenemos ningún interés por los líos.

Con vuestro permiso, monseñor arzobispo, y sin pretender meternos en los asuntos de Vuestra Eminencia, os garantizamos nuestros sentimientos de buenos clochemerlinos, viticultores de estado, no enemigos de los curas, padres de familia, casados por la iglesia, con los hijos bautizados y que hacen todos la primera comunión.

Firmado:

Boigne, Répinois, Ouille, Soupiat, Pignaton, Jupier, Lachenève, Safaisse, Piffeton, Susson, Bajasson, Tripotier, Malatoisse, Guinchard, Pouette, Donjazu, Machavoine, Sardinet, Bocon, Pétinois, etcétera.

P. S. — Os enviamos dos cestas de «Clochemerle 1929», un gran año de Beaujolais, confiando en que apreciaréis este vino mejor que el cura Noive y para demostraros que no tenemos nada en contra de la religión.

Las dos cartas llegaron simultáneamente a Lyon, donde vinieron a apoyar la de la baronesa. El arzobispo prometió prestar toda su atención a aquel asunto. No era la primera vez que uno de sus curas se hacía impopular. Pero sí era la primera en que la cosa le era notificada con tanta claridad por los mismos feligreses.

El «Clochemerle 29» era un vino magnífico. Bebiéndolo a sorbitos, monseñor se sentía favorablemente dispuesto para con los clochemerlinos. Es necesario de todo para lograr un mundo y una Iglesia, porque es preciso poblar el cielo y el infierno. Pero, innegablemente, para conseguir aquel buen vino, hacían falta viticultores expertos, cuyo ánimo no estuviese distraído por afanes metafísicos excesivos.

Un automóvil del arzobispado acababa de detenerse a la puerta del senador Piéchut, el cual solía pasar en Clochemerle, repartiéndose entre sus electores y sus viñas, todo el tiempo que podía hurtar a sus obligaciones de parlamentario. Se apeó del vehículo un sacerdote relativamente joven, reluciente de salud repleta, cuya sotana de paño fino y joyante seda anunciaba a un eclesiástico de calidad. Era uno de los coadjutores de monseñor. Especie de agregado de gabinete, le encargaban las misiones que requieren la sutileza diplomática, la soltura dialéctica, el arte de dar dos pasos atrás para luego dar tres adelante, lo cual deja un paso de beneficio en dirección a la meta que se debe alcanzar. Aquel emisario se llamaba el abate Lodève.

Delegado para efectuar una indagación en aquellos lugares, se había considerado conveniente que su primera visita fuese para el senador, con objeto de demostrar a aquel importante personaje en qué estima le tenía el alto clero, (Sus fichas de información política daban a Piéchut por hombre mantenido aún en reserva por su

partido, pero llamado a un porvenir seguro). Informado de aquella gestión por el subprefecto de Villefranche, el alcalde de Clochemerle aguardaba al enviado de monseñor. Lo acogió como a un viejo amigo, con palabras y entonaciones campesinas que, tendiendo a hacerle pasar por más tonto de lo que era, inspiraban confianza al interlocutor.

—Señor senador —dijo el abate Lodève—, me presento a usted por recomendación de monseñor, quien aprecia su tolerancia y su sentido político.

—También yo —respondió Piéchut— estoy lleno de admiración por la manera amplia y conciliadora con que monseñor enfoca las relaciones entre la Iglesia y el Estado. ¿En qué puedo servirle?

—Han llegado algunos ecos al arzobispado, según los cuales vuestro encantador Clochemerle no dispone del cura que le conviene. En consideración a su personalidad —el abate se inclinó— y por el mucho aprecio en que le tiene —nueva inclinación—, monseñor se alegraría de conocer su opinión sobre este asunto. Considera que el cura de un burgo como el vuestro es en cierto modo un funcionario, puesto que su tarea concierne al bien público. ¿Qué piensa usted del abate Noive?

—Personalmente —dijo Piéchut— no tengo queja alguna de él. Pero, en efecto, han llegado a mi conocimiento ciertos rumores. He oído decir que ese sacerdote carece en demasía de flexibilidad..., ¡de flexibilidad!

—Sí, sí... —asintió el abate Lodève, con una gravedad que demostraba cuál era la suma importancia que concedía Lyon a la flexibilidad en el ejercicio de la función sacerdotal.

—Se pretende que ha tomado posición contra el vino, el cual hace la fortuna y la gloria de esta población. ¿Conoce usted nuestro beaujolais, señor abate?

—Sobre todo por su reputación, señor senador.

—La reputación no basta. Va usted a probarlo.

Piéchut abrió una puerta y ordenó:

—Noémie, tráenos una botella del 29, una de la reserva.

Luego, volviéndose de nuevo hacia el abate:

—El vino es para nosotros el más importante de los asuntos. El añorado cura Ponosse lo había comprendido así. De ahí procedía su gran popularidad. Entre nosotros un hombre que no conoce el vino, sea cura o no, no se granjea mucha consideración.

El abate Lodève expresó con un signo de cabeza que lo comprendía. Después, preguntó:

—Dejando aparte su rigidez de principios, ¿estima usted que sus administrados tengan otros motivos de queja contra el cura Noive?

—Pues... le diré. El nuevo cura es un poco excesivamente siniestro para nuestra región. Se tiene la impresión de que ve al diablo en todas partes. Exagera, ¿no cree usted?

El coadjutor sonrió con finura, para hacer señalar que, en su opinión, la potencia y

la ubicuidad del diablo se alaban con exceso, en efecto. Piéchut prosiguió explicando:

—En un país como éste, el diablo no tiene gran cosa que pintar. Los clochemerlinos cuidan sus viñas, vigilan su vino, lo beben y hablan de él. Las mujeres se quedan en casa. ¿Dónde estarían las ocasiones de hacer el mal?

Noémie Piéchut había entrado por un instante, dejó la botella sobre la mesa y se eclipsó. Piéchut llenó los vasos y levantó el suyo, haciéndole espejear a la luz.

—Hermoso color, ¿verdad? —dijo—. ¡Y qué paladar! Saboréelo... ¿Advierte cómo se desliza? Apure su vaso. Sí, sí, apúrelo. Para apreciar bien este vino, hace falta tener la boca llena de él.

Apenas los vasos quedaban vacíos, volvían a llenarse.

—¡Vamos, vamos, hágame caso! Si desea usted comprender algo de la idiosincrasia de este país, necesita meterse un poco en la piel de nuestros vinateros. Ellos se beben sus buenos cuatro litros diarios.

—¿Cuatro litros? —preguntó el abate, con extrañeza.

—Pero beben en la bodega, donde el vino nunca hace daño. A propósito —añadió poniéndole en la mano una taza de plata—, vamos a bajar a ella. Es preciso que visite usted una bodega beaujolesa.

El abate se dejó llevar. Un cálido optimismo le inundaba ya enmascarándole los peligros que el beaujolais entrañaba para un coadjutor encargado de una misión especial. Se creía capaz, con la gracia de Dios, que jamás abandona a los suyos, de afrontar con firmeza todas las barricas y sus esencias embriagadoras.

En la taza de plata el vino parecía tan fluido, tan transparente, tan distante de semejarse al tintorro de tasca, que el emisario de monseñor cató numerosos toneles. A medida que lo iba haciendo, algo se dilataba amablemente en su interior. Se notaba una admirable agilidad de espíritu y aumentaba su convicción de ser capaz de meterse al senador en el bolsillo, aunque pasaba por ser un viejo político retorcido.

Al cabo de una hora, con una facilidad de elocución que no se conocía, el coadjutor enfocaba una serie de reformas que cimentarían nuevos acuerdos entre la Iglesia y el Estado republicano, para el mayor bien de ambas partes contratantes. Evolucionaba a través de aquel programa como un pequeño Maquiavelo de la curia romana, anudando intrigas y preparando concordatos ante la sonrisa de Piéchut, que él tomaba por un estímulo.

—Nuestro papel de eclesiásticos —decía—, al igual que vuestro papel de hombres de Gobierno, ¿no es acaso conducir a las masas, asegurándonos de su docilidad? El acuerdo entre lo espiritual y lo temporal fue la base de la solidez que presentaron las sociedades de otros tiempos. Los sacerdotes del Antiguo Egipto eran depositarios a la vez de los secretos religiosos y de los secretos de Estado. ¿Por qué no volver a aquel sistema y no defender en común nuestros intereses?

—Claro, claro... —respondía Piéchut, llenando de nuevo la taza del abate.

—Alegará usted que deberíamos encontrar un terreno de entendimiento, que habremos de darnos garantías mutuas. Nada de esto es insuperable, si se tiene en

cuenta que el pueblo necesita una religión. El mismo Napoleón convenía en ello. De acuerdo con nosotros, tendríais más facilidades para gobernar.

—Hay que examinarlo —decía Piéchut—, hay que examinarlo...

Fue al salir de la bodega, dos horas más tarde, cuando el abate Lodève se sintió inmerso en un extraño remolino del mundo entero. Las colinas de Beaujolais danzaban una zarabanda loca, que levantaba los viñedos y los lanzaba en oleadas furiosas al asalto de un cielo amoratado, donde el sol giraba como una gran peonza roja. Las casas de Clochemerle se sumían en profundos abismos, en los que sus tejados amenazaban volcarse. El suelo de aquel universo demente se inclinaba de babor a estribor bajo los pies del abate, en tanto que el senador, en medio de aquellos terribles bandazos, semejaba un viejo lobo de mar impasible y socarrón. El coadjutor se daba cuenta oscuramente de que su dignidad eclesiástica quedaba malparada bajo la mirada irónica de un representante del laicismo. Su facundia le había abandonado y experimentaba súbitamente las náuseas del mareo. «¿Estaré borracho?», pensó. Pero la pregunta le llegaba de muy lejos, como el ruido de una sirena en la bruma, en cuyo fondo su consciencia se había diluido.

Jamás pudo acordarse de cómo se había despedido del senador, ni en qué términos. Se encontró en su coche, con la impresión de que acababan de encerrarle en la cala de un barquito zarandeado por el tifón. Su malestar cobraba proporciones de un maremoto, cuyas sacudidas internas afluían a sus labios. Por fortuna, percibió al pasar la enseña del hotel Torbayon.

—¡Pare! —gritó a su chófer—. Dormiremos aquí.

—Hábleme de Clochemerle.

El abate Lodève rendía cuentas de su misión a monseñor. Una buena noche en casa Torbayon le había repuesto de su fatiga de la víspera. El vino de Clochemerle tiene la buena cualidad de que sus vapores se disipan sin dejar tras de sí las pastosidades rasposas de la resaca. Había almorzado excelente charcutería, regada con varios vasos de un *mâconnais* seco y fresco. Por añadidura, un buen café y algunos sorbos de aguardiente del país le habían revigorizado completamente. Hizo a monseñor, quien se divertía con él, un relato largo y pormenorizado de su viaje, omitiendo, no obstante, el hablar del extraño seísmo que agitó el Beaujolais, en el momento en que salía de la bodega del senador.

—¿Vio usted a la baronesa?

—Sí, monseñor, esta mañana, antes de partir. Conserva una gran prestancia. Una gran señora de la cabeza a los pies.

—Es una Eychaudailles d'Azin. Su vida ha tenido una gran brillantez mundana. Poseía una manera muy liberal de comprender las exigencias divinas... Tal vez no se equivocaba. Las gentes llanas no admiran nada tanto como la soberbia de las elevadas. Y la piedades quisquillosas raramente tienen amplios gestos de

generosidad... ¿Cuál es la opinión de usted sobre el cura Noive?

—Es grave, monseñor. Creo que se trata de un santo.

—Me asusta usted —exclamó monseñor—. ¿Un verdadero santo?

—Me temo que sí.

—Explíquese mejor. ¿Se trata de un santo rural e ingenuo, al estilo del cura de Ars? ¿De un santo benévolo y caritativo como Vicente de Paul?

—Más bien veo al cura Noive como un santo huraño y dispuesto al martirio.

—¡Caramba! —dijo monseñor.

—Un asceta de este tipo sería aprovechable para un país de castañas. Pero Clochemerle nunca se acomodará con un santo que se niega a beber.

—Ya veo... —dijo monseñor.

—Y haríamos mal en no contentar a Clochemerle. Tal lugar es una encrucijada de influencias, donde se encuentran fuertes personalidades como el senador Piéchut y la señora baronesa. La hostería del pueblo es muy reputada por su cocina. Se acude a ella desde cien kilómetros a la redonda. Sirve la comida una criatura de gran belleza, una muchacha soberbia, que atrae por sí misma...

—Pasemos sobre eso, pasemos sobre eso —interrumpió monseñor.

—Me situaba en un punto de vista profano, con el cual nos vemos obligados a contar.

—Evidentemente...

—También me han hablado de un farmacéutico que acaba de lanzar un producto cuyo éxito aumenta a ojos vistas.

—¿Qué género de producto?

—Un supositorio, monseñor.

—Vaya, vaya...

—El «Zénaphal». He visto anuncios de él en el diario *La Croix*.

—¡En ese caso, no puede menos de ser un producto excelente! Dígame, el cura Ponosse, ¿había tenido mucho éxito en Clochemerle?

—Mucho, monseñor. Con el vaso en la mano podía enfrentarse a los viñadores. Los clochemerlinos lo recuerdan con gran estima. Hasta el punto que se habla de milagros tocantes a aquel buen sacerdote.

—¿Cómo? —dijo vivamente monseñor—. ¿Es que también él ha sido un santo?

—¡Oh! —respondió el abate—. Se trata tan sólo de milagros póstumos y muy poco probados.

La conversación prosiguió un buen rato en el mismo tono. Estaba por finalizar cuando monseñor, volviendo a ello, dijo:

—A propósito, repítame esa canción acerca de Noé que se canta en Clochemerle.

El abate Lodéve tarareó:

*Encaramado en el cuello de la jirafa,
Mirando con su catalejo hacia la duna,*

*El almirante Noé dijo:
¡Maldita sea la botella!
¡Cuánta agua, Señor, cuánta agua
Bajo la nave!*

—Lo encuentro encantador —dijo monseñor—. Pero recuérdeme sobre todo el pasaje que se refiere a la viña.

El abate Lodève obedeció:

*Entonces el arrojado navegante,
Asqueado para siempre de la marina
Y de la sardina,
Se estableció aquí como viticultor
Para olvidar tanta agua, tanta agua
Y su cascarón de nuez.*

—Me agradan mucho las sardinas —dijo monseñor—. Evidente, en el arca se tenían que alimentar sobre todo de conservas. No lo había pensado nunca.

*Así la viña beaujolesa,
En una tierra húmeda y arcillosa,
Fue para Noé,
A instigación divina,
Plantada en el flanco de la colina,
Frente a Julié.*

—En la Biblia consta con toda claridad que Noé plantó una viña. ¿Fue acaso por instigación divina? Sin duda alguna, puesto que Noé había recibido la misión de salvar al género humano y todo lo que se relaciona con su bienestar. Sólo fueron sacrificados los grandes saurios de la Edad Secundaria, cuyas dimensiones eran demasiado engorrosas... Por el contrario, las pulgas, los piojos y las chinches resultaron favorecidas por su pequeña talla... A Noé se le presentaba, sin embargo, una buena ocasión de desembarazarnos de los parásitos... Volviendo a lo que decíamos, había, pues, plantales de viña a bordo del arca. ¿Sabe usted qué clase de plantel se emplea en Beaujolais?

—El gamay, monseñor.

—¡Claro, no podía tratarse de plantales americanos...! Cristóbal Colón no había pasado todavía por allí. En suma, su canción está de acuerdo con el Antiguo Testamento. ¿Dónde la aprendió?

—En la taberna de Clochemerle, monseñor.

—¿Qué hacía usted en la taberna?

—Fui por necesidades de mi indagación. *Vox populi, vox Dei*. Tomé nota de la letra, pensando que le divertiría a Vuestra Eminencia.

—En efecto, me divierte mucho. Encuentro que el cuello de la jirafa es excelente como puesto de vigía. Eso tendería a probar que el arca era una especie de gran balsa con cubierta, que no disponía de mástiles ni de velas. ¿Para qué las necesitaría, en efecto? No había sino que dejarse flotar, sin destino preciso. ¿Hacia qué punto de la tierra sumergida hubiera podido poner rumbo Noé?

—Hacia Clochemerle —respondió, sonriendo, el abate Lodève.

—Me pregunto si Dios había previsto ese punto de varadura...

—Los clochemerlinos así parecen afirmarlo. Se jactan de ello para beneficiarse de un estatuto particular.

—No se debe desanimar a esa buena gente —dijo monseñor—. Su leyenda de Noé en Clochemerle es de todos modos un homenaje rendido a los textos sagrados. Descansa sobre un fondo de creencia. ¿No lo estima usted así?

—Ciertamente, monseñor.

—La fe da curiosos rodeos para incrustarse en el corazón del hombre. Pero ¡basta! Si el vino recluta para nosotros, no debemos quejarnos por ello. La dificultad estribará en proporcionar a esos buenos clochemerlinos un cura a su conveniencia. ¿Ha consultado usted el repertorio de nuestros efectivos?

—Lo hice, monseñor. A primera vista, no he encontrado nada satisfactorio en los *dossiers* de nuestros sacerdotes. Pero el obispo de Haute-Loire acaba de mandarnos una carta pidiéndonos que le desembaracemos de un cura que causa verdadero escándalo en su diócesis. Tal vez serviría.

—¡Ah! ¿Y qué clase de persona es?

—Un excombatiente. Es el tipo del cura de pelo en pecho, popular entre los soldados, gran bebedor de morapio, que canta *La Madelon* tan bien como el *Magnificat* y no retrocede ante los chistes picantes.

—¿Cree usted que nos arreglaríamos con él?

—Eso creo, monseñor.

—¿Su nombre?

—El abate Patard.

—¡Vale por el abate Patard! Encárguese usted de eso... ¡Ah!, pero, ahora que me acuerdo, ¿cómo se lo tomará la baronesa?

—La baronesa no tiene pelos en la lengua, monseñor, y no retrocede ante nada.

—En ese caso... Bien, probaremos a ese Patard. Pero del otro, del santo, ¿qué vamos a hacer?

—Propongámoslo a cambio al obispo de la Haute-Loire.

—¡Toma, es una buena idea! Pero, por favor, no le hable de la santidad.

—Me guardaré mucho, monseñor.

La partida del cura Noive había quedado decidida. Los clochemerlinos hubieran debido alegrarse de que sus voces hubiesen sido tan bien escuchadas. No obstante, Clochemerle se sintió presa de compasión viendo al cura expulsado, pobre paria negro y descarnado, amontonar sobre un carricoche su hatillo de indigente. Sin odio ni cólera, volviendo hacia sus perseguidores una mirada de fulgor sombrío y resignado, de una intensidad enteramente interior, realizaba con toda humildad sus funciones de faquín.

Cuando todo estuvo cargado, se vio una cosa sorprendente. Se dirigió hacia la iglesia y, sin entrar en ella, como para significar bien que ya no era su iglesia, se arrodilló en el atrio, como un mendigo o un leproso. Con la cabeza inclinada, los ojos cerrados, sus omoplatos apuntando bajo el paño raído de la sotana, hubiérase dicho que se ofrecía, como un blanco consentido, a las flechas emponzoñadas de las pullas, a los golpes mortales de la lapidación.

Los clochemerlinos no tienen corazones de piedra. Algunos acudieron despacio a agruparse detrás de él y las mujeres se arrodillaron en silencio sobre el suelo. Cuando, habiendo rezado largo rato, se levantó para dejar definitivamente Clochemerle y percibió un gran semicírculo de personas compasivas, su rostro se tornó más pálido aún. Mostraba una expresión de asombro, casi temerosa. Parecía como si la simpatía le asustara más que cualquier otra cosa.

De entre las mujeres se levantó Marie Coquelicot, grácil y joven, con una bonita sonrisa de ofrenda en los labios. Llevaba los brazos cargados de flores. Un poco ruborizada, tendió aquellas flores al abate Noive, desamparado y torpe ante aquella manifestación de amistad. Ella le besó en ambas mejillas, como hubiera besado al presidente de la República o al inspector de la escuela con un gesto tan espontáneo, que los espectadores aplaudieron.

Llevando consigo algunos de sus innumerables retoños, la gorda Mélanie Boigne avanzó, roja de vergüenza por haber cometido tal vez una mala acción. Era una mujer despreocupada, pero leal. Habló en estos términos:

—Señor cura, yo fui quien escribió la carta a monseñor. Nos referíamos sobre todo a las zorras como la Chavaigne y la Cotton, que querían darse aires de ser las dueñas de la ley. Nunca hemos querido decir que no sea usted un buen sacerdote. Y, ahora, nos da pena que nos deje.

Los clochemerlinos presentes aprobaron. Mélanie Boigne prosiguió:

—Si no nos hubiese usted amenazado con el infierno, nos habríamos limitado a reír. Pero verle marcharse así, como un hombre bueno que perdona y que tal vez se sienta acongojado, nos causa un no sé qué...

En aquel momento, la campana empezó a tañer. El sacristán Coiffenave se encargaba de celebrar aquel brillante acercamiento de los corazones. Después, puesto que se aproximaba la hora del tren, todos se encaminaron hacia la estación. Más de cien clochemerlinos, cuyo número se iba engrosando por el camino, se apresuraban detrás del abate Noive.

Se oyó una galopada, acompañada de gritos. Firmin Lapédouze acudía corriendo. El padre del seminarista estaba indignado por lo que acababa de enterarse. ¡Pues no echaban al único sacerdote por el que había sentido estima! El abate tuvo que calmarle, porque defendía a su amigo vociferando palabras de lo menos cristianas.

—¡Me gustaría agarrar por la piel de las nalgas a uno de esos malditos puercos que le han hecho esto! Todos me conocen y saben que estoy contra los curas. Pero usted es otro cantar. Era el último en merecer semejante afrenta. Se lo digo a los marranos que puedan oírme.

—Déjelo —intervino el abate—. Sólo Dios puede ser juez. He sido castigado por mi torpeza y tal vez también por mi orgullo. Pero, pese a todo, me siento recompensado por una jornada como ésta, que contará entre las más hermosas de mi vida. He visto florecer el verdadero espíritu de la caridad.

El tren pitaba ya. Su penacho de humo blanco corría por encima de los árboles del valle. En el andén, rodeada de paquetes, la terrible Barbe Noive echaba una última mirada de odio sobre Clochemerle, que consideraba como una verdadera Sodoma. Y de seguro que si el cielo le hubiese hecho caso, habría fulminado el burgo bajo sus ojos. La empujaron dentro de un vagón.

Cuando el tren arrancó, sonaron varios gritos: «¡Viva el señor cura!». Cien pañuelos agitados en vilo testimoniaron al abate Noive, siguiéndolo hasta la primera curva de la vía férrea, que los clochemerlinos, pese a su manera de vivir un poco desenfadada y a su repugnancia por las disciplinas austeras, no eran, en el fondo, malas personas. Lágrimas de emoción asomaron en todos los ojos.

—¡Si al menos a ese hombre le hubiese gustado el vino! —decían las gentes, caminando cariacontecidos de regreso al burgo.

Capítulo 7

Que termina a cien por hora

El género zafio, desaliñado y familiar, del abate Patard causó gran sensación. Se le clasificó de buenas a primeras en la categoría de los curas fuera de serie, que al regresar de la guerra, habían conservado el lenguaje y las costumbres del frente. Había visto de cerca a los soldados en lo más extremo de las privaciones, del valor y del miedo, en el cara a cara cotidiano con la muerte, donde vivían en completa mezcolanza con los cadáveres, pertenecientes a vencedores y vencidos, todos iguales y reconciliados al fin en las fosas comunes del desescombros apresurado de los campos de batalla. Y como ellos, había quedado marcado.

El género del nuevo cura no era como para gustar a todo el mundo, e incluso molestaba a muchos. Una personalidad que pasa por encima de las actitudes medias, admitidas por los seres medios, llega a tomar el carácter de una provocación. Pero los temperamentos fuertes no hacen caso del efecto que producen. Se imponen tal cual son, superando mediante una ironía trascendente los juicios mezquinos de sus detractores, a los cuales responden de antemano: «¡Si no estáis contentos...!».

Con desprecio del qué dirán, cachimba en boca, tocado con un viejo gorro militar y luciendo las insignias de sus años de campaña, el cura Patard parecía resuelto a conducir su rebaño al cielo a son de tambor, manejando la homilía como un líbello o una sátira, y nada hubiera extrañado de su parte, ni siquiera verle dar palmadas en las nalgas de las mujerucas para preguntarles con todo desenfado: «¿Qué hay?, gordona mía. ¿Nos acordamos de esa alma?». De hecho, excepto el gesto, éste era más o menos el tono que usaba para recordar a sus feligreses que la religión no podía causarles daño, que era, en todo caso, una buena garantía de asegurarse el pie en un más allá harto inquietante, algo así como un seguro de vida sobrenatural.

Su Dios era socarrón, vocinglero y cínico, con una ternura gruñona de padre de regimiento, a la manera de un viejo coronel, hijo de militares, que siente debilidad por los malas cabezas y sabe bien que un buen cachete es indispensable de vez en cuando al sorche. Es un oficio fastidioso, monótono y aburrido, el de soldado. Ser hombre resulta mucho más regocijante, y los soldados de Cristo tienen necesidad, a su vez, de echar unas canitas al aire para relajarse. La obsesión de los postreros momentos no les sirve de distracción suficiente.

—El buen Dios no se os comerá —decía—. Sabe que sois unos condenados puercos de pecadores. Os dará vuestra ración de fuego, pero no será precisamente el del infierno. Y, al fin y al cabo, el purgatorio no es más que un mal momento que pasar:

O bien:

—En el ejército, solamente se fusila a los desertores ante el enemigo. No desertéis, es todo lo que os pido. De vez en cuando presentaos a pasar lista, y todo irá bien.

O aún:

—Sólo los canallas, los que tienen el corazón roído por la envidia, el odio o la codicia, son indignos de perdón. Ama a tu prójimo, ha dicho Dios, ámale como a ti mismo. Yo creo que con un poco menos se contentaría. Pero haced de cuando en cuando un esfuerzo por olvidar vuestro egoísmo. Tratad de compartir la pena del vecino, como el infante la mochila de su camarada que flaquea, como va a buscarle bajo el fuego para salvarle la vida. Éste es el gran quehacer. Si os constituís una cartera de buenas acciones desinteresadas, no seréis condenados.

Del alma no hablaba demasiado, considerando que la pobre se encuentra mal pertrechada en un cuerpo que ocupa en arriendo sin haberlo escogido. Necesita acomodarse al estado del lugar, como un inquilino soporta las incomodidades de una vivienda que no puede dejar. Las gentes no son responsables de su mala facha, que puede causarles el sentimiento de ser víctimas de una injusticia. El cura Patard era en secreto partidario de «a tal cuerpo, tal alma», lo que convergía con las teorías psicofisiológicas de Mouraille. Pero aquello hubiese sido demasiado sutil para sus feligreses y, además, el lado determinista de la creación debe ser silenciado. Recurría ante todo a un grosero buen sentido que, sin refinar, hacía sentir a las gentes lo provisional de su condición y les hacía caer en la cuenta de que una religión de prudencia valía más que la falta total de religión. Por lo demás, no era precisamente en los ritos donde los esperaba.

La primera vez que celebró la misa mayor del domingo, llegado el momento de la colecta, se volvió hacia los fieles, decidido a asestar el gran golpe.

—Hermanos míos —les dijo—, soltad los cuartos. Las oraciones hacen falta, pero resultaría demasiado barato que fuese suficiente con ellas. El verdadero cristiano aumenta sus méritos realizando los gestos que más le cuestan. Y os lo prevengo: con los avaros, Dios será parejamente avaro de sus gracias y de sus recompensas. No obtendréis por nada una eternidad de comodidad y de dicha. Es aquí abajo donde hay que abonar su precio. La Iglesia sabrá emplear vuestro dinero para alivio de los pobres y de los huérfanos, no tengáis miedo... Os recomiendo los billetes de diez francos como mínimo. Los billetes de veinte, de cincuenta o de cien francos serán todavía mejor acogidos. Y Dios, que os está mirando mientras yo estoy de espaldas, sabrá muy bien quién los ha puesto en el platillo. Vamos, hermanos míos, sacudid las huchas y hurgad en las medias de lana. Convidaos a una parte de cielo según vuestros

medios.

Luego añadió, previendo la objeción demasiado fácil:

—Se hará una segunda cuestación dentro de poco, con miras a las personas que hubiesen olvidado proveerse de dinero. Les concedo el tiempo suficiente para pasar por sus casas, y les dejaré, pese a ello, el beneficio de una misa entera.

Aquello causó zozobra en las naves y buena parte de la iglesia se vació en un momento. Muchas de las señoras acudían a la iglesia con sus veinticinco céntimos justos: diez por la silla y quince para la colecta (y aún con la esperanza de reembolsarse con el pan bendito, pero éste ya no era ofrecido con regularidad).

El platillo volvió a la sacristía cubierto por una montaña de billetes. Algunos de ellos habían sido escogidos entre los más cochambrosos, los más remendados con papel de goma; pero, aparte tres que no tenían los números completos, los demás eran buenos.

El domingo siguiente, como primera providencia, anunció:

—La última colecta produjo ciento ochenta francos. Hubiese producido un poco más de no haber habido tres billetes sin valor, uno de cien, uno de cincuenta y uno de veinte francos. Hago observar a las personas interesadas, demasiado interesadas podríamos decir, que se han burlado de Dios y que deberán acusarse de ello en confesión. Obtendrán la absolución contra un billete verdadero... Dicho esto, debo confesar que existe un verdadero progreso. He examinado las recaudaciones de mis dos predecesores. Eran sencillamente lamentables. Me he avergonzado por vosotros, hermanos míos. Sabed que no me contentaré con una piedad con rebajas. Y Clochemerle puede hacer más. Quiero colectas de quinientos francos cada domingo. Veréis cómo vuestra conciencia se encontrará mejor con un poco más de generosidad. ¡Abajo los tibios! ¡Abajo los roñicas! Dios los execra.

Aquellas palabras fuertes sacudieron la típica apatía en dar de los clochemerlins. Pero fueron, no cabe duda, muy comentadas en el burgo. La nueva Iglesia no se andaba por las ramas para hacerse pagar sus servicios. Aumentaba el precio de los sacramentos, que se estaba demasiado acostumbrado a pagar por un bocado de pan. Es verdad que los susodichos sacramentos eran entregados ahora a domicilio con una rara prontitud. Con el pico de la sotana metido en el cinturón, el cura Patard cabalgaba un ingenio rugidor, en cuya grupa montaba un monaguillo, y los dos motoristas de sobrepelliz iban a llevar a los moribundos, a ochenta por hora, extremaunciones que se anunciaban con un ruido formidable a escape libre. Así adelantaban a la muerte por velocidad y ganaban al diablo, acechador de almas sorprendidas, el último handicap. *In extremis*. Ningún agonizante se les escapaba. (Los últimos años, el cura Ponosse, remiso a ponerse en camino a causa de su reuma, había dejado largarse a varios. Se les suponía una buena muerte, gracias al arrepentimiento final, siempre posible. Pero la presencia del sacerdote prestaba una garantía superior a las familias).

Hubo de reconocerse, por lo demás, que el cura Patard, pese a sus exigencias de

dinero y a su rudo y franco hablar, era de fácil convivencia, nada quisquilloso sobre los detalles del culto y la enumeración de los pecados secundarios, que se prestaba siempre a dar una amplia absolución, concedía fácilmente las bulas, quería a los niños y conversaba sin cumplidos con cualquier habitante del burgo, sin tener en cuenta que fuese o no de su cuerda. («Dios —decía— es igual para todo el mundo, está a la disposición de todo el mundo. Pero no le corresponde a Él dar los primeros pasos. Y yo no pienso ponerlos a la fuerza en sus manos»). Se interesaba por la vida en los hogares, preguntaba a las mujeres sobre sus partos, sus misas de parida y la salud del recién nacido. Jugaba bien a la *belote*, como hombre que se había agazapado largo tiempo en las chabolas de las trincheras, y cada día echaba tiempo en la tasca. Sin ser de primera clase en los bolos, alcanzaba siempre un buen lugar. Cuidaba él mismo de su motocicleta, que montaba con intrepidez, lo cual le merecía la estima de Fadet. Se buscó para cuidar de su casa a una viuda ya retirada de la circulación, la tía Sulpinet, la Nanette, como la llamaban en el pueblo. Era quejumbrosa y lenta, dada a las gazmoñerías estúpidas y a los remedios de mujeruca, irritante por este motivo, pero limpia y abnegada. Además, cocinaba bastante bien.

En materia de vino, el cura Patard merecía el apodo de *Padre Pinard (Padre Morapio)* que a veces se le daba. Se notaba en él al viejo habituado a las cantimploras de dos litros del tintorro militar, que había sostenido a los combatientes y dado nervio a las ofensivas. Pero cuando hubo catado el beaujolais, no quiso volver a oír hablar de otra bebida. Pronto aprendió a distinguir la calidad, y siempre reclamaba el mejor.

—Quiero beber buen vino —decía—. He perdido demasiado tiempo soplando sin discriminación. Necesito compensarme.

También decía:

—Me tendréis que aguantar hasta mi muerte. Ni el ofrecimiento de un arzobispado me haría abandonar Clochemerle. No es porque seáis mejores feligreses que otros, pero sois unos excelentes condenados vinateros, queridos hermanos míos. ¡A vuestra salud!

Luego, dejando su vaso, añadía:

—Y si el buen Dios quiere escucharme, haremos del beaujolais el vino del cielo.

—Entonces, ¿se bebe también en el cielo?

—¿Es que a una eternidad sin beber se le puede llamar un paraíso? ¡Vamos, hablemos con seriedad!

Con palabras parecidas y su hermoso desenfado ante los toneles (visitaba las bodegas una a una), era fatal que ganase la partida. La mayor parte del país se pronunció en su favor. Se decretó que era un buen cura para Clochemerle.

Con ayuda de la familiaridad, quedaba un punto sobre el cual se esperaba la reacción del cura Patard: las mujeres. La posición de un sacerdote al respecto es siempre muy delicada. Y cuando se trataba de un hombretón fornido, en toda la potencia de la cuarentena, de buena presencia y que no les temía a las palabrotas... Acaso de veras, ¿eh?, entre nosotros... No se pintaba a sí mismo como un casto José,

no negaba haber sobado vivamente antaño a barraganas de taberna o a furcias de burdel. Pero había sido durante la guerra, al día siguiente de combates a pecho descubierto, cuando los guerreros bajaban de las primeras líneas animados por una furia de sobrevivir que no conocía freno y que les precipitaba en excesos de desquite o de desesperación. Querían matar el tedio a toda costa, en borracheras de muerte y orgías de acantonamiento. Y él, que entonces era joven, aunque sacerdote, tan ebrio además como los otros, a veces se desató como una bestia. Lo confesaba, sin ocultar que su fe había llegado a vacilar ante la vista de tantos horrores, de aquellas carnicerías en que, solidario de un odio de clan, sin matar a nadie por su cuenta (actuaba durante las batallas como camillero), acompañaba y animaba a los homicidas de nuestro Ejército. La Iglesia, arrastrada a aquello, se veía obligada a dar su consenso, a bendecir bayonetas, ametralladoras, cañones... y a los más aptos en servirse de ellas, y a fortalecer su coraje de destripadores prometiendo el cielo a millones de fraticidas, que se abalanzaban unos contra otros, en nombre del mismo Dios de caridad y de perdón. ¡Qué enredo! No ocultaba que había comenzado a beber furiosamente para evitar el pensar, en aquel caos de desatinos mortales, y para aguantar cuando, por haberle dejado Dios (*Padre mío, Padre mío, ¿por qué me has abandonado?*), se le descomponía el vientre como a sus camaradas. El haber catado carnaza en aquel momento había sido un medio más de embrutecerse, de ponerse a nivel de la heroica degradación ambiente, en una época en que las almas, dentro de los cuerpos acosados, aullaban de espanto y de locura ante la imagen de un Sagrado Corazón cuya sangre manaba a chorros sobre todos los mataderos de la tierra.

—¡Caray! ¡Lo que soplaban sus cristianos! —insinuaba Mouraille.

—¡Bebamos para olvidarlo!

—¿Y qué deducción se saca de aquello?

—Ninguna. No comprenderemos jamás una sola palabra de Dios ni de sus intenciones. Pero nos ha concedido el brebaje de la prudencia y de la filosofía. ¡Bebamos!

Sus confianzas nunca iban más lejos. Sabía cortar a tiempo las bromas que amenazaban traspasar los límites y defender los atrincheramientos de su vida privada. Un día, no obstante, en que Flora, inclinada para servirle, le volcaba casi encima el contenido de su corpiño ampliamente abierto, empujó los opulentos senos-frutos, que retozaban desnudos y libres de todo sostén, para apartarlos de sí, diciendo:

—Quíteme de ahí este par de tentación y deje de rozarme con sus pechos del demonio, zorra con rabo. ¡Yo no soy ningún San Antonio!

Y añadió para los clochemerlins presentes:

—¡No podéis imaginaros lo expuestos que estamos y de cuánto son capaces las hembras por descubrir el misterio eclesiástico de nuestra sotana!

Aquello hizo reír. Mouraille sacó esta conclusión:

—Es un cura muy humano.

—¡Y nada tonto el tío! —aprobó Samothrace, que le sabía amigo de los libros y

capaz de grandes lecturas.

En el castillo de los Courtebiche, las cosas vinieron rodadas.

—¡Ah! ¿Es usted el nuevo cura? —dijo la baronesa, recibiendo al abate—. Creo que le habrán prevenido. Quiero conseguir mi salvación sin salirme de mi rango. ¿Lo considera usted posible?

—Pero, baronesa, nadie se opone a ello. Se encuentra de todo en las Escrituras, tanto una religión de derechas como una religión de izquierdas. Los evangelistas, que distaban de ser imbéciles, habían previsto los virajes políticos. Por tanto, proveyeron a la Iglesia de textos que le permiten dominar la situación, sea cual fuere el régimen. ¿Qué es exactamente lo que usted desea?

—Quiero ser obedecida y servida.

—Entonces, le diré con San Mateo: *No existe servidor por encima de su dueño*. Y le diré con San Lucas: *¿Quién de entre nosotros, poseyendo un esclavo (¡un esclavo, baronesa! San Lucas admitía, por tanto, la esclavitud) le dirá, cuando regresa del campo: Ven en seguida a sentarte a la mesa? ¿No le dirá por el contrario: Prepárame la cena y sírve me?* He aquí lo que le da perfecto derecho a ser exigente con sus criados.

—Entonces, ¿qué significan todas esas historias con las que nos machacan los oídos? *Los últimos serán los primeros. Es más fácil que un camello pase por el ojo de la aguja que el que un rico entre en el reino de los cielos?*

—Son máximas de consuelo para nuestra otra clientela, la de los humildes.

—Total, ¿eso no significa nada serio?

—Para usted, no. Para otros, es el fundamento de una gran esperanza. Las almas dolientes necesitan anestesia, al igual que los cuerpos dolientes.

—¿Está usted seguro de que el cielo no será un gran batiburrillo donde me verá obligada a codearme con cualquiera?

—Volveré a citarle a San Lucas: *Dad al César lo que es del César*. En ese texto son reconocidos el poder, la potencia e, implícitamente, las jerarquías.

—Señor cura, ¡tengo diez siglos de blasones!

—Estoy persuadido de que le será tenido en cuenta. No puede concebirse un más allá donde las almas bailen la carmañola. Todas las cosas volverán a su orden.

—Por lo menos usted conoce su profesión —dijo la baronesa—. ¿Dónde ha aprendido todo eso?

—Me he rozado mucho con los hombres, en circunstancias que exaltaban lo bueno y lo malo que hay en ellos. Y he comprobado, cuando las circunstancias son excepcionales o terribles, que lo bueno gana la mayoría de las veces. Lo cual me permite no perder los ánimos.

—Ánimos es lo que necesita usted para ocuparse de un montón de imbéciles. ¿Piensa usted que todos ellos tienen alma?

—Pues... Acaso les ocurre con el alma como con los billetes de la lotería. Muchos no han podido obtener más que un décimo. Pero no deja de ser una parcela preciosa.

—¿Qué pueden comprender ellos de la religión?

—¡Comprender, comprender..., no pido tanto! ¿Quién, por lo demás, está en condiciones de comprender lo sobrenatural? El temor es suficiente la mayor parte de veces.

—¿Pretende usted hacer de Dios un gendarme?

—Él es el Padre, un padre que amonesta a su chiquillería turbulenta. Mas esto no le impide quererla.

—¡Sepa usted que ya no soy una niña!

—Lo sé, baronesa. Si prefiere usted un Dios elegante, que tenga el buen tono de los salones, existe igualmente. Pues Él está presente en todo y por todas partes. Y bastante exento de prejuicios como para adaptarse a la diversidad del mundo que Él mismo ha creado.

—Creo que vamos a entendernos —exclamó la baronesa—. ¿Quiere usted escuchar mi confesión?

—Estoy a su entera disposición.

—Y se quedará a cenar conmigo. ¿Disfruta usted de buen apetito?

—Dios me ha dado un buen saque —respondió el cura Patard—. ¡Hágase su voluntad!

—¿Y buen paladar, señor cura?

—Me gusta lo bueno, baronesa.

—¿Y de beber?

—Vino tinto, baronesa. Beaujolais, naturalmente. Recite el *Confiteor*...

Partiendo de la nada, no se puede hacer una carrera de *star* o de *vamp* sin algunos accidentes al principio. El manejo provechoso del hombre es un arte difícil, que no se adquiere sino por la experiencia, es decir, mediante caídas y recaídas, y luego tratando de sacar de ellas las conclusiones necesarias en el plano de la estrategia amorosa. Requiere una madurez del cuerpo, bien instruido de sus recursos, y que el espíritu, a su vez, adiestrado en los artificios de la seducción y sabiendo hacerla irresistible, esté en condiciones de regir bien los abandonos del cuerpo. Por haber soñado demasiado con el «Folies-Bergères», con Hollywood y con triunfos brillantes, Lulu Bourriquet se encontraba encinta a los diecisiete años y cuatro meses, habiéndoselo seguramente buscado, mas sin haberlo querido.

Aquello comenzó por un lánguido florecer de su gracia juvenil, por una recrudescencia de viva belleza que empolvaba de primavera las mejillas de la culpa y le hacía correr bajo la piel claridades lechosas. «¡Qué bonita está ahora!», decían. Su mirada tenía ese brillo húmedo que torna tan atractivos los bellos ojos de largas

pestañas. Solicitada en su savia más íntima, su carne tomaba una tersura súbita, cuyo apogeo se situaba en la punta de los senos endurecidos. Aquellas prominencias hinchadas, que llamaban la atención, anunciaban su culpa, que al fin hubo de ser confesada y cuyo rumor cundió. Tales cosas no pueden pasar inadvertidas mucho tiempo. Clochemerle se enteró del asunto con bastante ironía. Varios mozos del burgo tenían que vengarse de los desdenes de Lulu Bourriquet, quien no se había molestado en ocultar que picaba muy alto.

Igual visible aventura corrían en el mismo momento dos jóvenes compañeras de Lulu: Claudine Soupiat y Mathurine Maffigue, las más fieles en seguir a su imprudente amiga en sus calaveradas y en barrenarse los cascos con ella. Aquellos accidentes fueron subsiguientes a la proyección de una serie de películas, en las que bellas mecanógrafas, sólo por haber escuchado los juramentos de jóvenes seductores, poseedores de magníficos torpedos, brincaban a la primera fila de la *high lije*, encaramadas sobre Himalayas de dólares, e iniciaban viajes de bodas principescos hacia Venecias y Miamis. Las tres chicas de Clochemerle no tenían el seso lo bastante firme, ni la virtud lo bastante arraigada para resistir a aquellos sortilegios de la pantalla.

Despreciando a los jóvenes clochemerlinos, zafios y tímidos, cedieron a las insinuaciones de boquirrubios de la ciudad, bien plantados, que bailaban el *shimmy*, gastaban ampliamente y conducían descapotables *sport*. Clientes asiduos del hotel Torbayon, les hacían hermosos regalos y se encargaban de los dispendios de las salidas. Evidentemente no iban a hacerlo por nada.

Aquellos rateros de virtud mostraron mucha menos solicitud, algunos meses más tarde, cuando se enteraron de que las jovencitas tenían inquietudes. Espaciaron las citas y no tardaron en desaparecer, dejando a las pobrecillas con el fruto de sus deslices y ante la necesidad de confesar a sus padres una falta cuyas consecuencias no podían curarse con una simple bronca y unos cuantos pares de bofetadas. Aquello levantó tempestades en los hogares. Tanto más cuanto que las indagaciones de paternidad se presentaban difíciles, por no haber dejado los seductores sus señas. Mathurine Maffigue, una boba, aunque de tejidos firmes y sabrosos, explicaba su desdicha llorando:

—Ferdinand me trabajó mientras yo tenía la cabeza vuelta. ¿Sabía yo siquiera lo que me pasaba? Nadie me había prevenido nunca.

Clochemerle estaba más dispuesto que nunca a excusar tamaños desfallecimientos, a los cuales la ingenuidad de las chicas siempre había estado expuesta. Pero tres madres solteras a la vez, «de la mano de quien no se sabe siquiera», era demasiado, incluso en una época de progreso, de *dancing*, de automóvil y todo lo demás. El ejemplo de las tres seducidas era como para inquietar a las madres de familia.

Sobre todo, extrañaba en gran manera el nuevo procedimiento. En aquel rincón del Beaujolais, donde las chicas se dejaban extraviar ni más ni menos que en

cualquier otro lugar, una vez llegada la edad y con ayuda de la estación, la antigua regla era que, caso de producirse consecuencias, el seductor matrimoniase. La cosa no presentaba titubeo ni dificultad. Si ahora aquél empezaba a tomar la costumbre de desaparecer tras su mala faena, habría que sujetar a las chicas y no tolerarse más la menor frivolidad bajo las faldas. Pero, por otra parte, ¿cómo sujetarlas? Cuando están en celo, son fértiles en astucias y embustes para desbaratar la vigilancia.

El daño, para aquellas tres en cuestión, estaba ya hecho. De nada habría servido romperse la cabeza contra las paredes, ni que los padres vociferasen «arrastradas» y «marranas», como solía hacerse antaño cuando el honor de la familia se veía afectado así por una fecundación clandestina. Y en cuanto a lo de arrojar a la calle a las víctimas de la astucia masculina, consagrándolas a los burdeles, afortunadamente la moda había pasado ya.

Aquello demostraba sobre todo el peligro de «irse con los forasteros». Y que no se sale impunemente del propio medio, de la propia condición. A otros correspondía sacar provecho de ello y acorazar la doncellez de sus muchachas esperando la boda.

La señora Fouache podía, pues, gemir con toda propiedad en el estanco:

—Babilonia, querida mía, ya se lo dije, Babilonia con sus cortesanas y todo. ¡Tres chicas encinta a la vez...! Veremos sucederse las catástrofes.

Muchas mujeres maduras estaban dispuestas a escucharla, aquellas que censuraban las hueras costumbres y las licencias nuevas, las libertades toleradas a la joven generación, su manía de ir sin cesar de un sitio a otro, los cigarrillos que fumaba, los bailes vientre contra vientre, la manera de vestir, con las faldas tan cortas y de encalabrinar a los hombres cruzando las piernas hasta alturas tan... Una corriente de reprobación condenaba a las tres madres solteras. Éstas no se atrevían ya ni a dejarse ver.

El escándalo había estallado en tiempos del cura Noive, Paradójicamente, fue él quien, por sus excesos, contribuyó a la rehabilitación de las tres desconsoladas. Con su manía de virtud sobrehumana y a ultranza, pronunció un estrepitoso sermón, cubriendo de oprobio a las desgraciadas que eran complacientes antes del matrimonio. Ciertamente era que deseaba sobre todo poner sobre aviso a las ingenuas, cuya credulidad hubiera podido hacerlas caer en las trampas de los sotos. Pero en su celo no respetó nada ni a nadie, ni a las chicas perdidas, ni a las coquetas, ni a las bonitas, ni a los padres ciegos o negligentes. Habló de la carne vergonzosa y degrada con tal desprecio, con un furor tan exacerbado de rebajar todo lo relativo al gesto que da la vida, que se juzgó que exageraba. ¡De todos modos, de todos modos...! ¿Es necesario concebir, sí o no? Y no existen precisamente treinta y seis maneras distintas de hacerlo...

Las culpables se hallaban precisamente en la iglesia, ya un poco deformadas de talle, con la nariz metida en el pañuelo, coloradas e impresionadas, y una de ellas, sujeta a mareos, a punto de enfermar. ¡Bastante castigadas estaban ya! Arrojarles abominaciones a la cara, delante de todo Clochemerle, podía tener una influencia

nefasta sobre sus alumbramientos y cortarles la leche. En todo caso, no era el papel de un sacerdote llegar a tanto. Tal fue el parecer de respetables madres de familia, que sabían por experiencia personal que una maternidad se pilla a menudo como una picada de insecto o un grano en la nariz y, a veces, sin placer alguno. Claro que aquellas pequeñas no eran dignas de ser felicitadas. Ellas habían cometido una grave imprudencia; pero ¿qué parte correspondía a su curiosidad y a su ignorancia? (Hace falta ser mujer para comprender estas cosas). De ahí a excomulgarlo todo, a envilecerlo todo... Iban a nacer unos pequeños cristianos, al fin y al cabo, aunque el diablo hubiese terciado en el asunto.

—¡Los pobrecillos que van a venir no tienen ninguna culpa, señora!

—¡Figúrese! ¿Qué culpa van a tener los angelitos?

—La mujer está hecha para el solaz del hombre.

—Si no fuera así, jamás se conseguirían hijos.

Las chicas están más expuestas que los chicos, no hay que darle vueltas. Tan es así, que las mujeres, solidarias de su sexo, tendían a absolver a las tres pecadoras. Habría tres jóvenes clochemerlinos más, eso era todo. Y las jóvenes madres podrían acabar casándose. No era tan difícil que encontrasen unos buenos muchachos que se encargasen de ellas y de su prole. Se había visto muchas veces, principalmente durante la guerra. Un soldado venía del frente con permiso y al marcharse dejaba encinta a una novia que había creído su deber no rehusar nada a un valiente combatiente. Pero a éste lo mataban algunos meses más tarde, dejando sin padre a un hijo aún por nacer, y sin honra a una buena chica que podía considerarse verdaderamente su viuda. Pero luego llegaba otro soldado con permiso, inseguro de su porvenir, que no se preocupaba por el pasado. Así se habían efectuado varios matrimonios.

La madre Bourriquet hostigaba a Lulu con sus reproches:

—¡Con todas tus novelerías, resulta que ahora eres tú la que nos metes en un buen fregado, pobre idiota!

Pero, poco a poco, tampoco ella podía contener su interés por el estado de su hija, porque la maternidad continúa siendo el gran quehacer femenino.

—Vas a llevarlo de punta —decía—, no como te llevé yo a ti. Hay mujeres que gestan más bien en la parte baja del vientre, y otras más bien hacia el pecho, más arriba. Hay quien dice que cuando se lleva alto, es un chico. Pero yo no me lo creo mucho. ¿Por qué un chico habría de colocarse de otro modo que una chica?

En cuanto a Lulu Bourriquet, la aprendiz de vampiresa de Clochemerle, en aquel momento harto discapacada, rabiaba por haberse dejado tomar el pelo tan tontamente y porque su porvenir se viese comprometido a causa de ello, o por lo menos retrasado. No renunciaba a sus tercas ambiciones. Pero necesitaba aguardar a soltar aquel hijo que le invadía el cuerpo y a quien tan poco deseaba, para ver cómo su

belleza se repondría de la prueba. Había oído decir que los pechos se relajan por la subida de la leche y que, una vez quebrados sus delicados ligamentos, no recobran jamás sus primeras combaduras. Ahora bien, ella estaba orgullosa de sus jóvenes senos turgentes, su más bella baza en la carrera que quería emprender. Lloraba de despecho ante la idea de que podrían perder su encantadora soberbia y caérsele de la punta.

El resto, era cosa suya. Inútil decir que otra vez sabría actuar mejor. En cuanto al hijo, siempre podría dejar a su madre el cuidado de criarlo. Ella ocultaría su existencia hasta haber conseguido hacerse célebre. Aquello no era más que un accidente, ocurrido también a otras muchas, que de todos modos habían salido bien del paso.

Y se ponía a pensar de nuevo en sus queridos ídolos: ¡Oh, Greta Garbo! ¡Oh, Marlene Dietrich! ¡Oh, Joan Crawford!, diosas del mundo moderno. Llegar a ser como ellas, reinar como ellas, sofisticada, en el Olimpo de la gracia y del deseo inaccesibles... Se sabía de memoria las medidas de todas las grandes estrellas, a las que las suyas se aproximaban: tanto de peso, tanto de pecho, de caderas, de muslo, etcétera. Con tal de que aquella detestable gravidez no modificase las felices proporciones de su cuerpo, calcado sobre el ideal cuyos cánones habían fijado la «Metro Goldwyn Mayer» y la «Fox Film»...

«¡Oh, Anaïs Frigoul, tú que tan bien has sabido triunfar, ven en mi socorro!». Ésta era su invocación. En cuanto se encontrase repuesta de su alumbramiento, marcharía a París para visitar a aquella intrépida Anaïs, para decirle con toda sencillez: «Quiero ser como usted. Guíeme».

—¡Espero que habrás quedado curada de esas cosas! —decía la madre Bourriquet a su hija, cuando la sorprendía enfrascada en sus ensueños—. Si sabes estarte tranquila, con lo bonita que eres, acabarás por casarte en Clochemerle.

¡Casarse en Clochemerle, qué horror! Eterna incompreensión de los padres que se atraviesan en la vocación de los hijos. Esos mismos padres, por lo demás, se inflarían de vanidad si hubiesen producido un politécnico, un normalista, un *saintcyrien*, incluso un brigada renganchado. Pero se atemorizan cuando se trata de las hijas, de entrañas comprometedoras y cuya hinchazón puede señalarse con el dedo.

¡Como si esto no fuera una servidumbre femenina que hace falta superar para alcanzar los más altos destinos! ¡Como si la carrera de una hija, por caminos legítimos o no, pudiese hacerse de otro modo que con un cuerpo de guapa diablesa, arrojándolo a la batalla, prodigándolo en los ataques que se le presentan, para arrancar las supremas recompensas del éxito femenino: un hermoso apartamento, un automóvil, un solitario, el visón y la cibelina! A las mujeres todo les viene por el hombre o, al menos, por la intervención del hombre. No hay más que escoger bien a los hombres apropiados, pues raro que uno solo baste y no se debe una apelmazar en el mismo lecho. Cuanto de más abajo se empieza, más necesario será un desfile de caballeros para conducirla a una de las cumbres del lujo, a la gloria de las fotografías

en los periódicos de la elegancia y de la reputación mundanas. Y cuando todo esto esté conseguido, ¿quién se apartará de la victoriosa, quién se atreverá a recordar sus tribulaciones antiguas, quién no admirará su valor, su inteligencia, y qué familia en definitiva, no se sentirá orgullosa de ella?

Así poniendo hociquitos y abominando de su gravidez, que la retenía en Clochemerle, de donde deseaba irse a toda costa, razonaba Lulu Bourriquet, bajo las miradas, a pesar de todo compasivas, de los suyos.

Sobre la misma época se cometió un crimen, odiosamente premeditado por un frío maleante, que heló de horror al burgo. Jamás se había visto nada semejante en el país, donde los peores desacuerdos raras veces llegaban a los golpes.

La casa de los Tuvelat, un poco aislada en la campiña alta, permanecía obstinadamente cerrada desde hacía cuarenta y ocho horas. Los vecinos se inquietaron. Se sabía que los Tuvelat estaban ausentes, porque habían marchado al Doubs para asistir a la boda de una pariente. Pero habían dejado en la casa a la abuela Tuvelat, viuda del difunto Antelme, reputado como terrible mujeriego.

La vieja Tuvelat sólo tenía una pasión: la avaricia, una avaricia estúpida y enfermiza, pues el dinero nada podía procurarle ya, ni siquiera la misericordia de algunos días de vida suplementaria. Con razón o sin ella, se le atribuían unos ahorros, escondidos en algún lugar secreto, o portados encima en una bolsa colgada debajo de las faldas. Lo cierto es que existía una verdadera leyenda sobre el dinero de la madre Tuvelat, leyenda corroborada por la actitud extraña de la anciana, que desconfiaba de todo el mundo, incluso de sus propios hijos. Vivía apartada en la casa, por la que rondaba, suspicaz, canturreando con voz ronca estribillos de su infancia, que interrumpía para maldecir a gentes muertas hacía largo tiempo pero que seguía odiando con perseverancia. Por ejemplo, a un bandido de carnicero que, en 1910, le endilgó una moneda falsa de cinco francos, o a un bribón de colchonero que le había birlado lana, treinta años atrás, al cardar sus colchones. Apoyándose en tales muestras, estaba persuadida de que todo el mundo la quería mal y no buscaba sino robarle.

Embebida en sus mascullamientos, la abuela Tuvelat solía dar un paseo cotidiano hasta la casa de los más próximos vecinos, distante algunos centenares de metros, para demostrar que seguía presente, descarnada, malévola, obstinada en vivir para fastidiar a la gente, sentimiento que parecía sostenerla en efecto. Buenas personas, los vecinos la hacían pasar, divirtiéndose con su chochar de vitriolo. La invitaban a beber y a roer una pasta seca. Ella aceptaba con avidez, encantada de conseguir algo por nada.

Los vecinos se extrañaron de no haberla visto hacía dos días. ¿Estaría enferma? ¿Muerta, tal vez? Avisaron al guarda jurado, Beausoleil, quien se dirigió al lugar con un cerrajero y dos gendarmes. Forzaron la puerta de la silenciosa casa.

Encontraron en el interior un completo saqueo, cajones vaciados, colchones despanzurrados, muebles rotos, como si todo hubiese sido registrado de arriba abajo. Descubrieron el cadáver en la bodega, tendido al lado de un banquillo donde la vieja solía sentarse junto a un tonel, para beber vino fresco, mientras rezongaba sus maldiciones de bruja. Tenía las faldas arremangadas, y sus viejos muslos flacos estaban acribillados a pinchazos. Sin duda, el asesino la había torturado para hacerle confesar dónde ocultaba su dinero, antes de rematarla, machacándole el cráneo.

Aquel crimen dio mucho que hablar. Reporteros, fotógrafos y policías acudieron a Clochemerle. Se entretuvieron allí de buena gana, cautivados por la excelente cocina de Adèle Torbayon y la calidad del vino. Se devoraron en grandes cantidades pollos a la crema, *foie gras* y ranas al ajo. Se vaciaron un número increíble de botellas. La feliz modorra de las digestiones no contribuía en gran manera a adelantar el asunto y, por decirlo todo, muchos indagadores estaban todo el tiempo borrachos. Parecía, no obstante, que el crimen podía ser imputado a alguien del pueblo, enterado de la ausencia de los Tuvelat. Pero ¿qué más?

En virtud de la teoría de «¿A quién aprovecha el crimen?», se sospechó de los mismos Tuvelat, que podían haber simulado una falsa partida y preparado luego la escena, para quitarse de encima a la vieja y entrar más pronto en posesión de su dinero. No era difícil dar el golpe por la noche y luego largarse rápidamente en el coche hacia el Doubs. La nuera Tuvelat había exclamado ante testigos, hablando de la víctima: «¡A ver cuándo revienta de una vez, la vieja zorra!». Era un indicio demasiado ligero para fundamentar en él una acusación. Tal tipo de anhelo suele proferirse corrientemente en las familias, especialmente respecto a una suegra detestable. Pero los Tuvelat tenían, como todo el mundo, enemigos a quienes no desagradaba deslizar la insinuación.

Interrogados a su regreso, a los Tuvelat no les costó probar cómo habían empleado su tiempo. Por lo demás, no tuvieron dificultad en convenir que deseaban más bien la muerte de la vieja, que había desembocado en la manía persecutoria y les hacía con frecuencia la vida imposible. Pero le deseaban una muerte natural, exenta de dolor, por ejemplo que no despertara una mañana. Preguntados sobre la existencia del dinero, respondieron que la anciana podía muy bien haber metido algunos billetes en un escondrijo, pues siempre había hurgado y birlado todo lo que podía, pero que de seguro no se trataba de ninguna fortuna. Hablar de dinero había sido siempre su manía, manía que había empeorado con la edad. Le gustaba hacerse la ilusión de que era rica y pretendía preparar extrañas sorpresas a sus herederos. Éstos no se creían gran cosa de ello. Pero aquellos rumores, repetidos, podían haber hecho nacer la fatal leyenda de sus ahorros.

—¿Se sabía en el pueblo que debían ustedes ausentarse?

—Hacía tres meses que la fecha de la boda estaba fijada y habíamos hablado de ello. El asesino debe de haberse enterado.

—¿Sospechan ustedes de alguien? Hablen sin temor. Sus palabras no serán

reveladas.

Vejados por el interrogatorio que acababan de sufrir, los Tuvelat aprovecharon la ocasión. El mayor, Jean-Marie, que tenía una vieja cuenta que ajustar, hizo esta declaración:

—Conozco a un canalla muy grande y le estimo capaz de todo.

—¿Por ejemplo?

—Pues... enseñó a mi mujer, a la Claudia, ahí a la vuelta del camino, una cosa que no se enseña a la mujer de un vecino sin ser un puerco asqueroso. A ese viejo sucio le creo capaz de saltar sobre una vieja lo mismo que sobre una joven.

—¿Puede usted nombrar a ese individuo?

—Van a decir que es por venganza. Pero todo el mundo lo conoce. No tiene usted más que preguntar.

En efecto, Clochemerle tenía su exhibicionista y todo el mundo lo conocía. Mas parecía poco verosímil que se hubiese abalanzado con fines ultrajantes sobre una bruja de ochenta y tantos años, reputada como una zorra congelada hacía ya medio siglo y cuyo áspero cuero era poco más o menos atractivo como el de un caimán. Se le interrogó, no obstante, haciéndole molestas preguntas sobre sus hechos y sus gestos, gestos platónicos, por lo demás, que podían en rigor asombrar a las doncellas, pero que no intimidaban a las mujeres expertas. Pues como le había dicho un día Babette Manapoux, a quien hacía su propaganda: «No puedes hacer ya ni bien ni mal a nadie con tu viejo colgajo». Se sabía bien que no había peligro alguno por ese lado. Por lo que Clochemerle se mostraba indulgente con la manía puramente espectacular del viejo Pignaton, que andaba por sus setenta y ocho años. ¡Se divertía como podía el pobre viejo!

En tanto bebían y devoraban en casa Torbayon, los policías mantenían los oídos aguzados y no perdían el tiempo. Sacaban conclusiones de pequeños hechos que las gentes no pensaban en barajar. Procedieron con gran habilidad, insinuando a los periodistas que se trataba con toda certeza del crimen de un vagabundo, quien había tenido tiempo para abandonar la región.

El asesino, que leía los periódicos, se creyó libre ya del asunto y cesó de vigilar sus actos. Tres semanas más tarde, era detenido en Villefranche un obrero tipógrafo, llamado Massoupiau, natural de Clochemerle, que dejaba cantidades relativamente elevadas en las casas de prostitución y pagaba demasiadas rondas en los cafés. No pudo explicar la procedencia del dinero, ni justificar el empleo de su tiempo en la fecha del crimen. Un mecánico de Saint-Georges-de-Reneins le reconoció formalmente como el ciclista cuyo neumático trasero había reparado en la fecha fatídica.

Interrogado a fondo, Massoupiau se derrumbó. Había salido en su bicicleta, dijo, y alcanzado por un atajo los lindes del burgo, empujando su máquina. Pretendió que

la abuela Tuvelat le había llamado en la carretera para invitarle a entrar en la casa. Intentó insinuar que ella le condujo a la bodega, donde habían bebido juntos copiosamente, y que luego le había hecho proposiciones tan monstruosas que él no pudo por menos de golpearla, a impulsos de la indignación y de la embriaguez. El relato era inverosímil de todo punto. Y, además, huellas de fractura demostraban lo contrario.

Quedó establecido que Massoupiau, trabajador irregular, frecuentaba en exceso los malos lugares y tenía deudas en varios sitios. Encontraron en su habitación una colección de documentos siniestros, recortados de publicaciones policíacas: rostros exangües y tumefactos, trozos de cadáveres, paquetes conteniendo miembros cortados, etcétera. El abogado intentó probar que aquellas imágenes podían haber tenido un efecto pernicioso sobre un espíritu débil. Cometió con ello una torpeza, pues se vio obligado a perorar prolongadamente sobre horrores cuya sola evocación se revolvía en contra de su defendido.

Cierto que aquel abogado, llamado Félix Emprière, era un pretencioso imbécil que, aparte sus soporíficas defensas, lograba deslizarse de cuando en cuando algún artículo en los diarios. Se trataba siempre de artículos de crítica, desquite de impotentes, y estaban ante todo destinados a hacer resaltar el ingenio, la cultura y la competencia universal del firmante. Tal suele ser la sinrazón de los críticos, que conceden más importancia a las cincuenta líneas que ellos escriben que a las tres o cuatrocientas páginas del trabajo preexistente del cual sacan la materia de su pretenciosa disertación. (Era algo que siempre exasperaba a Samothrace, quien recordaba un pasaje de *Esplendor y miseria de las cortesanas*, en el que Balzac compara a los críticos con las prostitutas). Las gentes de oficio, tanto en la Audiencia, como en el periodismo, tenían a Félix Emprière por un perfecto don nadie. Ello no mellaba en lo más mínimo la soberbia del querido letrado, quien se ponía delante en todos los medios y circunstancias. Su elocuencia, capaz de triturar la nada, funcionaba automáticamente en presencia del menor auditorio, al igual que ofrecía su prosa floja e invertebrada a todas las publicaciones de tirada limitada. Dos o tres veces en que acudió a cenar en casa de Adèle, se hizo notar al momento tomando la palabra durante los postres para soltar soporíficas vulgaridades. Cuando se buscó un abogado, algunos meses más tarde, se le escogió porque era conocido. (No había olvidado dejar su dirección).

La Audiencia condenó a Massoupiau a la pena de muerte. Fue guillotinado poco después. Aquello impresionó a Clochemerle en grado sumo. Se imaginaban los últimos instantes de aquel pobre muchacho, que todo el país había conocido y que en su juventud había sido un chico como los demás, al que nada parecía designar para un destino infamante. Jamás anteriormente un clochemerlino había acabado en el cadalso.

El crimen parecía tanto más inexplicable cuanto que el asesino pertenecía a una familia de buenas personas, que habían hecho lo posible por darle instrucción y

oficio. El padre Massoupiou, consejero municipal dimitió en cuanto tuvo noticia de la detención de su hijo. Su esposa murió de pena algunos días después de la ejecución, en la horrible desesperación de una madre que se acuerda de un niño tiernamente querido, al que se niega a ver bajo los rasgos de un criminal. La cuchilla que cortó el cuello de su hijo había cortado también lo que quedaba en ella de vida y de esperanza. Su entierro fue seguido con tristeza y compasión. ¡En verdad, es un gesto terrible procrear, pues no se sabe nunca a qué desdichados puede dárseles la vida!

Todo aquello fue muy comentado en la tasca.

—¿Encuentra usted una razón científica para un acto semejante? —preguntaban a Mouraille.

—El oficio de asesino —decía éste— es el último de los oficios y, ciertamente, el más estúpido. Encima de que en muy raras ocasiones compensa, no permite jamás llegar lejos. Por lo que no creo que nadie escoja ser asesino. Es una cosa que se le cae a uno encima.

—Pero, a fin de cuentas, ¿esas gentes no razonan sus acciones?

—Los locos razonan también, aunque partiendo de la sinrazón.

—Entonces, ¿es que los criminales son unos locos?

—Con relación a nosotros, sí. Llegan al crimen de un modo lógico, y lo encuentran normal y satisfactorio, en virtud de un proceso mental que no es el nuestro.

—¿Y el crimen gratuito, deseado en sí mismo? —preguntó Samothrace.

—No es más que una burrada literaria, concebida por un buen señor resguardado de todas las tentaciones, respetuoso del orden hasta lo infinito, que rehuye las cuestiones con su portera y el comisario de Policía, pero que se libera de su sumisión social atribuyendo a un personaje ficticio un acto del que se guardará él muy bien.

—A su juicio, ¿los asesinos son responsables?

—Patológicamente hablando, así lo creo. Hablo del crimen premeditado, como el presente. Veán ustedes, el crimen perfecto no es realizable, y, si lo fuere excepcionalmente, sería por causas ajenas a la voluntad del asesino y a sus previsiones. ¿Leen ustedes novelas policíacas?

—A veces —respondió Armand Jolibois.

—El autor, un intelectual que puede combinar a placer el tema de su obra, posee una técnica muy superior a la del asesino primario, el cual no puede haber analizado con gran profundidad todas las probabilidades de su crimen. ¿Están ustedes conformes?

—Sí, sin ninguna duda.

—Entonces lean con atención algunas novelas policíacas. Descubrirán en ellas el fallo, el lugar donde el narrador hace trampa para hacer realizable y misterioso el crimen. Se lo repito: el criminal está virtualmente cogido de antemano. Actúa, no obstante, como si no lo supiera. Con ello prueba que es en realidad un débil mental.

—En ese caso, ¿es justo ajusticiarle?

—La sociedad toma las medidas que cree su deber tomar. Digamos que representa al asesinado, quien en verdad tiene serios motivos para clamar venganza.

—¿Qué opina usted de los degenerados?

—Son los «fallidos» de la creación. Portan el peso de culpas y de errores que de seguro no han cometido. Algunos se declaran partidarios de suprimirlos. Es una teoría que encuentra bastantes defensores. La sociedad hace gala de su sensiblería a propósito de estos monstruos y mantiene a elevado costo sus derechos. Por ejemplo, permite matar a dosis masivas durante las guerras a su juventud más hermosa, la más sana y la más ardorosa. Se condena a muerte al criminal aislado, pero se erigen estatuas a hombres que tienen en la conciencia millones de vidas humanas. ¡Todo esto es de una imbecilidad inconmensurable!

Y Mouraille, furioso, indignado, naufragaba en una de sus crisis de tedio, que solía tratar con alcohol.

Esta vez los acontecimientos parecían querer dar la razón a la señora Fouache. El desenfrenado giro que tomaban las costumbres no podía producir nada bueno. Clochemerle tenía ya su asesino, un guillotinado de veinticuatro años, y tres madres solteras a la vez, la mayor de las cuales no contaba siquiera veinte.

Ser madre soltera es, sin duda, un delito amable, que ha tenido compensaciones de solaz y cuyas consecuencias poseen un algo conmovedor, pues la inocencia y el frescor del bebé no quedan alterados. Las hay que se toman con desenfado la aventura, no considerando al hijo como una desdicha, sino consagrándole, por el contrario, un amor y una devoción apasionados. Se conocía un ejemplo de ello en Clochemerle: el de Valérie Craponne, quien, tras la vendimia de 1920, se había encontrado embarazada sin contar con un responsable, por haber frecuentado demasiado a un vendimiador de paso, uno de esos seres errantes que no tienen nada ni nadie a quien cuidar. No se sabe por qué oscuras razones las muchachas se enamoran súbitamente. Pocas mujeres hay que, si tuviesen que explicar más tarde sus primeras inclinaciones, no debieran confesar tendencias absurdas, por las cuales no podrían menos de ruborizarse. Lo que las salva la mayor parte de las veces es que todo transcurre como una novela en sus mentes, sin que las circunstancias se presten a los contactos peligrosos. Pero si dichas circunstancias se confabulasen más a menudo, ocurriría a más de una lo que le ocurrió a Valérie Craponne, víctima, más que de un muchacho atrevido, de un ideal de belleza y de febril ternura aposentando en su corazón. Su imaginación había adornado con esas características al primer llegado, por razones tan fútiles como la ondulación de una cabellera, la raya delgada y oscura de un bigote, el matiz de la mirada, etcétera. Estos errores del instinto amoroso han obsesionado muchas mentes. No es preciso sino el azar para sucumbir a ellos, y, en el campo, ese azar está representado por la invitación de una noche pura y cuajada de estrellas, la llamada de la tierra cálida todavía por los ardores del día, el

bienestar del frescor que invade el silencio de la tarde, cuando la vida musita por doquier promesas de amor y de dicha. Basta un desmayo, una pérdida de control de algunos instantes, para comprometer todo un destino. Valérie Craponne, que no logró casarse —por exceso después de arisca retención—, dio el ejemplo de una hermosa valentía, consagrándose por entero a su hijo, con una asiduidad que provocó admiración y le valió ser ayudada por todos los clochemerlins. Su dignidad jamás quedó en entredicho.

Pero no podía olvidarse que las tres jóvenes pecadoras, cuyo jefe de facción era Lulu Bourriquet, no habían cedido a sus galanes tanto por sincero sentimiento cuanto por deseo de imitar a las mujeres de renombre de las que hablaban los periódicos. Su falta había sido originada con certeza por esa corriente general de las costumbres que incitaba a la gente joven a considerar el amor más como un medio que como un fin. Tenían prisa en quemar las etapas. O bien, según solía decirse, «de estar al día».

¡Si por lo menos aquello hubiese hecho reflexionar a las demás y servido de lección...! Pero el progreso aceleraba sus cadencias, multiplicaba sus máquinas y sus tumultos, no dejando ya a las gentes tiempo para respirar, para pensar. Tenían que digerir tantas invenciones, presentadas casi de modo simultáneo, sucediéndose un asombro a otro, a tan loca velocidad, que para no quedarse atrás se tomaba el partido de no *pasmarse* ante nada, ni indignarse por nada.

En 1935. Eugène Fadet regresó de París al volante de un ingenio nuevo, de forma revolucionaria, cuyas ruedas trazaban en el suelo festones de una audacia extraña. Era la tracción delantera.

—¡Formidable! —declaró—. Con una herramienta semejante no se puede quedar uno «patas arriba». No hay más que meterse a fondo en los virajes, que siempre se consigue salir de ellos.

Su entusiasmo le hacía falsear la verdadera ortodoxia, que no es entrar en los virajes (cosa al alcance de cualquiera), sino salir de ellos con la mayor rectitud. Es verdad que esto hubiese debilitado sus argumentos de vendedor. De oírle, al volante del aquel coche maravilloso, cualquier chapucero se tornaba en impecable conductor, en un pequeño campeón.

—Es el mismo cacharro quien conduce. Cuanto más pisas el acelerador, mejor va.

Predicaba con ello un evangelio peligroso, que había de ser escuchado en exceso por los nuevos reyes de la carretera, prestigiosos pilotos de aquella máquina imbatible, reina de los virajes y de la adherencia.

—Te lanzas a cien por hora...

El cien por hora, sin ser por completo una novedad, no estaba reservado aún más que a un pequeño número de adeptos, verdaderos deportistas. Y he aquí que de pronto se ponía al alcance de todo el mundo. ¡Qué ganga!

—En la carretera, les puedes a todos. Mira, te apuesto llevarte a Marsella con una

medía de ochenta.

Aquella parecía una medida fabulosa, ochenta kilómetros, veinte leguas por hora. Era casi increíble.

—Sube, vas a verlo.

Con Fadet al volante, era verdad o, por lo menos, se le aproximaba. En todo caso, de Clochemerle a la llanura del Saône, sus descensos por una carretera toda curvas hacían estremecer a los más temerarios. Estableció marcas que los más audaces soñaron más tarde con batir.

Clochemerle adoptó, pues, el ciento por hora. Quizá no como andadura de carretera, pero sí como término de base en la discusión. En la taberna, ante los vasos de beaujolais, las medias horarias no cesaban de aumentar vertiginosamente. Los clochemerlinos eran ahora verdaderos automovilistas, es decir, en materia de *performances*, se convertían en condenados embusteros.

Y esto no era más que el principio.

Segunda parte

El parado

La altura de mi estado me deslumbra

(Marivaux)

Capítulo I

Nueva York y Clochemerle

El 23 de octubre de 1929, se produjo en Nueva York el derrumbamiento del mercado de la Bolsa que había de ser llamado «el *crak* de Wall Street». Encaramados orgullosamente en la cumbre del crédito y de una prosperidad que descansaba sobre la convención de hacer circular el dinero a toda marcha, los Estados Unidos se dieron cuenta con espanto de que si por cualquier circunstancia, se paraba de súbito aquel circuito forzado, los ciudadanos no poseían más que papel desvalorizado y se quedaban tan sólo en presencia de sus deudas.

Toine Bezon, quien algunos años antes, escribía entusiastas cartas sobre América, decía ahora:

Los americanos están en vías de romperse la crisma, ¡hay que ver! Están batiendo los récords de la ruina y la quiebra. Hace un mes eran todos ricos y ahora son todos pordioseros, recogiendo desechos por las calles y engullendo lo que pueden en los comedores populares. ¡Vaya liquidación! Las gentes saltan por las ventanas de los rascacielos para abrirse el cráneo sobre el pavimento. Hay que tener cuidado para no recibir un suicida sobre la cabeza, os lo digo yo, y mirar bien al aire o donde se ponen los pies. Toda América está en venta, de arriba abajo, a lo largo y a lo ancho, con sus colecciones, sus pieles, sus diamantes y sus perlas. Pero no hay nadie que compre, dado que todos están sin ni cinco. Uno puede ofrecerse una chavala hambrienta por el precio de un buen guiso, y no una cualquiera, sino de aúpa, como las tías de Hollywood. Es mejor emborracharla primero, porque la americana que no está borracha no da nada. Pero si le haces un buen tratamiento con cócteles y whisky, puedes conseguir que ponga algo de su parte, riendo como una majareta. En resumen, que hay un pánico atroz. Ya no les queda un cuarto para pagar sus neveras y sus automóviles. Un buen trabajo resulta tan difícil de conseguir como ganar el sweptake. Hasta cierto punto, es la monda contemplar a todos estos orondos papando la mosca. ¡Hay que ver ahora a esos campeones de la prosperidad! Y sin embargo, causa pena verles tan turulatos, vendiéndolo todo a precios de saldo. ¿Qué os parecen veinte millones de parados? Conforme en que las tías de aquí tienen el cuerpo de oro y que sobre todo hacen el racket del amor. Pero el americano no es

mal bicho. «Hello, Harry!», le dices y, en seguida se convierte en tu amiguete. No se aferra a los dólares de su bolsillo, como nosotros en Francia nos aferramos a los francos. Le gusta hacer rodar el dinero. Puedes pararlo en la carretera y subir a su cacharro, que no tiene inconveniente en transportarte a trescientos kilómetros, sólo por hacerte un favor. Total, el verdadero compadre. Cierto que hay algunos exaltados, que en seguida sacan la «browning». Pero los hampones de aquí, ven las cosas a lo grande y se dedican directamente a los Bancos. No tienes por qué temerles, sólo poner cuidado con no quedarte en los parajes cuando hacen escupir sus metralletas sobre los cops, (Así es como se llaman aquí a los de la bofia).

He encontrado trabajo en casa de un boss de la Quinta Avenida, donde habitan los millonarios en sus palacios. Todos son reyes de algo. El mío había tomado sus precauciones para resguardar su parné antes del tornado, dado que la pasta a alguna parte ha de ir cuando para de rodar. Vuelve a los gordos, que tienen cajas fuertes para guardarla. Lo cual hace que se coma de todos modos caviar, langosta y tournedos. Yo les vigilo la manducatoria y los he puesto a régimen de champaña para luchar contra la epidemia de depresión, porque los ricos necesitan mantener una buena moral y no dejarse abatir por la miseria como los otros. Porque yo me digo que hay que conservar alguna gente bien nutrida, pensando en el porvenir de la cocina, dado que el miserable pierde paladar, a fuerza de comer cualquier cosa, y entonces, ¿de qué me serviría ser un chef francés en este país? A hurtadillas, alimento a dos o tres familias con el producto de la sisa. Antes solía metérmelo en el bolsillo, pero en estos momentos no tienes valor para pensar en tu hucha en medio de tanta miseria. No, no podéis imaginaros cómo se ha vuelto América. He aquí a los americanos convertidos en unos pobres mangantes, que ya no encuentran trabajo para ganar sus dólares, ni nada ante sí para el mañana. América, no puedo explicároslo mejor, parece como una torre Eiffel que acabase de tumbarse en el suelo, con los pies desarraigados, con el esqueleto todo retorcido y demolido. ¡Cualquiera intenta ponerla otra vez en pie!

He escrito a Brodequin que me mande tres pipas del mejor de sus vinos. He convencido al patrón para beberlo, visto que no puedo pasarme sin mi Clochemerle, más aún con toda la tristeza que tengo que aguantar. Pero no os preocupéis por mí. En medio de este desastre, sigo siendo el pequeño rey. Es lo bueno del oficio de cocinero, que siempre se sirve uno el primero en la comida y la bebida. Como los patronos no son entendidos, puedo ofrecerme los mejores bocados y escoger las buenas botellas. Acabo de recuperar tres kilos. Hay que decir que, siempre delante del fogón, hace tiempo no comía mucho. Pero eso de verles a todos convertidos en mendigos me ha devuelto el apetito.

Y esto me ha hecho comprender que los ricos tienen necesidad de que existan los pobres, para darse bien cuenta de que ellos son ricos. Nunca me había fijado en ello. Como tampoco de que viste mucho eso de estar gordo cuando los otros están flacos. Hay ya cinco chicas que me han propuesto el matrimonio, estupendas las cinco, y sin

necesidad de andar detrás de ellas. Pero eso de casarme con una extranjera me hace retroceder. Y principalmente con una anglosajona, que toma al hombre como un esclavo, haciéndole lavar los platos, llevar los paquetes, encajar el malhumor y considerarla como una estatua de chocolate.

¡Ah, podéis estar seguro de que más adelante tendré mucho más que contaros acerca de América y que lo habré visto todo bien en este condenado país! Si no fuera porque me retiene el afán de reunir dinero... Decidle a la Adèle que he probado su receta de pollo a la crema, que es diferente a la mía. La suya resulta más mantecosa y suave al paladar, tiene razón. Eso viene de lo bien ligado de la salsa. Y para terminar, os diré que tenéis mucha suerte de ser franceses y viñadores de Clochemerle. No es éste el momento de venir a arrastrar los zapatos por las calles de Broadway.

Toine Bezon

En 1918, tras salir de una gran purga, de una horrible sangría y de una larga penitencia, todo volvió a empezar. Las devastaciones de la guerra al destruir las superestructuras del mundo, habían iniciado inmensas obras, donde los materiales más diversos hallaban empleo por millares de toneladas. Los capitales se invertían masivamente. Daños e indemnizaciones de guerra hacían brotar multitud de pequeños pactos de donde, con sólo agacharse, los emprendedores, los audaces y los fuertes en negocios podían retirar las pepitas de nuevas fortunas. La vieja Europa, curando sus heridas, alineando en cordel sus cementerios de héroes, redificando sus ciudades destruidas, había iniciado una era de prosperidad, pasmosa tras los años de matanzas, y nada hacía pensar que aquella prosperidad pudiera tener un término.

Se echaban las bases del mundo futuro, con la convicción de que nunca más se volvería a la guerra, aventura cuya estupidez acababa de medirse, puesto que no se saldaba con nada absolutamente decisivo. La palabra que hacía las veces de consigna general era *vivir*, vivir intensamente, alegremente, en un frenesí de resurrección y de olvido. Aquella palabra tenía por corolario gozar. Se acabaron los lutos, las hazañas militares y las prédicas patrióticas, de las que se estaba hasta la coronilla. Cada cual ocupaba de nuevo su sitio en la paz. Las víctimas eran idemnizadas con pensiones, mal indemnizadas, sin duda, pero no puede esperarse que las víctimas disfruten la suerte de los afortunados, verdad de todos los tiempos, que todo el mundo está en condiciones de comprender. Los desafortunados hallaban una compensación en los monumentos a los muertos que se erigían por doquier, y nadie disputaba a los padres de los desaparecidos el honorífico favor de figurar en primera fila durante las ceremonias conmemorativas. Los excombatientes se habían unido en asociaciones que se prometían recordar lo que Clemenceau dijera a los defensores de la patria: «Tienen derechos sobre nosotros». Orgullosa de su victoria, Francia, que había

mandado como jefe la coalición, alzaba la voz en todos los consejos internacionales. En cuanto a la República, acababa de signar una de las hazañas más gloriosas, más legendarias de su historia. El honor de ella revertía sobre cada elector francés, hasta el fondo de las campañas.

Fue en el primer período de la posguerra, incluido entre 1919 y 1929, cuando transcurrieron los acontecimientos que la prensa de 1923 llamó «los escándalos de Clochemerle»^[3]. La perspectiva del tiempo permite ver en ellos las secuelas de la época del 1900, que, con el *affaire* Dreyfus, el «combismo» y algunos escándalos resonantes, habían orientado los espíritus hacia doctrinas de unión, sea a derecha, sea a izquierda. Las doctrinas brindan a los ciudadanos la comodidad de pensar por consignas de clan, lo que les ahorra el tener que pensar demasiado y formarse una opinión personal a través de los hechos, embrollados por los sirvientes de verdades contrarias, las cuales raramente son desinteresadas. En 1923, Clochemerle se hallaba presa entre las costumbres antiguas, cuyo influjo era todavía muy fuerte, y el inicio de costumbres nuevas impuestas por el maquinismo creciente. Puede decirse que aquellos famosos escándalos pertenecían al pasado, un pasado cuya armazón estaba en vías de quebrarse, aunque la gente todavía no se daba cuenta de ello. (Verdad es que toda la sociedad de 1923, arrastrada por una corriente de agitaciones y placeres, caminaba parejamente a tientas). Éste es el motivo de que, dejando a un lado sucesos puramente episódicos, importe juzgar en su conjunto un período que ha marcado el paso de un mundo a otro, puesto que está demostrado ahora que la guerra de 1914 fue la señal de profundas transformaciones, en todos los planos y en todos los terrenos.

Por consiguiente, estas páginas tratan de la crónica de un reducido medio rural en plena evolución. No se refieren más que a la pequeña historia, pero la grande se nutre en ellas. Hay que recurrir a las fuentes más diversas para elevarse a la síntesis de la historia escrita y enseñada, que reviste de las apariencias de una moral educativa, por prohibir que sea de otro modo el respeto a los antepasados padres. A veces, son necesarias algunas mentiras para erigir una bella imaginería de héroes a lo Plutarco, cuyos gestos y palabras halagan los orgullos nacionales y confieren a las patrias un valor incomparable. Creemos que la historia de Clochemerle, entre los años 1919 y 1936, presenta un real interés documental. Tuvimos primero la intención de llegar hasta 1939, considerando que el período entre dos guerras forma un solo bloque. Pero, a fines de 1923, había de suceder en nuestro rincón del Beaujolais un hecho nuevo, de tal alcance para el porvenir que merece un estudio aparte.

Al terminar ese estudio, veremos a Clochemerle ocupar un lugar de primer plano en acontecimientos que repercutieron a escala mundial. Los escrúpulos prohíben al historiador tratar con ligereza una materia tan frondosa. Obligado está a tomar sus distancias.

No podía decirse, entre los años 1919 a 1929, cuál de ellos había sido el mejor, el más alentador, el más fecundo, en medio de la tranquilidad recobrada y las libertades reconquistadas. Un prodigioso impulso parecía anunciarse, encabezado por América,

que propugnaba los salarios elevados y el consumo a ultranza. Gastar mucho parecía ser el nuevo secreto de la riqueza. Si las ganancias no eran suficientes, no había que vacilar en endeudarse. El crédito estaba al tanto para procurar de inmediato a las gentes lo que no hubieran podido obtener sin largos años de esfuerzos y ahorros. Producir y destruir, tales eran las palabras clave de aquel audaz sistema. Había durado diez años.

Entonces llegó el *crack* de 1929, conocido sobre todo en Clochemerle por las cartas de Toine Bezon, que era testigo presencial de los hechos. Los clochemerlinos se vieron naturalmente impelidos a exclamar:

—¡Se lo tienen merecido esos tíos, que siempre se creen más listos que los demás!

Ciertamente, se admiraba a los americanos. Nos habían asombrado por su manera desahogada de hacer la guerra, el lujo de sus equipos, la profusión de su material. Pero se les tenía cierta tirria, acaso por haberles querido demasiado. Su Wilson, aquel mesías puritano y pedagogo, nos había negado la orilla izquierda del Rin, reclamada por nuestros familiares. En compensación, nos había ofrecido unas garantías que no fueron ratificadas. Y Washington reclamaba con acritud el pago de las deudas de guerra, siendo así que Alemania no entregaba las cantidades con las que contábamos para rembolsar a los americanos. Disputas de tramitación venían a injertarse en una cuestión que Francia, con su millón y medio de muertos, juzgaba bastante sórdida.

Repetidas veces se había discutido acerca de ello en casa Torbayon, donde las conversaciones cobraban un cariz político, económico y social. La contradicción florecía en ellas como en toda discusión francesa, contradicción que se llevaba hasta sus límites extremos, salpicada por los gritos: «¡Mecachis en la mar!».

—¡Te olvidas de que los americanos acudieron en nuestro socorro! ¡No es poca cosa! De haberse quedado tranquilamente en su casa, ¿qué arriesgaban? Y tal vez hubiéramos perdido la guerra.

—Y tú olvidas el torpedeamiento del *Lusitania*. Ése fue el motivo de que se movilizaran contra Alemania.

—El *Lusitania* era un paquebote inglés. ¿Qué podía importarles a ellos?

—Es que había ciento veinticuatro americanos a bordo.

—No se declara la guerra por ciento veinticuatro tíos. Basta con que indemnicen por ellos... Vale más que dejarse matar ciento cincuenta mil por vengarlos.

—Tenían miedo de que fuesen los alemanes quienes ganasen.

—¿Y qué?

—Pues que aquello amenazaba el equilibrio europeo y el comercio mundial. ¡Era contra todos los anglosajones contra quien se tiraba, no hay que engañarse!

—¡Sin contar con que los ingleses querían demoler la marina alemana!

Aquellas discusiones se eternizaban sin aportar grandes claridades. Cada cual permanecía encastillado en su posición, sin prejuicio de cambiarla el día siguiente, tan difícil es a los contemporáneos discernir los verdaderos móviles de la historia.

Hay que dejar esta tarea a los historiadores del porvenir, quienes procederán por simplificaciones. Ésta era la opinión de Samothrace.

—En la historia se encuentra todo lo que se quiere —decía.

—¡Y principalmente lo que se mete en ella! —añadía Mouraille.

Así como las olas de calor y de frío nos llegan por encima del océano, así también la ola deflacionista, partida de América, llegaría a golpear a Europa. Se tomó tiempo para ello, casi dos años. Luego los negocios se encalmaron, las quiebras se multiplicaron y las fábricas despidieron personal. Clochemerle se dio cuenta con angustia de que su vino, su famoso vino, se vendía con esfuerzo, a precios que ya no resultaban remuneradores.

Entonces, al mito de la prosperidad, que había durado seis años, sucedió un mito nuevo, *la crisis*, que se mantendría por un período de diez años (aunque nadie tuviera el menor atisbo de ello). Era inexplicable que existiendo, por un lado, excedentes de alimentos, de bebidas, de ropa, de automóviles, se encontrasen por otro multitudes humanas que, careciendo precisamente de alimentos, de bebidas, de trajes, de automóviles, de aparatos de radio, de neveras, de bañeras, careciesen de medios para procurárselo. Se quemaba trigo, se arrojaba café al mar, se destruían plantaciones de caucho, se arrancaban las viñas en algunos sitios. El algodón, la seda, el hierro, el estaño, la bauxita, todo bajaba.

—¡Cualquiera comprende algo de todo esto!

—¿No irá usted a decirme que está hecho aposta?

—Se quiere hacer pasar hambre a los débiles.

—Y hacer bajar los salarios.

—¡Es la miseria!

Ignorando al resto del mundo, los clochemerlinos no deseaban más que una cosa, vender su vino y venderlo a buen precio. ¿Es que era una exigencia desmedida? Era imprescindible ir a visitar a los peces gordos, a los que gobiernan. No estando en el poder, los partidos de oposición prometían lo que se quisiera. O, lo que es lo mismo, expendían la luna a rajadas, sin arriesgar nada con ello. La teoría socialista, fundada sobre el reparto de bienes, seducía mucho a los clochemerlinos. No es que estuviesen dispuestos a compartir lo que poseían. Esperaban por el contrario recibir más, cuando se efectuase el gran reparto justiciero que desposeería a quienes contaban con más que ellos. Por ejemplo, algunos propietarios de la ciudad, a los que no se echaba la vista encima más que durante las vacaciones, sacaban una renta del viñedo sin tener que tomarse la molestia de agacharse sobre la tierra. Parecía normal despojar a aquellas gentes. «La tierra es de quien la trabaja». Era una medida sana, que devolvería valor a las campiñas.

El senador Piéchut se acordó oportunamente de que su partido se intitulaba también socialista. Podía, pues, prometer como los otros y dar a entender que ciertos despojos, con vistas a ciertas redistribuciones, no le causarían el menor desagrado. Pero esto no presentaba ningún carácter de urgencia. Evolucionista, aseguraba que las cosas se desarrollan por sí mismas en el momento oportuno, que el fruto se desprende naturalmente cuando está maduro. Los radicales habían probado suficientemente su capacidad de vigilancia y que sabían asegurar el triunfo de una noble justicia humanitaria. Dos de los suyos, firmes y desinteresados, habían marcado indeleblemente con su acción el principio de siglo: Waldeck-Rousseau y Combes. El primero, apoyando al joven movimiento sindicalista, órgano de defensa de los trabajadores. El segundo, consiguiendo que se publicase la ley de Separación, que liberaba al Estado de la tutela de la Iglesia, cuyos frenéticos secuaces utilizaban su influencia para fines que nada tenían de espirituales. Por último, ¿acaso no había sido Caillaux, un gran burgués, quien había hecho votar el impuesto sobre la renta, primera etapa decisiva del colectivismo?

—Ya ven ustedes, amigos míos, que no debe confundirse la agitación con la acción. Las grandes medidas no se deciden a la ligera, no se toman en el desorden y la confusión. Puedo decirles con toda franqueza a ustedes, que son todos propietarios: no se debe tocar a la propiedad sino con gran prudencia, pues por ese camino, pronto se llegaría al abuso. Tened la seguridad de que una parte de nuestro programa no espera sino la ocasión de ser llevada a la obra. Descansad en los hombres que habéis escogido, que velan por vosotros, que acechan el instante de conseguir las satisfacciones que os son debidas, a vosotros, viñadores, cuya tarea está asociada al renombre de Francia a través del mundo. Pues si hay una primacía que no se piensa en disputársenos es precisamente la que debemos a la gloria y a la calidad de nuestros vinos. ¡Viva el Beaujolais, amigos míos!

—¡Bravo, Piéchut!

—¿Y las leyes de protección?

—Pienso en ellas, amigos míos. La idea sigue su camino.

Así, el senador se aseguraba de nuevo un mandato de confianza que sus compatriotas no pedían sino concederle. Piéchut era un personaje conocido en París, que tenía libre entrada en los ministerios y cuya camaradería con los representantes de la Cámara le permitía deslizar útilmente alguna recomendación. Algún día podía tenerse necesidad de él.

Pero la envidia vigilaba, en la persona de Jules Laroudelle. Era el segundo de Clochemerle, categoría en la que se asfixiaba de rabia, acusando a Piéchut de haberle cortado todo porvenir político. Un poderío revuelto ofrece las mayores posibilidades de cargarse a un adversario. Laroudelle se arrojó con furia en brazos de la oposición.

Acababa de fundarse un nuevo Partido, el P. O. F. (Partido del Orden Francés). Un coronel de estado mayor había tomado el mando de aquel movimiento, que iba a

gozar, gracias a él, de una disciplina y organización militares, tan necesarias para «poner orden en la casa», puesto que el poder civil, flojo y corrompido, naufragaba en la más baja demagogia.

Partido por encima de todos los Partidos, el P. O. F. hacía política sin hacerla, halagaba al pueblo y a las clases medias, defendía al capital y al proletariado sin oponerlos, apoyaba a la Iglesia sin inquietar al librepensamiento, se alineaba al lado del Ejército sin serle feudatario, apoyaba al régimen (del cual aceptaba subsidios discretamente), aun agrupando fuerzas capaces de helar un golpe de Estado, si tal golpe de Estado se convertía en la única tabla de salvación. Aquel programa tan flexible daba satisfacción a un número importante de adeptos, que se reclutaban entre los «elementos sanos del país». No temían, al mezclar todos los sistemas, afrontar al gran problema de la justicia económica y social, que constituía el gran debate del momento. Cada cual aportaba soluciones perentorias. Y, para comenzar, debía expulsarse a la gentuza que atestaba los aledaños del poder, para sustituirla por gente honrada —de la cual formaban parte ellos, por supuesto.

El mayor inconveniente de los antiguos partidos políticos estriba en que sus doctrinas envejecen. Y, cosa no menos grave, en que, siendo completos sus cuadros, todos los puestos están ocupados y son salvajemente defendidos. Aparte su aportación de ideas nuevas, un Partido joven necesita reclutarse un armazón. Puede, por tanto, ofrecer en el acto, sea colocaciones, sea posibilidades de ascenso que en vano podrían buscarse en otra parte. En cuanto quedó demostrado que el P. O. F. disponía de sólidos medios financieros, Laroudelle fue uno de los primeros en afiliarse.

Con ello, se le hizo posible agrupar a los enemigos de Piéchut, enemigos de su éxito, de su ladina campechanía, de su fortuna, de su alianza, mediante el matrimonio de su hija, con arrogantes hidalgos, que vivían en un castillo antiguo, el cual tenía la insolencia de ocupar en medio de los viñedos el trazado de una bella pista de equitación y de mostrar, ante sus verjas labradas, una amplia glorieta que antaño servía para la maniobra de las carrozas.

Pronto Clochemerle tuvo su comité P. O. F., presidido por Laroudelle. Se distribuyeron gallardetes y emblemas. El famoso «Ciudadanos, os engañan» comenzó a resonar por doquier. Se habló abiertamente de «viejos conchabados», que traicionaban a los grandes principios republicanos. Circularon consignas, *slogans* de combate cubrieron los muros.

Piéchut fingía no ver nada, no oír nada y, como siempre, esperaba su hora.

Las cotizaciones del vino comenzaron a bajar en 1932, como si toda Francia se abstuviese de beber —y era verdad que los cafés y restaurantes hacían menos negocio—. Los años sucesivos vieron acentuarse el bajón. Seguía trabajándose lo mismo y se ganaba apenas con qué subsistir. No obstante, no podía siquiera pensarse en cambiar

nada de las nuevas costumbres de vida, ni en tocar a necesidades que antaño no intervenían en los presupuestos. Volver atrás no era posible cuando el progreso, magníficamente equipado, arrojaba en el mercado una masa acrecentada de productos de consumo.

El *crack* americano de 1929 no era ya motivo de risa. La señal de la crisis había partido de allá, del país de las fortunas enormes y de los millonarios de leyenda. Se comenzaba a comprender que, de ahora en adelante, el mundo entero estaba en comunicación, que los continentes eran solidarios en la gran aventura humana, que no podían correr ya por separado, en estadios diferentes de la civilización. De todas formas, resultaba inverosímil, cuando se disponía de todo lo necesario para ser feliz, aquella brusca coerción que abrumaba a los hombres, imponiéndoles el vivir al *ralenti*, parcamente, sin perspectiva alguna de goce para alegrarles el corazón. La marcha ascendente de la Humanidad estaba frenada por razones oscuras que trababan el reparto de las riquezas amasadas.

Joannès Migon, el reformador extremista, tenía buenas razones para anunciar el fin del capitalismo, incapaz de mantener su influjo sin sumir a los trabajadores en un estado de semiesclavitud, sin acorralarles de modo periódico en la miseria para compensar las pérdidas de sus industrias, la caída de sus valores de Bolsa y la merma de los intercambios. Según él, no había salvación ni porvenir más que en un colectivismo de Estado.

—Todo el mundo tendrá entonces lo suficiente —decía—. Y nadie tendrá demasiado.

—¡Lo suficiente es suficiente, seguro! —respondían los clochemerlinos—. Pero un poco más no hace ningún daño.

Luego, reflexionando, añadían:

—Así que, con tu sistema, ¿no tendremos nada *nuestro*?

—No habrá necesidad, puesto que no careceréis de nada. El Estado os proporcionará instrucción, trabajo, ropa, alimentos, vivienda, hospital y retiro.

—Sí, claro... ¡Pero que nada de nada sea *nuestro* no es lo mismo! ¿Y quién nos va a distribuir todo eso?

—Los organismos del Estado.

—¿Y quién controlará a éste?

—Otros organismos del Estado.

—Me parecen demasiados organismos... ¿No querrás decir funcionarios, por un casual?

—Vosotros mismos seréis los funcionarios.

—¿Funcionarios de la viña? ¡Estás de broma!

—Tienes que comprender —aducía con paciencia el hijo de Migon— que se trata de una economía científica, la única capaz de hacer reinar una gran justicia universal, proporcionando a cada uno su parte vital.

Los clochemerlinos movían la cabeza. Aquello de «científico» les asustaba.

Jamás se había vivido científicamente en su montaña.

—Tu justicia universal —seguían preguntado—, ¿será la misma para todo el mundo?

—Por supuesto —afirmaba Migon—. Los negros y los amarillos tienen los mismos derechos a la vida que los blancos.

Pero en ese punto, los clochemerlinos cesaban de seguirle.

—¡Los negros y los blancos nos importan un bledo! —aseguraban—. Te estamos hablando de los viñadores del Beaujolais.

—Entonces —gritaba Migon—, ¿es que no queréis hacer nada por los demás?

Los clochemerlinos le miraban sorprendidos. Decididamente es difícil entenderse, incluso entre franceses.

—Acuérdate —decían— de que la discusión no ha empezado por la idea de hacer algo por los demás. Ha empezado por la idea de que hagan algo por nosotros.

Hubo, sin embargo, clochemerlinos que se adhirieron al sistema de Joannès Migon y que se declararon colectivistas convencidos (con todo y estar persuadidos de que seguirían siendo propietarios de sus viñas, pues, ¿quién podría cultivarlas en lugar suyo?). «¡Hay que hacer tabla rasa del pasado!», se había dicho. Cuando las cosas van mal, no se puede conseguir nada mejor sino trastornando el orden antiguo. Aquello creaba un tercer partido político. Como queda dicho, Clochemerle estaba en plena agitación.

Lo mismo que el resto de Francia.

Algunos escándalos precursores habían hecho sonar la alarma, el caso Oustric y el caso Hanu, por ejemplo. Algunos clochemerlinos, visitados a domicilio por corredores, arriesgaron en los negocios de aquéllos sus economías, atraídos por el anzuelo de los fabulosos intereses que se les ofrecía. Perdieron en ellos todas sus plumas. Más tarde, en pleno marasmo económico, estalló el escándalo Stavisky. Un notorio delincuente reincidente, de origen extranjero, que disfrutaba de altas protecciones, había logrado camuflarse como financiero. Llegó a reinar en los ambientes de negocios, distribuyendo el dinero entre la secuela de pelotilleros, de histriones y de cómplices que componían su sociedad ordinaria. Se le vio, incluso, en compañía de un prefecto de Policía, atraído por su buen semblante y su encanto eslavo. Por último, se alojó una bala en la cabeza, única manera de afrontar su último vencimiento (imitando en esto al sueco Ivar Kreuger, rey de los fósforos, que había prestado dinero a Raymond Poincaré). El pánico se apoderó de París, incluso entre quienes no habían conocido ni frecuentado a Stavisky. Un abogado se arrojó al Sena en plena tarde. ¿Acaso para refrescarse la conciencia?

Cierto magistrado quiso, a su vez, descargar la suya. Así lo había anunciado cuando, llamado por teléfono en el último momento, tomó el tren para Dijon. Se encontró su cuerpo mutilado en una vía férrea. «Suicidio», dijeron unos.

«Asesinato», dijeron otros. Y hasta era posible que se tratase de un asesinato ordenado, organizado por gentes de pistola, probablemente policías, que actuaban por cuenta de una *maffia* política. La pasión andaba mezclada con todo aquello, falseando los elementos de apreciación que hubieran permitido al público formarse una opinión. Es verdad que muchos franceses, rechazando toda búsqueda de un juicio fundamentado, deseaban sobre todo razones que les proporcionasen una convicción vehemente.

Se comenzó a gritar «¡Al ladrón!». Y en la confusa y sangrienta noche del 6 de febrero pudo verse un extraño motín sin objeto. Manifestantes de todas las tendencias, servidores de ideologías contrarias, acabaron por soldar sus masas y marchar contra la Cámara, a través del puente de la Concordia. Desbordados, viéndose a pique de ser pisoteados o arrojados al río, los servidores del orden dispararon. Hubo muertos, heridos, *adoquines rojos*. Al jefe del Gobierno le pusieron el remoquete de *fusilador*. Espantado, acosado, un ministro del Interior se apresuró a desaparecer. Para aplacar los ánimos, se recurrió a la sonrisa de «Gastounet», expresidente de la República, el hombre encantador de Tournefeuille. Y por primera vez se vio representar un papel político, sobre todo de presencia, a un viejo mariscal que fueron a sacar de su retiro. No se pensaba que, a sus casi ochenta años, pudiese iniciar una segunda carrera, que no había de tener menos resonancia que la primera. Tal vez fue, con algún retraso, una más entre las víctimas de aquel 6 de febrero, y no precisamente la menor. Pero el destino tenía aún en reserva, para una catástrofe de mayor amplitud que la que iluminara a tiros la noche fatal de la plaza de la Concordia, a aquel hermoso anciano, silencioso, sarcástico, de noble porte.

Entretanto, los Ministerios se sucedían sin aportar grandes cambios a la situación. La economía no lograba salir adelante. Se acabó como se pudo el 1936. Los socialistas se adueñaron del poder y su Gobierno votó las vacaciones pagadas. Aquella medida no afectaba para nada a los clochemerlins. Sin embargo, tenía, según Mouraille, un gran alcance.

—No es más que la reparación tardía de una monstruosa injusticia —dijo—. Pensad que hasta ahora los trabajadores no tenían derecho a vacaciones. Millones de seres han vivido como verdaderas bestias de carga. Mas he aquí que un nuevo tirano amenaza embrutecer a toda una clase social: la máquina.

—¿Y eso por qué, doctor?

—Porque el trabajo en cadena, que es la repetición hasta el infinito de una misma tarea parcelaria, acaba por degradar al trabajador. Le priva de la satisfacción que experimentaba el artesano viendo el objeto fabricado tomar forma bajo sus dedos. Sí, la máquina hace de él un esclavo.

—¿No se dice que, por el contrario, ha de liberar al hombre de servidumbres que asumía corporalmente?

—Tal vez sea cierto para el hombre que saca provecho de la máquina, pero es falso para el que no es más que su sirviente. En el estadio actual, el número de

avasallados es con toda certeza mayor que el de beneficiarios. Tanto es así que las conciencias son trituradas en masa por los engranajes de acero.

—Si al menos la otra mitad de las conciencias queda liberada, no está del todo mal.

—Pero ¿es que lo está? Las máquinas nos imponen, y nos impondrán cada vez más, un ritmo de vida cuya aceleración no se puede moderar. Y esa aceleración, ¿la estima usted compatible con un uso profundo del pensamiento?

—¡Oh...! —respondió amargamente Samothrace—. ¡Un uso profundo del pensamiento...! Se ha dado instrucción a las gentes, pero nadie compra ninguno de mis libros.

—Amigo mío —adujo Mouraille—, o el hombre, con todas sus máquinas, continuará siendo lo que era, o sea, un pobre imbécil que se pregunta lo que hace en este mundo, o, salvando de un salto la estratosfera intelectual, accederá al pleno conocimiento de la verdad y a la total dominación de las fuerzas. La cuestión se plantea en esta forma: *¿Puede el hombre llegar a ser un dios?* ¿Se siente usted capaz de responder a esta pregunta?

—Los poetas —dijo Samothrace— siempre han sido dioses.

—Se lo concedo. Pero con ello no responde a mi pregunta.

Tafardel entraba en aquel momento. Le pidieron su opinión.

—¡El hombre llegará a ser un dios! —contestó el maestro sin vacilar—. Y tal vez antes de mucho tiempo.

—¿No encuentra usted —insistió Mouraille— que existe una enorme distancia entre lo humano y lo divino? Empleo la palabra divino, claro está, para hacerme comprender bien.

—La ciencia sabrá salvar esa distancia —afirmó Tafardel—. La ciencia lo puede todo.

No faltaba ya más que el abate Patard para empezar la partida de *belote*. En cuanto llegó, fue puesto al corriente de la discusión.

—Escuchad —dijo el cura de Clochemerle—, estoy aquí para relajarme y olvidar mi oficio. Así que no me habléis de milagros, teología y toda esa retahíla. Si Dios quiere que el hombre cese de ser un imbécil, seguro que puede hacerlo. Pero no estoy al corriente de sus intenciones. ¿Cree usted firmemente en la eficacia de sus drogas, doctor?

—Así, asá... —respondió Mouraille.

—Y sin embargo, no cesa usted de recetarlas. Yo también prescribo las mías. A usted le atañen las cataplasmas y los lavados. A mí, la oración y los sacramentos. Por lo demás, repítase usted que el pecado original es el símbolo de la indeleble memez humana. No podemos salir de ella... Bueno, ¿empezamos esa *belote*?

Había una circunstancia agravante: la Naturaleza se mezcló en el conflicto,

agregando sus rigores a las dificultades de los hombres, que no sabían, en definitiva, más que estropear sus propios asuntos. Dos estaciones, una tras otra, resultaron desastrosas. Se vio eternizar el mal tiempo, el maldito tiempo negro, chorreante de lluvias mortecinas que rebotaban en polvaredas de agua. A través de aquel constante chaparrón fúnebre, que se reanudaba día tras día y que, por las noches, hacía eructar los canalones rebosantes, no se tropezaba más que con catarrosos, fantasmas y entierros. Las gentes tiritaban de humedad bajo sus capuchas, huyendo de los chubascos oblicuos y penetrantes.

El invierno es una estación que habitualmente se espera a pie firme en Clochemerle, y el aguardiente del país, tan indispensable como el vodka ruso o el *schnaps* nórdico, da a los clochemerlinos el complemento de calor que les permite afrontar las escarchas. Si se produce una fuerte helada bajo un cielo claro, si el pie muerde en un suelo crujiente, se ríen de los cierzos cortantes que hincan los dientes por debajo de las faldas, en plena calidez de las mujeres, y ponen las caras de los hombres como bogavantes hervidos.

—¡Las estaciones tienen que sucederse!

—¡Duro invierno, hermoso verano!

Pero fueron inviernos putrefactos, sin siquiera esa pizca de hielo que mata a los insectos perniciosos, sin que apareciese la beneficiosa capa de nieve que recubre la tierra dormida y la fecunda. Abominables zorrerías de las estaciones. Inviernos «infecciosos», como decía Mouraille, siniestros inviernos de reventones, que cortaban la respiración a los viejos y les retorcían en pocos días, que azotaban a los más vigorosos con ciáticas, lumbagos, carraspeos y toses como para arrancarse el pecho, ignominias de inviernos calamitosos, en fin, sin la más breve escampada azul, ni el más pequeño clarinazo de un rayo de sol.

—¡Qué c...! —decían los hombres, mientras bebían tristemente en la tasca, donde pasaban las horas parloteando.

—¡Con este tiempo, vamos a pillar todos la gripe con fiebre y cólicos! —gemían las mujeres, con la nariz chorreando gomenol, el vientre ceñido de franela, que hedían a revulsivo y todavía acudían a la farmacia para proveerse de guatas y de jarabes para los hijos.

Y el «Zénaphal» que se derretía copiosamente en los rectos, oponía a las miasmas sus emoliencias antibióticas (si bien tal término no se había puesto aún de moda).

No había existido el menor indicio que inspirase desconfianza. La estación comenzó, como siempre, por el despojo quejumbroso de los árboles, que habían pasado del oro viejo a la herrumbre. Henchían los valles con sus gemidos, en tanto que sembraban el suelo de hojas secas, arrancadas por la borrasca a sus ramas desolladas. Y de pronto surgió una armada de nubes rasantes, de vientre repleto, que se arrastraban por el cielo como gabarras cargadas al tope. Aquello topó con los montes y estalló en lloviznas blandas que, bajando de las alturas, vinieron a poner cerco a Clochemerle con sus masas sofocantes. Y el diluvio siguió, un diluvio de

lluvia fina, lancinante, que no dejaba resquicio ni a las miradas ni a las almas. Fue preciso dirigirse a la Misa del Gallo bajo paraguas. La campana de la iglesia lanzaba en las tinieblas sonidos tan ahogados, tan algodinosos, que hacía pensar en la campana de un bacaladero perdido en las brumas de Groenlandia.

Inviernos enfermos y tediosos, inviernos de negros presagios y de corrillos nocivos, en los que se exhalaba la bilis de los seres descontentos y replegados en sí mismos. El inagotable chorrear acababa por invadir los desvanes, impregnar las paredes, insinuarse en regatos dentro de las bodegas. Rodaba cantos, abarrancaba los huertos, socavaba los muros de contención, minaba los sótanos, amenazando arrastrar Clochemerle en resbalón a lo largo de su declive. Y aquello pudría las raíces de la viña, que se tornaría desabrida con tanta agua.

La filoxera de las ideas sombrías atacaba los cerebros, haciendo aparecer en los clochemerlinos semblantes que daban pena. Les faltaba todo cuanto amaban: la gran transparencia sonora de la atmósfera, los penachos de humo de las otras aldeas, que son como señales que se hacen entre sí las diversas aglomeraciones humanas, el lejano espejear de la llanura del Saône, donde juegan de ordinario los pálidos colores de la escarcha sobre el fondo ocre del humus y el pardo de los sotos despojados, el buen calor de reacción que invade los cuerpos tras una caminata a través de un aire tan vivo que se creería respirar mentol. Y, tras el frío punzante de fuera, el hálito cálido y ronroneante de un interior que huele a café puesto sobre la lumbre, a yantar que se cuece, con el vaivén acolchado de la esposa que vela sobre toda la casa.

Aquel Clochemerle empapado y descolorido, aquel Clochemerle encharcado, ya no olía siquiera a campiña vinatera.

El mal tiempo le quitaba incluso a la gente las ganas de dar una vuelta en coche. Entre Lyon y Châlon, no había sino una extensión de charcas, inundaciones, sepia y jugo de chicote, que cubrían las carreteras y anegaban los horizontes.

—¡Vaya una época! —suspiraba Samothrace, quien desafiando la lluvia, acudía casi cada día al hotel Torbayon para contemplar a la bella Flora, cuyo enigmático desaliño y formas atrevidas, tan consoladoras en medio de aquel diluvio, seguía admirando.

—¡No hay época! —replicaba Mouraille.

—¿Cómo que no hay época?

—Quiero decir que los seres siempre han vivido de la misma manera, movidos por sus pasiones y sus necesidades. Con una suma de fastidios más o menos equivalentes. Piense en que usted podía haber sido un hombre de la Edad Media. Nos han sido concedidas más posibilidades de las que hubiésemos tenido entonces.

—Por mucho que usted diga, el progreso me causa decepción.

—¿Qué esperaba de él?

—Un nuevo impulso de la inteligencia. Una primacía del espíritu, puesto que cada vez dominamos más la materia.

—La materia no nos abandonará así como así.

—¿De qué sirve entonces esta civilización de que tan orgullosos estamos los hombres?

—La civilización maquinista es ante todo cuantitativa. ¿Reclama usted inteligencias? Pues se las van a dar. Fabricadas en serie, nutridas de la misma papilla intelectual por los altavoces, las pantallas y las revistas ilustradas.

—Es abominable.

—¿Y a usted qué puede importarle? Los tipos de su especie, los soñadores, siempre se quedan al margen. Escriba un poema.

—¿Con este tiempo?

—Escriba un poema sobre el invierno, la niebla y la lluvia. Escribiéndolo, no se acordará ya de que hace mal tiempo.

—Es una buena idea —dijo Samothrace—. Mas primero voy a beberme un ponche bien caliente.

—Servido por la mano de la hechicera Flora.

—¡Doctor...!

—¡Vamos, viejo loco! ¡Qué suerte tiene usted de poder divertirse sólo con palabras! Y hacer con la imaginación una diosa de una zorra de salón público, cuyos pechos son más perseguidos que las manzanas de las Hespérides, sin que sea necesario matar a ningún dragón para recogerlas. Le dejo, tengo que ver a un enfermo.

Samothrace bebió su ron y meditó durante un rato, buscando la inspiración. Luego, se marchó a su casa para escribir.

El tañido fúnebre de los mundos muertos

Traspasa apenas la bruma

Con lancinantes toques sordos, que golpean el yunque

De los pobres corazones rajados y transidos de arrepentimiento.

Es la ronda grotesca de las almas pensativas.

En las estepas del silencio, donde reina una oscura medianoche,

Este universo helado urde otros dramas

Y tiende su emboscada a los dédalos de tedio

Donde los sueños revolotean como ángeles extraviados,

Acosados por las intrigas que la noche les susurra.

Y los ensueños de amor son colgados de los árboles,

Suplicados en este sucio día, que parpadea.

Pero lejos, lejos de nuestros corazones, siguen discurriendo el Sena,

*Y los reflejos de nuestras congojas.
Al fondo de las brumas, las lejanías
Son palacios mudos de los grandes dolores reinantes.*

Después de escribir, Samothrace se sintió mucho mejor. Releyó su poema. Resultaba muy a tono con la estación y no lo habría cambiado por un mes entero de buen tiempo. Luego, la imagen de Flora, para recompensarle por haber laborado, vino a confortarle, a solearle el invierno. Un poeta sale siempre de apuros.

Igual que, a veces, un pordiosero que sabe aprovecharse cínicamente de las leyes. Iba a verse muy pronto.

Capítulo 2

Jistin se hace inscribir

Tales palabras fueron pronunciadas firme y categóricamente por un hombre que, con toda evidencia, se sentía muy seguro de sus derechos, en un clemente país donde, en los frontones de los monumentos públicos, están grabados estos tres conceptos alentadores: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. Ateniéndose a la letra de estas tres palabras-bandera, patrióticas y tricolores, es seguro que el ciudadano puede exigir muchas cosas. Y aún —lo haya querido o no la República— están inspiradas en un espíritu verdaderamente cristiano, puesto que *igualdad* y *fraternidad* se repiten sin cesar en la enseñanza que fue predicada en Palestina hace dos mil años.

—Vengo a hacerme inscribir.

Transcurría la escena en la alcaldía, en una salita polvorienta y sórdida —como suelen ser en Francia los sitios reservados al público—, donde Ernesto Tafardel, en medio de sus plumas y sus lapiceros, reglas, raspadores y tintas de colores, oficiaba, docto y recogido, con la nariz metida en sus papelotes, montones de expedientes que se amontonaban sobre mesas y estanterías. Aquel antro, que olía a cola, a colillas apagadas y a pies sudados, era en Clochemerle el mismísimo santuario de la aplicación de las leyes, las cuales requieren en general grandes preparativos de escrituras y múltiples trámites. La falta de higiene del local, su carencia absoluta de comodidades y de alegría, atestiguaban con qué escrupulosa parsimonia en los gastos funcionaba la administración que regía la Hacienda Pública. Era preciso tranquilizar a los contribuyentes de una nación desconfiada, ahorrativa, que gusta de decirse que las cosas seguirán mejor marchando como marchaban en los buenos y viejos tiempos de nuestros padres. La palabra *libertad*, de un efecto tan poderoso sobre todas las mentes francesas, irradiaba en Clochemerle con un brillo augusto. Imperaba allí el horror instintivo a los policías y funcionarios, cuyas peligrosas intromisiones se temían. Hace falta que exista un orden, ciertamente, pero que no sea minucioso ni inquisitorial. Más vale un desorden cordial y guasón, clima propicio a salir del paso, que tener que aguantar las vejaciones de los chupatintas de oficina y las indagaciones de fastidiadores profesionales. (¡Pensar que se paga a gentes para que impidan a los demás que trabajen tranquilos!).

—Vengo a hacerme inscribir —repitió el hombre, seguro de su derecho, con una flema que anunciaba su resuelta intención de hacerle cara a cualquier potencia plumífera encargada de interrogarle y de consignar su petición en un impreso de

carácter oficial.

—Un instante —respondió Tafardel, sin interrumpir su quehacer—. Siéntese usted.

El hombre no le hizo caso. Mientras liaba un cigarrillo, se volvió hacia la puerta que daba a la plaza de Clochemerle. La abrió y se acodó en el repecho, para escuchar el piar de los pájaros en los árboles y mirar las nubecitas blancas que jugaban a la salta la mula en el cielo. La Naturaleza estaba en los primeros estremecimientos de sus savias, en las primeras hinchazones de la tierra, reblandecida por los deshielos. En las ampollas así formadas, pululaban larvas que esperaban su muda. Soplos de aire tibio y languideciente acarreaban olores que todavía no eran los verdaderos perfumes de las flores, sino los aromas embriagadores del gran despertar anual, que no tardaría en producirse. El sol asaeteaba los cuerpos con un calor acariciador, que daba a las gentes escalofríos en la medula y ganas de tumbarse a la bartola. ¡Hermosa jornada, en verdad, para holgazanear, para acunarse el alma a golpecitos de ensueños, de deseos vagos, pero que cosquilleaban dulcemente los riñones!

Entretanto, el viejo maestro iniciaba, poniendo rotundeces en su mano, bellas curvas de escritura, para trazar sobre la tapa de una carpeta estos importantes títulos: «Estado de previsión de los trabajos de limpieza municipal», «Proposiciones descartadas», «Archivos».

Por último, Tafardel se echó hacia atrás, examinó complacidamente su trabajo, donde la tinta brillaba en amplios rasgos frescos, retocó una o dos letras y reforzó un trazo. Entonces, satisfecho, levantó la cabeza y miró al hombre seguro de su derecho, que le volvía la espalda con una paciencia apacible, como pedigüeño que disponía de todo su tiempo y que no se dejaría despedir así como así. A todas luces, un obstinado en exigir. En seguida lo reconoció. Era Baptistin Lachoux, el peón caminero, por nombre *Tistin Tartaja*.

Aquel *Tistin Patapalo*, como también le llamaban, lisiado después de un accidente de infancia, enquistaba en la armazón de un madero la rodilla de su pierna replegada. Muchos maliciaban que se aprovechaba de su baldadura para atraer la compasión y la indulgencia que no se puede rehusar a un inválido. Pero aquello hacía falta demostrarlo. Formando parte de los escasos menesterosos de Clochemerle, país de pequeñas propiedades, vivía de alquilar sus servicios para azadonar las viñas, aserrar y almacenar leña, acarrear escombros... Poco inclinado al esfuerzo, sólo en último extremo se dejaba acorralar por el trabajo, del que, por lo demás, se cansaba pronto. No podía esperarse verle durante mucho tiempo en el mismo tajo. En suma, se le tenía por holgazán, astuto, borrachín y ratero. A lo cual él contestaba que su carrera de trabajador había sido trabada desde muy pronto, porque siempre había tenido que trabajar para los demás. Nada más desalentador para un hombre que no es estúpido como ver que su sudor beneficia a la prosperidad de otro, ganando con él

apenas la ingrata subsistencia del día. Podía creerse que no se encaminaba hacia la caridad pública y el hospicio precisamente con el corazón alegre. Cuando uno se encuentra en el punto más bajo de tal pendiente, ¿qué puede hacer sino dejarlo correr todo, conformándose con un destino de mirón y perezoso?

—¡Y gracias podéis dar de que me contente con eso! —decía *Tistin Patapalo* a los viñadores desahogados, con un tono de amenaza que no les hacía ninguna gracia.

Los holgazanes siempre están dispuestos a sentirse reformadores. Sabiendo reservar sus ocios, disponen de tiempo para consagrarlo al juego de las ideas y al perfeccionamiento de su dialéctica. *Tistin Patapalo* no faltaba a la regla. Era un fuerte discutiador de taberna, donde exponía planes atrevidos que asegurarían al mundo, y más especialmente a Clochemerle, un mejor reparto de las riquezas. Su sistema pretendía que las viñas fuesen de modo periódico revertidas al Municipio, que haría la redistribución, con objeto de que todo el mundo disfrutase por turno de las buenas tierras. No habiendo heredado apenas nada, solamente una mísera casucha resquebrajada, se declaraba enemigo de la herencia, lo cual hacía aguzar el oído a aquellos que habían heredado y que contaban con mucho que transmitir a sus hijos, tras haberlo redondeado. ¿No era escandaloso, preguntaba *Tistin*, que porque en otros tiempos las tierras hubiesen sido injustamente repartidas, la injusticia siguiese reinando para siempre jamás? (Reclamaba, en suma, su espacio vital, fórmula llamada a tener gran resonancia). ¿Qué habían hecho unos para tener todo lo bueno y en qué habían desmerecido los otros antes de nacer para no poseer nada?

—Decidme —les gritaba *Tistin* a los favorecidos—, vosotros que os estáis ahí, orondos y tranquilos, con vuestras viñas al sol y vuestros cuartos escondidos, porque sois los hijos de vuestros padres, ¿a eso le llamáis mérito?

Aquella forma de razonar, que ponía en entredicho cosas consideradas como aceptadas, provocaba siempre cierto malestar. Los hombres ponderados, afectando reírse, respondían que uno nace hijo de su padre por leyes fatales y que si *Tistin* había tenido un padre poco despabilado o desafortunado nadie podía remediarlo. ¿Es que era suficiente motivo para ponerlo patas arriba no sólo en el municipio, sino en todo el Beaujolais? Sostenían que habría muchos a quienes les causaría gran embarazo encontrarse con nuevas viñas para cultivar, ya que cada trozo exigía cuidados diferentes, en razón de su situación y de su subsuelo. A todas éstas, se pedían más botellas y se le escanciaban a *Tistin* grandes tragos, con objeto de anegar aquella zorra de la injusticia social y demostrar al reivindicador que hacía mal metiéndose con la buena gente.

—¡Pero si no queremos más que tu bien, *Tistin*!

—¡Es un bien que no os cuesta demasiado caro! —respondía el bribón, tendiendo su vaso.

A la tercera ronda, *Tistin* convenía en que, a pesar de todo, se tomaba la vida por el lado bueno, que era un pordiosero bastante contento de su suerte, satisfecho de la irreverente libertad que debía a su misma indigencia, por no tener que tomar

precauciones, ni nadie a quien cuidar. Sabía conformarse con su pitanza de perro flaco, con tal de que pudiese vagar, tumbarse al sol, catar mujer si se terciaba y emborracharse cuando le venía en gana. Decía que nunca se es esclavo sino de lo que se posee, que si él era perro flaco y hediondo, al menos no llevaba collar en el cuello como los perros gordos y que no pagaba su cebo al precio vil de un canguelo reptante.

Otras veces, el vino se le volvía agrio. Entonces redoblaba sus sarcasmos, que desanimaban las buenas voluntades. Su rebullir de revuelta molestaba a los clochemerlinos mejor intencionados, a quienes no gustaba oírse decir en la cara que, privados de sus herencias, no habrían valido más que un *Tistin* cualquiera, holgazán, vocinglero y harapiento. Pero era necesario reconocerle una facilidad de palabra que le tornaba terrible. Se le temía. No se sabía cómo apaciguar sus ataques virulentos y calmar su anarquismo.

Tal era el personaje que, invitado a decir lo que quería, se apartó lentamente de la puerta para venir a plantarse ante Tafardel, repitiendo, con una sonrisa socarrona en su rostro de ganapán:

—Vengo a hacerme inscribir.

—¿Hacerse inscribir? —preguntó Tafardel—. ¿Hacerse inscribir para qué?

—Como parado —respondió *Tistin Patapalo*.

Tafardel se quedó pasmado. Era la primera vez que oía proferir tamaña petición.

—¿Como parado? —repitió al cabo—. ¿Como parado sin trabajo, quiere usted decir?

—Exactamente —asintió *Tistin Patapalo*.

—Pero —preguntó Tafardel—, ¿a título de qué?

—A título de que no tengo trabajo y de que esto me da derecho a siete francos con cincuenta diarios. ¡La indemnización de la desgracia!

El maestro se frotaba vigorosamente la narizota mientras reflexionaba. La cuestión era nueva y sorprendente. Jamás se había dado un caso de parado en el pueblo.

—Vamos a ver —dijo—, ¿pretende usted que no encuentra trabajo en Clochemerle?

—Eso es, no encuentro nada que me acomode.

—Es que —objetó Tafardel, que se sentía apoyado por el arsenal de las leyes—, ¡uno no puede considerarse como parado así como así!

—¿Es que pretende usted embromarme y hacerme perecer, señor Tafardel? —preguntó severamente *Tistin*.

¡Embromarle y hacerle perecer...! ¿Adonde habría aprendido aquel tipejo semejante vocabulario?

—No, no, en absoluto —respondió con viveza Tafardel—. Pero no tenemos

fondos de paro en Clochemerle.

Entonces se vio hasta qué punto la indignación puede inflamar la elocuencia de un paria.

—¡Pues es una pena que el Municipio, con un senador de izquierdas al frente, sea un país tan retrógrado! —gritó *Tistin*—. ¿Cree usted que eso hará buen efecto, cuando se lea en los periódicos que una municipalidad avanzada no quiere hacer nada por los menesterosos?

Se tomó tiempo y recalcó bien la pregunta, que le sentó a Tafardel como un *uppercut*, llegando hasta el punto más sensible de sus convicciones de emancipador:

—¿Es que se burlan ustedes del pueblo?

—¡No diga eso, desgraciado, no diga eso!

—¿Es que seguimos siendo unos siervos y unos villanos?

¡Siervos y villanos...! Tafardel reconoció los términos que, cuando antaño enseñaba, le servían para estigmatizar el oscurantismo de los siglos atrasados.

—Pero si nadie se niega a ayudarle... El municipio le proporcionará trabajo.

¡Trabajo infecto y humillante...! ¡Vaya argüidor que estaba hecho el buen *Tistin*! E inteligente, además. Si hubiese querido emplear sus facultades en el buen sentido...

—Señor Tafardel, ¿puede usted mostrarme una ley que me obligue a ejecutar un trabajo que no me convenga?

—En efecto —asintió Tafardel—, semejante ley no existe en el código republicano. Pero vamos a encontrarle un trabajo a su conveniencia.

—No se moleste usted, señor Tafardel. He examinado a fondo el trabajo que Clochemerle puede ofrecerme. No hay nada para mí. ¡Nada!

—¿Nada? —repitió Tafardel—. ¿Cuál es, entonces, la clase de trabajo que le gustaría?

—Me gustaría —dijo pausadamente *Tistin Patapalo*— un empleo de inspector, para vigilar el trabajo de los demás. Y no empezar demasiado temprano por la mañana. ¿Puede usted encontrarme eso?

Ernest Tafardel poseía un espíritu demasiado serio, demasiado alejado de toda clase de ironía, para no quedar de buena fe estupefacto.

—Pero... —hizo observar—, esa colocación no corresponde en absoluto a sus posibilidades.

—Por consiguiente —adujo *Tistin Patapalo* con profundo asco—, según usted, ¿he de renunciar a elevarme?

—Elevarse, elevarse...

Tafardel estaba sofocado.

—Está bien, me declaro parado forzoso. Inscríbame.

Una vez más, Tafardel consultó con su nariz, cuya punta retorció pensativamente. Creyó haber hallado el medio de contemporizar.

—Escuche, *Tistin*, he de consultarlo con el Consejo Municipal. Tendrá usted que volver.

—¡Oh! —gritó *Tistin*—. ¿Es que va usted a hacerme perder mi precioso tiempo de parado forzoso? A siete francos cincuenta por día, debo economizar mis fuerzas. Y usted está aquí para servirme, dedicado al bien público. Inscríbame en seguida. O si no, entregúeme un papel firmado, diciendo que se niega usted a hacerlo.

—Es que —insistió Tafardel— para hacerse inscribir necesita usted un certificado de parado.

—Entonces le pido a usted un certificado de parado forzoso, señor Tafardel.

—Y necesita usted una partida de nacimiento.

—Entonces le pido a usted una partida de nacimiento.

—Pero, para pedir todo eso, ¿puede enseñar papeles que establezcan quién es usted? Sí, sí. Es verdad que le conozco desde que le enseñé a leer, *Tistin*. Pero el reglamento es el reglamento. Debo examinar su documentación.

—¡Vaya! —exclamó *Tistin Patapalo*—. ¡La de cosas que son necesarias para ser reconocido como pobre y sin recursos! ¡Y para ser socorrido con siete francos con cincuenta por día! La miseria vergonzosa, que no tiene lengua para defenderse ante el tribunal de los chupatintas, me mueve a lástima. Aquí van mis papeles, de todos modos.

Presentó una cosa innominable, podrida al contacto de innúmeros sudores, que olía a fondo de bolsillo y a vieja cazoleta de pipa. Un vestigio de cartilla militar. Es probable que el término de «chupatintas» hubiese roto la última resistencia de Tafardel. Éste se humedeció el dedo para hojear aquella basura, a la que acercó su mirada de miope. Extrajo los datos útiles y los transcribió con esmero. Cuando aquello hubo terminado *Tistin Patapalo* dijo:

—Entonces, ¿estoy inscrito? ¡Cuento con ello!

—Su demanda estará esta noche en poder del primer adjunto. El Consejo Municipal decidirá durante la semana.

—Puede usted recomendar al Consejo Municipal que atienda mi derecho. De lo contrario, iré a quejarme al P. O. F., a Laroudelle. ¡En bonito fregado se metería usted!

—No soy yo quien tiene que decidir, *Tistin*...

—¡Y que procuren no hacerme perder el menor tiempo!

Mostró el cielo claro, los pájaros que piaban sobre las ramas de los castaños.

—La primavera se está ya anunciando. ¡Es la mejor estación para estar parado! Se despidió de Tafardel con un guiño de bribón a bendito y se marchó silbando.

Por fuerte mayoría, el Consejo Municipal decidió dar satisfacción a *Tistin Patapalo*. No cayó mal su petición, que proporcionaba la ocasión de probar al peligroso sujeto que los clochemerlinos sabían mostrarse generosos. Estaba dicho, se le adoptaba como carga social, se le mantenía por no hacer nada. No era pagar demasiado un subsidio de siete francos con cincuenta al día (por lo demás,

entresacado del conjunto) por el derecho a cerrarle el pico cuando viniera otra vez a quejarse, con su mal tono de acusador, de las desigualdades que son consecuencia del nacimiento más que de la mala voluntad de los hombres. Aquella decisión daba a los consejeros una satisfacción de conciencia de la que se sentían todos orgullosos. ¡De todos modos, practicar el bien, le ensancha a uno el ánimo!

—Y además —dijo Piéchut—, es un gesto humanitario que honra a la comuna. Demostrará que nuestros principios democráticos no son palabras vanas.

Jules Laroudele le cortó el efecto. No era de extrañar.

—¿Cree usted —dijo— que es particularmente democrático favorecer la holgazanería? Significa una afrenta para los trabajadores honrados.

—Los trabajadores honrados no tienen por qué envidiar la suerte de *Tistin Patapalo*. Después de todo, lo que dice es en parte verdad. Si tuviese su parte de viñedo que cultivar, no pediría nada.

—Me limito a ponerle en guardia contra un precedente lamentable. Si el Municipio se decide a alimentar a uno, ¿por qué no a otro?

—¿A qué otro? No hay más indigentes en Clochemerle.

—¡Perdón! No los había hasta ahora. Pero acabáis de crear uno.

—Pues bien —dijo rotundamente Piéchut—, tendremos nuestro indigente. Y cuidaremos de que no se sienta desgraciado. ¿Por qué ha de tener la Iglesia el privilegio de socorrer a los pobres? La República sabe ir tan lejos como ella por esa vía. Es útil recordarlo.

—¡Hay buenos pobres y malos pobres! —quiso objetar aún Laroudele.

Pero en ese punto se exponía a la crítica.

—Otro tanto puede decirse de los ricos —replicó Piéchut—, lo cual es más grave. Si solamente hubiese buenos ricos, no habría verdaderos pobres. Y existiría menos odio en el mundo. ¿Está de acuerdo la mayoría?

Lo estaba. Como asimismo estaba convencida de la vanidad de aquella discusión. Eterno opositor, Laroudele no podía contradecir a Piéchut. Habría votado el subsidio con sólo que el alcalde se hubiese mostrado en contra. Para él, lo justo y lo injusto no tenían sentido más que en función de sus enemistades. No sabía sino detestar.

Hubo, pues, a partir de entonces un parado en Clochemerle. La cosa cobró las proporciones de un acontecimiento y suscitó múltiples comentarios. Se sabía que existían parados en el mundo porque se leía en los periódicos. Pero su presencia se situaba en comarcas lejanas, industriales la mayoría de las veces. Un parado no tenía para ellos mucha más realidad que un iroqués o un pielroja. Poder hallar uno en el burgo, hablarle y darle la mano, parecía extraordinario.

—¿Un parado, dice usted?

—Sí, señora. Y le pagamos por no hacer nada.

—¡De todos modos no hacer nada no es ningún oficio!

—Por lo visto se está convirtiendo en uno, debido a las nuevas leyes. No tiene usted más que decir que el trabajo le da asco, volver a casa y acostarse. Al momento, le proporcionan con qué vivir.

—¡Vaya! ¡No está mal!

—Es una moda que viene de Inglaterra. Parece ser que los ingleses pagan a sus obreros para que se vayan de pesca o al fútbol todo el santo día.

—¡Es un invento muy propio de los ingleses! Esos isleños son incapaces de hacer nada como todo el mundo. ¿Y quién le paga al parado?

—Nosotros, señora.

—¿Nosotros? ¿Con nuestro dinero?

—Con el dinero del Municipio. Pero, al fin y al cabo, somos nosotros quienes lo proporcionamos.

—¿Quiere saber mi parecer, señora? Preferiría más que me robasen mi dinero. Pero verlo pasar así al bolsillo de un inútil...

—Que se apresurará a entregárselo a las malas mujeres...

—¡Exactamente lo que usted dice! El dinero que viene sin fatiga, se va derecho a las rameras.

—Un parado, sin trabajo para mantenerlo ocupado, ¿en qué quiere usted que piense?

—No hay más que ver, los domingos, la manera en que los hombres dan vueltas alrededor de nuestras casas. Si no fuese por su partida de bolos, que les atrae afuera...

El primer movimiento, sobre todo por parte de las mujeres, fue censurar la medida que concedía a *Tistin Patapalo* el título y los emolumentos de parado. No obstante, cuando se hubo calculado el gasto que correspondía por cabeza y comprendido que sería insignificante, se cambió de parecer. Un parado era una gran novedad. Y clasificaba el burgo por encima de Valsonnas y Montéjour, aglomeraciones menos evolucionadas socialmente. Ningún pueblo de viñedos de la región mantenía parados. La gloria de la excepción, debida a la terquedad del pedigüeño, redundó en beneficio de éste. ¡Condenado *Tistin*...! ¡Hacer de la holgazanería un oficio...! Hacía falta una condenada mollera para haberlo pensado, Y hubo competencia en mostrarse afable con él, en darle palmaditas en la espalda felicitándole, en convidarle a beber y a comer y en regalarle ropas usadas.

—¡Pobre hombre! Sólo siete francos con cincuenta por día... ¿Qué se puede hacer con eso?

Agradecido, *Tistin* se brindaba a echar una mano en las tareas de las casas, protestando, sin embargo, de que no intentaba ir contra las reglas de una desocupación leal.

—Esto no es un trabajo —hacía observar—. Es por hacer un favor y porque me viene en gana.

—Sí, sí —le decían—. Gracias, *Tistin*.

—Y no hay que tomarlo por costumbre.

—Claro que no. Mire, hoy tenemos cocido. Quédese a comer con nosotros.

Las mujeres le tomaron afecto. Se lo traspasaban unas a otras. Siempre tenían alguna chapucita que confiarle.

—La Jeannette Machurat le aguarda mañana para comer saladillo. Tiene un trabajito que encomendarle.

Por la noche, le ofrecían una moneda, que él fingía rehusar. Le metían el dinero en el bolsillo y una botella bajo el brazo.

—Ande, tómelo, pobre parado. Nadie lo sabrá.

—No se debe tener vergüenza de ser pobre, *Tistin*. Nosotros poseemos algo. Pero usted no tiene nada.

En suma, jamás *Tistin Patapalo* había trabajado tanto, ni de tan buena gana. Jamás había gozado de tanta consideración, ni había comido y vestido tan bien. Era invitado y festejado en todas partes. Hasta le lavaban la ropa interior, que le devolvían zurcida y planchada. La vida no le costaba un céntimo.

Pronto pudo capitalizar su indemnización de parado y, más tarde, agregar a ella las generosidades de sus conciudadanos. Como era un buen parado, estimado y buscado por todos, el Consejo Municipal le votaba de vez en cuando una prima de estímulo. Se hacían colectas en su favor, al llegar su santo y su aniversario.

Un buen día, pudo palpar su primer billete de a mil, producto de sus ahorros. Siguió otro y, después, otros más. Escondió su pequeña fortuna en un tarro de gres, que enterró, en espera de encontrarle un empleo seguro. Comenzaba a tener miedo por su dinero, a temer dejarse engañar y desvalijar.

Al mismo tiempo se volvía educado, conciliador. Ya no armaba escándalos en la taberna desarrollando teorías subversivas. Encontraba menos deplorable el orden social. Se dejaba presentar a todas las personalidades.

—Y éste es nuestro parado, señor diputado.

—¡Toma! ¿Tienen ustedes un parado? ¡Pero qué bien! Tiene buen aspecto el hombre. ¿No se siente usted desgraciado, amigo mío?

—¡Oh!, no, señor diputado —decía *Tistin*—. Todo el mundo se porta muy bien conmigo. ¡Muy bien!

El diputado quedaba encantado. Aquello le daba ocasión para colocar una parrafada. ¿Acaso no se estaba muy lejos de los abusos de antaño? La República, buena madre, daba dinero a los indigentes, sin exigirles nada a cambio.

—Los reaccionarios se obstinan en negar la acción humanitaria de nuestro régimen. ¡Vaya, señores! No tenéis más que mirar el semblante próspero de este buen parado. Si la miseria tiene entre nosotros ese rostro, ¿qué podemos anhelar más consolador y mejor?

Arrastrado por el torrente de bondad que brotaba de su boca, sacaba un billete y se lo tendía.

—Tome, amigo mío, para que beba algo a la salud de su diputado. ¿Supongo que votará usted?

Se producía al momento una emulación de generosidad. Los clochemerlinos presentes metían la mano en el bolsillo para sacar, quien cinco francos, quien diez.

—¡Toma, *Tistin*!

—¡Toma, toma y toma, *Tistin*!

Llovían los billetes en la escarcela del desheredado. Una vez (tras un banquete que se había prolongado mucho), *Tistin* cosechó seiscientos trece francos, nada más que con hacerse el modesto y el agradecido. Tuvo que desenterrar su tarro por la noche para añadir la cantidad a su tesoro. Se volvía previsor y comenzaba a soñar: «Cuando tenga diez mil, quince mil francos...».

Con buen color, bien afeitado y mejor trajeado, no presentaba mala apariencia. El Municipio le pagó una pata nueva, de madera barnizada, que le daba una elegancia recauchutada. Se le mimaba a más y mejor. Hasta tal punto que la envidia comenzaba a levantarse ante sus pasos, por muy sin trabajo que fuese. El cartero, el peón caminero y *Juan Cadáver* le miraban de través, diciéndose que él ya no era uno de los suyos. Frecuentaba las mejores casas, de las cuales ellos no trasponían el umbral.

—Estás hecho todo un señor —le decían—. ¡Un verdadero rentista!

Tistin descubrió una cosa que no sospechaba. Con frecuencia es el despecho que sienten hacia vosotros, más que el propio orgullo, lo que os distancia de las gentes. Os guardan rencor porque sois lo que ellas no son y, con su odio, reconocen implícitamente el foso que les separa de vosotros. Habiendo permanecido tanto tiempo en lo más bajo de la escala social, *Tistin* conoció por esos síntomas que acababa de subir algunos peldaños. No era él quien no quería ya la amistad de sus antiguos compañeros, sino éstos quienes no deseaban la suya y le obligaban a volverse hacia las personas de las cuales había tenido las mismas razones que aquéllos en desconfiar. Le supo bastante amargo, porque hubiese querido permanecer fiel a los viejos compañeros de su época de miseria, Pero no había sido él quien había escogido.

Todo era sorprendente en su nuevo estado, un milagro de cuerda floja y de desafío a las convenciones. Un día se encontró en el camino del castillo con la baronesa, y ésta le dirigió la palabra con la rudeza que le era peculiar y bajo la cual, si uno no se dejaba impresionar por su insolencia congénita de gran dama, se descubría a una mujer que no carecía ni de humor ni de calor humano y que, a menudo, con desprecio de toda consideración de rango, otorgaba su preferencia a quien sabía devolverle la réplica con presteza. Alphonsine de Courtebiche adoraba esa esgrima de ingenio que le recordaba los salones de su juventud y las justas del mundo galante por el que había evolucionado en su esplendor de mujer hermosa.

—¡Eh, amigo! Está usted en forma, por lo que veo. Me viene usted al pelo. Tengo una proposición que hacerle.

Acababa de perder a su viejo portero, muerto de vejez, tras cincuenta años de guardería en el solar de los Courtebiche. El puesto estaba aún sin ocupar. Una casita de tres piezas, calefacción gratis, sueldo razonable y poco quehacer. Total, abrir el

portal a quien llegase, rascar un poco en el huerto y echar una mano aquí y allá a los domésticos.

—Un puesto sedentario. Justo lo que le hace falta, muchacho, con su pata loca.

¿Que era soltero? Por eso no había de quedar: la cocina del castillo cuidaría de su comida. La baronesa, que no sabía hablar sino con énfasis de su casta, le prometía una eternidad de seguridad como si ella fuese indestructible. Se sentía muy convencida de que la connivencia de todas las potencias aplazaría por largo tiempo su muerte, pues, una vez desaparecida ella, el mundo se encontraría despojado de una gran dama, que todavía daba tono a su época, aunque hubiese terminado su vida sentimental, que había sido un *appassionato* de acentos excepcionalmente incapaces a las endebles naturalezas enfermizas de las nuevas generaciones.

—Entoces, ¿acepta usted? ¿Cuándo tomará posesión de la portería?

Algunos meses antes, aquella oferta hubiera sido una ganga para *Tistin*. Y el trabajo no debía de ser precisamente matador. Ahora, sin embargo, contestó:

—Ya tengo colocación.

—¿De veras? —preguntó la baronesa, picada por su falta de entusiasmo—. ¿Mejor que entrar a mi servicio?

—Sí —respondió *Tistin Patalo*.

—¿Y cuál es su colocación?

—Soy el parado de Clochemerle —replicó él, orgullosamente.

No mentía. Ser parado constituía para él una colocación regia, cuya vocación siempre le había dominado, si bien no esperaba que le valdría tantas ventajas y le conferiría una celebridad que se extendía a los pueblos vecinos. Tenía ganada de modo definitivo la protección de las mujeres. Y el batallón de las viudas le mimaba con toda ternura.

Pero las mejores atenciones, las más solícitas, las más prometedoras, las hallaba en Jeannette Machurat, que no cesaba de atraerle a su casa. Jeannette contaba treinta y cuatro años y poseía una pequeña propiedad. La viudedad la había resecado un poco, quitándole las honestas opulencias que se le conocieran cuando era una esposa en sus plenas facultades. Las grandes ojeras de la soledad empañaban su mirada y se le comían la mitad de las mejillas. Pero ella no pedía sino volver a empezar. Su tez se reavivó. Una evidente coquetería reemplazó a su desaliño de abandonada y sus dulces ojos de yegua, mientras los mantenía fijos sobre *Tistin Patapalo*, brillaban con la llama inequívoca de la emoción aquiescente. Las más reservadas, las más tímidas, saben hacerse comprender en esos momentos. Era posible que Jeannette no poseyese locos atractivos a primera vista. Pero la verdad es que tenía más de lo que prometía, con un atraso de sinceros impulsos que halagaban la vanidad del sin trabajo. Este sintióse satisfecho, se acostumbró a los cuidados delicados que se le prodigaban. Insensiblemente, sus relaciones cobraron un giro regular, en un interior bien puesto y

limpio, donde estaban al abrigo de las indiscreciones. Habiendo vuelto a encontrar lo que le faltaba, pronto Jeannette Machurat recuperó peso, una risa alegre, una buena consistencia de los tejidos. Se le vio una nueva floración en la grupa, que no pasó inadvertida. Las mujeres de Clochemerle no tardaron en adivinar la causa de aquella recuperación.

En cuanto a *Tistin Patapalo*, que no había tenido tratos más que con furcias de baja estofa, aquella solicitud de una buena mujer le dio una elevada opinión de sí mismo. Había realizado el prodigio de embellecer a una viuda algo flacucha y entristecida de pelecharla y hacerla apetitosa, renovando sus buenas disposiciones de cuerpo y de espíritu. Sintió su dignidad viril enormemente acrecentada, respetable al igual que las más estimadas, porque contribuía al equilibrio sexual del burgo, que era una de las condiciones fundamentales del orden a secas.

Desabridas o alegres, las estaciones discurren sin detenerse. Se salía por fin de la gran basura de un invierno apático y empapado, que había transformado las viñas en pantanos. Una especie de simpático mistral desecaba la tierra esponjosa, rizando los charcos de agua con pequeñas olas que hacían temblaquear los reflejos de un mundo invertido, un mundo risueño y que recobraba coraje.

El ruiseñor cantó de nuevo a garganta plena, de la que había desaparecido todo rastro de ronquera. El Angelus volvió a repicar en las mañanas límpidas en que las notas cristalinas, transportadas muy lejos por el aire ligero, se desparramaban en chaparrones de gozosos sonidos. En las ventanas abiertas, el sol acariciaba los hombros y los pechos de las mujeres asomadas, a las que la larga reclusión friolenta había blanqueado la tierna carne.

En la calle Mayor, ya en pie y empolainado, con el quepis calado sobre los ojos, Beausoleil hacía sonar su bastón herrado y anunciaba a los clochemerlinos, como si se hubiese tratado de un bando municipal:

—¡Ha terminado por fin esa cochambre de mal tiempo! El viento del Norte ocupa el fondo del cielo y he oído cantar a la alondra.

Era muy cierto que al fin se había acabado. Las flores se abrían graciosamente, admirables en su brillo húmedo, manchitas de color con una intensidad casi punzante, que anunciaban el dulzor de la esperanza. El mundo olía a lirio y a heliotropo, a miel y a muguete, a rosa y a vainilla, a acacia y a abedul mojados, con la penetrante intensidad de después de la tormenta, que libera enjambres de efluvios tan espirituosos que la Naturaleza parece desfallecer de voluptuosidad. A aquellos dulces olores se mezclaban, más fuertes, venidos de las montañas, los de las encinas, alerces y pinos, como una leve acritud de axila, que realza el perfume, demasiado insípido, de un hermoso cuerpo acurrucado en sus emanaciones. De una bruma transparente, rosa y oro, emergían, queridos viejos vecinos reencontrados, aldeas largo tiempo sumidas bajo los aguaceros. Volvió a verse a lo lejos el Saône, reluciente y lento, con

sus bellas curvas combadas como caderas, el inmenso revoltijo palpitante de la llanura, en el que centelleaban casas revocadas de luz, entre los verdes ácidos, los azules suaves, los morados delicados. Por primera vez desde hacía muchos meses, la dicha no parecía quimérica.

Abril fue una sinfonía ligera de violines y arpas, cuyas gracias de *ballet* se destacaban sobre un decorado de tonos irisados. Mayo, después, semejó una apoteosis a todo metal, de rumores sonoros y de rayos triunfantes. Los clochemerlins sentían correr por sus venas una sangre renovada, cuyos glóbulos rojos tenían el intenso colorido de las fucsias. Por último, los días se tornaron tan arrebatadores que consiguieron que la doncellez les fuera arrebatada a jovencitas pasmadas, a quienes sus sentidos irrefrenables les habían hecho la jugarreta del desfallecimiento, entregándolas sin defensa a la marejada del deseo, cuyas olas arrastraron como si fueran briznas los virtuosos principios y las recomendaciones de prudencia.

Ingresaron clandestinamente en la cofradía de las mujeres hechas, por el efecto de una sorpresa que no había durado cinco minutos. No les restaba más que provocar la ocasión de ser admitidas en ella, con la pompa de las ceremonias y la garantía de las firmas que tornan decorosa esa iniciación a los ojos del mundo y de las familias, las cuales hacen en torno a ella un ruido de bastante mal gusto. De todas maneras, el sí fatídico había sido suspirado como en sueños. El galán, por fortuna, no pedía sino regularizar la situación. Varias chicas, harto reincidentes, estaban en vísperas de ver publicar sus amonestaciones. Se las conocía en su mayoría. Pero no se les podía hacer reproche alguno por un abandono del que la Naturaleza daba ejemplo, con su profusión de pólenes y de velos nupciales.

Se sonreía incluso a las pecadoras de los años precedentes, ya perdonadas. Por ejemplo, aquella boba de Mathurine Maffigue. Había dado pruebas de una fecundidad excesiva para una madre soltera, dando a luz dos mellizos fornidos y voraces, que dormían como troncos en la cuna, donde se les ponía en sentido contrario —con objeto de no confundirles— y que no abrían los ojos sino para emitir ciertos ruidos de succión con los que reclamaban el pecho materno, henchido de succulencias. Aquellos dos fuera de programa no constituían una dote suficiente como para atraer peticiones de mano. Los padres estaban desolados, aunque se extasiaban a su pesar ante la vigorosa progenie de su hija. ¡Una ponedora como Mathurine, de haber seguido el camino derecho, habría podido caminar sobre las huellas de Mélanie Boigne!

Lulu Bourriquet salió del apuro con un solo hijo. Ponía mucho cuidado en la conservación de su propia belleza, que había salido indemne de la prueba, sin huellas del parto. No dando de mamar, su senos habían sufrido poco. Permanecían aún dilatados, pero con una dilatación oblonga que los hacía semejar a senos florentinos, como los que se admiran fundidos en bronce en las puertas del *Duomo* y del *Battistero* (la observación era de Samothrace), y que sentaban muy bien a la jovencita, que tenía un aspecto más virginal que nunca. No renunciando ni mucho

menos a sus proyectos, se había forjado un nombre de batalla, Lise Bouquet, que cuadraba a maravilla con su joven frescor de ambiciosa, decidida nuevamente a perderlo todo por ganarlo todo. Lo primero era ir a París, lugar de reunión de las oportunidades inauditas y de los éxitos fulgurantes.

La señora Fouache podía lloriquear lo que le diese la gana entre dos tomas de rapé, denunciar el mal y profetizar lo peor, comparando a Clochemerle con la «gran prostituta» de Caldea, la ciudad de Asurbanipal, Nabucodonosor y Baltasar, que halló su fin en su propia descomposición. Sólo la escuchaban Clémentine Chavaigne, Pauline Coton y sus secuaces, incapaces de amar, que hostigaban al cielo con rezos clamando venganza, la gloria cuya virtud debía un día resplandecer sobre las ruinas de un cataclismo en el que habrían perecido los impuros. Nadie escuchaba aquellas monsergas apocalípticas. Las gentes estaban demasiado ocupadas en vivir, soltando la brida a sus instintos dentro de los límites posibles. La cosa no llegaba más lejos en su pequeño mundo cerrado y no duraría sino un tiempo determinado para cada uno. Las privaciones y penitencias vienen con la vejez, que llega muy de prisa, afirmaban los ancianos, espectadores juiciosos y escleróticos de la farándula que conducían los jóvenes. Había una buena estación, que acaso no sería más que un breve favor concedido. Había que apresurarse en disfrutarla, olvidando la muerte, el Juicio Final y todo el condenado barullo del más allá, que volvería loco al mundo si éste se dedicara a pensar en él sin cesar. De todos modos, era una idea extravagante que aquellos órganos, a menudo tan exigentes, le hubiesen sido impuestos al hombre con la única recomendación de no usarlos, o de usarlos de una manera enojosa. Porque, en definitiva, ¿quién ha inventado el mecanismo de los sexos? Estas ideas simplistas dictaban los comportamientos de los clochemerlins.

Conscientes de lo cual, seguían adelante, al filo de los días, sin devanarse ya los sesos, ni ver en cada criatura deseable la tentación del diablo. Hasta el cura Patard no parecía conceder gran importancia a sus licencias de rurales. En la tabernucha, los jugadores de *belote* le gastaban bromas a ese propósito:

—Este tiempo le debe de dar mucho trabajo en el confesonario, ¿no es así, señor cura?

—¡Bah! —respondía él—, los pecados al aire libre no son demasiado graves. Son simples delitos de caza furtiva. En cuanto vuelva a nevar, los enamorados me pedirán que les case con repique de campanas... Entretanto, ¡ahí va mi as de triunfos!

Con los bolsillos atiborrados de sus escritos, Samothrace acudía a platicar con Flora, pulposa y dorada de sol, cuya carne tibia olía a albaricoque. Ella escuchaba al viejo bardo recitarle parrafadas que no evocaban nada en su mente, pero que la halagaban por el hecho de estar compuestas en su honor. Encontraba al poeta «gracioso» en su género, con su ceremoniosa educación y su galantería ampulosa. Se sentaba delante de él, oprimiéndose el pecho con los brazos como si fuera una cesta

repleta de frutos. A diferencia de los de Lulu Bourriquet, que tenían forma de pera, sus senos eran amanzanados, redondos y anchos, senos romanos, como el poeta (que adoraba Italia y con frecuencia hacía peregrinaciones allá) había visto en las bellezas que paseaban su elegancia por la vía Vittorio Veneto, entre la plaza Barberini y la puerta Princiana. Sus poemas la situaban en el decorado de una ideal villa Médicis, con jardines de laureles rosas y de cipreses recortados, donde la hacían errar entre las nobles ruinas de la Villa Adriana, en la muda grandiosidad de aquellas perspectivas, devastadas, sí, pero que siguen dando la escala de las proporciones por la monumentalidad de lo que ha quedado en pie, ligado por el indestructible cemento de los acueductos y del Coliseo. La denominaba su «princesa berberisca», su «gitana hechicera», «muchacha virgiliana», «Venus primitiva», ora asociándola a los grandes acontecimientos de la Historia, ya emparentándola con las diosas griegas, cuyo porte, aseguraba, poseía pese a ser sirvienta. Aquellas comparaciones sorprendían a Tafardel, quien no tenía la misma facultad de pasar directamente del hotel Torbayon al Olimpo, a propósito de una criatura encargada de ponerles delante las botellas y los vasos y de la cual no había vuelto a hacer el más mínimo caso tras haber cumplido una vez aquella formalidad (por la suma de dos francos con cincuenta). Era menos sensible a la belleza que Samothrace, quien decía que los espectáculos que ella ofrece son los más propios para elevar los pensamientos del hombre, a condición de que éste se apoye en la imaginación para liberarse de la rastrera vida cotidiana.

El buen tiempo incitaba a los clochemerlinos a pensar como él, mandando a paseo preocupaciones y penas. Se concedían algunos meses de tregua, entre los fastidios pasados y los fastidios por venir. Después de todo, las cosas todavía podían componerse. Quizá la cosecha no fuese mala y pudiese reanudarse la venta del vino. Mientras tanto, se hacían roncar los autos, se contemplaban otra vez los contornos en su nuevo atavío verde y estremecido, se acudía a saludar a todos los habitantes del Beaujolais y a trincar con ellos.

Para celebrar la venta de su primer millón de estuches de «Zénaphal», el señor farmacéutico Basèphe se elevó por cuenta propia a la dignidad de mecenas. Hizo donación al Municipio de un campo de deportes muy bien equipado, con vestuario y duchas. Clochemerle tenía su equipo de fútbol y celebraba una vez al año, el 1 de agosto, una carrera ciclista. En cuanto al campeonato de bolos, asunto más importante, el torneo duraba una semana. Los poseedores del título eran, aquel año, Sébastien Ouille, Coco Bidos, Lachenève y Piffeton.

En «Castel Anita», su suntuosa propiedad, recién embellecida con una pista de tenis y una piscina, el riquísimo inventor del «Zénaphal» recibía preferentemente a los artistas de la región y a otros que estaban de paso, pues, en parte gracias a él, Clochemerle se había convertido en una célebre parada en la etapa entre París y la Costa Azul. A todos les decía: «Estáis en vuestra casa». Aquella política de acogida hacía de su casa la más alegre de la comarca. Retumbaba de discusiones rugientes, de coros avinados, de paradojas sostenidas hasta lo absurdo, de furiosas teorías estéticas

y, en suma, de todo aquello que podía opinarse, desde lo más estúpido a lo más inteligente, sobre lo que fuere y sobre quien fuere. Y todo ello era olvidado al día siguiente por aquellos tipos, siempre dispuestos a ponerlo todo de nuevo sobre el tapete, partiendo de las casualidades del universo, infatigables atletas del Verbo, a la búsqueda de verdades formales sobre las cuales no se ilusionaban en absoluto y que, no obstante, les eran tan indispensables como el oxígeno del aire. Aquellos tumultos, que se oían desde la carretera, podían hacer creer en noches orgiásticas. Sin embargo, se trataba de orgías de ideas, auxiliadas por el vino, que manaba, fresco y oloroso, de una bodega inagotable. El amable anfitrión disfrutaba mucho en aquellas justas, que transformaban el interior de su vivienda en taberna vociferante, donde se hacía la ilusión de tratar a los Rabelais, los Villon, los Balzac y los Miguel Angel de su época. Aseguraba no divertirse de veras sino en compañía de los artistas, porque sólo ellos —aunque a menudo caprichosos como niños— disfrutaban de la fantasía y el duradero entusiasmo que salvan a la vida de ser totalmente vulgar y convencional. Solía agradecersele su generosidad cantándole a varias voces este cuplé de estudiante, que era ritual vocalizar con expresión grave, como un cántico de reconocimiento:

Cantemos a aquel... ¡Aquél!
Que se introduce... ¡Duce!
En sitios... ¡Sitios!
Muy quisquillosos... ¡Llosos!
Honor y gloria... ¡Gloria!
Al maravilloso... ¡Lloso!
Al delicado supositorio... ¡Torio! ¡Torio!
De nuestro amigo... ¡Amigo!
El gran doctor en Farmacia...
¡En Far-ma-cia!

El buen Basèphe lloraba de risa, diciéndose que valía verdaderamente la pena de haber hecho fortuna lanzando un producto de alivio universal, puesto que éste, aunque destinado a las partes bajas del individuo, le permitía organizar aquellos saraos de la amistad y le procuraba aquellas fiestas del espíritu.

Capítulo 3

Solteras, viudas y una mujer alegre

¡Cosa inaudita! Un día no sonó el Angelus, lo cual vino a perturbar la vida matutina de los clochemerlinos, que esperaban siempre a oírlo para abandonar el lecho e iniciar sus tareas. La campana era tan puntual como el sol. Además, los relojes de pared se hallaban por lo general a esas horas fuera del alcance de la vista, aposentados en la sala de los hogares. En cuanto a los de bolsillo, permanecían en los chalecos, colgados del respaldo de las sillas. De tal suerte que aquel día todo Clochemerle, por haberse quedado entre sábanas, se puso al trabajo con casi una hora de retraso. Algunos futuros niños fueron concebidos a favor de aquel lapso insólito, que dejaba un resquicio a las actividades conyugales. (Más adelante debían acordarse de ello). El acto del amor procede a menudo más del ocio que de una necesidad real. ¡De qué poco depende la vida!

¡Segunda cosa inaudita! La misa primera de las seis y media, a la que asistían cotidianamente las solteras y las mujeres piadosas, tampoco fue anunciada por los toques de la campana, lo que tuvo por efecto atraer a dicha misa personas curiosas, que de ordinario no solían asistir a ella y que acudían hoy con el solo objeto de informarse.

Dentro de la iglesia, privada de la voz de su campana, reinaba una atmósfera de malestar y de silencio consternador, que no disipó enteramente la campanilla de la elevación. El ayudante de la misa se sentía tan turbado que dio con su incensario en el cáliz del oficiante, haciéndole derramar parte del vino sobre los peldaños del altar. Cuando el sacerdote se volvió para el *Dominus vobiscum*, Clémentine Chavaigne y Pauline Cotton, que decían conocer a su cura al dedillo (lo que constituía una manifiesta jactancia, pues el cura Patard se cuidaba de mantenerlas bien a distancia), le encontraron una expresión inquieta. Aquellas señoritas permanecían siempre al acecho de la abominación de la desolación. Algún maleficio satánico o un complot de la impiedad debía haberse puesto en movimiento. Su pensamiento no llegaba a concentrarse, tanta prisa tenían por saber y epilogar. Musitaban sus oraciones de modo maquinal, entre sus delgados labios mecanizados, mirando furtivamente en su torno.

No podía por menos que notarse la ausencia del sacristán Coiffenave, quien,

durante los oficios, solía situarse en la parte izquierda del coro, del lado de la sacristía, a cuya sombra vivía. Y aquella mañana, ni sombra del sacristán. Por tanto, ni sombra de campana, puesto que él había desaparecido sin avisar.

En verdad, aquella desaparición no extrañaba a ciertas austeras personas. Canijo y sordo, con su aire de aojador, Coiffenave era un personaje inquietante. Surgía solapadamente junto a los fieles, murmurando raras interjecciones y desaparecía como había venido. ¿Qué hacía en sus momentos libres, en las pausas que le dejaba la buena marcha del culto? Se le encontraba a menudo en el cementerio, parejo a un demonio burlón cuya presencia espantaba junto a las tumbas, bebiendo con exceso en compañía de *Juan Cadáver*. Se le veía también bajar periódicamente con aire extraviado la pendiente de Clochemerle, en dirección al llano, para no reaparecer sino de noche, empujando su bicicleta, con el semblante de un perro cínico y lascivo. Pero era un artista extraordinario de la campana, cuyos sonidos sabía matizar y rimar como nadie.

—Esa campana diríase que habla —comentaban los clochemerlinos, maravillados.

Tal vez dispersaba con sus sonos en el espacio las aspiraciones del alma oscura y comprimida de Coiffenave, separado de sus semejantes por el endurecimiento de sus tímpanos y su ingrata apariencia de gnomo. Tal vez había en aquel ser solitario una calidad fina y poética que se expresaba con el voltear del bronce, marcando las horas de la vida y de la paz campesinas, en la pureza de las mañanas y la serenidad de los atardeceres. Pero no había que fiarse demasiado de él.

Algunas mujeres pretendían que Coiffenave les daba miedo, y le atribuían una lubricidad siempre al acecho. Según ellas, en la iglesia, al incorporarse de una profunda genuflexión, sorprendían su mirada clavada en la abertura de sus escotes, mientras su rostro hacía horribles muecas, como relamiéndose. Incluso algunas, habiendo entrado a arrodillarse al caer la noche en una nave oscura, afirmaban haberse sentido pellizcar con viciosa insistencia, lo que ellas de momento habían tomado por una malicia del diablo, que, irritado por su piedad, trataba de conturbarlas en su carne para disputar sus almas a Dios. Pero un ruido de zapatillas detrás de un pilar y la huida de una sombra tan furtiva como un murciélago les había hecho comprender que el diablo las asaltaba por persona interpuesta y que el individuo que no retrocedía ante la profanación del lugar santo no podía ser más que aquel sacristán, merodeador y astuto. ¿Cabía prestar crédito a aquellas ultrajadas o más bien atribuir las pretendidas afrentas a una manía obsesiva de sus mentes? Pues era preciso reconocer que solamente se quejaban personas de una castidad reconocida. Respondían a los escépticos que no era verdad que la cosa les ocurriese únicamente a ellas, pero que las otras —¡a quienes podía nombrarse!— se sentían muy contentas de sufrir aquello, y que no entraban en la iglesia sino para provocar los atentados de la mano misteriosa. No había más que ver las posturas que tomaban, pretendidamente para rezar, y que invitaban a la más sucia familiaridad. «¡Señora, no le digo más!

¡Usted me comprende...!».

Entre las atacadas con mayor asiduidad se citaba sobre todo a Aglaé Pacôme, virgen retardada, que tenía la obsesión de los sátiros y que acorazaba su ropa interior con felpas imperforables (tuvo empeño en hacerlo saber preventivamente). Por lo demás, devorada de coquetería, melindrosa, apartando de sí contactos imaginarios a golpecitos de sus flacos dedos, que sobresalían de los mitones que siempre portaba, sonreía a los hombres con un impudor de vestal enamorada, pronta a dejar morir el fuego sagrado para no atizar más que los fuegos de los cuerpos. Entrando en el juego, los hombres la asaeteaban con miradas de toro, que la sumían en estremecimientos y espantos. Aglaé Pacôme hablaba a todo el mundo, incluso al primer llegado, de su virtud, a la que cuidaba como si de un encantador animal doméstico se tratase. «¿Cómo va el pequeño erizo?», le preguntaban los clochemerlins, sabedores de su manía. La señorita enrojecía, bajaba los ojos y se contoneaba dentro de las felpas que protegían su tesoro desusado. Aquélla locuela vivía en un mundo de ficciones amorosas donde, marchita y encogida, representaba, sin embargo, el papel de una heroína, perseguida por adoradores frenéticos. Citaba con nombres y apellidos a los hombres de Clochemerle, incluso casados, que se consumían de pasión por ella. Ella se sentía desolada por tener que hacerlos sufrir, porque compadecía la pena ajena, pero el animalito, nada domesticado, no se prestaba a hacer el más mínimo esfuerzo por el apaciguamiento de aquellos desdichados. No estaba tan mal informada como para no saber a qué conducen las ansias del amor. Nada podía apearla de su idea de que ella no fuese en Clochemerle el objeto más lindo, más fascinante y más idóneo para provocar tales ansias. Por lo que no dudaba de que las rarezas de Coiffenave, su semblante sombrío y hermético y los pellizcos con los que martirizaba su trasero fuesen los indicios de una adoración que el sacristán no se atrevía a confesarle. Cuando se anunció su desaparición, gritó muy fuerte que el pobre hombre había puesto fin a sus días por una razón que solamente ella conocía. Su compasión la tornaba radiante.

No había nada de aquello. Coiffenave no se moría de amor por las formas resacas de Aglaé Pacôme. Aquel enclenque no codiciaba sino las mujeronas opulentas, en plena pujanza de sus carnes vivientes y cálidas. En vano se buscaron sus despojos de desesperado. De su habitación habían desaparecido la bicicleta y sus mejores ropas. Y la víspera no había vuelto a casa borracho. Todos se perdían en suposiciones. Fue Clémentine Chavaigne quien descubrió el pastel. Fisgando por la iglesia después de la misa, se dio cuenta de que habían fracturado el cepillo de San Roque, que solía recaudar mucho. En tiempos del cura Ponosse, duplicaba con creces el producto de las colectas, principalmente durante la estación veraniega, cuando la amenaza del granizo sobre el viñedo incitaba a las mujeres a subvencionar a los santos con objeto de que desviasen del Beaujolais las tormentas que siembran la ruina y la desolación. Se comprobó que el cepillo de San Roque estaba vacío de toda moneda. Y hacía dos meses que no había sido abierto.

¿Quién podía saberlo mejor que Coiffenave? Era imposible no establecer una correlación entre aquel robo, cometido ante las narices del santo patrón de Clochemerle, y la desaparición del sacristán. Por otra parte, se carecía de pruebas. Parecía delicado hacer pesar las sospechas sobre un ausente, cuyos servicios no habían dejado nada que desear durante largos años. Se supuso que quizás acabaría por reaparecer y dar explicaciones de lo ocurrido.

Entretanto, el pertiguero Nicolas quedó encargado de remplazado. Era éste un hombre de hermosas proporciones, tallado a maravilla para hacer resaltar un uniforme de parada, pero que no tenía sentido alguno de las armonías. Confiada a él, la campana no logró más que farfullar lamentablemente. Su badajo golpeaba el bronce sin nitidez ni cadencia, fuerte de un lado y blando del otro. Aquello recordaba el mal golpe bajo recibido años atrás por el pertiguero (en ocasión de aquella refriega en la iglesia), que le había dejado una asimetría de los testículos, conocida por las confidencias de la señora Nicolas, charlatana incorregible. Oyendo a aquella campana repicar al soslayo, las mujeres de Clochemerle, se decían, riendo: «¡Un toque por el chiquito, un toque por el inflado!». ¡Tan poco hace falta para divertir a las campiñas!

No se tardó en recibir informes acerca de Coiffenave. Un hombre que venía del llano trajo la noticia de que lo había visto en Saint-Romain-des-Îles, a orillas del Saône, llevando una vida de felicidades en una posada de fritangas. Dilapidaba allí cínicamente el dinero de San Roque, en compañía de una impura de fuertes senos. Se trataba de la gorda Zozotte, bien conocida en los alrededores, que comerciaba con su cuerpo y que, en una casa al borde del río, lejos de la Policía, vivía de los ingresos de su artesanía. Se despachó un mensajero a Coiffenave para invitarle a volver a Clochemerle, prometiéndole que no habría sanciones. Pero él rehusó seguir al emisario. Se proponía, hasta consumir el último céntimo, hartarse de su barragana, de buenos yantares y de buen vino, olvidando en los ocios y el amor las servidumbres de una vida descolorida y sumisa.

—Por una vez que tengo mi buena ración de mujer, no quiero perder nada de ella —respondió con terquedad.

Y nada pudo conmoverle. La gorda Zozotte, por su parte, halagada de que el dinero le hubiese llegado por mediación de un santo, quien en cierto modo había postulado para retribuir sus favores, le había cobrado afecto a Coiffenave, tan pequeño y, no obstante, tan endiablado para manejarse en la cama. «Me da un no sé qué —decía— porque huele un poco a cura». Debía de referirse a aquel olor a incienso y a sacristía del que el sacristán permanecía impregnado.

Coiffenave siguió, por tanto, llevando una existencia despreocupada de nabab, saboreando los gobios fritos y la volatería, bebiendo *Moulin-à-Vent* bajo el tonel y sobando a discreción a su impúdica, que soltaba agudas carcajadas en lo más fuerte de los cosquilleos. Cuando estaba cansado de aquellos juegos, alquilaba una barca, la

anclaba en la corriente y mojaba hilo en el agua, tan apaciblemente como un honrado veraneante que sólo pretende olvidar sus preocupaciones cotidianas. Aquella felicidad era, sin duda, inmoral. Pero Coiffenave, convertido en un sibarita, la saboreaba con tranquila dignidad, que no dejaba de recordar la compunción eclesiástica, en contacto de la cual había vivido tanto tiempo. Las gentes de Saint-Romain-des-Îles conocían ya la historia, y les divertía mucho ver a un sacristán de cuchipanda, devorando con una furcia las ofrendas de la piedad. Encontrándole simpático, le invitaban a su mesa, le ofrecían bebida y delicados bocados. Coiffenave hacía amistades y su popularidad se extendía. Pronto acudieron a verle de Romanèche y de Pontanevaux. Las liberalidades de unos y otros le permitían prolongar su estancia. También contaba con las de la gorda Zozotte, quien, buena chica al fin, le cobijaba de noche, sin pedirle ya nada, con tal de que la dejase previamente «despachar su trabajo». Y era una trabajadora encarnizada, que no rechazaba las horas extraordinarias, siempre peripuesta, que no usaba sino jabón perfumado y que iba apartando algún dinero para el porvenir. Estaba dispuesta a permitirse el capricho de aceptar gratis a un chalado de sacristán que había roto el juramento de fidelidad a su parroquia, pero se proponía no ver disminuir por ello su cifra de negocios.

El renombre de Coiffenave como tañedor de campanas, era muy conocido en los alrededores. El sacristán de Saint-Symphorien-d'Anelles fue a proponerle que probase su campana y tocase en ella en gran repique. Al aceptar, dio muestras de un brío que provocó admiración. («Y eso que ésta —dijo— no suena como la mía y la siento menos en los brazos»). Cundió con rapidez el rumor de su éxito y de todas partes empezaron a invitarle para que diese recitales de campana, en La Chapelle-de-Guinchay, en Romanèche-Thorins, en Thoissey, en Varenne-les-Mâcon... Iban a buscarle en coche y luego le acompañaban a su casa, tan atiborrado y cumplimentado que comenzaba a tomar aires vanidosos al igual que tomaba aires de dueño dando palmadas en la buena grupa valerosa de la gorda Zozotte.

Todo aquello se conocía en Clochemerle en sus más nimios detalles, exagerados incluso, ya que lo cómico de la situación nutría abundantemente el rumor público, siempre ávido de ejercitarse sobre los temas más grotescos y más inesperados. Tanto, que aquel bribón de sacristán, exhibiendo sin rubor su infamia y sus vicios, se iba convirtiendo poco a poco en un personaje. ¡Figuraos! Abandonar repentinamente la santa penumbra de una vieja iglesia, dejar el trabajo de cuidar los ornamentos sacerdotales, para trocarse de golpe en el amante de una prostituta (por lo demás muy agradable y de una capacidad profesional indiscutida) y tocador de campanas de lujo, que solamente así la cuerda por invitación, como un virtuoso, eran cosas que no se ven todos los días. Hasta se preguntaban si hubiesen podido ver algo parecido fuera del Beaujolais. Francamente, se dudaba de ello.

En tales condiciones, ¿qué convenía hacer, en buena justicia y prudencia, para evitarse el ridículo? ¿Encargar a los gendarmes que fuesen a recuperar a Coiffenave en Saint-Romain-des-Îles y lo trajesen esposado y por la fuerza? Pero (por un reto de

fuera de la ley o, simplemente, por vengarse del desprecio de las mujeres honradas, de las que ella sacaba una contribución indirecta obteniendo subsidios de las flaquezas de sus esposos) la gorda Zozotte había prevenido a todo el mundo de que no estaba dispuesta a dejarse quitar a su Coiffenave, y que antes aguantaría un sitio en toda regla, atrincherada en su casa. Aquella zorra era capaz de todo, hasta de provocar un plebiscito entre la población masculina, que le debía muchas obligaciones y deseaba no privarse de sus talentos. Además, para hacer detener al sacristán, habría que presentar denuncia en nombre de la Iglesia, a propósito de un feo asunto de dinero. Con su sonrisa extática, San Roque parecía determinado a mantenerse absolutamente al margen de la cuestión. La municipalidad, que se reía para sus adentros, no había rechistado, pensando que aquel asunto de orden puramente religioso no incumbía al poder civil. El problema seguía, pues, pendiente. El clan de los clochemerlins guasones, el más numeroso en esta circunstancia, observaba con ironía al cura Patard, único habilitado para tomar una decisión.

Pero el cura Patard distaba de ser un imbécil y un irresoluto, como tampoco era hombre para dejarse influir por los consejos contradictorios de quien quiera que fuese. Habló desde el púlpito de esta manera:

—Hermanos míos —dijo—, os invito a rezar por el alma de nuestro sacristán, que ha caído en poder de una truhana. Pero la saciedad no deja más que asco en el corazón del hombre, y la zorrana, por su parte, se cansará de los ejercicios que multiplica para humillar a nuestra parroquia. No tenemos sino esperar el retorno del hijo pródigo de los dineros del culto. A este propósito, os recuerdo que el cepillo de San Roque está vacío y que, cuanto antes lo hayáis llenado, más pronto se arreglarán las cosas. Así sea.

Mouraille aprobó aquellas palabras.

—El cura es un hombre sensato —declaró—. En el fondo, es su inmenso aburrimiento lo que conduce al mundo. Pocos seres son capaces de sacar grandes satisfacciones de su espíritu. Por lo cual piden a los cuerpos que les proporcionen distracciones, que por lo demás carecen de variedad. Sobre todo en nuestros pueblos pequeños. No teniendo otra cosa a mano, las gentes hacen con frecuencia el amor sólo porque se aburren, diciéndose que, de todos modos, eso les ayudará a pasar un buen rato.

Y una buena mañana, el Angelus volvió a sonar con toda su gracia cristalina. Fue un vuelo de sonidos puros, espaciados de manera conveniente, que ganaban las alturas del aire, evocando la blancura de las palomas y los pudores rosados de la aurora. Aquellos sonos alados, que recaían en lluvia ligera, llegaban hasta el fondo de los corazones, haciendo resurgir en ellos todo lo que se ocultaba de más íntimo, de más insaciado y de más tierno. Anunciaban un día adorable y conferían a la vida un sentido augusto, casi místico. Oyéndolos, Clochemerle supo que Coiffenave había

vuelto.

Reanudó sus funciones sin decir palabra, y nadie pensó en hacer alusión a su fuga. Se habían puesto, sencillamente, candados más sólidos a los cepillos, en especial al de la Virgen, porque habría resultado demasiado fuerte que el dinero de la Inmaculada Concepción pudiese ir a parar a una barragana del valle, en remuneración de sus sucios servicios.

La campana de mediodía, de sonoridades metálicas, celebró el gozo de un hermoso verano, que henchía los racimos de alcohol y de sutiles esencias. En cuanto al Angelus vespertino, fue una cantata punzante, tan ajustada al ocaso del astro y a los ensueños del crepúsculo, que sus acentos hicieron suspirar a los clochemerlins e incluso llorar a los más sensibles. No existía, en efecto, nadie más capaz que aquel bribón de Coiffenave para puntuar de manera tan emocionante las etapas de los días y de la vida. Nadie mejor que él para dar a un tañido de muertos los verdaderos acentos de la congoja, a un bautizo los de la esperanza, y aquellos de arrebató dionisiaco a los de una boda. Nadie más apto que él para celebrar con dulces repiqueteos la noche de Navidad, el conmovedor nacimiento de Belén; nadie como él para echar las campanas al vuelo por Pascua, con un estruendo de resurrección como para dominar las trompetas de Jericó.

Hasta hubiérase dicho que el sacristán, después de su calaverada, mostrase un verdadero empeño en superarse. Se vio en ello el signo de su arrepentimiento, y su caso fue archivado. Sin embargo, malignos bromistas depositaban en el cepillo de San Roque, que con ello adquiriría el cariz de un proxeneta, ofrendas envueltas en un papel sobre el que se leía: «Para Zozotte». Era éste un dinero que el cura Patard no podía en absoluto juntar con los donativos de la piedad sincera. Se lo entregaba, por tanto a Coiffenave a guisa de gratificación, y éste lo llevaba efectivamente a la gorda Zozotte, quien seguía acogiéndole bien y por él se prodigaba sin cuento.

Era deplorable que el sacristán diese pruebas de semejante afición por una arrastrada notoria. Pero se observó que la campana, cuando Coiffenave regresaba de Saint-Romain-des-Îles, lanzaba hacia el cielo acentos más sublimes, cuya rara calidad elevaba el alma de los clochemerlins y les sugería un «¿quién sabe?», muy favorable al influjo de lo sobrenatural. Aquello demostraba una vez más que los designios de la Providencia son impenetrables y que el pecador, remontando de los abismos de la salacidad, puede sentirse tocado por la gracia.

Aquella indulgencia no convencía, sin embargo, a todo el mundo. Una cábala femenina (huelga decir montada por qué envidiosas y qué intocables) se agitaba para obtener que Coiffenave fuese relevado de su función. Ciertas mujeres casadas, por su parte, hubiesen deseado que toda la gendarmería fuese lanzada en persecución de aquella detestable «enséñalo-todo» de Saint-Romain-des-Îles, quien, a fuerza de alquilarse a todo el que se presentase, acabaría por contaminar a las familias. A lo que los clochemerlins varones objetaban que la gorda Zozotte sería muy capaz de atraerse a los bobos de gendarmes, esos gordos sanguíneos, en su trampa para

hombres, y comunicarles costumbres que perjudicarían a la formalidad y seriedad de la gendarmería. Lo mejor era, pues, cerrar los ojos, olvidar aquel asunto y dejar que las cosas recobrasen con calma su antiguo curso.

Y en cuanto a la gorda Zozotte, un día u otro, el venéreo le ajustaría las cuentas.

Quedaba por dilucidar una postrer cuestión. ¿Aprovechando la caída de la noche, Coiffenave pellizcaba de veras a las mujeres que entraban aisladamente en la iglesia a rezar? Su reciente comportamiento daba algún crédito a las habladurías. Pero también en esta cuestión, si bien se miraba, puesto que las quejas se llamaban Aglaé Pacôme, Clémentine Chavaigne, Pauline Coton y sus congéneres, es decir, criaturas de las que nada cabía esperar y de quien a nadie se le habría ocurrido esperar nada, podía considerarse que el gesto, si era verdad que se cometía, lo era por simples ganas de hacer rabiar y no atentaba verdaderamente a las costumbres. Además, las áridas doncellas hubieran debido estimarse contentas de que un sacristán, por piedad, humor u ocio, las honrase con una caridad que ningún otro clochemerlino estaba dispuesto a concederles.

Aparte esto, la campana vespertina, con la nobleza de su ritmo, de resonancias que repercutían por entre los montes, imponía a las gentes, acallando sus cizañas y sus murmuraciones, para obligarles a recogerse en la paz sonora en que las vibraciones del bronce cobraban un valor de solemne encantamiento, manifestación de agradecimiento a la Naturaleza y a los dioses del Beaujolais, verde por completo en el atavío de sus cepas.

—¡Ese Coiffenave...! ¡Vaya artista!

Por sus excesivas complacencias con un parado, Jeannette Machurat estaba a punto de tener un hijo. Creyó entonces disponer de un argumento de peso, que iba a modificar su vida en el sentido que tanto deseaba. Se veía abocada de nuevo al matrimonio, con un hombre bastante guapo, si se exceptuaba la pata de palo.

Tistin Patapalo, siempre solícito, siempre alegre, se hacía útil de mil maneras en la casa, adonde acudía cada día tras haber pasado a visitar a una u otra, pues cuidaba sus relaciones y no quería que dejaran de llamarle amistosamente al pasar. Por regla general, si os apezáis en exceso a una mujer, las otras os guardan rencor y cesan de poner os buena cara, considerando que reserváis a una sola persona los pequeños cuidados de galantería a los que hasta las más honradas son aficionadas, porque todas piden oírse confirmar su facultad de agradar y no se sienten tranquilas si no se les repite sin cesar que son incomparables.

Tistin reconoció sin dificultad su gran responsabilidad en lo que le ocurría a Jeannette. Pero, no obstante, deseaba conservar su soltería y se negaba a caer de nuevo en la condición de asalariado normal. Si se casaba con Jeannette Machurat, como ésta le apremiaba, perdería todas las ventajas que se había ganado, en tanto que parado único y considerado. Ahora bien, poseía una naturaleza de vagabundo

incorregible, que gustaba de tumbarse al sol y pasear su holgazanería allí donde le llevase su impulso del momento.

—¡Entonces —exclamaba, llorosa, Jeannette Machurat—, me vas a dejar de madre soltera! ¡A mí edad!

—No es ninguna vergüenza —replicaba *Tistin*—. Tu vientre trabaja para Francia, que buena necesidad tiene de ello. Tendrás derecho a llevar la cabeza muy alta.

—¡Eres un mal hombre, *Tistin*! ¡Mira que no querer reconocer a tu hijo...!

—No es que me niegue a reconocerlo...

Pero no quería casarse con la madre. Ni dejarla, tampoco, por lo demás. Sencillamente, anhelaba continuar como antes. Cuando hubiese nacido el pequeño, le haría brincar sobre sus rodillas y jugaría de buena gana con él. Aportaría algo para su sustento y su educación. Pero ahí se terminaba su buena voluntad. Jeannette Machurat razonaba como mujer, afanosa de asegurarse la duradera posesión de un hombre, que pretendía ligar a sí por todos los medios, con su fecundidad y el señuelo de compartir los bienes que poseía. En cierto sentido, resultaba gentil por su parte y halagador para *Tistin*. Pero éste consideraba el paro forzoso como una profesión liberal, honrosa en alto grado y financieramente ventajosa, que no quería sacrificar a nadie. Era demasiado feliz en su condición presente.

Desde que el trabajo no significaba para él una obligación, *Tistin Patapalo* tenía prisa por saltar de la cama. Tan pronto se hallaba levantado, todo eran sonrisas para él, invitaciones a holgazanear en plan de artista. Disponía de tiempo para consagrarlo al canto de los pájaros, a la carrera de las nubes y al florecimiento de las plantas, un tiempo sin limitación alguna. Respiraba el puro aroma del ambiente, los perfumes de la mañana, dejando a impulsos de su fantasía el empleo del día que comenzaba. Tras haberse lavado en un barreño, en el umbral de su barraca, y haberse enjuagado la boca con beaujolais, admirable dentífrico, cepillaba y frotaba con una bayeta su pata de madera. Más tarde cargaba la pipa, la encendía y saboreaba las primeras bocanadas, en espera de saber en qué sentido le vendrían las ganas de actuar. Luego cerraba la puerta con llave, olfateaba el viento, se acariciaba el rostro con él e iniciaba la marcha gallardamente, renqueando, con su andadura desigual, herrada de un lado y cauchutada del otro. No teniendo más proyecto que las buenas suertes de las encrucijadas, se encaminaba cada vez hacia un pequeño Klondyke de encuentros y de filones. ¿Haría con calma un pequeño trabajo, o permanecería como parado cien por cien? ¿Comería conejo en adobo, alubias o buey estofado? Dependía de cuál fuese la acogedora casa que tuviese necesidad aquel día de sus servicios. Pero asimismo podía, armado de su garrote y su morral, ofrecerse la suprema felicidad errante del vagabundo. Y, durante la temporada de caza, coger su escopeta a pedernal y marcharse a dar una pequeña batida. O, en el transcurso de la temporada de pesca, atar sus trebejos en la bicicleta, dejarse deslizar hasta el Saône e instalarse allí durante horas y más horas de soñadora inmovilidad, cara al agua de brillo cegador, acechando el estremecimiento de azogue del pez prendido en su caña. Era una sucesión de

mañanas, libre como el aire, ocioso como un rentista, si le venía en gana desdeñar el esfuerzo, y conocido de todos los taberneros, de todos los alegres narradores de historias, invitado a soplar en todas partes.

—¡De todos modos, eres un gran cerdo! —gimoteaba Jeannette Machurat—. Tomas de mí lo que te apetece y para el resto me das de lado. ¡Eres más egoísta de lo que jamás hubiese pensado!

—¡Condenada hembra importuna! —gruñía *Tistin Patapalo*, tirando su pata de madera y rumiando aquel engorroso asunto—. Se propugna la repoblación. Me engancho al trabajo, yo, un parado que hubiera podido contentarse con no hacer nada en absoluto. Y sólo saco molestias de ello.

La vocación de parado es comparable a la de cazador furtivo. Cuando ese gusto se apodera de uno, ya nada más cuenta en su espíritu. El hombre goza de una libertad primitiva, llena de sorpresas y de hechizos al contacto de las espesuras, en la vecindad de los animales escondidos, de los indicios y rastros, del hilo tenso y los chapoteos del agua, en una densidad de silencio donde murmullos y signos adquieren un valor de lenguaje. Ser parado tiene un algo semejante. Es como la caza ilegal y furtiva del buen tiempo, como una rapiña de las mejores horas del día y de la noche, de los momentos de buen humor de los humanos, abordados en el instante propicio. Disponiendo de tales riquezas y de un infinito de sensaciones ¿iríais a meteros entre los brazos una mujer paridora, colocándoos en el cuello el arnés de las responsabilidades? ¡Era preciso estar loco para eso!

Rehuyendo lágrimas y disputas, *Tistin* acudía cada vez con menor frecuencia a casa de Jeannette Machurat. Vagaba por Clochemerle a pasitos cortos. Le saludaban:

—Adiós, *Tistin*. ¿Marcha bien ese paro forzoso?

—Va marchando, aunque despacito. Vivo de miseria.

—¿Quieres beberte un vaso, de pasada? Te invito también a un bocado. ¡Siempre será un alivio a tu desgracia!

Y por parte de las mujeres:

—Dígame, mi buen *Tistin*, sin molestarle, ¿no podría echarme una mano? ¿Podría empujarme la carretilla hasta el lavadero? Gracias, *Tistin*. Es usted un parado muy amable.

—Mi marido necesita ayuda para cultivar su viña, porque ya ha arrimado en exceso el hombro. Pero sin trabajar demasiado, *Tistin*, sin trabajar demasiado.

De una parte a otra del burgo, se sucedían el concierto de alabanzas y de amistades, los tragos y las comilonas, las propinas y los regalitos. ¿Queríais renunciar a todo eso, sólo porque una estúpida Jeannette...?

—Sin contar —insinuaba *Tistin*— con que, una vez madre, tendrás derecho a los subsidios de la beneficencia. Habrá que sacar partido de todo.

—¡Me daría vergüenza pedir!

—¡Pobre mujer! —decía *Tistin*—. ¿Acaso las gentes ponen en la balanza la vergüenza y el provecho? No tienes más que mirar a tu alrededor.

Cuanto más reflexionaba, más motivos descubría *Tistin* para permanecer en su posición. Cuestión de dignidad, primero. No alquilaba sus servicios, no hacía nada sino por amabilidad y distracción. Ahora bien, es seguro que se desprecia un poco al hombre cuyo trabajo es comprado, a tanto por hora o por día. Y ese hombre se somete a una evaluación mezquina de su valía.

En verdad que Jeannette Machurat era una buena mujer, obsequiosa y de agradable trato. Pero *Tistin* se decía que no tenía necesidad de perderla. Sabía cuán amarga le había parecido la viudedad, cómo prescindía a duras penas de la presencia de un compañero y en qué forma había despertado su naturaleza adormecida tras una larga privación. Nadie podría, pues, reemplazarle al lado de ella. No tenía más que mostrarse firme. Después de haber dado a luz, le suplicaría que volviese.

Aquel cálculo no era dictado por la indiferencia o el desprecio. E incluso, de no considerar más que su interés, hubiera debido aprovechar la ocasión que le ofrecía Jeannette de integrarse en el orden social en calidad de esposo, de padre y de viticultor. Pero, no. Parado era y parado debía seguir siendo. Era su idea fija. Por ella, abandonó a la madre de su hijo.

Desde que vivía en concubinato, Jeannette Machurat había descuidado sus deberes cristianos, no sintiéndose en disposiciones duraderas de renunciar a *Tistin Patapalo*. Contando además con casarse, aplazó hasta aquel gran momento el borrar de un solo golpe de confesión los pecados acumulados. Se sentiría menos cohibida si podía alegar que fue a costa de concesiones experimentales como había obtenido el matrimonio (lo cual hubiera podido ser verdad). La negativa de *Tistin* anulaba aquel programa. Y la idea de poner en el mundo un hijo natural, sin tener, como una chica joven, la excusa de la ignorancia, le hacía perder la cabeza. ¿A quién confiarse en, aquel extremo para obtener un consejo, sin verse obligada a confesar públicamente su vergüenza, que ella deseaba ocultar el mayor tiempo posible, esperando aún que todo se arreglaría? Nadie más que el cura podría escucharla y guardarle el secreto. Después de haberlo meditado mucho, fue a llamar al presbiterio, pensando dar a su gestión el carácter de una visita, que tendría más eficacia que una simple confesión. En efecto, una visita, aunque prolongada, le permitiría entrar en detalles y, acusándose primero, cargar parte de la responsabilidad sobre su cómplice.

—Me he distraído con un parado —confesó—. No es para decirle, señor cura, cómo me quemaba la sangre, hasta no saber ya lo que me hacía. Me había mantenido como viuda sin reproche desde hacía seis años y me creía muy calmada por ese lado, lo cual hizo que al principio no desconfiase. Después, ¡caramba!, no pude contenerme. También debo confesar que *Tistin* no paraba de rondarme.

—Adelante, hija mía, adelante...

—Total que eso se ha prolongado, como quien dice, igual que marido y mujer. Pero yo siempre pensé que *Tistin* sabría reconocer mis buenas disposiciones para el

matrimonio. Bueno, pues, nada de eso. Los hombres, una vez satisfechos...

—Adelante, hija mía, adelante...

—Y hete aquí que voy a tener un hijo. Lo que voy a parecer con ese pequeño...

—Siempre podrá usted hacer de él un cristiano. ¿Es ésta su intención?

—¡Claro que sí! ¡No va a faltarle su agua bendita! Él no tiene la culpa de que yo me haya portado mal.

—Entonces, ¿qué desea usted, aparte la absolución?

—¿No podría usted hablarle a *Tistin Patapalo*, señor cura? Como es un sin trabajo de profesión, tiene miedo de perder su colocación casándose conmigo. Es la única cosa que le retiene. Porque conmigo se encuentra a gusto, siempre lo ha dicho.

No era el papel del cura entrometerse en un asunto tan particular. Aparte que es bastante difícil convencer para que se case a un hombre que no tiene ganas de hacerlo, hubiese sido ridículo que la cosa se la aconsejase precisamente un hombre que no se casaba tampoco. ¿Cómo iba a meterse en eso y en virtud de qué competencia? Jeannette Machurat obtendría, para ella y para su hijo, todos los sacramentos que quisiera, y hasta un pequeño auxilio en efectivo, caso de necesidad apremiante... Mas en cuanto a hacer de un recalcitrante un marido, no era cosa que incumbiese a la religión. El cura Patard le significó que mejor haría dirigiendo su requerimiento a cualquier personalidad del pueblo, por ejemplo al senador-alcalde. Había sido él quien hizo votar el subsidio de *Tistin Patapalo*. Estaba cualificado, por tanto, para tener una influencia sobre él.

—Considerándolo bien —concluyó el cura de Clochemerle—, su hijo tiene un origen político. Usted no habría recibido a *Tistin Patapalo* en su casa si él no hubiese estado sin trabajo, libre de su tiempo. Por tanto, en buena lógica, a la política corresponde proporcionarle a usted un padre y un esposo, en la persona del hombre que usted designe.

¡Funesta simiente la que acababa de depositar el cura Patard en una mente turbada! Mouraille decía: «Las mujeres son peligrosas porque razonan con sus entrañas. Lo cual hace, cuando se trata de su amor (¿el que reciben o el que dan?, ¿es que son capaces siquiera de distinguirlos?), que sean capaces de pegar fuego al mundo con una soberbia estupidez y una completa indiferencia». Veía justo en lo que concernía a Jeannette Machurat. ¡Qué idiota, la mujer ésa! Sólo había una cosa que no debía hacerse, y fue a escogerla precisamente. Para recuperar a quien amaba, decidió traicionarle, sesgo harto corriente de la astucia femenina, pero que resultó desastroso en aquel caso. Considerando que Piéchut era el protector de *Tistin Patapalo*, inclinado por consiguiente a apoyar a éste, se dirigió hacia el único personaje que podría oponerse a su buen acuerdo. No tuvo que buscarle lejos, pues *Tistin* había sido el primero en hablarle del detestable Jules Laroudelle, y a éste fue precisamente a quien se encaminó, el más ensañado detractor del hombre que ella decía querer. ¡Admiremos esto!

En su presencia, se situó resueltamente como víctima. Habían abusado de ella,

pobre viuda sin defensa, cuya buena fe se había dejado sorprender. La pasión la arrastraba a la mentira, improvisando a medida que hablaba, y el relato de su desdicha, aumentado con sus invenciones, extraía de ella acentos verdaderamente desgarradores. Hasta el punto que hubiérase podido preguntarle: «Pero ¿cómo es posible, pobre mujer, que le tenga todavía apego a ese mal sujeto? Considérese dichosa por haberse desembarazado de él». Pero Jules Laroudelle no se preocupó en absoluto de hacerle semejante pregunta. Y, por lo demás, cuando un hombre es el padre de vuestro hijo y vosotras habéis hecho para ello lo necesario, aun por sorpresa (que no era el caso), tenéis que tomarlo tal como es, so pena de privar al hijo de tal padre. Con aquella historia, Laroudelle obtenía lo que estaba deseando, un motivo de acusación contra aquel bribón de parado, que le permitiría atacar al mismo tiempo a Piéchut en el Consejo municipal. No obstante, aun habiendo prometido a Jeannette Machurat una pronta intervención, juzgó preferible esperar a que ésta hubiese alcanzado unas proporciones corporales que hiciesen más espectacular su caso. Y aquella maduración requería tiempo.

Tistin Patapalo empleaba aquel tiempo de otro modo, bastante ligeramente, preciso es confesarlo. Incluso hubieran podido preguntarse si no se habría visto arrastrado a otra aventura por una alegre persona que echaba a barato su pudor. Otra viuda, Zoé Voinard, apodada *Quiche-Bicou* (en parte porque cocinaba muy bien la *quiche* lorenesa, y en parte por razón de un diminutivo de su juventud cuyo origen no se conocía), una mujerona de carnes apretadas, le ofreció claramente lo que él no iba a buscar ya en casa de Jeannette Machurat. La ausencia de ceremonial favorecía mucho la empresa, y *Tistin* cayó en las redes de aquella osada. Ello no hubiera tenido gravedad si él no hubiese empezado a frecuentar con demasiada asiduidad la casa de la persona en cuestión. Al proporcionarle un buen yantar y ciertas comodidades de las que ya no se sentía capaz de prescindir, Jeannette Machurat le había encharcado en el bienestar. *Quiche-Bicou* le prodigaba todos aquellos cuidados, salpicados por procacidades que no tenía Jeannette. La casa cobró un brillo inesperado, algunas semanas más tarde, cuando Zoé Voinard anunció orgullosamente en el burgo, con el aire de tomar una opción ante testigos, que se hallaba encinta por obra del parado. ¿Verdad o astucia? Era demasiado pronto para pronunciarse. Pero el rumor se extendió con toda rapidez y llegó a oídos de Jeannette Machurat, quien no tuvo más remedio que revelar su estado para hacer valer su derecho de prioridad.

¿Cómo, se dirá, dos viudas encinta y por obra del mismo individuo poco recomendable en tan pequeño intervalo? ¡Dos mujeres experimentadas, que habían conocido ya el matrimonio...! Aquellas dos preñeces, una de las cuales al menos era segura, reclaman algunas observaciones.

Es una cosa bien sabida que las mujeres, que tanto hablan de su debilidad y su fragilidad, empleándolas como arma conmovedora, poseen una resistencia de hierro.

Por esta razón, las estadísticas hacen resaltar un número de viudas incomparablemente más elevado que el de viudos. Las mujeres entierran a los hombres, he aquí una verdad incuestionable. Se conocían en Clochemerle a cierto número de esas «siempre enfermas» que, pese a haber pasado su vida lloriqueando, habían acabado con su cónyuge y le sobrevivían desde hacía quince o veinte años. Como no habían vivido más que con cuentagotas, se apoltronaban en la vejez, disponiendo aún de un flúido vital que no se agotaba sino en delgado chorrito, suficiente para mantenerlas en pie, en una especie de enquistamiento, detrás de su máscara de boj o de marfil viejo. Respiraban al *ralenti*. Todo en ellas estaba casi muerto, salvo las pulsaciones mezquinas que hacían correr una sangre pálida bajo su piel arrugada.

Muy diferente, y casi podía decirse inhumano, era el destino de las viudas relativamente jóvenes. Por mucho que a lo largo de los años de vida en común hubiesen podido rezongar contra el esposo, quejarse de su desorden, de la ceniza de tabaco que dejaban caer, de sus manos sucias, de sus maneras rudas, de que a menudo volviese a casa achispado, por mucho que hubiesen podido hostigarle con su irritante sensatez femenina y una obstinación de avispa, era tras su desaparición cuando comprendían cómo el hombre llena el hogar, pesado como un armario macizo, cómo su sola presencia impone y sostiene a la mujer, cómo sabe hacer respetar su casa a grandes voces si hace falta y cómo, después de su muerte, un interior parece vacío y frío, cuando se ha instalado en él ese silencio de soledad que no responde una palabra a las confidencias y no reacciona ante los ataques de nervios. El hombre es la muralla donde se aferra la yedra, donde trepan el majuelo y las capuchinas, el tronco robusto que las lianas enlazan y estrechan con su flexibilidad. Cuando su ruido ha callado, aquella ruidosa batahola que todo lo animaba en torno suyo, las bestias y los fantasmas, comprendiendo que la autoridad falta, comienzan a agitarse. Se ven deambular las arañas a grandes zancadas vellosas, los ratones trotar y roer sin cumplidos y, en la bodega, el vino se pica en los toneles y, en el granero, las vigas crujen siniestramente. Todo se deshace, se desune, todo lo que daba a la casa su consistencia, empezando por las tejas que dejan infiltrar la lluvia, siguiendo por las cerraduras sin engrasar que chirrían, los postigos que se niegan a ajustarse no sintiendo ya el puño que los forzaba. En su lecho, la viuda se siente desamparada como en sus tiempos de soltera, sin disponer siquiera de los dulces presentimientos para el porvenir de entonces. Y cuando se duerme, después de dar vueltas y suspiros sin cuento, doliente de carne y de alma, sabe que no oirá ya al despertar la benéfica y brusca voz que le comunicaba ánimos, que ya no frotará su hombro desnudo con una barba picante, que ya no tendrá que desasirse de un cuerpo sólido como una escollera, a la cual ella estaba amarrada, durmiendo, mientras su espíritu danzaba sobre las olas del sueño.

Hace falta comprender, antes de juzgar la conducta de una Jeannette Machurat o de una Zoé Voinard, que la suerte de la viuda es bien triste. Lo era más en particular

en Clochemerle. Las mujeres de menos de cuarenta años cuya vida conyugal acababa prematuramente, tenían pocas posibilidades de salir de su viudez, por no permitirles la situación demográfica del pueblo operar el enderezamiento que les hubiera vuelto a situar en el circuito de las actividades femeninas normales. No se encontraban hombres para hacerse cargo de ellas. Faltaban viudos, y mucho más aún solteros cuya edad estuviese en relación con la de las viudas maduras. Los clochemerlinos se hallaban todos provistos de una mujer bien decidida a no soltarles, instalada para siempre jamás en la casa, solar de su reinado vigilante, de su prudencia ahorrativa y de sus actividades fregatrices. Porque los mozos de Clochemerle se casaban temprano, en general al regresar de la mili, por representar la posesión de una mujer, tan indispensable para muchas cosas, la base de su instalación en la vida. Las chicas les aportaban en dote un trozo de viña que les permitía ir tirando en espera de la herencia de los padres. Tales disposiciones eran tomadas para la existencia entera y la mujer escogida para siempre. Ni las incompatibilidades de humor ni las crisis pasionales hubiesen parecido excusa suficiente para trastornar un reparto de bienes y de cuerpos sobre el que descansaba la solidez comunitaria. Las chicas y los chicos clochemerlinos se unían verdaderamente ante el alcalde y el cura para lo mejor y para lo peor. La lotería del matrimonio cobraba con ello un carácter inexorable, pues ni uno ni otra de los jóvenes esposos tenía bastante experiencia para discernir en su copartícipe los signos precursores de la dicha o la desdicha, como tampoco ninguno estaba en condiciones de prever qué darían de sí los caracteres y los cuerpos a los treinta, cuarenta o cincuenta años de vida común. Los herraban codo con codo en el mismo banco de la galera sobre la que iban a remar la travesía de su destino humano, confundidos con la chusma, cuyos esfuerzos jadeantes harían avanzar el navio a través de las tempestades hasta el puerto de la muerte, donde los galeotes, por fin liberados, desembarcan solos con su alma lastimada, viático y pasaporte de otra travesía ignota.

Pero los clochemerlinos no enfocaban la vida como un drama dantesco. Y es muy preciso reconocer que, en resumidas cuentas, la dura ley de la inseparabilidad de la pareja tenía efectos satisfactorios, porque, destinados a soportarse mutuamente en un marco que no les dejaba escapatoria, los cónyuges acababan por conformarse uno con otro, sin grandes esperanzas ni grandes ilusiones tal vez, pero con un apego real que les venía de tantas cosas compartidas o sufridas juntos en el curso de una existencia. Esto es tan verdad que cuando Dieudonné Latronche se quedó viudo, cosa excepcional, como hemos dicho (pero es que su mujer era de una maldad tal que murió de un ataque de furor vociferante, que le soltó dentro del cuerpo sus propios venenos), cuando se encontró solo en una casa sosegada, no pudo soportarlo. Inconsolable, empezó a desmejorar. «Cada vez que meo en el fregadero —confió a un amigo—, pienso en Pélagie. ¡Cochino!, voy y me digo, ¡si ella estuviera aquí, no te

atreverías! Y a veces me voy a terminar de mear afuera». No puede ponerse en duda una sinceridad que se expresaba de aquella manera y que retenía a un viudo de ceder a una comodidad tan al alcance de la mano.

Se comprende ahora cómo Jeannette Machurat y Zoé Voinard se vieron inclinadas a interesarse por *Tistin Patapalo*, puesto en evidencia por su título de parado, y a consentírsele todo sin demora, la primera salvando apenas las apariencias, y la segunda, sin salvarlas en absoluto. Es verdad que Zoé Voinard, de más edad, se mostraba más impaciente, por apremiarla más el tiempo. La cuarentena iniciada da a las mujeres la horrenda aprensión de verse desposeídas de su belleza, esa belleza que es su razón de ser y que enciende una llamita en las miradas de los hombres, clavadas en ellas para una evaluación que no ocultan y a la cual, encontrándola halagadora, ellas se prestan gustosamente. «Comprendí que había envejecido —decía *Madame Récamier*— cuando los pequeños deshollinadores dejaron de volverse a mi paso». Zoé Voinard se veía ya en el ocaso. Las grasas que nutrían de abundancias su piel aún tensa, pero que empezaba a surcarse de arrugas y a caer, no tardarían en darle la apariencia de una matrona, en quien nadie reconocería ya a la ardiente y delgada muchacha de antaño, tan bonita en sus veinte años, ni a la hermosa mujer, frescota y enamoradiza, en sus treinta años, que había sido sucesivamente. ¡Es tan corta la duración de la belleza...! Había días en que Zoé Voinard sentía el miedo pánico de quedarse arrinconada en una existencia de vieja solitaria, que no tiene más afán que alimentar y hacer durar un cuerpo inútil que deshonoran las varices y deforman los reumatismos. Le quedaba una última posibilidad (al menos ella quería así creerlo) de apegarse a un hombre, en cuya compañía podría envejecer a sus anchas, porque aquel hombre, habiéndola conocido bella aún, podría asistir a su decrepitud con la compasión del recuerdo. Jeannette Machurat, aunque más joven, no dejaba de sentir el mismo terror. Los tormentos de su madurez impelían tanto a una como a otra a realizar actos descomedidos, sin que se pudiese humanamente rehusarles una excusa. Sí, las viudas de Clochemerle eran verdaderas viudas dolientes, que se debilitaban antes de tiempo en las renunciadas de una femineidad inactiva, a menos que un ímpetu desesperado las arrojase en los expedientes de amor, sin mirar demasiado la calidad de la pareja. Y aún hacía falta encontrar la ocasión de hacerlo.

¿Quién osaría decirse sin pecado y arrojar la primera piedra a una viuda cuya complexión reclama y mendiga caricias y cuyo corazón acaricia las últimas esperanzas? ¿Qué mujer cuyo lecho esté guarnecido tendría valor para abrumar a aquella que lo tiene vacío? La mujer sabe muy bien que el lecho es su reino, que es en él donde libra y gana las batallas, donde impone al hombre su ascendiente, en los instantes en que éste, ingenuamente orgulloso de su fuerza, cae en su mayor flaqueza.

Tampoco puede decirse, por tanto, que *Tistin Patapalo* hubiese abusado de la credulidad de Jeannette Machurat y de Zoé Voinard, pues la credulidad no era precisamente la característica de éstas y sabían muy bien lo que querían, asumiendo los riesgos. El favor de que gozaba el parado le venía de ser un célibe disponible,

cuyos ocios le permitían conceder a una mujer una atención continuada, el atractivo de su constante presencia, y de que, por el mismo hecho de estar parado, entraba en todas partes con intenciones serviciales. El mismo Coiffenave no habría recibido bufidos si hubiese tentado su suerte cerca de algunas viudas desamparadas, ciertamente menos complacientes que Jeannette y Zoé, que iban en cabeza del lote de viudas codiciables. Pero la lubricidad del sacristán le apartaba de todo lo que no fuera la gorda Zozotte de Saint-Romain-des-Îles, en cuyos brazos retozaba con un furor de hombrecillo vicioso. Parecía, incluso, extraño ver el ensañamiento que aportaba a la perdición de su alma, siendo así que vivía muy cerca de las cosas más sagradas, entregando a una ramera todo el dinero que sacaba de servir con celo a la religión, pues no podían negársele las cualidades de cumplido sacristán y de campanero maravilloso.

Quedaba un tercer soltero, *Juan Cadáver*. Pero olía en exceso a cementerio y hubiera dado a las mujeres en demasía la impresión de acostarse con la muerte. Se pretendía, sin embargo, que había dos o tres desheredadas que no retrocedían ante el estremecimiento fúnebre que él procuraba, prefiriéndole a no sentir estremecimiento alguno.

Sí, las viudas de Clochemerle eran de compadecer. Y en suma, repartiéndose entre Jeannette Machurat y Zoé Voinard, *Tistin Patapalo* se mostraba caritativo. Aquello hubiera podido durar, para solaz de tres personas, si las mujeres no estuviesen devoradas por una rabia de posesión exclusiva. Esa rabia iba a complicar terriblemente las cosas.

Capítulo 4

Pujanza de las mujeres

Había otras mujeres que tampoco eran dichosas. Sin pasarles revista a todas, examinemos el caso de algunas.

Odette Auvergne, la joven encargada de Correos, exhibía pompas vestimentarias que hacían pestañear a los clochemerlinos. (En realidad, su elegancia le costaba menos de lo que parecía. Sencillamente, sabía vestirse). «¡La de dengues que hace ésa!», decían las mujeres del burgo, a quienes la funcionaria mantenía lejos con una sequedad distante, un poco altiva, en tanto que se emperifollaba para los hombres que acudían a Correos. Deshaciéndose en sonrisas para dirigirse a ellos, inclinaba detrás de la ventanilla un escote mal cubierto por ropa interior transparente, tras la cual sus senos ociosos semejaban dos pájaros palpitantes que quisieran volar fuera de su jaula. Se la sorprendía a menudo enfrascada en la lectura de una novela de amor, o soñando con la mirada perdida en la zona vaga e infinita de una gran felicidad imaginaria. Salía de su ensueño para probar el efecto de su voz musical sobre los clochemerlinos varones, los cuales no poseían bastante sutileza para discernir lo que se escondía detrás de una afabilidad que ellos creían meramente profesional. No era que la joven no gustase a más de uno, pero su aire distinguido asustaba a los viñadores. Las superioridades de Odette Auvergne se volvían en contra de ella, a pesar de que, ciertos días, estaría dispuesta a las concesiones, a muchas más concesiones de lo que dejaría suponer su porte orgulloso. Había tardes en que se sentía tan anegada de abandono, tan lejos de todo cuanto vive y conforta, que se entregaría sin dudarle a quien quisiera tomarla (o poco menos). En el secreto de su corazón, ya no se consideraba más que una solicitante muy humilde. Nadie sospechaba que la rendición estaba a punto, consentida a medias, detrás de la reja donde la joven se marchitaba como una bella orquídea en un invernadero de aire enrarecido. No habría más que tender la mano y tocar su mejilla ardiente bajo los polvos, para que se derritiese su orgullo, minado ya por dentro. Bastarían algunas palabras muy sencillas para conmover a aquella que erróneamente creían arrogante. ¡Señor, pero qué tontos son los hombres! Si supieran, si supieran... Al llegar a Clochemerle algunos años antes, había querido hacerse respetar y lo había logrado en demasía. Había días en que Odette Auvergne daría cuanto tuviese porque se desistiese con respecto a ella de ese

respeto helador, originado por su condición altiva y desolada. La pobre exiliada soñaba con dos o tres rostros a quienes dedicaba la necesidad de amar que la oprimía. A veces, sola en su habitación, lloraba sin motivos. Era nerviosa.

Ginette Berton atravesaba crisis semejantes, cada vez más frecuentes. Contaba ya treinta y dos años. Los años no habían pasado en balde, llevándose su frescor, esa belleza del diablo que es la primera dote de las muchachas. Porque tenía una opinión demasiado alta de sus encantos, de su inteligencia, blasonaba de pretensiones excesivas. ¡Ay!, ningún delfín pasó por la región, ninguno barruntó que una perla de muchacha merecía dar un rodeo por Clochemerle.

Y comenzó una larga espera crispada... Veintiocho, veintinueve, treinta, tañían las campanas de los años muertos y vacíos, que recaían dolorosamente sobre su corazón. Los antiguos pretendientes, casados, la miraban irónicamente. Ahora sabía que el príncipe no vendría, que no vendría jamás. Podía comprobar en su espejo que su epidermis había perdido la rica savia subyacente que pone flores en las mejillas de la juventud, la pelusilla de fruta que resiste las mordeduras del frío y los ardores del verano. Había aparecido en ella ese algo descolorido que se observa en los objetos expuestos demasiado tiempo en un escaparate y que un buen día se saldan. No obstante, pretendía permanecer en la brecha de las chicas casaderas, rehusando alinearse en el partido de las que han renunciado, adoptar sus agravios y su vestir severo, tanto miedo tenía a ser confundida con las Chavaigne y las Pauline Cotton, que parecían decirle: «¡Vamos, vamos, es usted de las nuestras, Ginette Berton!». ¿De las suyas? ¡Jamás! ¡Antes cualquier cosa! Pero ¿qué, exactamente? ¡Lo que fuera! Sin embargo, nadie se presentaba ya. ¿Qué podía hacer un joven clochemerlino con una mujer que había rebasado la treintena, tras haber despilfarrado sus mejores años poniéndole hocicos a sus orígenes y a su medio? «Cuando haya disfrutado bien de mi libertad, me casaré con un hombre maduro para terminar mi vida». O bien: «Se es más feliz sin hombre». ¡Es un cantar bien conocido! Entonces, ¿por qué marchitarse, bonita, como una planta en época de sequía? Por lo demás, eso no engañaba a nadie y las mujeres compadecían a Ginette Berton:

—¡Ha querido reflexionar demasiado, la pobre!

—¡Como si eso requiriese tanta reflexión!

—¡Puesto que debe hacerse...!

—Y el hombre, siempre es el hombre. No merece la pena hacer tantos remilgos para casarse.

Acaso llevasen razón esas mujeres de Clochemerle. Tal vez la felicidad es sencillamente cuestión de valor.

—¡Y de don! —aseguraba Mouraille—. Se nace feliz, como se nace bello e inteligente.

La señorita Dupré, la maestra de escuela, experimentaba tormentos análogos a los que sufría Odette Auvergne. Diploma, elevación de espíritu y prestigio intelectual no compensaban para ella el tener que usar gafas, una falda desoladoramente lisa y carecer de todo encanto. No obstante, era rica en saber, armada de una meritoria paciencia didáctica, que sólo registraba un mínimo de suspensos en el certificado de estudios. Pero esa paciencia se veía entreverada por accesos nerviosos, aparentemente inexplicables, que la tornaban temible. A veces, se alteraba algo en ella, que le daba una expresión helada, casi malévola. Y era que, de pronto, se sentía muy sola en medio de sus treinta alumnas, treinta pequeñajas de nada, de trenzas estiradas y ojos vivos, que desplegaban inconscientemente sus primeros talentos de femineidad, con semblantes atentos, gestos acariciadores y palabras que rozaban los vocabularios de amor y que, de repente, podían convertirse en demoníacas pequeñas furias, encarnizadas en arañar como gatas rabiosas, hasta el estadio de los grandes sollozos convulsivos donde se aplacaban los turbios desvíos de su naturaleza. Esas mutaciones sólo pueden comprenderlas ciertas mujeres. Pero la señorita Dupré era una de ellas, secretamente adolorida, que sabía muy bien que los caprichos de las chiquillas correspondían a sus propios cambios de humor, sensiblemente por iguales motivos, mal definidos en las niñas, bien precisos en ella. Podía ya adivinar cuáles de esas niñas, coquetas y astutas, sabrían no pararse en barras para alcanzar la meta de su finalidad femenina, y cuáles, ingratas y tímidas, se replegarían en su sufrimiento, como ella misma se replegaba en el suyo.

La esperanza a la cual se aferraba la señorita Dupré era superar el obstáculo de una insipidez que no ignoraba, pero que compensaba con su capacidad profesional, convirtiéndose en uno de los elementos constitutivos de un matrimonio de funcionarios, si era posible de maestros, lo bastante apagados como para desarmar la envidia y beneficiarse de la estima que no puede rehusarse a los seres que no hacen sombra a nadie. Dos honorarios reunidos, un solo alojamiento con luz y calefacción gratis, un huertecillo contiguo donde cultivar las legumbres y, por la noche, la corrección de deberes bajo la lámpara, sentados uno frente al otro, y la conversación que gira acerca de los métodos de enseñanza, los méritos comparados de tal o cual manual. ¡Hubiese sido la dicha! Viviendo en un plan de estricta economía (principalmente sobre la alimentación y el vestir), entre los dos podrían llegar a conseguir un cochecito y viajar juntos durante las vacaciones. A la señorita le gustaría conocer Italia, «patria de las artes». No Venecia, donde en el marco suntuoso de los dogos y de los amores novelescos, cuyos suspiros se deslizan sobre las aguas glaucas de la laguna, al ritmo contoneado de la boga del gondolero, ella se sentiría desambientada. Pero ciertos nombres brillaban con resplandor prestigioso en su espíritu: los Apeninos, Toscana, Florencia, Siena, Roma... Más aún, la bahía de Nápoles. Y Capri... ¡Capri, la isla encantada! ¡Pero vaya usted a viajar sola, como una pobre maestrilla ridícula, que no tiene ningún aplomo en cuanto se encuentra fuera de su escuela y semeja una dama de compañía que ha perdido su colocación!

Sólo se viaja útilmente en pareja, con plena comunión de espíritu, tras haber preparado bien el itinerario en la guía, anotando todas las cosas que hay que ver, como se preparan las materias del programa antes de un examen.

La desgracia quiso que la señorita Dupré (Angele) fuese destinada a Clochemerle a la edad de veintiséis años (hacía ya diez de ello), cuando Tafardel ejercía aún. Ahora bien, Tafardel, obcecado con su Piéchut y enteramente ocupado en servirle, era incapaz de ver en una mujer otra cosa que una alegoría, musa, vestal, diosa, o, puesto que se trataba de una maestra, caríatide sosteniendo el noble edificio del saber humano. Por lo demás, Tafardel era demasiado mayor y demasiado incurablemente solterón. A los veintiséis años, aun sin alardear de belleza, pero creyendo en el valor compensador de los certificados de pedagogía, la señorita Dupré hubiese querido encontrar un buen muchacho de una edad adecuada a la suya. Cuando, por último, Tafardel se jubiló, mandaron para sustituirle a Armand Jolibois, que también tenía veintiséis años. Mas ¡ay!, la señorita Dupré tenía entonces treinta y cuatro. Esta diferencia de edad hubiera podido ser compensada por el súbito cúmulo de sentimientos con tendencia maternal que la señorita Dupré sentía surgir en su interior a la vista del nuevo titular. Pero éste no pareció hacer el menor caso de las amabilidades que se le prodigaban, ni tener gana alguna de charlar acerca de la profesión con su colega, ni sospechar lo más mínimo de los tesoros de ternura y de abnegación que se ponían a su disposición. La señorita Dupré tropezó con el lado inapresable del hombre que no quiere ver ni comprender. Armand Jolibois se alojó provisionalmente en casa Torbayon y comenzó su iniciación al vino de Clochemerle, con un celo que le llenó de euforia y le hurtó las tristes insinuaciones de un amor desesperado.

Cosa curiosa es que la señorita Dupré siente unos celos rabiosos de Odette Auvergne. Su ideal del matrimonio entre funcionarios le representa que el maestro y la encargada de Correos, ambos jóvenes, son adecuados uno para otro. La elegancia de Odette Auvergne no se le escapa, como tampoco las sonrisas solícitas con las que halaga a los representantes del género masculino. No duda de que ésa mariposuela se ha fijado en Armand Jolibois. (Lo que los hombres no saben discernir, otra mujer lo adivina en seguida, sobre todo cuando olfatea una rival. Y era muy verdad que Odette Auvergne pensaba complacientemente en Armand Jolibois, en cuyos brazos se imaginaba sumisa, con los ojos cerrados, escuchando las cálidas ternuras que él murmuraba en sus cabellos). Pero no basta que dos seres parezcan hechos el uno para el otro. Hace falta, además, que se agraden íntimamente, en virtud de una apetencia mutua, cuya señal es dada por un cosquilleo de las fibras que, una vez sentido, torna ineluctable el dulce fenómeno del amor. No era éste el caso. Aunque la señorita Dupré acusase a Odette Auvergne de ser una descarada y estar a la que salta, Armand Jolibois no miraba a ninguna de las dos. Su ánimo estaba fascinado por los encantos

exuberantes de la bella Flora, criatura indigna de él tal vez, que se prodigaba al primero que llegase con impulsos salvajes (decíase) o con una pasividad bestial (decíase igualmente). Pero estas palabras, que él cargaba a la cuenta de las calumnias, no podían curarle de un deleite imaginario, que le representaba placeres tan vivos que cualquier otro en comparación le resultaría de una insoportable sosería. Es decir, que había caído en el misterioso poder de la pasión, fuerza ciega a la cual vanamente puede oponerse el raciocinio, pues en el momento en que aquélla cediera dejaría de ser tal pasión.

En cuanto a la señorita Dupré, cruelmente decepcionada, pensaba hacía tiempo en pedir un traslado. Lo hubiera hecho ya, de no ser el apuro que le causaba informarse acerca de un pueblecito donde pudiese encontrar un maestro soltero, de unos treinta y cinco años aproximadamente. No sabía cómo hacer para plantear la cuestión a los miembros directivos de la enseñanza.

De manera que en Clochemerle había también corazones disponibles, pobres corazones torturados que cubrían sus ardores con un cilicio de dignidad y de decoro, porque no poseían el valor de la desvergüenza, que había hecho de una Anaïs Frigoul una mujer de teatro, de Jeannette Machurat y de Zoé Voinard viudas resucitadas. Su pena era tanto más amarga cuanto que los clochemerlinos imputaban al desdén y a la pretensión lo que no era más que timidez y temor de ver escarnecida su sinceridad. Cuanto más pasa el tiempo más difícil se torna llegar a la oferta apenas disfrazada de sí misma, prueba que la juventud afronta con despreocupada intrepidez, pero que cuesta un esfuerzo, a veces insuperable, cuando se ha dejado pasar la hora en que puede parecer simple y espontánea.

Las mujeres no son muy caritativas entre sí cuando las circunstancias las sitúan en el terreno de las rivalidades propias de su sexo. Estas rivalidades se reducen, por lo general, al solo objeto de reivindicar para sí mismas un máximo de atractivos físicos, valorables a primera vista. (La inteligencia, sólo en pequeño grado buscada por los hombres, no viene sino detrás y muy lejos, en una posición de repliegue sobre la que se agrupan las no favorecidas por la naturaleza, las cuales necesitan usar de subterfugios más o menos intelectuales para llamar la atención. La inteligencia no vale sino en el peor de los casos, y las de la primera categoría lo saben muy bien).

La aspereza de las envidias femeninas se inspira en la lucha que las mujeres deben sostener para apoderarse del hombre, el cual les resulta indispensable por razones genésicas y es un elemento capital para su instalación en la vida, ya que la sociedad no ha encontrado aún el medio de hacer independientes a los dos sexos, otorgando a cada uno una existencia distinta, igual en derechos, salarios y privilegios a la del otro. A pesar de que la cosa está en estudio hace mucho tiempo, no parece que las experiencias intentadas hayan culminado en nada concluyente. Las leyes de la cohabitación imponen que se den a la vez supremacía y subordinación. Las dos partes contratantes no pueden enfrentarse en un pie de igualdad absoluta en los casos en que no se llegue a un acuerdo en la decisión que se debe tomar. La voz mayoritaria —en

principio la del hombre— debe ganar. Es por este punto por donde se penetra en la maraña de los procedimientos artificiosos que, por efecto de una obstinación empleada en un sentido único y de una lenta roedura constante de la voluntad del comparsa, permiten a las mujeres resolver la cuestión en provecho propio. Añadamos que, sin serles expresamente reconocido por el código, disfrutaban de hecho de un derecho a la huelga, que ellas justifican por los inconvenientes de su naturaleza y su terrible propensión a las jaquecas. De pretender no hacerles caso, abusando de su fuerza, quien presume de dueño se expondría a sufrir la afrenta de una actitud tan enojada e indiferente que no podría por menos de enrojecer de vergüenza y lamentar su brutalidad. Por lo que prefiere recurrir a los regateos del consentimiento, con lo cual habiendo reconocido sus errores y prometido enmendarse, obtiene que por fin se le ponga buena cara.

En Clochemerle ocurría, además, que el hombre no desempeñaba en su casa más que un papel de zángano o de abejorro turbulento. La economía y las disciplinas interiores estaban reguladas por la esposa, quien, manteniendo el espíritu libre mientras se entregaba a las tareas manuales del hogar, podía meditar a placer sus propósitos y determinar los medios apropiados para conseguir su triunfo, en tanto que el esposo, en el exterior, se dispersaba en trabajos variados y en charlas que le restituían debilitado a su hogar. La menor resistencia suya le ponía a merced de una antagonista incommovible. A medida que los años pasaban, la mujer ocupaba un puesto cada vez más preponderante en su interior, y su influencia era más decisiva. Había llegado a lo que quería, a hacerse temer, y, en su pretendida debilidad, gobernaba.

Es admitido por todos que la masa de seres vivientes se divide en dos mitades, poco más o menos iguales, de hombres y mujeres. Eso si nos atenemos a las dos partes oficialmente actuantes de la Humanidad, puesto que las estadísticas hacen resaltar un excedente femenino, debido tanto a la longevidad superior de las mujeres como a las hecatombes de las guerras. Una parte de ese excedente proporciona las francotiradoras del amor, secta reputada como ligera o ávida, ya que está también admitido, oficiosamente, claro, que muchos hombres tienen más de una mujer a su cargo. Hay que reconocer la bondad natural del hombre en ese altruismo que le lleva a repartirse y en su repugnancia a negar algunas compensaciones a las secuelas implorantes de un sexo supernumeroso, cuyos miembros no encuentran todos con qué proveerse de modo legítimo. (Es el hombre quien habla así para justificar sus instintos de poligamia, tratando de probar que están dictados por la desproporción de las cantidades en presencia). De ahí provienen esos juegos más o menos a flor de piel del amor, a los cuales tantas desamparadas se prestan con cierto cálculo (y a veces también sin cálculo, cuando el rebosar de un corazón enfebrecido las impele a las últimas concesiones), con la esperanza de que algún hombre quedará prendido en

ellos. Lo cual no siempre está tan mal pensado, tan grandes son los azares de la vida, multiplicados además por el contacto de las epidermis. Desarraigadas y saqueadoras, se ven obligadas a recurrir a tales subterfugios, por no haber hallado en un medio ya preparado la posibilidad trivial de emparejarse con un aceptante, que la razón les hubiera designado a falta del sentimiento. Pero dejemos esos apartes, para volver a la pareja constituida con vistas a la duración, cuya formación va acompañada por un Libro de Familia e inscripciones en los Registros.

En ese equilibrio de dos fuerzas en presencia, el hombre y la mujer, la primera de las cuales representa estrictamente la fuerza, con sus características sumarias, y la segunda la astucia del débil, con el andar oblicuo de su voluntad, la cuestión es saber cuál dominará a la otra. El logro del matrimonio descansa sobre la fusión completa de todos los elementos que componen esta dualidad. Hay psicólogos que afirman que el predominio recae, en una proporción del cincuenta por ciento, ora en el hombre, ora en la mujer. Parece prudente adoptar esta proporción, con la presunción, sin embargo, de que el dominio femenino se hace sentir con más intensidad en ciertos parajes. En Clochemerle, por ejemplo, donde la situación de la mujer era muy fuerte.

Fuerte por varias razones, la principal de las cuales era que ejercía una especie de regencia, papel en el cual no podía ser suplantada. No disfrutando sino de muy pocas ocasiones para salir, permanecía encerrada en su morada, que se convertía en su feudo, tan bien arreglado y dispuesto según su fantasía que llegaba a olvidar el homenaje de vasallaje a su señor feudal (ocupado en zascandilear por el pueblo y llenarse de vino, aunque pretendiese matarse en la tarea, ¡el muy farsante!). Ella no tenía por qué temer una competencia que pudiese amenazar su posición, por estar las mujeres repartidas por cabeza de habitante macho, una para cada uno, y porque las raras representantes del excedente no ofrecían suficiente seducción como para inmiscuirse en tercería en un matrimonio, sobre todo hasta el punto de desmantelarlo. Por lo demás, los hijos dependían de la madre, que les era indispensable. Como, a decir verdad, era indispensable al padre, por los múltiples cuidados que sólo ella podía prodigarle, en un pueblo donde faltaban fregonas y criadas. Es increíble la suma de energía y la dosis de obstinación que exige el manejo de una casa, reanudando cotidianamente las mismas labores, como si la vida volviese a partir de cero cada mañana: hacer las camas, quitar el polvo por medio de la escoba y del trapo, ir a la compra, mondar las legumbres, preparar la comida y fregar los platos dos veces al día, repasar la ropa, pegar los botones, zurcir los calcetines, remendar los pantalones de los chavales, confeccionar los jerseys, las *fondues* de mantequilla y las confituras, las coladas y planchados, mil cosas que pegar y reparar... Y todo ello entreverado de alumbramientos, lactancias, vigiliadas consagradas a sarampiones y escarlatinas, a la preparación de cataplasmas y tisanas. Sin contar las exigencias del marido, que gusta de ver a su mujer bien compuesta, que reclama que en la cama no huelga a cebolla ni a lejía, cuando, llegada la noche, agotada, ella no piensa por lo general sino en caer dormida como un tronco.

Y cuando es el mismo hombre quien está enfermo, ¡vaya jaleo! ¡Ese rezongón imposible de cuidar, que da vueltas ociosas por la casa, que se mete entre las piernas de una, que quiere seguir bebiendo y fumando contra las prescripciones del médico y que se enfada si se le quiere restringir en interés suyo! ¡Y qué modo de tomar los medicamentos, con los labios pegados al gollete del frasco, que vacía de un trago para sanar más rápidamente, a riesgo de envenenarse! Fisgando en los armarios, en los cajones, para preguntar recelosamente veinte veces al día: «Pero ¿qué es esto? ¿De dónde sale?», a propósito de esas cositas que las mujeres se reservan para ellas, a las que están apegadas y que a menudo se procuran a escondidas. Y el hombre acaba por echar mano a la botella de aguardiente, para atizarse tragos como para reventar, so pretexto de que el alcohol es bueno contra la congestión y el enfriamiento. Como decía Mélanie Boigne:

—Prefiero tener enfermos a los chicos. Son más razonables que el padre.

Eulalie Ouille era de igual parecer:

—Prefiero pillar una buena enfermedad, antes que aguantar el cuarto de una a Sébastien. ¡Los hombres no están hechos para sufrir!

—¡Ni para quedarse en casa, qué pena!

—Sin contar que, cuando estamos enfermas, eso les hace ver la necesidad que tienen de nosotras.

¡Sí, mucha necesidad! Todas las mujeres lo decían porque, aún estando encamadas, como impotentes, las preguntas no cesaban de llover sobre su duermevela: «¿Dónde has puesto mi camisa nueva?», «No encuentro el jabón negro», «¿Es que no hay betún en esta casa?». «Se me ha saltado un botón de la bragueta. ¿Puedes pegármelo?». Desde el fondo de su lecho, ellas oían cómo el escalfador se iba por los suelos, que la vajilla se rompía, que el hombre soltaba tacos porque se había quemado con el mango de la sartén o ensangrentado un dedo al abrir una lata de conservas. ¡Vaya usted a ponerse enferma en esas condiciones! ¡Con lo bueno que sería estar tranquilamente enferma, poder por fin pensar en sí misma, dejándose resbalar en un amodorramiento por completo irresponsable, con los escalofríos de la fiebrequita que reblandece el cuerpo como un baño tibio! Repuestas y en pie de modo prematuro por el terror de ver su hogar devastado, se encontraban ante pilas de vajilla sucia, ante montones de estropajos que habían mal frotado el fondo de las cacerolas, ante charcos de vino vertido y manchas de grasa tan numerosas que parecía como si hubiesen utilizado un escobillón empapado en fritanga. De manera general, el desorden de la casa evocaba el paso de militares arrancados a su acantonamiento por una alarma nocturna. Convalecientes, debían enfrentarse con aquel lío y trajinar más que nunca.

—«En la mili, nos despabilábamos muy bien...». ¿No dice también eso su marido?

—¡Claro que lo dice, el muy cochino! ¡Buena debía de ser su mili!

—«¡Ah, pobrecita mía!», me dice. «Vete», voy y le contesto: «¡Que me vas a volver loca!».

—Lo mismo le digo al mío. ¡El hombre que quiere ayudar es una verdadera catástrofe!

—No pueden tocar nada sin estropearlo.

—Casi prefiero verle fuera. ¡Aunque sea en la taberna, fíjese bien!

—Y ese tono que tienen para preguntar, sólo al cabo de tres días: «Entonces, ¿no te encuentras mejor?».

—«¿No te dejas ir un poco?», va y me dice el mío.

—¿No parecen creer que lo hace una adrede?

—Sí. Como si les robásemos por estar enfermas.

—No pueden soportar el vernos en la cama, cuando no se trata del asunto que les interesa.

—¡Oh, lo que es entonces...! ¡No se puede una entretener!

—Fatigada o no...

—Peores que los niños son.

—Si bien se mira, siguen siendo niños.

—¡Siempre hay que ser con ellos criada para todo! —¿No cree usted que tenemos mucho mérito nosotras, las mujeres?

¡Vamos, hagámosles esta justicia! Enfrentadas a las duras, innumerables y obligadas tareas de la vida, sí, las mujeres tienen un gran mérito: no hay más que ver el desorden de los hogares cuando ellas no están. Los hombres se sienten desamparados cuando la casa pierde su sosegada ordenación, en cuanto el buen olor de la cocina preparada ya no impresiona las pituitarias sobre mediodía o hacia las siete de la tarde, en cuanto la ropa blanca y los trajes recién planchados ya no están dispuestos de antemano sobre las sillas. Entonces es cuando se descubre con qué precisión de relojería está regulada la marcha de un hogar, cómo aquellos iguales movimientos, cronometrados por la costumbre, contribuyen a la colocación en su sitio de cada cosa, a la seguridad y a la comodidad de los seres. Sólo cuando llega a faltar, se mide la importancia del oscuro papel de la mujer, se comprenden sus pequeñas manías, su terquedad, su minuciosidad irritante. Entonces se llega a la convicción de que necesita, para no desalentarse jamás, una obstinación todavía superior a la del polvo en recaer y a la de la araña en tejer su tela.

Las mujeres de Clochemerle tenían dos fines, que correspondían a dos diversos períodos de su vida. Primero, la mujer deslumbrante de los primeros deseos, corza de clavero sorprendida en el estallido de la primavera, blanca flor de carne, cuya lozana corola se abre en torno del pistilo azafranado, muchacha en su atavío de tierna venustidad que espera la llamada nupcial para cumplir sin equívoco su destino. Esta es la rosa de algunas estaciones olorosas del amor. Luego, le sucede la mujer de todos

los días que Dios nos proporciona, de todas las sopas que comerá el esposo, de todos los hijos que le dará, de los trabajos y afanes que compartir, la que poco a poco se afirma en sus numerosos empleos: de esposa, de madre, de ama de llaves, de enfermera, incluso de contable, la que lo vigila todo y a todos, la que administra la economía de la familia con juiciosa parsimonia y cuyos pareceres son escuchados. Era raro que, en diez años de vida conyugal, esta segunda mujer no se hiciese en su casa dueña de la situación. Lo que había perdido en lozanía y belleza, lo había ganado en experiencia y en autoridad. Entonces entraba en la categoría de las verdaderas mujeres de Clochemerle, que formaban un bloque de innegable potencia, reconocida por los hombres pese a sus fanfarronadas, porque sabían perfectamente que no se podía prescindir de ellas y que su parte de incesante actividad representaba para los otros bienestar y despreocupación. Privado de sus mujeres, Clochemerle no hubiera sido más que un monasterio o un cuartel.

Por ello los clochemerlinos temían a Dios y a sus mujeres. Mas primero a sus mujeres, de presencia más afirmada y más constante que la de Dios, que les aguardaban en el hogar para hacerles una amenazadora pregunta, de la que se desembarazaban con dificultad, cuando se habían entretenido demasiado bebiendo en compañía de los amigos, cosa bastante corriente, hay que reconocerlo:

—¿De dónde vienes a estas horas?

Y se les condenaba a comer lastimosamente, bajo la mirada de una justiciera en pie detrás de sus espaldas, un yantar mal recalentado, o hasta cuajado y frío, farfullando vagas explicaciones que caían en un silencio glacial. Porque las mujeres no ignoraban su poder, ni las maneras refinadas de hacer inaguantable el clima de sus hogares, por el efecto de caras largas persistentes, acompañadas de negativas de todo orden. Siempre llegaba un momento en que era preciso pasar por donde ellas querían.

No se conocía en Clochemerle más que un caso de mujer abandonada, el de Félicité Traviolet, una mujer no peor que otras, un poco cachazuda tal vez (pero ¿qué puede importar eso?), a la cual Traviolet dejó plantada, con tres hijos en los brazos, por irse con una criada de posada encontrada en los alrededores, una infecta «sóbeme-usted» de tabernucho, a la que todo el mundo había metido mano. Aquel gran canalla de Traviolet se llevó todo el dinero disponible para largarse en compañía de su pazpuerca. Desde hacía varios años, durante los cuales su marido no había dado señales de vida, Félicité se mataba trabajando para criar a sus mocosuelos. Las mujeres de Clochemerle la ayudaban en la medida de sus fuerzas. No se privaban, sin embargo, de decir que aquello no habría ocurrido si Félicité hubiese sido menos idiota y se hubiese dado maña a tomar ascendiente sobre Traviolet. Pero la socorrían en nombre de un principio sagrado que interesaba a todas: una mujer con hijos no debía ser abandonada. Eso no acostumbra a hacerse en el campo, que deja esas costumbres para los habitantes de las ciudades, donde criaturas desvergonzadas viven

cínicamente de la tarifa de sus encantos y de las pujas de la vanidad masculina. Los hombres hacen hijos con destreza, sin siquiera pensarlo. Se comprende muy bien cuando se ve lo poco que eso les cuesta. Pero cuando el hijo ha llegado, su responsabilidad se encuentra comprometida en una mitad. Con mayor razón si son reincidentes en materia de paternidad. Sobre este punto, las mujeres de Clochemerle eran intratables. Que dejaran de quererlas, podía ocurrir —y algunas decían que con ello no perdían gran cosa—; pero no era motivo para dejarlas.

Debe añadirse que Félicité, decididamente nada afortunada, había tenido otro hijo, el cuarto, bastante después de que Traviolet se fuera. No habría podido explicarse sobre las condiciones de aquel nacimiento sin caer en una enumeración molesta, que le hubiera valido el resentimiento de muchas de sus protectoras. Deseando evitarlo, decía con su bobería habitual: «Fue un hombre que pasó, que no era del pueblo. Un día muy caluroso, que yo no llevaba casi nada encima y que la puerta no estaba cerrada...». Se suponía que se trataba de un vendimiador forastero. Algunas mujeres se sentían en condiciones de comprender que el estado de no resistencia de Félicité —estado muy excusable en su situación— había podido parecer muy favorable a un forastero aparecido justo en el buen momento. Basta muy poco, a veces un simple cambio del viento, para «revolveros la naturaleza». Muchas cosas tendrían consecuencias fatales, si las circunstancias se hicieran más a menudo cómplices de ciertas traiciones de los sentidos. Así que no se le reprochaba a Félicité su hijo de chiripa, viniese de donde fuere. Si Traviolet no la hubiese abandonado, ella no habría tenido aquel hijo, o, al menos, el padre hubiera estado presente para endosar el nacimiento. Así razonaban las mujeres casadas, puestas todas muy de acuerdo para hacer anclar en el espíritu de los hombres la idea que la conducta de Traviolet había sido inmunda y cobarde, que con toda seguridad sería castigado por ella y que acabaría mal.

Los clochemerlinos estaban conformes, aunque a veces les trotasen por la cabeza ideas nada católicas e incluso algunos se hubiesen deslizado de vez en cuando en casa de Félicité, por fortuna sin ser vistos, pues no habrían encontrado muy buenas razones para explicar aquellas visitas. No obstante, tales visiteos demostraban que algunos hombres de Clochemerle tampoco eran indiferentes a la desgracia de la pobre abandonada y que la socorrían a su manera. Se murmuraba (pero solamente en un pequeño círculo y, además, esto las mujeres no debían saberlo a ningún precio) que Félicité aceptaba subsidios de ellos y que era evidente que no los obtenía sin consentir algo a cambio. Da lugar a pensar que llegó a tal extremo por abnegación maternal, para asegurar recursos a su pequeña familia, no deseando que sufriese por la partida del padre.

Le era penoso a Félicité esperar todo de la caridad de las mujeres, caridad por lo demás muy cicatera, siempre acompañada de consejos humillantes y de vejaciones. (Es bien sabido que la caridad cree que todo le está permitido). Los hombres mostraban mucha más generosidad, y con ellos no era obligado el agradecimiento,

puesto que un convenio había fijado el precio de sus tratos. Este precio había sido debatido en ocasiones con cierta aspereza, pues los clochemerlinos argüían que cobraba casi lo mismo que en la ciudad. Pero Félicité, que sólo pensaba en sus hijos y que por ellos luchaba a brazo partido, hizo resaltar que su presencia en el lugar ahorraba el gasto de un viaje a Villefranche o a Mâcon, sin contar el tiempo necesario para dirigirse allí. El argumento no carecía de valor y los clochemerlinos se dejaron convencer, sobre todo porque estaban un poco avergonzados de que un hombre de su pueblo hubiese abandonado a sus chicos. Deseaban hacer algo por ellos, sin perderlo todo, no obstante. Protestando de que era caro, concedieron, sin embargo: «Bueno, lo haremos por los pequeños». Con ello querían decir que, dando quince o veinte francos más de lo que a su juicio valía aquello (dado que la decoración era menos lujosa que en el burdel, donde encima podía escogerse entre varias mujeres), añadían al precio real de la transacción un suplemento de beneficencia a cargo de su crédito moral. Eso les comunicaba una gran tranquilidad de conciencia cuando iban a casa de Félicité, a la que no trataban en absoluto como una furcia, sino simplemente como una mujer del pueblo con la que mantenían relaciones de vecindad un poco exageradas. Encontraban en casa de ella una atmósfera familiar, en un marco casi burgués, lo que les procuraba la agradable ilusión de tener dos mujeres, cada una en su casa. Y también tenían la satisfactoria impresión de ponerle los cuernos a Traviolet y de ponérselos en su propia casa. Traviolet, desde lo alto de su marco (su retrato no fue jamás descolgado), les miraba tranquilamente, con aire confiado, como si les diese las gracias por hacerle compañía a su mujer durante su ausencia. Resultaba bastante curioso. Tan es así que, una vez acabada la faena, se entretenían charlando, acariciaban a los chicos y llegaban a deslizar cinco francos en la mano del más pequeño, que se les subía a las rodillas y les llamaba «papá». ¡Pobre niño nacido del azar y privado de los derechos de consanguinidad, a quien un oscuro instinto advertía que no podía contar para un simulacro de ternura paternal más que con los hombres que su madre reclutaba!

Podría objetarse que Félicité Traviolet había caído al mismo nivel que la gorda Zozotte de Saint-Romain-des-Îles. Sí y no. Obraba por razones muy diferentes, que, en definitiva, continuaban siendo estimables. No comerciaba por espíritu de lucro, no vendía su cuerpo más de lo necesario para garantizar las seguridades cotidianas, asegurándose tan sólo una pequeña sobra de dinero que le permitiría, caso de que se terciase, hacer frente a una incapacidad física de alguna duración. Tuvo que gastar dinero en ropa (principalmente interior) para responder a los deseos expresados por sus habituales, que la formaban a su gusto (tenía mucho que aprender) y a quienes ciertas elegancias encalabraban. Pero ella solamente se engalanaba a domicilio, durante las horas de visita, y el resto del tiempo circulaba por el burgo vestida con gran modestia. Su aspecto no podía infundir ninguna sospecha de mala conducta o de

vicio. Por lo demás, mala conducta y vicio eran nociones que no rozaban el espíritu simplista de Félicité. La palabra «prostituta» seguía pareciéndole abominable y, para evitar que se la aplicasen, trataba a sus clientes con sinceridad, como a esposos, espaciándolos por delicadeza, estimando que cierta demora interpuesta la entregaba casi pura a cada uno de ellos. Empujada por la necesidad, sacaba provecho de un buen oficio, que le permitía vivir con desahogo, sin fatigarse demasiado. Tenía el pundonor de ejercer a conciencia aquel oficio, de dar siempre lo que valía el dinero recibido. Donde hay probidad, no puede haber infamia. Prueba de ello es que Félicité no se sentía en absoluto una mujer caída. Experimentaba, por el contrario, un sentimiento de elevación social, por el hecho de ser frecuentada íntimamente por una buena veintena de clochemerlins, todos hombres maduros y viticultores adinerados, con sensata experiencia de la vida, que le tenían en cuenta sus esfuerzos superogatorios y los recompensaban con un regalito suplementario. Descubría que muchos poseían modales bastante mejores que Traviolet, brutal y colérico, de suerte que no perdía nada con el cambio y hasta podía entregarse con mayor ardor que antes, a condición de hacerlo con discreción. Dos o tres de ellos hubieran sido excelentes maridos, pero no deseaba desunir ningún matrimonio, sabiendo por experiencia lo desamparada que se queda una mujer cuando la abandona aquél a quien se había confiado para siempre. Aquel abatimiento estaba ya superado ahora. Se sentía satisfecha por tener a su devoción un lote de protectores que le traían a domicilio variedad y fantasía, contándole ciertas anécdotas sobre gentes del burgo que ella había ignorado en tiempos de Traviolet, quien era capaz de pasarse días enteros sin despegar los labios. Se conformaba con las generosidades de aquel núcleo de buenos, de excelentes amigos, y no trataba de extender su número. Aquello había empezado por azar, sin que ella lo hubiese provocado, porque un día un hombre (que era de Clochemerle, y no forastero como decía) empujó su puerta y le ofreció, dinero en mano, ayudarla para criar a sus hijos. Una vez aceptado el dinero, no pudo por menos de mostrarse agradecida. Después se presentaron otros, siempre por la misma razón caritativa, y no podía tratarlos peor. Poco a poco, había cesado de extrañarse de que se la quisiera tan bien y se establecieron hábitos regulares por turno, en el mayor secreto. La confianza siguió a la satisfacción. Sus visitantes no se limitaban a gustar con ella una distracción breve y puramente física. Dejándose ir, le hablaban de sus preocupaciones, de sus vidas familiares, de sus mujeres, del carácter de éstas y de su comportamiento en la intimidad. Experimentaban hablando de sí mismos un manifiesto alivio, el más importante tal vez.

Los hijos de Félicité Traviolet tenían un aspecto soberbio y estaban cuidados a perfección. Las mujeres de Clochemerle se mostraban maravilladas:

—¡Tiene mucho mérito esa Félicité!

—¡No se ha desanimado!

—Una criatura que vive de miseria y de privaciones... Y mirad a sus pequeños. Vestidos y alimentados como hijos de rico. La de noches que debe pasar trabajando

para ellos.

—¡Siempre con la aguja en los dedos, la pobre!

Las cosas hubieran podido durar así a satisfacción de todos, sin perjudicar a nadie (incluso los protectores de Félicité mostraban en sus casas un humor más relajado y conciliador) y beneficiando a la par a cuatro niños alegres y sanos (que no tenían por qué saber de dónde procedían los recursos de su madre), si el gonococo, un buen día, no hubiese metido baza en la partida. Llegó seguramente del exterior; pero ¿traído por quién? Aquello constituyó siempre un misterio. Es verdad que el culpable pudo haber sido su agente de transmisión de modo involuntario. Sea lo que fuere, cuando su presencia quedó comprobada, lo que requirió cierto plazo, teniendo en cuenta la no desconfianza, era ya demasiado tarde. Félicité, inconsciente receptáculo, había sido la primera víctima. Ganando terreno con pasos agigantados, el microbio contaminó a varias familias, y de ahí, caminando más allá (algunas mujeres no eran todo lo fieles que debieran a sus maridos), extendió sus estragos. También esto hizo falta tiempo para detectarlo, pues en Clochemerle se ignoraba la existencia de un foco de infección al que iban a recrearse con toda benevolencia algunos esposos. Por último, fue llamado Mouraille, y, pese a ser invocadas causas accidentales en que el contacto propiamente venéreo no intervenía, tuvo que precisar, con vistas al tratamiento, de qué se trataba. Su presencia no podía pasar inadvertida, cuando paraba su coche a la puerta de tal o cual persona. La pregunta surgía de modo automático:

—¿Tiene usted algún enfermo en casa?

Era difícil confesar sobre qué había versado la consulta del doctor. Se habla en términos vagos de una especie de prurito, de eczema oculto, de fiebre extraña... Pero aquel pudor no atenuaba la virulencia de las explicaciones que se celebraban a puerta cerrada. Se dijeron cosas terribles entre las paredes de ciertas casas, donde a veces se aprovechó la circunstancia para volcar agravios mutuos, acumulados durante años de cohabitación. Finalmente, una mujer fuerte, Agathe Donjazu, que vendía barata la vergüenza y la sacrificaba con vehemencia a las represalias públicas, no tuvo miedo de perseguir a su hombre en la calle, gritando a voz en cuello que aquel maldito cochino, olfateador de perras, le había pegado la sucia enfermedad de las zorras. Entonces las lenguas se desataron. Clamando su indignación, las mujeres afectadas se dieron a conocer, al menos aquéllas a las que el mal les había llegado por vía legítima. Y Donjazu, aturdido a broncazos, soltó prenda por quedarse tranquilo (fatal error por su parte, que no hizo sino redoblar la cólera de su virago), revelando la existencia del falansterio donde Félicité prodigaba sus mimos a una pequeña comunidad de abonados. ¡Así que aquella Félicité ejemplar, cuya valentía y recato se admiraba, cuya abnegación maternal se alababa, era la causa! ¡La muy zorra! ¡Y, encima, podrida! Se la señaló con el dedo, fue colmada de ultrajes, los muros de su casa se cubrieron de inscripciones injuriosas. La trataron en plena cara de

zarrapastrosa y arrastrada. Las mujeres casadas pidieron que se le diese cartilla, con objeto de garantizar el buen estado sanitario del burgo. A eso se les objetó que Félicité no actuaba como una buscona. Operaba en su casa, con las persianas bajadas (por lo menos así se suponía, pues ella lo negaba con extrema energía) y aquellos que la visitaban lo hacían de buen grado. Lo único que podía tomarse en consideración era el hecho de ser sorprendida *in coito*, a requerimiento de una esposa que deseara comprobar el flagrante delito de su cónyuge. Sin embargo, un jurista hizo observar que el adulterio del hombre no es comprobable sino en el domicilio conyugal. Solamente la infidelidad de la mujer, cometida en el lugar que sea, queda sujeta a sanciones. Y tales sanciones no eran aplicables a Félicité, puesto que Traviolet la había abandonado, dejando libre un cuerpo que le pertenecía por contrato.

Por fortuna, las sulfamidas habían hecho ya su aparición, y la epidemia fue yugulada rápidamente, salvo en algunos sujetos rebeldes a las nuevas drogas. Éstos tuvieron que recurrir a las viejas medicinas, que habían demostrado su eficacia sobre varias generaciones.

Aquel escándalo tuvo consecuencias inesperadas. Convertida en *vedette* y puesta su degradación en conocimiento de todos, Félicité Traviolet vio afluir a su casa gran cantidad de clochemerlinos, que no olvidaban nunca pedirle noticias de sus hijos. Era una entrada en materia convencional y, como la tarifa era conocida, se llegaba a un acuerdo con facilidad. ¡Decididamente, los hombres no la abandonaban! Una vez más, sin haberlo pretendido, Félicité se vio ofrecer socorros pecuniarios cómodos de ganar, pero el número de ofertas se multiplicaba por veinte. No podía dar abasto. Rechazó las proposiciones de los más groseros visitantes, que se expresaban con demasiada crudeza y pretendían tratarla como a una mala mujer. Les cerró la puerta en las narices con furia. Ya no actuaba sino por capricho.

Y era que su carácter había dado un gran cambio en poco tiempo. Al fin y al cabo, ¿cuál era su crimen? De la situación de mujer desdichada había pasado a la mujer socorrida, conformándose con toda humildad con el excedente de los transportes que el vínculo conyugal dejaba disponible en sus parroquianos. Jamás había intentado apartarlos de sus esposas. Por el contrario, contribuía a hacerlas más soportables, ofreciendo un exutorio a las tristes limitaciones que el matrimonio impone a muchos desdichados. Jamás se había metido con los patrimonios, no recibiendo de los hombres, por precio de sus complacencias, más que sumas que no gravaban el presupuesto de las familias. (Cuando un clochemerlino se tornaba en exceso asiduo, ella era la primera en ponerle en guardia contra la cuantía de un gasto frecuentemente repetido). Rehuyendo el escándalo, adoptando un aire modesto y sumiso, respetaba tanto las situaciones como las instituciones. ¿Y cómo la habían recompensado por su buena voluntad? Devolviéndole mal por bien. Mujeres provistas de toda clase de seguridades la habían tratado ignominiosamente. De espíritu simple y pronto a ofenderse, Félicité experimentó una gran amargura. Tomó una actitud antisocial y comenzó a beber. Con sus clientes se mostraba ahora cínica, ávida, arrogante, y los

trataba sin miramientos. Devolvía desprecio por desprecio, burlándose cruelmente de sus mujeres, incapaces de satisfacerles. Se iba convirtiendo en una verdadera ramera.

La culpa la tenían los demás, puesto que le imponían una clasificación a la cual, de buena fe, había creído escapar por la moderación de sus costumbres y la lealtad de sus relaciones con sus amantes. Si hacía comercio del amor, era dentro de los límites de cierta respetabilidad, que, con toda ingenuidad, no creía que pudiera negársele, dados los móviles que la habían conducido a portarse de aquella manera. A su juicio, la trataban calumniosamente, puesto que ella se había esforzado en permanecer honesta en una condición que, si bien no podía negarse que era delicada, juzgaba no ser condenable sin recurso, puesto que rehusaba caer en el vicio sin freno. Como suele ocurrir a los seres que se han precipitado públicamente en la vergüenza, hasta formar una secta social aparte, hizo de su vergüenza una bandera amarga, pero insolente y corrosiva, propia de los delincuentes reincidentes y de las viejas prostitutas, endurecidos en el crimen y la degradación. Cuando gritaba desvergonzadamente: «No es puta la que quiere, sino la que puede», retiraba el derecho de juzgarla a personas cuyo estado de conservación física no les hubiera permitido hacerle la competencia. La virtud es de una práctica fácil para quien no tiene los medios de faltar a ella. Asimismo afirmaba con toda claridad que todas las mujeres son entretenidas, que en el fondo no tienen otra profesión y que es tan sólo la suerte quien les permite vivir entretenidas en el matrimonio por un solo hombre, que basta a sus necesidades. ¡Si ese hombre llegase a faltarles, como Traviolet le faltó a ella, ya veríamos lo que harían!

Fue con estas palabras, que ponían en entredicho los principios de una moral indispensable, de la cual hay que salvar al menos las apariencias, con lo que obtuvo por fin que la dejaran tranquila. Sus enemigas comprendieron que no interesaba acorralar a una depravada que, explotando los bajos instintos de los hombres, se aseguraba en el ánimo de éstos una influencia peligrosa. Muchas de aquellas damas vivían un *quid pro quo* de alcoba que no debía ser revelado. Más valía tolerar a los hombres algunas calaveradas que llevarles a comparar lo que sabía agrio, puesto que era un deber, con lo que resultaba amable, porque era un placer. Y las esposas frías, titulares por contrato, no tenían nada que temer.

De todas formas, Félicité Traviolet seguía siendo una madre apasionada, abnegada hasta el extravío. Estrechando a sus hijos, les decía:

—Os encontraré padres, pequeños míos. A paladas, os los encontraré. Y sabré hacerles aflojar la bolsa para que no os falte nada, cariños míos.

En efecto, hacía fuertes recaudaciones, canalizando hasta su casa parte del dinero del bolsillo del burgo. Soñaba con mandar a una gran escuela a su hijo mayor, que tenía grandes disposiciones para el estudio: Politécnica o Ciencias Políticas. Ella no sabía muy bien de lo que se trataba. Pero le habían dicho que no había nada mejor para hacer carrera y que el que conseguía uno de aquellos diplomas tenía asegurado hacer una buena boda, en la gran industria o la finanza. ¡Ya podía acostarse con

cualquiera! Más tarde, un hijo de puta dominaría a la sociedad y la vengaría de sus humillaciones.

—¿Quiere casarse conmigo?

Con ciega rabia acababa de pronunciar estas palabras, palabras que no debía de todo punto pronunciar (se lo había dicho a sí mismo mil veces), porque sería absurdo, degradante, llegar a eso, a casarse con esa chica deshonrada, medio pública de ser verdad lo que se contaba, y debía serlo en cierta medida. ¿Hacia qué bajezas y qué vicisitudes le arrastraría semejante matrimonio? No obstante, se hallaba en casa Torbayon, tras haber acechado desde fuera el instante en que la sala quedaría vacía, acorralando a la bella sirvienta en un rincón de la taberna. Inflamado por este contacto, Armand Jolibois repitió la pregunta, detestándose por mostrar semejante flaqueza y no siendo capaz de obrar de otro modo.

—Flora, ¿quiere casarse conmigo?

Ella soltó su risa de boba, tan fascinante. (Siempre cabía preguntarse lo que pensaba, o si, sencillamente, era incapaz de pensar).

—¡Vaya...! —respondió.

—Contésteme, Flora.

—¡Vaya, con que le da por ahí!

Esta chica espléndida, cuyo olor le aturdía, se estaba mereciendo un buen bofetón. Asiéndola violentamente y apretándola contra sí, hundió su mirada en la hermosa mirada oscura de Flora, esa mirada inexpresiva, abismo de no se sabía qué, de nada tal vez.

—Contésteme. Se lo estoy diciendo en serio.

Ella se limitó a repetir:

—¡Conque también a usted le da por ahí!

Conocía a la perfección el efecto que producía en los hombres, sabía muy bien que todo Clochemerle la rondaba, que todos los clientes del parador deseaban asir algo de su cuerpo cuando ella pasaba. Era una manía que los dominaba y que le permitía a ella reinar sobre ellos. Lo que ella daba a entender con sus palabras volvió loco de despecho, de celos, a Jolibois. Retorciéndole las muñecas, trató de lastimar esa carne que deseaba y detestaba a la par.

—¡Me hace usted daño!

—¡Lo hago aposta, idiota! ¿Quiere casarse conmigo?

—Es que no me apetece nada —respondió ella.

Jolibois no había intentado esta gestión humillante sino como último extremo. Mas pensaba terminar así con todo de una vez. Casarse con Flora, solicitar un traslado y llevarla a un pueblo donde ella no tuviera un pasado le parecía una cosa posible. Hay enfermedades de las que uno quiere sanar a toda costa. Se sintió abrumado por el ridículo de su fracaso, por dejarse rechazar por una sirvienta de

posada, él, todo un maestro de escuela.

—Pero ¿qué más puede desear?

—Nada —contestó Flora—. Suélteme.

Él no le hacía caso. Sobaba febrilmente sus brazos carnosos, en la juntura oscura y almizclada del hombro, y al hacerlo se intoxicaba cada vez más.

—¿Es que tiene algo mejor? ¿Un príncipe...?

—¿Un príncipe? —La muchacha rio tontamente—. No me preocupa eso ni mucho menos.

—¿Tiene novio?

—¡Vaya! —dijo ella—. ¿Y para qué? Si quisiera un novio encontraría seguramente uno cada día.

—Se tiene novio para casarse. ¿No quiere usted casarse?

—No tengo ninguna gana.

—¿Le gusta estar aquí?

—Me gusta ver la gente que pasa y las caras que cambian. Eso me distrae. No podría estarme sola en una casa.

—No pretendo tenerla encerrada.

Y añadió con rabia:

—Cásese conmigo, Flora.

—No tengo ganas, le digo.

—Un día u otro tendrá que decidirse.

—¿Qué haría con un solo hombre?

—Pero ¿es que necesita varios?

—Me gusta cambiar. Si no, me aburro.

No había por dónde coger a esta naturaleza fantasiosa y terca. Los hombres sólo le servían para divertirse con ellos. Y precisamente a los más sinceros, a los más prendados, era a los que oponía negativas irrazonables, sin ningún motivo, por el gusto de contrariar, porque su testarudez le proporcionaba el goce perverso de enloquecer. Objeto de tentación, hasta de pasión, embellecida por cien imaginaciones acaloradas que fácilmente harían de ella un ídolo, ya que la Naturaleza la había modelado a perfección, se tornaba maléfica y burlona por juego, o por vengarse de un desdén que adivinaba bajo los groseros deseos de los que la asediaban. Cierto era que Jolibois le ofrecía lo mejor que ella podía encontrar en el pueblo, haciéndole homenaje de un fervor que expresaba a costa de su altivez. Pero era justamente este fervor lo que descartaba, porque triunfaba desdeñando a algunos de los que querían poseerla y porque, a menudo dócil para con los más cínicos, por capricho cruel no quería conceder nada a los demás. Le gustaba verles en su demencia de deseo, con un destello rojo en los ojos, en los límites del crimen pasional, diríase, hombres que anhelaban tanto saciarse de ella como estrangularla. Y esto de afrontarles en sus paroxismos le causaba risa. Como se estaba riendo en aquel momento al sentir que Armand Jolibois, siempre tan correcto y reservado, la abrazaba con furor, tratando de

saquear y violentar su cuerpo rebelde, que ella defendía simplemente zafándose, pero sin quebrar el contacto, sabiendo perfectamente que no tenía nada que temer, puesto que la puerta podía abrirse de un momento a otro.

—¿Le desagrado?

Es estúpido decir eso a una mujer. Tan pronto como había pronunciado la frase, Jolibois lo comprendió así:

—No es usted peor que otro...

—Entonces, ¿por qué?

—Tenga cuidado, que viene gente.

Se desasíó de él para acudir al encuentro de los clientes, un poco arrugada y desaliñada, como si los ligeros vestidos que ceñían su cuerpo no fuesen sino *déshabillés* que se ponía por complacencia, a fin de permitir que todas las miradas la desvistiesen, puesto que los hombres acudían a casa Torbayon para codiciarla y agradecerían con buenas propinas el recreo que les procuraba verla. No es que le importase el dinero, pero conocía la avaricia campesina de sus admiradores y también resultaba un divertido juego para ella sacarles más de lo que estarían dispuestos a dar cuando, tendiendo la mano, apoyaba el pecho sobre sus espaldas, manteniendo sus nuca acopladas al tibio saledizo de los senos. Soltarían lo que fuese por retener contra ellos aquel dulce calor.

Entretanto, Jolibois había salido afuera apresuradamente y se dirigía a grandes zancadas hacia la escuela, para irse a encerrar a solas con su decepción y su vergüenza. ¡Rechazado por Flora, qué afrenta! Debiera recordar que el capricho de esa chica le salvaba de sí mismo, de su aberrante pasión. Tendría que sufrir de momento, atravesar una penosa crisis de misoginia, torturar tal vez por esto a una joven inocente que le hiciese don de su ingenua voluntad y de su confianza. Pues las pasiones repercuten unas en otras, habiendo seres nacidos para lastimar y otros para curar y, a veces, eran los mismos que alternaban, ya como víctimas, ya como verdugos. Lo que también debiera decirse es que quizá la propia Flora llegaría a dejarse prender y que algún día se convertiría en una pobre perra reptante, herida en el vientre por un bruto insensible a su dolor.

Las mujeres de Clochemerle envidiaban de modo instintivo a Flora, aun afectando despreciarla, rebajarla a la condición de criada y de arrastrada de pasillos. Con eso no lograban desacreditarla ante los hombres, cuyas miradas le otorgaban la supremacía regia, por razones tan estúpidas como la armonía de ciertas curvas, la altura ideal donde se cuelga un pecho florecido, razones, a fin de cuentas, insuperables. Y una obra maestra no tiene por qué dar explicaciones de ser lo que es. A Flora le bastaba mostrarse. Mouraille la llamaba «Mesalina boca-cosida», aunque haciendo el elogio de aquella «Milo en chancletas», según la denominaba además. La citaba siempre cuando se venía en hablar del poder de las mujeres. Se trataba de un poder sin prerrogativas ni derechos reconocidos, al margen de toda consideración social, pero consagrada por el tributo de deseos que le venían de todo el burgo. Ni el

pensamiento, ni la razón, ni tampoco acaso el sentimiento tenían nada que ver con ello. Precisamente por eso era más peligroso.

No había inconvenientes para Samothrace en estar enamorado de Flora, a la que consideraba como una estatua del Parthenón, lo que exaltaba su lirismo de viejo fauno fatigado. La pasión de Armand Jolibois era, por el contrario, grave, pues carecía de exutorio poético. Mouraille había observado sus estragos y compadecía al joven maestro, por el que tenía simpatía. Pero Flora era una criatura para las hambres caninas y, a menos de darle una vida de rica odalisca (lo cual no está en los medios de un maestro de escuela), no se debía cargar con ella para siempre. Mouraille comentó, volviéndose hacia el cura Patard:

—Creo que el mayor castigo de Adán arrojado del Paraíso está contenido en estas palabras de Dios: «Y ahora obedecerás a la mujer, pues cabalgarás detrás de sus faldas».

—Esas palabras no están consignadas en las Escrituras —dijo, riéndose, el cura—. Y la mujer, al salir del Edén, todavía no vestía faldas.

Entonces intervino Samothrace:

—«Que tus senos sean como los racimos de la viña», está escrito en *El cantar de los cantares*. «Y tu boca como un vino excelente que fluye fácilmente para el bienamado». La mujer es el gran viñedo donde el hombre busca sus delicias y su embriaguez. De ahí su innegable poder. ¿No es cierto, abate?

—Os diré que conozco a las mujeres sobre todo por la confesión.

—¿Entonces?

—Sus secretos no deben ser divulgados. ¡Creed en lo que ellas os cuenten y conformaos, hermanos míos!

—¡Amén! —dijo Mouraille.

—¡Amén! —repitió Samothrace.

Capítulo 5

La política en primer plano

El senador Piéchut adquiría cada vez mayor importancia en el Parlamento, donde se hacía apreciar por una cordura sencilla y directa, expresión de esa mesura que es considerada como la principal virtud francesa. Se había ganado una reputación en las comisiones, situándose en ellas como representante de los campesinos, raza valiente y dura, tenaz y leal que, sea cuando cultiva el suelo, sea cuando lucha por la patria, conserva a Francia su base tradicional. Repetía a las gentes de París, a la manera del bueno de Courier: «Nosotros, los viñadores», y se apoyaba siempre en Clochemerle, que poseía su leyenda. Se le tenía por un especialista en las cuestiones vinícolas y, sobre todo, por un buen conocedor de la mentalidad rural, cuya confianza es políticamente tan importante ganarse.

Aunque retenido con frecuencia en París, Piéchut no descuidaba el Beaujolais, adonde le atraían, además de la vigilancia de sus bienes (que jamás perdía de vista), afanes de popularidad. Tenía muchas visitas mientras permanecía en Clochemerle. Allí concedía sus audiencias a los habitantes de la región, anegando las reivindicaciones en la riada de excelente vino que subía de modo inagotable de su bodega, la más importante del pueblo. Sabía testimoniar a cada uno de los visitantes un interés particular, darles palmadas en el hombro con una familiaridad calurosamente protectora, diciendo: «Cuenta conmigo, amigo», que dejaba a cada cual la impresión de tener un amigo devoto en las altas esferas gubernamentales. Dosificaba su afabilidad en función de la calidad intrínseca del auditor y nunca descuidaba reclutar simpatías. (Era mortalmente rencoroso para con aquellos que, aparentando no sentirse seducidos, le negaban el tributo de homenajes que él esperaba. Tenía una memoria implacable para todo cuanto tocaba a sus decepciones de vanidad y hacía pagar caro a un hombre el no haberle admirado lo suficiente). El menor solicitador tenía derecho al latiguillo que le confirmaba en su convicción de que el Estado-vaca-lechera, de ubres henchidas de prebendas, sabría reconocer sus méritos por algún rodeo del favoritismo democrático. Pero ese favoritismo de excepción (aunque prometido con toda amplitud) no podía actuar sin una espera bastante prolongada, había que comprenderlo. Y por lo demás, ¡tanto mejor! «Eso nos dará ocasión de volvernos a ver». Piéchut repetía también a cada instante: «Venid

a pedirme algo». Desconfiaba de las gentes que no pedían nada y ostentaban la impertinencia de vivir como si él no existiese. La independencia inquieta al poder porque le asigna límites.

Una o dos veces al año, Piéchut reunía en casa Torbayon a sus invitados, selección de agentes electorales que tenían interés en apoyar su política y asegurar su reelección. La excelencia del yantar y la abundancia de vinos daban a aquellas reuniones una atmósfera de festejo que favorecía enormemente el intercambio de ideas. Los que se encontraban allí recibían un reflejo del poder y se inflaban con la vanagloria de estar en el secreto de los dioses. (Pura ilusión, pues los dioses son demasiado listos para revelar el alcance polémico de las cuestiones inscritas en el programa, las más importantes de las cuales son escamoteadas mediante un juego de pasa-pasa). De tal suerte que el banquete rutilaba de rostros rubicundos, en los cuales se leía el optimismo, así como la satisfacción de llenarse la panza sin aflojar la bolsa.

—No puede ocurrir nada grave en Francia —declaraban aquellos hombres principescamente nutridos.

Frotándose el vientre, añadían:

—Éste es un país donde todo el mundo vive feliz.

Lo pensaban así sinceramente, tan inconcebible les parecía, mientras comían el *foie-gras*, el lenguado al *gratin* y las aves de Bresse, que existiesen verdaderos pobres, verdaderos descontentos, verdaderas complicaciones sociales, verdaderas amenazas internacionales. De seguro se exageraba.

—Amigos míos —decía Piéchut, a los postres—, la cocina con mantequilla y el buen vino son los símbolos de nuestras cualidades nacionales. Un país sin cocina y sin vino es como una muchacha sin pechos. Por admirable que sea su cara siempre le faltará algo a esa aplastada.

Este preámbulo le otorgaba todos los sufragios. Congestionados, aquellos señores evocaban un par de senos soberbios, placentera imagen de la prosperidad. Después, ya no era más que un juego demostrar que todo marchaba lo mejor posible en la mejor de las repúblicas posibles, flexible instrumento de la continuidad nacional. Se comprendía muy bien en aquellos instantes que Francia se hallaba bien gobernada, igual que se sentía que resultaría muy ventajoso colocar más viñadores en los negocios. Pero ya Piéchut, deseoso de no hacerse pesado sobre política interior, encarrilaba la atención hacia los grandes problemas del momento:

—¡Cuando se piensa —encadenaba— que hay ciertos miserables que preparan cañones...! ¿Para quiénes los destinan?

—¡Fuera, fuera! —gritaban los comensales.

—También nosotros tenemos cañones, es muy necesario. ¡Y buenos! Pero jamás haremos de ellos instrumentos de agresión.

—¡No, no!

Entonces, con un trémolo patético, tendiendo un rostro grave hacia el Este, el senador exclamaba:

—Naturalmente, si tuviésemos que volver las miradas hacia las fronteras, y (peso mis palabras) cumplir con nuestro deber militar, todo nuestro deber...

—¡Sí, sí! —se aullaba.

—¡Somos pacifistas, pero no cobardes!

—¡No, no!

—Amamos la paz, la ofrecemos con toda lealtad a nuestros vecinos. Pero sabríamos defender nuestro honor. ¿No es así, amigos míos?

—¡Sí, sí! ¡Bravo!

—Nuestro admirable ejército del Marne y de Verdún sabría una vez más oponer al invasor sus heroicas divisiones y veríamos surgir el genio estratégico de un nuevo Foch. ¿Alguno de vosotros lo duda?

—¡No, no!

—¡Miren, señores, últimamente me encontré en París con una alta personalidad de nuestro Estado Mayor, uno de nuestros grandes jefes. Dispensen que no le nombre. Creo que comprenderán los motivos de mi discreción. ¿Sabéis lo que me respondía cuando le pregunté si estábamos preparados para lo peor?: «Recibiremos al enemigo en posiciones preparadas de antemano, Y le reservamos sorpresas de las que no tiene ninguna idea». ¡*Ninguna idea*, señores, significa mucho! Sí, nos gusta la vida amable, la gracia y la vivacidad latinas. ¿Acaso por ello somos menos fuertes y menos resueltos?

—¡No, no!

—Se ha hablado de la política de perro muerto...

—¡Fuera, fuera!

—¿Preferís la de césares de carnaval?

—¡No, no!

—¿La de los revolucionarios de piel de conejo?

—¡No, no!

—¿Queréis la dictadura o la democracia?

—¡La democracia!

—Por lo demás, ciudadanos, la Historia nos enseña: Esparta, la militar, no ha dejado huellas, en tanto que Atenas, la liberal, domina todavía los siglos por la irradiación de su cultura. La patria de los filósofos ha vencido a la patria de los guerreros. El espíritu ha dominado al hierro. Esto prueba que el derecho de las buenas gentes siempre triunfa al fin de la violencia. Por ello os invito, ciudadanos, a levantar nuestros vasos por nuestras instituciones generosas, que tienen en su activo un pasado de victorias y de reformas que el mundo nos envidia. ¡Viva la República, amigos míos!

—¡Viva la República!

—¡Viva el senador! ¡Viva Piéchut!

Entonces se pedía a la posadera que acudiese a saludar a los caballeros, que querían cumplimentarla por su cocina. Adèle aparecía un poco sudorosa y con las

mejillas ardientes, como en estado de amorosa emoción. Aquel color cálido sentaba bien a su belleza madura. Sus ojos oscuros, su aire de pasión soñolienta, el prestigio de sus aventuras pasadas, la blancura de su cuello y de sus hermosos brazos provocaban nuevos aplausos. Piéchut le dirigía un atrevido cumplido, la cogía del talle y la atraía hacia sí para besarla en nombre de todos. Se bebía a la salud de la buena huésped y por la prosperidad de la casa cuyo timón ella llevaba y que atraía a los *gourmets* de los departamentos limítrofes.

—¡Caray, qué mujer! Parece *Marianne* en persona.

Y era verdad que Adèle, con sus formas a la Maillol, sus senos generosos y tocada con un gorro frigio, hubiera representado bien a una imponente República, dispensadora de todas las abundancias que desean los hombres.

Mouraille, Samothrace y Tafardel (y a veces Armand Jolibois), personajes importantes en el plano local, eran invitados a aquellos banquetes, que les proporcionaban materia de interminables discusiones. Los dos primeros duchaban el entusiasmo del secretario municipal, siempre sensible a las parrafadas oratorias y a la terminología sublime de las campañas electorales.

—Su Piéchut —le decían los otros dos— no es más que un viejo político ladino que, en el fondo, lo único que desea es que nada cambie ahora que está él en el candelero.

—La política —abundaba Samothrace— es el venéreo de las sociedades. Él os hablaba de Atenas. Pero fue precisamente la política, con sus estériles debates en el foro, la que precipitó su perdición. Y a Demóstenes, el último salvador de la patria, no le quedó más opción que envenenarse.

—Pese a todo —protestaba Tafardel—, hay hombres que hacen política con todo desinterés.

—Yo no creo —argüía Mouraille— más que una categoría de ciudadanos desinteresados, la de los *abstencionistas*. No piden nada al poder y sólo piensan en protegerse de las exacciones del Estado. ¿Acostumbra usted a votar, Samothrace?

—No se me ocurre siquiera —respondía el viejo poeta—. Considero que la política no es mi oficio. Los que hacen política viven o esperan alguna cosa de ella. Y usted, doctor, ¿vota?

—Ya no me tomo esa molestia. El uso de la papeleta de voto corresponde a un diagnóstico que me embarazaría mucho formular. Por lo demás, a mi juicio, los regímenes son buenos o malos en la misma proporción que lo son los hombres. No conozco régimen alguno lo bastante excelente, ni aun de intenciones, que no llegue a convertirse fatalmente en detestable cuando cae en manos de tramposos.

Mouraille opinaba que las sociedades pueden estar enfermas a la manera de los cuerpos, asimilaba las leyes a remedios caseros y los golpes de Estado a operaciones quirúrgicas. Puede prolongarse la vida de un cuerpo, a veces a costa de mutilarlo, pero la muerte le acecha siempre.

Tafardel le reprochaba el cariz negativo de su sensatez.

—Entonces —preguntaba—, ¿qué representa usted en la sociedad?

—Un hombre gobernado —respondía Mouraille con placidez—. Hace falta gente como yo para contrapesar el número cada vez creciente de los que quieren gobernar a los demás.

—Es decir, ¿que se somete usted pasivamente al estado social del momento?

—Pasivamente, en efecto. Pero, como el soldado en el cuartel, cuidando siempre de hallarme lo menos posible en el camino del brigada y del capitán. Uso de astucias con el legislador, a fin de asegurar mi propia salvaguardia.

—¿Pone usted en duda la buena fe del legislador?

—Me guardo mucho de ello, mi querido Tafardel. No haría más que perder el tiempo. Me preocupo simplemente de bordear toda buena fe que pudiera serme nociva. La virtud legisladora no está tan segura de su infalibilidad como para que yo no tenga el deber de desconfiar de ella.

—¿Acaso es usted anarquista, doctor?

—No milito en las filas del desorden, si es esto lo que quiere usted decir, y no tengo la pretensión de volar nada. Tengo bastante con pasar a través de lo que existe y que trata de asediarme.

En este punto intervenía Samothrace, muy apasionado por los estudios históricos, que le descansaban de sus propios trabajos.

—El gobierno de los hombres —decía— no es sino una larga alternación de dos sistemas, siempre los mismos: los regímenes de fuerza y los regímenes de libertad. Los primeros acaban en sangre; los segundos, en delicuescencia. Por eso, pasamos eternamente del uno al otro. Los hombres no pueden soportar durante mucho tiempo ni la libertad ni la tiranía. Y en lo que respecta a Francia, ¿cómo se puede gobernar un pueblo de anarquistas-conservadores, antimilitaristas-chauvinistas e individualistas-colectivistas?

—Sin contar —completaba Mouraille— que, con mucha frecuencia, los hombres de un mismo partido no pueden verse ni en pintura. Se conocen ilustres ejemplos de esta animadversión. ¿Cómo podrían esos drogados del poder tener miras amplias y desinteresadas? Su egocentrismo pesa sobre las decisiones que se toman a escala nacional.

—Es usted injusto con esos caballeros —decía Tafardel, que sentía un gran respeto por las jerarquías—. Si aceptase usted servir al poder, no tendría quejas de él.

—No se sirve al poder, se le adula en la persona de algún ídolo orondo, quien no es más que un monstruo devorador, que no concede nada sin tomar a cambio algunas libras de vuestra carne.

—Se sirve de los rehenes para asegurar su potencia —añadía Samothrace—, como la Policía asegura la suya con sus confidentes.

—Perdón —decía Mouraille—, ¿qué lleva usted en el ojal? ¿Y cómo ha obtenido usted esa eminente distinción?

Era más de lo que el viejo maestro podía aguantar. Abandonaba la taberna

precipitadamente, jurando que no volvería a estrechar la mano de dos infames calumniadores. Pero dichos calumniadores sabían que aquel gran enfado no resistiría cuarenta y ocho horas de separación. Escenas semejantes se repetían una o dos veces por mes y, durante los casi veinte años que llevaban representándose, formaban parte de un rito indispensable a las buenas relaciones de los tres hombres. A veces llegaban a no poder soportarse, a fuerza de verse demasiado, pero no sabían qué hacer cuando no se veían. La estrechez de una pequeña colectividad les agrupaba en una misma mesa, y el tono de sus conversaciones, por una pendiente fatal, se encaminaba siempre hacia los mismos conflictos de ideas, a machacar cosas dichas ya cientos de veces y que, en definitiva, eran la expresión de su humor y de su carácter.

—A pesar de todo —dijo Mouraille, tras la partida de Tafardel—, nosotros amamos a Francia.

—Sí —respondió Samothrace—, hasta el punto de que no podemos imaginar el vivir en otra parte. De ahí viene nuestro despecho al verla despilfarrar sus dones y sus fuerzas en querellas embrolladoras. ¿Ha viajado usted mucho, doctor?

—He ido una vez a Londres, una vez a Bruselas y una vez a Ginebra. Hace mucho tiempo. Después, ya no me he movido más. Tengo tal convicción de que habitamos el más hermoso país, que no siento necesidad de ir a compararlo con otros.

—De todos modos, hay cosas que merecen ser vistas.

—¿Y cuántas personas son capaces de verlas bien y de sacarles provecho? Además, me causa horror el hacer las maletas, pierdo la documentación, me peleo con los aduaneros, me hago un lío con las monedas, soy incapaz de comprender una lengua extranjera y no como de buena gana más que nuestra cocina.

—¡Un francés que no se puede desarraigar!

—Creo que los hombres son iguales en todas partes.

—A pesar de todo, pueden hacerse distinciones.

—En mi opinión, esas débiles distinciones no valen la pena. Y ¿para qué buscar tan lejos? Reflexione en que, tanto usted como yo, ni siquiera conocemos a Francia a fondo. ¿No es verdad?

—Es verdad —asintió Samothrace.

En un punto se ponían siempre de acuerdo: verían a Piéchut en el Gobierno sin tardar mucho. ¿Y por qué no? Valía tanto como otros y, habida cuenta de dónde había partido, la cosa no estaría tan mal. Tenía un largo pasado de intrigas en los comités, había sabido escoger sus protectores, hacerles la corte y tragar bastante saliva para deslizarse poco a poco, suavizando las susceptibilidades que hubieran podido cortar el camino. Suficientes sumisiones y favores prestados habían preparado la pujanza que, por fin, alcanzaba.

Con un senador-alcalde al frente y una baronesa de alcurnia cuyo castillo histórico dominaba el pueblo; un parador que era una etapa gastronómica consignada

en las guías; un producto farmacéutico, el «Zénaphal», de reputación universal; una Anaïs Frigoul que se hacía aplaudir en los escenarios de París, y un Toine Bezon que conocía América al dedillo; con un poeta, Samothrace, cuyos escritos publicaban revistas y almanaques; una selección de bellezas trascendentes, que se llamaban Flora Baboin, Claudine Soupiat e incluso Adèle Torbayon, siempre turbadora; con una mujer como Mélanie Boigne, que batía las marcas de natalidad (esperaba entonces su decimosexto hijo); un incomparable campanero, campeón de los emocionantes carillones; un parado *Tistin Patapalo*, adorado por las viudas, y las propias viudas, fructificadas, que recobraban ardor y brillo; con el llorado Ponosse, que murió en olor de santidad y había dejado una gran reputación en la comarca; con su sucesor, el cura Patard, que fumaba en pipa por la calle y podía beber sin vacilar tanto como un viñador de nacimiento; con su cinema, su *dancing*, sus aparatos de radio; sus automóviles y su vino, clasificado en los grandes caldos del Beaujolais, se concibe que Clochemerle tuviese plena consciencia de ocupar en Francia un lugar nada menguado. Y estuviese poseído además por la convicción de tener ampliamente derecho a capítulo en aquel concierto de ruidos, mugidos y vociferados por los amplificadores del mundo moderno, que bramaba a pleno cielo la gloria de las reinas de belleza, las canciones dulzonas de los adormecedores de modistillas, los prolongados gañidos metálicos de los trompetistas negros, la danza del vientre de los lupanares de Oriente, los muelles *pizzicatos* de las guitarras hawaianas, las epilepsias redobladas del *jazz*, las indemnizaciones de divorcios de los millonarios fotogénicos, las hazañas de los estafadores y de los gangs, los escándalos que giran en torno a centenares de millones, las reseñas de boxeo y de fútbol, el alud de records de todo género, las jactancias de la ciencia, las baladronadas de los nacionalismos y, dominándolo todo, las raucas vociferaciones de los dictadores, las de sus feroces cortejos de largos cuchillos, los sordos tiroteos de sus policías, en los sótanos de cuyas comisarías se expía con la muerte el crimen de no estar de acuerdo y, por último, a lo lejos, siempre los rumores de la guerra, cuyos rosarios de bombas descenden sobre Etiopía.

A través de esta mezcla confusa, que representa el amor y el odio, la sangre y el dinero, el placer y el dolor, la riqueza y la miseria, el burgo todavía encontraba la manera de ser feliz. ¡Vaya! ¡Rediez! ¡Clochemerle seguía siendo Clochemerle! Su tierra continuaba siendo bella, gran rada azul y verde en el seno de las montañas, resplandeciente de colores bajo el latigazo de mediodía, cuando el sol, apuntando sus bocas de fuego, disparaba salvas de honor. Bella también bajo la luz acariciadora de la tarde, cuando un último grito de pájaro llenaba la extensión, diciendo «¡Hasta la vista!» a los seres. Entonces, todo se paraba y guardaba silencio. Parecía como si el mismo tiempo, fatigado como un viejo caminante perseguidor de siglos, se hubiese sentado en la cumbre de los montes de Azergues para meditar, mirando dormirse a la tierra y centellear, en el terciopelo de la noche, los diamantes azules de las estrellas.

Sin embargo, nada marchaba bien. La crisis se eternizaba, paralizadora. Se la

creía ya terminada, se anunciaba una ligera recuperación y, bruscamente, un nuevo pánico se producía en los intercambios. Y de nuevo la baja de ventas, la estrechez, las deudas, las quiebras.

—¡Esto tiene que tener un motivo, no me lo negará usted!

—Se puede considerar uno bien gobernado cuando la gente es feliz. De ahí no me apeo.

—¿Y esas desvalorizaciones que arruinan al mundo?

—Nos habían prometido, sin embargo, atajarlas.

—¡Figúrese! Son todos unos embusteros.

—Y los impuestos no cesan de aumentar...

—No saben inventar otra cosa.

En el garaje Fadet, la cifra de negocios había disminuido mucho. Se expendía menos gasolina, menos aceite y neumáticos. No se vendía nada nuevo. Sólo se remendaban los viejos cacharros asmáticos. Los turistas escaseaban en casa Torbayon. Diez, doce coches el domingo, en vez de una cincuentena, y nadie entre semana. El sastre no cortaba ya trajes. El zapatero ponía medias suelas al calzado viejo. En las «Galerías beaujolenses», la sección de novedades no ingresaba un solo céntimo. El carnicero expendía menos carne y el charcutero menos cerdo. Por el contrario, el panadero cocía más pan, pero tenía que entregarlo a crédito. El pastelero no preparaba ya grandes escaparates de tartas. Se medían las tazas de café a las abuelas. Los cazadores se ahorraban el permiso, alegando que la caza no compensaba las municiones derrochadas. Hasta la gendarmería se quejaba. El brigada Cudoine, portavoz de las fuerzas de policía, no tenía ningún empacho en criticar públicamente a su patrono, el Estado. ¿Pues no se hablaba de reducir los haberes de los funcionarios? En fin, la señora Fouache lanzó su grito de alarma, que revelaba mucho sobre el marasmo económico:

—Ya empiezan a liar los pitillos. Y se acabaron los cigarros puros.

Los autos circulaban poco. No obstante, ¡qué no se esperaba, diez años antes, del maravilloso ingenio, qué descubrimientos del mundo, qué facilidades sin límites, qué enriquecimiento de imágenes que os poblarán la memoria! Pero hoy:

—Dejarse el dinero en las carreteras... ¿Para qué?

No se encontraban más que franceses preocupados, avinagrados, irritables, no se oían sino quejas, reclamaciones y amenazas. La gran lamentación de los tiempos negros había comenzado a resonar:

—*¡Es absolutamente necesario que esto cambie...!*

He aquí la gran frase, la que vuelve de modo periódico a los anales humanos, preludio de las guerras y de las revoluciones. Cuando estas palabras han sido pronunciadas, arrebatando a muchedumbres que tienen necesidad de ilusiones y de esperanza, cuando se torna santo y seña casi general, es indicio de que el mundo oculta una grave dolencia.

—¡Es absolutamente necesario que esto cambie...!

—Escuchad a esos idiotas —decía Samothrace—. ¿Qué pretenden cambiar de la condición humana cuando ellos mismos son incapaces de cambiar nada de lo que son?

—Necesitan que todo les llegue del exterior —respondía Mouraille—. Por eso, remiten su destino en manos de aventureros y de doctrinarios.

—¿Es que creen en milagros?

—Cuanto más dudan, más obligados están a creer en ellos.

—Es verdad que muchos seres viven en la noche. Pero ¿qué puede hacerse por ellos?

Pero ya no era hora de razonar. Pánicos de alma habían sobrecogido a los seres y los precipitaban en rebaños furiosos hacia esas grandes encrucijadas de la Historia donde se hallan la fatalidad y la muerte.

Todas estas causas hicieron que la política volviese a la orden del día y pasase a primer plano. ¿Acaso no tiene por objeto, precisamente, la técnica de la dicha humana?

En Francia, hace falta que exista un descontento para que los ciudadanos consientan en agruparse contra alguien o algo, ya sea contra un hombre o contra un principio. Jules Laroudelle lo sabía. Al adherirse entre los primeros al P. O. F., partido de oposición, había tenido menos en cuenta la doctrina del mismo (por lo demás, bastante vaga) que la posibilidad de ocupar una posición de fuerza dirigida contra su viejo enemigo, Barthélemy Piéchut, el hombre cuya existencia le había reducido a representar en Clochemerle el papel de terno segundo. Treinta años antes, habían comenzado juntos en el partido radical, entonces en toda su pujanza, sensiblemente con igual ardor y los mismos dones. Pero, en la suma total, Piéchut poseía un poquito más, se tratase de elocuencia, de bondad natural o, sobre todo, de la facultad de hacerse popular. Y así, sin esfuerzo, sin mostrarle la menor animosidad aparente, incluso dándose el lujo de protegerle (lo cual hacía sufrir al otro un suplicio refinado), había suplantado a Laroudelle, arrebatándole las pocas larguras de ventaja que debían conducirle al hito delante de su antiguo camarada. Esto no había de perdonarlo nunca. El rencor se amasaba en él hacía mucho tiempo, con una intensidad que remplazaba todas las convicciones, de una naturaleza como para hacerle adoptar cualquiera de ellas, con tal de que le permitiese perjudicar a Piéchut. Radical de formación, y acaso también de corazón, Laroudelle atacaba con bravura al radicalismo, porque para él el radicalismo era Piéchut, el ser que más odiaba en el mundo.

El P. O. F., como hemos dicho, proponía a sus afiliados una doctrina muy elástica, en la que podía hacerse entrar todo lo que se quisiera en materia de reformas. Cada cual mantenía sobre este punto un programa harto escrito de justicia personal, fundada sobre desquites que tomar y algunos provechos que sacar del gran barrido de los impuros. Aquellos que se expulsan han de sustituirse con otros más capaces, y

¿quién no se siente capaz de serlo?

Pero había más. Los partidarios del P. O. F. se reconocían por el uso de un uniforme fantasioso, que les daba un aire intrépido y dinámico. El matiz de la camisa proclamaba en aquel entonces la opinión de las gentes. La moda había venido del extranjero, donde camisas negras y camisas pardas atestiguaban los grandes cambios sobrevenidos en la conducción de los Estados regidos por una autoridad que no admitía oposición alguna. (¡Acabar de una vez con todas las oposiciones acaso sea el gran secreto del arte de gobernar!). Como se deseaba que fuese coquetón, el uniforme P. O. F. se componía de camisa verde botella, corbata color canario y boina rojo oscuro. El pantalón podía escogerse, a condición de que fuera de color neutro y del corte llamado «de golf». Éste daba al militante P. O. F. una apostura fustigadora, que anunciaba su intención de llevar derechamente, «con la porra», una revolución dentro «del orden y para él orden», que arrollaría las instituciones degradadas para sustituirlas por un régimen fuerte y virtuoso, cuyos representantes cualificados serían, como es natural, los adheridos más meritorios del P. O. F., pequeños dictadores cívicos a quienes nadie osaría disputar el poder. Muchos de sus dirigentes hacían cábalas ya sobre los provechos y los gozos del triunfo político.

Un núcleo P. O. F. se había constituido en Clochemerle, a instigación de Jules Laroudelle. Su acentuado reclutamiento entre los miembros de la joven generación permitía suponer que el vistoso uniforme había tenido en principio mayor efecto sobre las mentes que la dialéctica del promotor. Mas pronto el orgullo de participar en la elaboración de una doctrina que simplificaba los problemas, la seguridad que se obtenía de pertenecer a un gran movimiento destinado a arbitrar los destinos del país, la diversión de llevar en el ojal una pequeña insignia de metal y la distracción que resultaba de aquellas novedades habían atraído al partido bastantes afiliados. De tal suerte que Laroudelle tenía a su disposición una fuerza atrevida y turbulenta, cuyo entusiasmo mantenía con alocuciones, manifestaciones públicas y festejos. Aquello afectaba bastante a su bolsillo. Pero la esperanza de mellar la popularidad del senador le hacía olvidar el gasto. Como asimismo el placer tan vivo que sentía al ser, por primera vez en su vida, verdaderamente el jefe.

Se decía: «Tengo todo un partido detrás de mí», un partido nuevo, poderoso y audaz. Para él, salvar a Francia era, en primer lugar, abatir a Piéchut, privarle de su mandato de senador y arrancarle la alcaldía de Clochemerle. Entonces principiaría la era de la regeneración, de la justicia y de la prosperidad.

—No somos ambiciosos —declaraba Laroudelle—. No es ninguna mina lo que disputamos a esas gentes. Pero no se pueden cambiar las instituciones sin cambiar también a los hombres. «Marchaos», es todo cuanto tenemos que decirles.

—¡Abajo los corrompidos!

—Ocuparemos nuestros puestos por deber y por espíritu de disciplina. Haremos brillar en ellos las virtudes de probidad, de honor y de labor que nos animan. ¡Viva el orden nuevo, amigos míos!

Aquellas agitaciones probaban que la política, de la cual se desinteresaban los clochemerlinos cuando todo iba bien, volvía a ocupar el primer plano cuando las cosas marchaban mal. No tenían en cuenta la prudencia de Mouraille, quien recomendaba:

—Conservemos a los gordos en el poder. Son menos costosos de mantener que los flacos.

A lo que Samothrace respondía:

—La política es caníbal. En la Historia, los flacos acaban siempre por devorar a los gordos. Para convertirse a su vez en candidatos para ser devorados dentro de un siglo o dos.

Capítulo 6

Conflictos

—¡Tendría que darle vergüenza, señora, pasear por el burgo sus gordas nalgas para parado!

—¡Por lo menos no están siempre en paro forzoso como las tuyas, pobre mona!

—Me apenaría mucho, señora, hacer de mi persona un objeto que todo el mundo puede sobar.

—Para eso necesitarías encontrar dónde colocar tu mercancía, Chavaigne. Tu carne no es más que mala conserva averiada.

El altercado acababa de estallar en la calle Mayor, delante de casa Torbayon, por algún fútil motivo de susceptibilidad que encaraba a la flaca Clémentine Chavaigne con la rolliza Zoé Voinard. Y en seguida llovieron las injurias, como grueso granizo que asesinaba el honor de aquellas dos vehementes criaturas.

—Qué les pasa a éstas para que vuelvan a echarse sus nalgas a la cara? —preguntó Samothrace.

—Combaten con su arma principal —respondió filosóficamente Mouraille—. La mujer está condicionada por su misión genésica. Nada tiene de extraño que siempre vuelva a la función que le asegura su estatuto social.

—Ya podían reñir en otro sitio que no fuese en la calle.

—Pues eso es justamente lo que las mueve. Las disputas de las mujeres no tienen su plena eficacia sino ante un tribunal de hombres, ya que nos escogen por árbitros de su belleza y de sus encantos. En el fondo, siempre se pelean con relación a nosotros. Escúchelas, escúchelas...

—He oído decir, sin embargo, que para muchas mujeres el acto del amor tiene bastante menos importancia y atractivo de lo que los hombres tienen la vanidad de creer.

—Para muchas mujeres, en efecto, el acto del amor es decepcionante. Pero, concedido o rehusado, consentido con celo o de mal grado, sigue siendo su medio de acción más poderoso. Ellas no lo ignoran. Por ello, todos sus combates tienen por móvil más o menos sobrentendido el poder de atracción que ejercen sobre nosotros. Es su manera de afirmarse en la vida.

—Parece que usted considera despreciable su papel...

—No he dicho nada semejante. De que las mujeres sean diferentes a nosotros, no se deduce que sean despreciables. Mire, por ejemplo, a la bella Flora, por la que siente usted una debilidad.

—¡Oh, una debilidad...!

—No se justifique usted. Le felicito más bien por haber elegido a esa Egeria de noble pechuga, que sería sublime si se dispusieran sobre ella los pliegues de la *Victoria* de Samotracia, en consideración a su admiración por ella.

—¡La *Victoria* de Samotracia no tiene cabeza!

—Pero no por ello resulta menos emocionante. A muchas mujeres se les podría suprimir la cabeza sin grave inconveniente, pues, en la unión, poco importa sea o no pensante. Contemple bien a Flora y dígame si la Naturaleza la ha creado para otra cosa que para fines estrictamente sexuales.

—¡Lo despoetiza usted todo, doctor!

—¡En absoluto! Es usted quien, por el contrario, trivializa las cosas, esforzándose en imponer al mundo carnal cánones burgueses. Un animal de amor como Flora no está sometido a las leyes ordinarias de la procreación y de la familia. Es una destructora de las normas resignadas a las que tantos seres se someten, por necesidad de una quietud tranquilizadora. ¿No la llama usted Afrodita, en sus poemas?

—Se trata de poemas... Si tuviésemos que vivir a ejemplo de lo que escribimos... Pero, dígame, ¿no le gustan a usted las mujeres?

—Las adoro —respondió Mouraille—. Es decir, las he adorado. Pero sin consentir jamás el ser burlado por esas agradables bribonas.

Entretanto la discusión proseguía en la calle, alternando las réplicas agudizadas de la Chavaigne con las respuestas cínicamente joviales de la viuda Voinard, nada cohibida por sacar al sol su ropa sucia, y que abrumaba, por su corpulencia insinuante, la flacura desértica de la solterona. Se habían formado grupos, las mujeres a un lado, los hombres al otro. Éstos, de pie ante la puerta de la taberna, asistían con divertida ironía al duelo ponzoñoso. Su favor estaba ganado por motivos de simpatía para Zoé Voinard, en razón de sus poderosas combaduras, claramente manifiestas en la agitación que ella se daba.

Tenía una gibosidad de la grupa, en el extremo de las masas grasientas, que solicitaba las curiosidades secretas de ciertas mentes, que propendían a rebuscar las más deleitosas delicias en moldes particulares. Estaba claro que las curvas de la Voinard se salían de las dimensiones ordinarias (supuesto que tales dimensiones sean definibles, habida cuenta de la infinita variedad de los cuerpos, de los cuales ninguno es idéntico a otro), lo que les daba una originalidad canalla, bastante atractiva, aunque frisando en lo monstruoso. Y la Voinard, moviéndose, agitaba todo aquello con intrepidez, como mujerona muy a sus anchas dentro de sus opulencias y segura del efecto que la vista de las mismas podía producir sobre una asamblea viril.

Las mujeres presentes no dejaban de notar aquel efecto, con un seguro instinto y un conocimiento profundizado de los turbios deseos masculinos, por lo que, si bien inclinadas a apoyar a Zoé Voinard, que había conocido excepcionalmente las vicisitudes de dos matrimonios, se sentían llevadas a tomar partido contra ella, estimando que aquella gorda impúdica abusaba de la situación para hacerse una publicidad que hacía sombra a sus propios cuerpos, los cuales habían perdido el atractivo de la novedad para los esposos. No había más que ver la fijeza de la mirada de los hombres y su concentración sobre los abultamientos provocativos de la Voinard. Visiblemente, aquello les comunicaba ideas extraconyugales, ideas de esas que la fuerza de la costumbre mantiene a raya, pero que renacen a veces con una violencia tan repentina como hipócrita, pudiendo llegar a extremos inconcebibles. Más aún que la ofensa en sí, a menudo considerada como secundaria, la idea de que los dineros de la casa pudiesen ir a parar a una desvergonzada, enfebrecía de cólera a aquellas damas. No admitían que fuese objeto de un gasto de lujo lo que podía satisfacerse a domicilio, cuando ellas estaban ahí para eso y daba la casualidad de que con ellas no costaba nada. Era por un espíritu de ahorro por lo que se indignaban. Por lo demás, era bien sabido con qué audacia de *sans-culottes* trataban las viudas de apoderarse de un hombre, fuese el que fuere. Una mujer sin ninguna vigilancia, con el cuerpo libre de todo compromiso, puede ejecutar grandes estragos. Y aquella gorda desvergonzada de Voinard, aunque se dijese encinta —lo que estaba por demostrar—, parecía capaz de todo para abastecer su lecho.

Berthe Bajasson, destrozada por la enfermedad y que, por este hecho, se veía obligada a soportar el desdén que Bajasson no se molestaba en disimularle, fue la primera en intervenir:

—Es vergonzoso —dijo— ver injuriar a una pobre y santa muchacha como Clémentine Chavaigne.

—¡Sí! —corroboraron como un eco otras mujeres—. ¡Es vergonzoso!

—¡Bastante desgracia tiene con esa barba que ha tenido siempre y con bien poca cosa de agradable debajo!

—Su único consuelo lo encuentra en rogar a Dios.

—¡No sé qué puede agradecerle, la pobre, con la pinta que tiene!

—Bueno. ¡Si es fea, no tiene ella la culpa!

—¡Déjela ya tranquila, Zoé! —gritó Agathe Donjazu, siempre dispuesta a meterse en las reyertas y cuyo verbo tajante aterrorizaba a su esposo.

—¡Sí, sí, déjala tranquila! —apoyaron otras mujeres.

Zoé Voinard se volvió hacia ellas.

—¿Acaso me deja tranquila ella a mí? He aquí una ciudadana que me reprocha mis gordas posaderas. ¿Por qué tiene que meterse? Yo no las he estado midiendo con las tuyas.

—Ella siempre ha carecido de nalgas. ¡Hay que comprenderlo, Zoé!

—Pero supongamos que tuviera un buen par de ellas, ¿qué haría entonces?

—¡Las usaría probablemente!

—¡Pero no las tiene, Zoé!

—¡Ah!, ¿conque no las tiene? Pues entonces que no se meta con las que disponen de ellas. Y yo que las tengo de sobra, ¿acaso se preocupa alguien de mi suerte de viuda?

—De todos modos tienes a *Tistin*. No puedes quejarte.

—Es un hombre que se reparte. No lo tengo más que a pedazos.

—¡Siempre es mejor que nada!

—Me ha dejado embarazada, el muy bandido —dijo ella dándose una palmada sobre el comfortable vientre, que sonó a barrica llena.

¡Decididamente, tenía mucho interés en que todo el mundo lo supiera! Hasta daba la impresión que se preocupaba demasiado por ello aquella Zoé cazorra y sin pudor.

—¡Tienes tú tanta culpa como él!

—¡Y no eres la única, Zoé, si eso puede consolarte!

Esto venía muy a propósito, justo cuando Jeannette Machurat, a quien nadie había visto llegar, acababa de desembocar sin suspicacia en el agolpamiento. Se hizo un gran silencio. Resultaba bastante patético contemplar una frente a otra a aquellas dos mujeres que se sabía estaban en igual situación, salvo que Jeannette Machurat, cuya preñez avanzada no podía ya ocultarse, estaba manifiestamente deprimida por su estado (del cual, ya lo sabemos, se avergonzaba), en tanto que aquella payasa de Zoé Voinard parecía sacar un remozo de fuerza y frescor de las primicias del alumbramiento que anunciaba ruidosamente.

Una risa acerba rompió el silencio en el que las dos futuras madres se observaban. Clémentine Chavaigne declaró llena de bilis:

—¡He aquí a las dos concubinas en presencia! Ya puedo retirarme.

La frase era dura, al ser pronunciada en público. En todo caso, carecía de caridad con respecto a Jeannette Machurat, tan pálida y desfalleciente que daba pena verla. Pero Zoé Voinard no estaba dispuesta a encajar la afrenta.

—¡No es concubina quien quiere! —lanzó bravamente.

Y añadió con toda amabilidad, vuelta hacia la otra querida de *Tistin Patapalo*:

—¿Verdad, Jeannette? ¡Esas estrechas hablan sin saber!

Pero Jeannette Machurat no tenía fuerza para responder. Su expresión implorante parecía querer decir: «No será usted capaz de hacerme eso, ¿verdad, Zoé? Quitarme al padre de mi hijo. Se lo suplico, Zoé, tenga piedad de mí». Todo el mundo estaba conmovido.

Y en aquel momento apareció *Tistin Patapalo*. Los grupos se abrían ante él con una solicitud de la cual hubiera debido desconfiar. Se encontró situado en medio del círculo de curiosos, donde se convirtió en el punto de mira de todos los espectadores, entre Jeannette y Zoé, la una ofreciendo el espectáculo de un lastimoso desamparo y la otra, de un imprudente aplomo, pues sentía a los hombres de su parte, que no le quitaban ojo. Claro que hacía todo lo posible para lograrlo, la muy zorra,

contoneando sus opulentos atractivos. Nadie en el campo de las mujeres se engañaba acerca de ello, por lo que sus simpatías se dirigían hacia Jeannette Machurat. Su actitud modesta, como de arrepentida, la presentaba como víctima de una soledad en la que se había consumido largo tiempo y que no había tenido el valor de soportar indefinidamente. Ello podía comprenderse y excusarse. Pero jamás había sido una ladrona de hombres. Había sabido mantenerse en un apartamento propicio para hacer tolerable a los ojos de las demás el vivir en una situación irregular, sin sacar de sus relaciones con *Tistin Patapalo* la impertinente arrogancia de que daba pruebas Zoé Voinard. Cuando uno se relaja en sus costumbres, conviene hacerlo con humildad y discreción, sin retar a la sociedad.

El silencio se había tornado pesado y punzante. Los clochemerlins se sentían un poco cohibidos por examinar como animales curiosos a tres seres que un azar aciago reunía, cuando tenían poderosas razones para no encontrarse juntos. Pero la curiosidad les vencía. Algo tenía que ocurrir, algo de vivo interés, tal vez dramático. La suerte de dos mujeres y de dos niños estaba en juego.

Ahora bien, el tiempo transcurría y no pasaba nada. Es conocida la proverbial cobardía de un hombre preso entre dos mujeres a las que simultáneamente ha prodigado caricias y promesas, mintiendo a ambas sin poner en claro su sinceridad, porque se enreda en las comparaciones, las preferencias del momento, encontrándolas sucesivamente muy agradables, descansando de una con la otra, y también porque ocurre que dos mujeres se completan admirablemente. Era el caso de *Tistin Patapalo*, quien, con tanto placer como agradecimiento, inspirándose en atractivos diferentes, aunque sabrosos por ambos lados, se refería a ellas en sus pensamientos como: «Esa buena de Jeannette» y «Esa buena de Zoé». Había creído salir de apuros con su despreocupación y poco a poco se fue acostumbrando a vivir en la bigamia, puesto que permaneciendo parado-soltero, posición inexpugnable, no peligraba ser castigado por las leyes. Incluso le parecía que era equitativo atenerse a aquel sistema imparcial, pues no podía sin injusticia optar por una u otra de aquellas damas, que por su culpa se encontraban en el mismo aprieto, expuestas a los mismos desprecios por parte de las personas honorables y a los mismos inconvenientes para el porvenir. Encontraba en aquel juicio de Salomón grandes ventajas —comodidad y variedad— al menos en lo que a él concernía. Situado ante la necesidad de explicarse públicamente, en plena calle mayor de Clochemerle, él, por lo general tan buen hablador, no sabía qué decir. Rascándose los cabellos bajo su sombrero, oponía a la circunstancia un mutismo completo.

Zoé Voinard fue quien tomó la iniciativa de pronunciar la primera palabra:

—¿Entonces, *Tistin*? —dijo con gallardía.

—¿Entonces, Zoé? —respondió él sin el menor ímpetu.

—¿*Tistin*? —dijo débilmente Jeannette.

—¿Jeannette? —respondió él sin calor.

Pero su mirada rehuía tanto a Zoé como a Jeannette, la primera plantada

atrevidamente en su desvergüenza, la segunda replegada en su desolación. Una cosa era camelar por separado a cada una de las dos amables mujeres y otra muy distinta enfrentarse con ambas, cuando pretendían tener derechos sobre él, con el vientre maduro (una de ellas por lo menos, cuya prueba adelantaba). En el ínterin, la situación se hacía inaguantable. Necesitaba un desenlace.

—¿Conque has encontrado a tu harén? —tronó la terrible Agathe Donjazu, cuya hombruna estatura dominaba el gentío—. ¿Eh, cerdito mío?

No se podía contestar a aquello. A no ser que, con un harén de sólo dos mujeres, uno no se puede considerar gran jeque. Sin embargo, era más prudente silenciarlo. De todos modos, el apostrofe sirvió para aliviar a los circunstantes.

—¡Es muy verdad que es un gran cerdo ese Tistin! ¡Mira que hacer eso en su mismo pueblo...!

—Pensar que lo llamábamos a nuestras casas, para toda clase de pequeños servicios.

—¡Y les ha hecho un crío a esas dos!

—Hubiera podido aguantarse de un lado.

—Tiene usted razón. Una, lo comprendería. Pero dos...

—En realidad, no ha sido sin el permiso de ellas, eso hay que reconocerlo.

—Las pobres mujeres solas se abandonan...

—Y ocurre tan de prisa...

—¡A quién se lo dice usted, señora! Tengo cinco niños pequeños. Y de no haber sido por una mala caída que me hizo perder uno, tendría seis.

—Por mucho que una desconfíe...

—Sí, ya puede una desconfiar...

—Es al hombre a quien toca poner cuidado.

—Sobre todo cuando no opera en su casa.

—Bueno, ¿te decides a consolar a tus mujeres? —proseguía Agathe Donjazu—. ¿Y a cuál de las dos escoges, niño bonito? Queremos enterarnos.

Aquel apremio resultaba lo más fastidioso que podía ocurrirle a *Tistin Patapalo*. A pesar de verse acosado por una mujer que no tenía pelos en la lengua, se tomó tiempo para reflexionar y encontró al fin una respuesta no demasiado necia:

—No discuto mis asuntos de familia en la calle —replicó con firmeza. Y con un guiño de payaso, demostró que, habiendo recobrado los ánimos, se encontraba de nuevo en condiciones de salir de apuros.

—¡Bien dicho, *Tistin*! —lanzó una voz fuerte, salida de la última fila de espectadores apiñados en los peldaños de la taberna.

Otros estímulos siguieron a éste:

—¡No te dejes avasallar, muchacho!

—Manda a paseo a esas farsantes.

—¡Que se pongan alambradas a la virtud!

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

—¡Ya se guardarán mucho de ello!

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

De golpe la solidaridad masculina actuaba de lleno, oponiendo un frente resuelto a la acción dispersa de las mujeres, menos dispuestas a agruparse. Y ya muchas de ellas, sensibles a la autoridad de las voces varoniles, se sentían íntimamente prontas a traicionar su campo por asegurarse el favor de los hombres, entre quienes, a fin de cuentas, buscaban sus victorias. Agathe Donjazu, que se colocaba, siempre en cabeza de las resistencias femeninas, advirtió el chaqueteo de sus tropas. No le dio tiempo a intervenir.

—¡Vente a echar un trago, *Tistin!* —le gritaban desde la taberna.

¡Naturalmente que sí, caramba! Así era como terminaba todo en Clochemerle. Algunas zancadas bastaron a *Tistin Patapalo* para agregarse al bloque de los hombres, y todos penetraron en la sala para pedir de beber, dejando afuera a las mujeres con su vocinglería, sus indignaciones y sus embarazos. Ya dentro, los hombres entonaron el canto bien conocido:

*A tu salud, Etienne,
A la tuya, compañero.*

Sin esas zorras de mujeres, todos seríamos
hermanos.

*A tu salud, Etienne,
A la tuya, compañero.*

Sin esas zorras de mujeres, todos seríamos
dichosos.

Fuera, Jeannette Machurat y Zoé Voinard seguían enfrentadas, sin desempatar, puesto que *Tistin Patapalo* había rehusado pronunciarse respecto a ellas. Con su impudicia habitual, señalando la deformación de Jeannette, Zoé preguntó:

—¿Hasta dónde ha llegado eso?

—Empiezo mi octavo mes —respondió Jeannette—. Le hago notar que me corresponde ser la primera, por fecha.

—¿Qué quiere usted decir? —replicó Zoé, con falsa sorpresa—. Usted y yo no tenemos nada en común, Jeannette.

—¡Oh, sí! *Tistin Patapalo* es el padre de mi hijo, que es el más adelantado de los dos.

—Es el padre del mío —protestó Zoé—, pero no del suyo. Me lo juró sobre el lecho, único sitio donde un hombre dice la verdad.

—Es imposible —dijo Jeannette.

—¿Acaso tiene usted pruebas? Ande, sáquelas.

—¡Sabe usted perfectamente lo que hay que hacer para tener un hijo!

—Puede hacerse con todo el mundo. Y usted no se ha privado de eso.

Con absoluta desvergüenza, Zoé Voinard cargaba a la cuenta de Jeannette lo que podía imputársele a ella, pues se la sabía poco esquivada. Varios clochemerlins hubieran podido atestiguarlo, de no haber sido el miedo de buscarse jaleos a domicilio.

—Miente usted, Zoé. Yo soy una mujer honrada.

—¡Encinta de no se sabe quién!

—Yo sí lo sé. No soy de esas que hacen de su cama un campo de feria... ¡Como usted, Zoé!

—¿Qué dice usted, Jeannette? ¡Retire eso en seguida!

—Podría incluso decir quiénes la han frecuentado. ¡Con detalles, Zoé!

Probablemente era verdad. Los hombres se contaban entre sí sus conquistas, sin ocultar nada de las reacciones que habían halagado su amor propio. Y a través de sus indiscreciones, algunas mujeres podían haberse enterado.

—¿Detalles?

—Parece ser que es usted famosa en el catre por la manera como retoza usted en sus brazos, Zoé.

Era halagador o insultante, según se quisiera interpretarlo. La competidora número dos comenzó a chillar, asegurando que se metían con su honor, ¡un honor que había pasado de mano en mano! Estaba claro que buscaba el incidente, cubriéndose de la responsabilidad de haber provocado las hostilidades.

Y aquí se inició la lucha, parecida a todas las batallas de mujeres que, no sabiendo luchar a puñetazos, pero perfectas conocedoras de los puntos vulnerables de su complejidad, recurren a las peores perfidias para lograr hacerse daño. Zoé Voinard se abalanzó sin previo aviso sobre Jeannette Machurat y, apuntando a lo que ésta tenía de más prominente, la alcanzó en lo más abultado del abdomen, antes de ensañarse sobre sus senos inflados y doloridos, con la esperanza demente de reventar las glándulas mamarias y agostar el manantial de lechosa ambrosía que había de nutrir al recién nacido. El gran peligro que estaba corriendo prestó una energía desesperada a Jeannette Machurat. Aunque con desventaja por su talla y entorpecida por su estado, arañó con las uñas las mejillas de Zoé, cavando surcos de los que empezó a manar sangre en abundancia. La vista de esta sangre que las salpicaba llevó al colmo su furor, pues ambas creyeron estarse desangrando y que su vida estaba amenazada. Zoé atacó ahora a codazos el pecho de Jeannette, chafando sus frágiles balones, afortunadamente compresibles, y Jeannette, por más que se encontrase sofocada por los golpes que lastimaban lo más dulce de su cuerpo fecundado, continuaba hurgando

en las heridas de la otra, con ímpetu de garra de pantera defendiendo a sus cachorros, rajándole el rostro en todos los sentidos, como un pedazo de filete de buey destinado a la cazuela. Llegando por fin al cuerpo a cuerpo, vientre con vientre y muslos con muslos, pegadas una a otra con toda la fuerza de su aborrecimiento, se agarraron de los pelos y cada una tiró de ellos furiosamente, conservando una mano libre para tratar de arrancar a su enemiga los ojos, una oreja o la nariz, a fin de dejarla incapaz para siempre de suscitar el deseo masculino. Porque ahí estribaba la apuesta de su horrible combate y lo que lo hacía despiadado: infligir a su rival una deformidad física que la convirtiese en criatura repelente y fundamentalmente inepta. Si pudiesen desgarrarse mutuamente el sexo hasta el ombligo, transformarlo en cicatriz repugnante, en caverna huera de órganos y de mucosas, esas furias lo harían salvajemente, por asegurarse la victoria sobre una desentrañada, blandiendo como una cabellera escalpelada la mata arrancada de un pubis execrable. Dos amantes batiéndose a muerte por un hombre, con el odio que trasciende de sexualidad rebullente, es uno de los más horribles espectáculos que pueden verse, el horrendo envés del amor en su espantosa bestialidad. Lucha de perras en celo, de hienas que se disputan una presa. Desgreñadas, jadeantes, sudorosas y de una fealdad abominable, combaten sin cuartel para lisiarse, diciéndose confusamente que el hombre, cuyo egoísmo no hace concesiones, permanecerá fiel a la menos estropeada. Lo sacrificarían todo a ese dios cruel, el macho, aceptando incluso su desdén, con tal de que la otra, convertida también en intocable, sea rechazada de su favor. Y tal vez Zoé Voinard, quien procuraba aprovecharse de su fuerza colocando un golpe mortífero, se mostraba menos perversa que Jeannette Machurat, que apretaba los dientes para resistir su atroz dolor a fin de ganar el tiempo necesario para desfigurar bien a su rival, para marcarle el rostro con el hierro candente de su odio y su venganza, en nombre del hijo que se agitaba en ella y le insuflaba su despiadado coraje.

La rabia de esas dos frenéticas contendientes fascinaba a las demás mujeres, acudidas de todas partes, las mantenía bajo el encanto de una gran alucinación colectiva, una fascinación fálica, como si el emblema erecto, cetro de la pujanza cuya ley ellas reconocían, forzase a reconocer su supremacía. Muchas se sentían en un estado próximo al orgasmo, puesto que el espectáculo de la brutalidad puede provocar un desencadenamiento sexual. Lo cual las convertía en incapaces para obrar, para intervenir, no pudiendo prestar atención sino a la conmoción profunda que las reblandecía, el placer del cual disfrutaban algunas raramente. Lanzando gritos agudos y espasmódicos, que formaban un rumor de gallinero enloquecido, de cloqueos de ponedora después del huevo, movían todas las ancas, como las gordas *Houdanes* mueven las alas, piando estúpidamente su necesidad de engendrar en la misma nariz del gallo que las persigue, antes de agacharse sumisas bajo el rutilante dominador, con la cresta mordisqueada, la mirada aturdida y el aspecto de estar preguntándose lo que les pasa, ¡esas gordas bribonas, que fabrican polluelos por docenas! Sí, todas estaban ansiosas, como poseídas por un súcubo maligno que les

cosquilleaba las fibras más íntimas. Jeannette Machurat y Zoé Voinard podían muy bien destrozarse ante sus ojos, que ellas se limitarían a gimotear, esperando que se calmase su exaltación sensorial.

Pero el guarda jurado Beausoleil cayó por allí y enjuició la situación de un vistazo.

—¡Mecachis en tal! —dijo—. ¡Otra vez es el chisme ese lo que las mueve, a esas hijas de Satanás!

Se abalanzó sobre las viudas y las agarró de los senos para separar sus cuerpos siameses, aceitosos de sudor y cuyas redondeces no ofrecían asidero. Se le escurrían como grandes serpientes suaves y blandas, pero calientes y pegadizas, y el tenerlas abrazadas, recibiendo los golpes que se equivocaban de destino, le hacía naufragar a su vez en un desatino, donde se confundían la defensa del orden y el placer de sobar a aquellas buenas mozas. Lástima que estuviesen encinta, aun cuando Zoé no lo aparentase y sólo tuviese gordo el trasero. Por fin, logró separarlas, arrancarlas una de otra, confiándolas a manos auxiliadoras.

Para calmar su enervamiento, Beausoleil distribuyó a diestro y siniestro vigorosas palmadas sobre la parte baja del espinazo de las rollizas que le rodeaban. Aquellas pesadas palmadas, que las hacían bambolearse, llegaban a punto para sacar a las damas de su extravío o para desenlazarlo. Entonces, sollozantes, con el cuerpo roto por el paroxismo histérico del que habían sufrido el asedio, las mujeres se echaron unas en brazos de otras, murmurando los ronroneos posteriores al amor.

Para la pobre Jeannette Machurat, cubierta de morados y de equimosis, la conmoción había resultado demasiado fuerte. Apenas llegada a su casa, se sintió presa de dolores. Avisaron a Mouraille de que parecía a punto de iniciar un parto prematuro.

En cuanto a Zoé Voinard, que profería gritos desgarradores y que fingía el papel de víctima, fue llevada a la taberna, donde los hombres la acogieron con tierna solicitud. Adèle Torbayon le curó el ensangrentado rostro. Cuando lo tuvo cubierto de esparadrapo, simuló ser víctima de un mareo, a fin de hacerse la interesante y ganarse simpatías que más bien atraían sus formas que su carácter. Lanzando suspiros que partían el alma, se tumbó sobre varias sillas enfiladas, cuidando de poner bien en evidencia sus opulencias.

Y fue precisamente contra aquellas opulencias contra las que tropezó el cura Patard, que llegaba para echar su partida.

—¡Por los cuernos de Belcebú! —exclamó—. ¿Qué es esta astucia del diablo? La religión me prohíbe tocar eso, guapa mía. No tengo que ocuparme sino de las almas, dejando a un lado su envoltura carnal. Pero, dígame, ¿no traerá consigo materia para algunas buenas confesiones? Venga, pues, a hablarme un poco de sus pecados, de los cuales quedará purificada antes de que sus morados tengan tiempo de ponersele

verdes.

Siempre tenía a punto la frase oportuna para hacer reír el cura Patard, y por esto se le encontraba simpático. Él se hizo servir de beber, demandando al vino la suma de ilusiones que es indispensable al hombre para vivir.

Hablemos de Claudine Soupiat, incapaz de quedarse quieta, tanto la atormentaba su cuerpo. Amiga de Lulu Bourriquet, había sido una de las tres madres solteras cuya aventura por así decirlo colectiva (se habían confiado a la misma pandilla de mequetrefes llegados de fuera) había causado tanto escándalo. Se esperaba que aquella dura prueba la habría calmado. Pero, no... ¡Precisamente ocurrió todo lo contrario! La maternidad, al concederle una soberbia florescencia, desató la zarabanda de sus cálidas fibras. Eso no obstaba, claro está, para que fuese la mejor chica del mundo, sinceramente pródiga de sí misma —¡demasiado, ay!—, que no sabía ni precaverse ni guardarse, constantemente ocupada como una provincia invadida y sometida a la ley del vencedor. Bella provinciana de un rubio dorado, pareja a los trigales de una Beauce o de una Ucrania cuando, en los floridos prados de Fond-Moussu, capitulaba a la primera intimación. De carne llena de luz y mantecosa —leche, miel y ciruelas—, con ancha sonrisa glotona que descubría sus blancos dientes, sana como un producto de la campiña, era una enamorada perpetua. De humor igual y sosegado, portando en sí el mecanismo sencillo de su apaciguamiento, no deseaba causar pena a nadie y siempre prometía a sus padres que su conducta sería irreprochable. Pero si una mano se posaba sobre ella, si una mirada insistía un poco, se le subía un arrebol a las sienes, la recorría una tal electricidad, reblandeciéndola, que hete aquí que nuestra «falda-al-aire» perdía todo control, olvidaba sus resoluciones, y ¡haced de mí lo que queráis! No se podía nada en contra. Era hereditario. Su madre, Annette Soupiat, un remanso de mujer, abnegada, incapaz de contrariar, había sido igual, y en cuanto un hombre se le acercaba, ¡paf!, un corto circuito de la medula abrasaba por entero su cuerpo. Eso no le impidió, sin embargo, llevar una vida honesta y ser una excelente madre de familia. Soupiat no había tenido con ella más que satisfacciones, aparte algunos deslices, que él podía suponerle, pero que nunca había tratado de saber. Y es que Soupiat tenía la manga ancha y un concepto filosófico del honor. «Vale más —decía— resignarse a ser un poco cornudo por una mujer buena, que os cuida y os trata siempre con buenos modos, que no serlo por una que se retiene y os lo hace aguantar. Y en cuanto a esas que siempre están de morros y que tienen la virtud tan inexpugnable como la cartera de un notario, es mejor vivir encerrado con un carcelero. ¡Fijaos, si no, en el pobre Donjazu!».

En efecto, era bien conocido que Donjazu no podía obtener nada de su mujer (lo cual le había conducido a casa de Félicité Traviolet) y que se veía obligado a aguantar sus desprecios, sus broncas y sus ruindades (inspiradas por la insatisfacción de la dama, que tampoco salía ganando con ello). Y como se trataba de una gran individua

peluda, de esqueleto duro y poca encarnadura, él temía sobremanera sus golpes. La sabía pronta y capaz de tirarle a la cabeza una botella, la sopera, un taburete... Un día, esquivó por los pelos que le rompiese la crisma un proyectil que surcaba el aire. Podríamos preguntarnos por qué Donjazu se enganchó con la menos matrimoniabile de las mujeres, que podía ser descubierta como tal a primera vista. Fue a consecuencia de un error de juventud, (Notemos de paso que muchos matrimonios parten de ahí). Vamos a relatar la cosa. Sucedió en un domingo. Donjazu tenía veinte años y, aquel día, se encontraba un poco borracho. Viendo pasar por la calle a Agathe Pignate, gran rodrigón de un metro ochenta, por bravata, por tirarse un farol ante los compañeros, se le ocurrió apostar a que era capaz de abordarla y pedirle públicamente la mano, sólo por ver qué cara pondría. La escena transcurrió en presencia de los otros mozos, todos bastante achispados. Parecía una broma pesada. Pero Agathe Pignate no se lo tomó así, ni mucho menos. A partir de entonces, empezó a perseguir a Donjazu, a buscarle por todas partes, con un descaro formidable, impelida por la intuición de que debía agarrar su oportunidad a toda costa si no quería quedarse soltera para siempre jamás. Por esta gran insistencia, que no retrocede ante nada, es por la que muchas mujeres llegan a casarse. El método dio buen resultado una vez más. Tímido, canijo y poco seductor, Donjazu no estaba acostumbrado a verse asaltado por señoritas. Pese a todo, le halagó verse objeto del ensañamiento de aquel espantapájaros y se creyó amado de veras. Agathe Pignate se convirtió en Agathe Donjazu. Saliendo de la iglesia con su rodrigón del brazo, que le llevaba la cabeza, Donjazu todavía se acunaba de ilusiones. No llegaron lejos. Las tribulaciones de su noche de bodas le comunicaron la seguridad de que acababa de cometer la plancha monumental de su vida. Era demasiado tarde. Un largo suplicio iba a comenzar.

No hay punto de comparación entre Agathe Donjazu y mujeres como Annette y Claudine Soupiat, ambas de la misma especie a pesar de la diferencia de edades. Estaban en los antípodas de las características femeninas, admitiendo que se pudiese conceder la menor femineidad a la primera, aparte algunos detalles de una conformación groseramente labrada. No tenía de su sexo más que los defectos, sin añadirles los dulces comportamientos que tornaban tan amables a Annette y a Claudine, cuyas inclinaciones satisfechas garantizaban su buen equilibrio nervioso y su perfecta salud física.

Desgraciadamente, las facilidades que concedía, o más bien, que no sabía negar, acababan de gastarle una nueva jugarreta a Claudine Soupiat. Estaba encinta de nuevo, y se sintió desolada:

—Me vas a abarrotar la casa de hijos al paso que vas. ¡No eres nada lista, pobre hija mía!

Seguía mostrándose, pese a todo, indulgente. También ella había tomado una salida precipitada a los diecinueve años, y si Soupiat no hubiese sido honrado... Con temperamentos semejantes, ¿a quién podían encomendarse? ¿A Dios, al diablo o al

ángel de la guarda? Sin embargo, trataba de sacudir a su hija:

—A ver si te espabilas. ¡Con el cariz que esto va tomando no va a quedarte mucho tiempo para hacerte la delicada sobre divanes!

No obstante, las cosas estaban en vías de arreglo. El padre del segundo hijo se había convencido, tras repetidos ensayos, de que jamás encontraría una chica mejor que Claudine, con una piel tan delicada, una tez tan esplendorosa, tan buenas disposiciones naturales, y ese aire de buena gana, siempre... Puesto que hay que casarse tarde o temprano y que uno se casa para pasar en casa una gran parte de su vida de la manera más agradable posible, es prudente escoger, para tenerlos siempre delante, un hermoso cuerpo y una sonrisa simpática, que generalmente van unidos a un buen carácter. Los hay que empeñan su pundonor en casarse con una doncella totalmente intacta. Esa pretensión vanidosa arrastra consigo ciertos riesgos. No se sabe nunca lo que una verdadera prometida dará de sí. La felicidad no se halla forzosamente en un jarro lacrado, cuyo contenido se ignora. Muchos hombres, incluso en Clochemerle, se habían pillado anteriormente los dedos. Y, por lo demás, si se reflexiona bien, una Dulcinea demasiado gazmoña tiene a menudo motivos poco confesables para ocultar su juego. Aseguraos, pues, de que los pudores de la doncella no le sirvan para disimular una imperfección y, luego, llevaos la prometida para instalarla rápidamente en casa y tenerla toda para vosotros, pues, otro, viéndola tan apetitosa y acongojada, no tardaría en quererla consolar. Éste podría ser el caso de esa encantadora Claudine, una de las chicas más bonitas del país, que respiraba el placer de vivir y en quien todo anunciaba que estaba presta a compartir ese placer que ella experimentaba tan profundamente.

Después de todo, el primer amante de Claudine había desaparecido y ya no volvería a vérselo por la comarca. No existía peligro alguno de que se produjese lo que pasó antaño con Tripotier y Malatoisse, a propósito de Claudia Tripotier, que en sus tiempos había sido una belleza. Claudia se hallaba comprometida con Malatoisse, a quien había dado pruebas de apego que valían más que cien promesas. Se consideraba ya su matrimonio como seguro. Hasta que llegó del cuartel Sabas Tripotier, el cual era, sin ningún género de dudas, mucho mejor mozo que Malatoisse. A la primera ojeada, Claudia se enamoró perdidamente de él y pronto le prodigó los mismos impulsos de sinceridad que no había regateado a Malatoisse. Pero la pena de haberse equivocado antes multiplicaba holgadamente el calor de los sentimientos que testimoniaba a Tripotier, al que obligó a casarse con ella por las buenas, lo que humilló y hasta lastimó a Malatoisse. Su única venganza consistía en sonreír, cada vez que se cruzaba con Tripotier, con un aire irónico que quería significar: «¡Por mucho que presumas, yo me he t... a tu mujer!». Y como Tripotier no había tardado en enterarse del pasado de Claudia, comprendía a la perfección el significado de aquella sonrisa, que le producía unas ganas tremendas de partirle la boca a Malatoisse. Necesitó cinco años para restablecer la situación. Al cabo de este lapso, logró acostarse a su vez con Lude Malatoisse, no porque le apeteciera demasiado,

pues ella no podía compararse con Claudia, sino por cuestión de principios. Y Lucie Malatoisse, por su parte, se le entregó sobre todo para vengarse de Claudia, reputada como mujer más guapa que ella y con cuyos desechos se había casado (también ella conocía la historia). Ahora, Tripotier pudo ostentar una sonrisa irónica que quería decir: «¡También yo me he t... a la tuya!». Y como gentes bien intencionadas no habían dejado de revelar su infortunio a Malatoisse, éste sentía a la sazón muchas ganas de partirle la cara a Tripotier. Estas cosas siempre crean un malestar entre personas llamadas a encontrarse con cierta frecuencia. Tripotier y Malatoisse, aunque estuviesen empatados, siguieron siendo siempre enemigos. Y Claudia Tripotier y Lucie Malatoisse, aunque igualmente empatadas, jamás habían podido ni verse.

—¿Así que ha sido acostándote como has terminado por encontrar un marido? — dijo Annette Soupiat a su hija—. ¡Menuda suerte tienes!

La suerte no otorga jamás nada que no se haya merecido de un modo u otro. Siguiendo sin cálculo la pendiente del instinto, confiándose sin reserva a quien le ha dicho que la quiere, es como Claudine acabó por triunfar allí donde había fracasado la primera vez. Ciertamente, el método no carecía de riesgos y no sería aconsejable a todo el mundo. Requiere ciertos dones naturales y encontrar al muchacho en condiciones de apreciarlos. Pero existen, a Dios gracias, hombres que, rehusando comprar gato por liebre, saben por el contrario descubrir lo bueno de una mujer y tenérselo en cuenta. Los padres de Claudine Soupiat tenían verdaderos motivos para alegrarse, porque su hija se había colocado gracias a los francos abandonos que había suministrado a su amante la prueba de su gentileza y de sus íntimas cualidades femeninas. Su sinceridad había vencido a los prejuicios.

En cuanto a los padres de Lulu Bourriquet estaban sumidos en la inquietud y en la desolación. Su hija les había abandonado bruscamente, sin que nada hubiese permitido presentir su decisión. Tan sólo habían recibido de ella, fechada en París, una carta fría en la que, sin ocultar su desprecio con respecto a Clochemerle y la apagada vida reservada a sus habitantes, les anunciaba su intención de «vivir su vida». Una fórmula muy en boga hace algunos años, así como aquella de «mi cuerpo me pertenece», lo cual no ofrece duda alguna, aunque se deba considerar que un cuerpo no puede bastarse a sí mismo, especialmente un cuerpo de mujer, cuyas servidumbres le restringen la independencia. Por esta razón, *garçonnes* de falda corta y cogote rapado, fáciles amantes de los *danseurs mondains*, han interrumpido pronto su periplo fantástico para fijarse en algún tálamo serio, que les garantiza un techo y un desembolso regular. Pero esto, ¿qué importa? Novelas y periódicos siguen hablando de evasión, de cumplir con el destino, de expansionar la personalidad, sin otra consideración que un éxito estrictamente individual, que justifica el mostrarse despiadado. Se admira a los fuertes, a los aventureros, a los advenedizos feroces, a las bellas piratas de los *palaces*. Prensa y radio tienen el poder de promover a primera

fila de la actualidad a la *vedette* y el *best seller*, de concentrar sobre ellos las cámaras y las mil trompetas del renombre brutal. Esto hace soñar a muchas cabezas, que quieren jugarse su oportunidad de gloria y de fortuna en esa zambra de celebridades.

Lulu Bourriquet pertenecía a esta clase. Y se lanzó hacia la vorágine de la capital, que los jóvenes conquistadores abordan por la periferia de los barrios buenos, donde evolucionan las gentes conocidas. Estaba a punto para comenzar las gestiones, los trabajos preparatorios, los días sin dinero, a veces sin pan, todo lo que constituye la larga espera de quienes luchan para salir de su oscuridad por el talento o por la belleza, en un mercado donde estos dos valores son ofrecidos con profusión. Algunos flotan, logran subir. Otros, los más numerosos, se ven hundidos de nuevo en la muchedumbre anónima que se cierra sobre ellos.

¿Qué podía hacer allí una Lulu Bourriquet, que creía, ¡pobrecilla!, que el cine la esperaba, como si miles de chicas tan bonitas como ella no se acercasen atraídas, como mariposas nocturnas, por la cegadora luz de los *sunlights*? No podían en su mayoría sino quemarse las alas esas bellas noctivagas que se ven en los bares, con el cigarrillo en los labios, el pelo alborotado, los senos libres bajo su jersey a fin de inflar bravamente su personaje, de manifestar su belleza ante los magos que otorgan la prueba cinematográfica o el pequeño papel de figurante, cien veces prometidos, pero jamás alcanzados. No basta, hija mía, un buen palmito y un cuerpo gentil para que la gloria os abra los brazos. Esta dura madrastra exige mucho de los seres de quienes pretende hacer sus favoritos... En fin, una cuestión se planteaba en Clochemerle: ¿En compañía de quién se había largado Lulu Bourriquet? Pues de seguro no se había marchado sola. Necesitaba un protector y es sabido a qué precio se paga toda protección masculina. Se hablaba de ello en el pueblo. Y se afrentaba a los Bourriquet, como tiempo atrás se había hecho con los Frigoul, antes de que el triunfo de Anaïs fuese conocido.

Pitonisa pesimista, la señora Fouache triunfaba. Mientras se atiborraba la nariz con tabaco para despejar su cerebro de los humores y mantener la mente clara, escanciaba la buena palabra a una pequeña sociedad escogida.

—¿Qué les había anunciado, señoras? Esta vez nos hallamos en pleno *babilonismo*.

Quería decir que, no habiendo cesado de relajarse las costumbres, las gentes habían comenzado a vivir en la codicia y en el lujo, y que Clochemerle caía en lo más bajo de la depravación. Esto presagiaba las grandes desgracias que preparan los fines de los imperios y el desastre de las civilizaciones, que caerían sobre los hombres como castigos.

La señora Fouache permanecía siempre al acecho de los siniestros y los cataclismos. Clavada en el taburete de su tenducho, buscaba cada día en los periódicos un buen surtido de los sucesos más horribles, más sangrientos, sobre los

cuales pudiera epilogar, como persona que había conocido tiempos más dignos. Unos tiempos en que cada uno, cubriéndose el cuerpo con gran decencia, chistera y levita para los hombres, velillo y falda larga para las mujeres, se mantenía en su rango y se consagraba sin recriminaciones a la tarea que le estaba asignada. Habiendo ocupado antaño la conserjería de una gran prefectura, conocía el fasto de las mundanidades protocolarias, besamanos, reverencias y genuflexiones, ante las filas impasibles de cocheros y guardias republicanos. Guardaba de ello el respeto a las jerarquías civiles y militares y hasta religiosas. Amaba la pompa y a los poderosos y se autorizaba esplendores caducos para despreciar a una sociedad decadente, que carecía de compostura y de mundología.

Es preciso decir que la señora Fouache se veía apoyada por una cierta marcha atrás de la opinión. Por haber avanzado demasiado por los caminos del progreso, del que tanto habían esperado, los clochemerlins se sentían fuertemente decepcionados. ¿Qué les había aportado el progreso? Ingenios más o menos perfeccionados, pero cuyo uso a menudo resultaba ruinoso, cuando su elevado precio no los ponía fuera de su alcance. Eran muy hermosos los autos, las bañeras, las neveras, las cocinas eléctricas, los aparatos de radio; pero ¿quién podía permitirse el adquirir todo aquello? Se les creaba necesidades nuevas a las gentes sin procurarles al tiempo los medios de satisfacerlas. Faltaba una ciencia nueva, capaz de someter las máquinas al hombre, ahora que se chapoteaba en el anacronismo de un sistema que hacía del hombre el esclavo de las máquinas. Era de una estupidez profunda. Saltaba a la vista que había un profundo desacuerdo entre los medios de producción y el número de consumidores, pequeña parte de las masas, cuyo aumento sería lo único que podría procurar las salidas imprescindibles.

—De todas maneras —observaba Mouraille—, se llegará un día a la saturación mundial.

—Así lo espero —replicaba Samothrace—. Ese día iniciaremos, por fin, la era del maquinismo provechoso.

—¡Explíquese, poeta!

—Cuando el mundo esté saturado de aparatos de toda clase, bastará reducir la producción a una simple cadencia de mantenimiento y de sustitución.

—¿Y entonces?

—Entonces, se podrá liberar a la Humanidad del peso de tantas horas de trabajo que la embrutecen desde hace milenios. Ganarse el pan con el sudor de la frente, es una moral de la que los negreros han abusado ampliamente, y que además ha dado lugar a que se atrofiase la facultad pensante del hombre.

—¿Y cree usted que los hombres sabrán sacar un buen partido de los ocios que les vais a proporcionar?

—No se conseguirá en un día. Toda evolución es lenta. Pensad en la Edad del Fuego, en la Edad de Piedra, en la Edad del Bronce. Estamos en la Edad de las Máquinas. Forzosamente le seguirá la Edad de la Inteligencia.

—Pero ¿cómo concibe usted las aplicaciones de esa inteligencia?

—La inteligencia a la cual me refiero se llamará primero altruismo. No habrá más remedio que conseguir que el individuo llegue a comprender que su interés no está en sí mismo, sino en el mejoramiento de sus relaciones con sus semejantes. ¿A qué puede conducir que el hombre siga siendo un lobo para con el hombre, dados los utensilios incomparables de que dispondrá el mundo? ¿Quiere usted saber mi opinión? Estimo que la Humanidad, en el plano moral y espiritual, no ha salido aún de su prehistoria (aparte individualidades excepcionales, que no tienen voto en el capítulo). Si no se busca la salvación en la vía que indico, puede considerarse que la aventura humana se acerca a su fin. ¿No suscribe usted mi programa, doctor?

—Claro que sí, querido Samothrace, lo suscribo de corazón. Y si sólo dependiese de mí... Desgraciadamente, su programa tiene a alguien en contra.

—¿A quién?

—¡Al Hombre, a ese imbécil!

Ha llegado el momento de revelarlo: Coiffenave se dedicaba efectivamente a pellizcar nalgas en la iglesia. Se lo confesó a *Tistin Patapalo*, un día en que habían bebido mucho juntos. Pero el sacristán precisó que escogía sus víctimas, atacando con preferencia a Pauline Coton, Aglaé Pacôme y algunas más. Cabe creer que el ultraje no les sabía tan desagradable a aquellas personas, a menos que se ofreciesen por piedad a aquel género de persecución, pues entraban en la iglesia con preferencia a la hora más favorable, a la caída de la noche. Se arrodillaban en el rincón oscuro de una nave lateral, cerca de un pilar o del confesonario, hasta que surgía Coiffenave, con sus zapatillas de fieltro y la diestra pronta como una pinza de cangrejo, y ¡zas!, les clavaba un pellizco retorcido en lo más pingüe de sus carnes. Parece ser que las reacciones de aquellas extrañas penitentes eran verdaderamente curiosas. Una cosa en todo caso era digna de ser notada: jamás se volvían, como para dar a entender que atribuían aquellas zorrerías a una potencia infernal especialmente encargada de atormentarlas en su carne y que ellas soportaban con devoción aquel tormento en expiación de sus pecados.

—¡Diablo, bribonzuelo, déjame! —se remilgaba Aglaé Pacôme, barriendo con su mano enmitonada la parte posterior de su persona, como un cuadrúpedo que se sacude los tábanos del costado.

En cuanto a Pauline Coton, emitía con voz temblorosa sonidos inarticulados, contoneándose mucho, antes de repetir:

—¡Satán, feo cochino!

Luego, una y otra se abismaban en un éxtasis sumiso, con un escalofrío en la espalda, como esperando una reincidencia que les ganaría nuevas indulgencias. Pero Coiffenave-Lucifer no solía repetirse. De un par de saltos silenciosos, tomaba distancia para emboscarse a varios metros y coronar su hazaña con un gruñido

gutural, que tenía algo de diabólico. Entonces las ajadas doncellas terminaban a toda prisa sus rezos y ganaban la salida, manteniendo púdicamente la mirada baja, por temor sin duda a percibir un monstruo obscuro y faldero.

—¡Es todo lo que tienen las pobres en la vida! —concluyó Coiffenave—. Y a mí me sirve de distracción.

Añadió que conocía un secreto: Pauline Coton estaba enamorada del cura. Observándolo todo sin ser visto, la había sorprendido besando fogosamente los ornamentos sacerdotales que revestía el cura Patard para oficiar. Y encontró florecillas en el confesonario.

—No me extrañaría que le escribiese cartitas. ¡Esas solteronas están todas majaretas!

Todas, forzosamente, no. No es incompatible ser solterona y una encantadora persona al mismo tiempo. Tenemos la prueba en la señorita Muguette, querida por todos. Era una señorita sin edad, de salud débil, que comía como un pájaro y vivía de nada. Y, no obstante, era la más alegre, la más servicial de las criaturas, dispuesta a hacer favores en toda circunstancia y a todas horas. Si había un enfermo en alguna parte, allí acudía; si niños que guardar, aparecía al momento; si un muerto que velar, se la veía comparecer, frágil, manteniéndose en pie con dificultad y, sin embargo, resistente a fuerza de buena voluntad. Su cuerpo jamás se había desarrollado por entero. Lo cual hacía que fuese vergonzoso quejarse delante de aquel ser menudo, que no tenía más que indulgencia y ternura para con sus semejantes. Su pequeño rostro, sin terminar de modelar, resplandecía de atención y de gentileza.

Frágil hasta la enfermedad, sin familia, no teniendo nada que esperar, hallaba, sin embargo, la manera de ser feliz.

¡Qué extraña cosa es la felicidad! La señora Pimpalet, la mujer del notario, una burguesa desdeñosa, rica, cuidada y servida, siempre tenía el aspecto de haber tomado matarratas para desayunar. Y, en cambio, esa Muguette tan menesterosa, que casi vivía de la caridad pública, irradiaba despreocupación y contento. Daban ganas de besarla por su gran valentía.

Entonces, ¿en qué estribaba el secreto? Las gentes se lo preguntaban a sí mismas con extrañeza cuando veían trotar como un ratón diligente a la señorita Muguette, en búsqueda de una buena acción, tan ajena a la intrigas y envidias del burgo como pudiera estarlo Rose Bivaque haciendo brincar al pequeño Dios sobre sus rodillas.

—¿Cómo se las arregla usted, señorita Muguette, para estar siempre contenta?

Y se abstenían de añadir lo que pensaban: «Usted, que tantos motivos tendría para quejarse». Ella respondía:

—Pues no hago nada extraordinario. No pienso en mí, eso es todo. Pruébenlo. Verán qué sencillo es.

¡Qué sencillo es...!

—¿Y en el porvenir, piensa usted alguna vez?

—¡Ni mucho menos! Dada mi conformación, debería haber muerto hace mucho tiempo. Y, no obstante, sigo con vida. ¿No es maravilloso?

—¿No se cambiaría usted por nadie?

—¿Para qué? Las gentes que tienen ganas de cambiar de suerte deben ser muy desgraciadas. De niña, era incapaz del menor esfuerzo, del menor trabajo, porque fui muy retrasada en mi crecimiento. Y si ahora logro ser útil a mis semejantes, ¿no es admirable?

—Y el contento ¿le viene así, tan sencillamente, por la mañana temprano?

—Sí —decía la señorita Muguette—. Al abrir los ojos, veo la luz, el sol. Estoy contenta. Oigo el canto de un gorrión, contemplo mis flores. Estoy contenta. Me preparo el café, hago la limpieza, digo buenos días a uno y a otro desde mi ventana. Estoy contenta. Hay momentos en que me siento un rato y me digo: «¡Qué agradable es vivir!». ¿Acaso no se lo dicen ustedes nunca?

—No pensamos en ello...

—Pues hay que pensarlo. Es una costumbre que debe tomarse. Veréis cómo os sentará bien. La vida está llena de pequeños goces. Con esos pequeños goces, se hace la felicidad. No hay nada más divertido.

¡Esa Muguette, que no abultaba más que una mariquita! Pero ¿cómo se las arreglaba?

—Me parece que no se la ve muy a menudo por la iglesia —le amonestaba, falsamente severo, el cura Patard.

Ella le contestaba alegremente:

—El Buen Dios no tiene necesidad de una pulga como yo. Y yo tengo que ocuparme de muchas personas. ¿Cree usted que Él me guarda rencor?

—No, no lo creo —respondía el cura Patard.

—Yo tampoco —aseguraba la señorita Muguette—. Pero ¿sabe usted?, yo le doy gracias al Buen Dios.

—¿Y por qué le da las gracias?

—¡Por todo! —respondía la señorita Muguette con una sonrisa que descubría sus dientecillos de roedor, que vive de cuscurrear.

¡Sí, es muy extraña la felicidad!

Por desgracia, pocas gentes saben poner en práctica la regla de oro de la señorita Muguette: no pensar en sí mismo. Demasiado exclusivamente ocupadas de sí mismas, no teniendo en cuenta más que los motivos de descontento en lugar de las razones que deberían hacerles sentirse felices, hacen de su vida una planta cuya raíz parece ser regada con ácido. Luego se extrañan de que la planta no florezca, no fructifique. Tal era lo que ocurría en Clochemerle en aquellos momentos, a causa del desorden que reinaba por doquier en el mundo. Pero ¿a santo de qué afligirse de ello?

Beausoleil, siempre de ronda y que saludaba a la gente de puerta en puerta, trataba de inculcar la sensatez en la cabeza de los clochemerlinos:

—Durante la Gran Guerra —decía— fue necesario confiar el viñedo y el envasado del vino a las mujeres. ¡Aquello sí que era miseria! Pero la guerra ha terminado, habéis regresado a casa, la viña ha producido en cantidad, el vino se ha vendido bien, se ha electrificado el municipio, habéis comprado autos y radios. ¿De qué podéis quejaros?

—Hemos adquirido hábitos... —respondían.

—Yo que vosotros —recomendaba Beausoleil— procuraría no meterme en política. El Gobierno, cuando se le deja tranquilo, no se entera siquiera de lo que se hace. Si os dedicáis a empujarle, armará el barullo padre en vuestros asuntos. Y ya sabéis lo que diréis entonces: «¡Antes esto andaba mejor!».

¡Pero vaya usted a hacer reflexiones a excitados! Ni la señorita Muguette, ni Beausoleil, ni Samothrace, ni el doctor Mouraille pudieron calmar los ánimos. Jules Laroudelle, por su parte, hacía todo lo posible para soliviantarlos. Aguardaba su hora para intervenir. Y esa hora la creyó llegada tras la batalla de las viudas. ¡A por Piéchut!

El ataque fue iniciado con brusquedad en el Consejo municipal, en cuanto se abrió la sesión.

—Pido la palabra —dijo Laroudelle, que tenía prisa por poner a Piéchut en un aprieto—. ¿Acaso es para dejar encinta a las mujeres del pueblo para lo que la municipalidad mantiene a un parado? Exijo una respuesta sin rodeos del señor alcalde.

Y vuelto hacia los concejales, que parecían impresionados por sus palabras, añadió:

—Son responsabilidades morales las que están en juego. Creo, señores, que lo comprenderán ustedes así.

—¡Un momento! —intervino Piéchut, quien, con su olfato de perro viejo, se había puesto en seguida en guardia—. Nosotros no hemos asignado al parado ningún programa, como tampoco hemos fijado límites a sus actividades privadas. Es un control que se sale de nuestras atribuciones, mi querido Laroudelle.

—Plantearé entonces la cuestión desde otro ángulo. ¿Entregamos el dinero de los contribuyentes...?

—¡Siete francos con cincuenta al día!

—¡Todavía es demasiado! ¿Entregamos el dinero de los contribuyentes a un holgazán para que consagre su tiempo al consuelo de las viudas?

—¡Si de verdad las consuela por siete francos con cincuenta al día, podemos confesar que no es caro! Y también que el municipio podría emplear peor el dinero. El caso de las viudas es digno de consideración. Intente, Laroudelle, ponerse un poco

en el lugar de ellas.

Todo el Consejo comprendió entonces que Piéchut estaba en su mejor forma y que iban a divertirse. Laroudelle tuvo conciencia del peligro. Replicó secamente:

—Hablo en serio, señor alcalde.

—Yo también, querido amigo. Quisiera hacerle comprender que no tenemos nada que reprocharle a *Tistin Patapalo* en el plano del paro forzoso. Aceptando nuestro subsidio, ha tomado tácitamente el compromiso de no trabajar, pero no el de no hacer el amor. Por nuestra parte, no podemos pretender hacer de él un eunuco. La modicidad de lo que le pagamos no correspondería al valor de los objetos suprimidos.

Se oyeron risas. Sintién dose con el viento en popa, Piéchut acentuó su efecto:

—Creo que nadie entre nosotros aceptaría tamaña transacción: *sacrificarlos* por siete francos con cincuenta al día. Valoramos a precio más elevado esos preciosos utensilios. Y usted mismo, querido amigo, si me permite que hable de los suyos, sin invadir los privilegios de la señora Laroudelle...

El resto se perdió en un trueno de risotadas, que tardó en calmarse. Cuando por fin se hubo restablecido el silencio, Laroudelle exclamó con rabia:

—¡Basta de bromas! No estoy aquí para hablar de las partes naturales de *Tistin Patapalo*.

—¡Sin embargo, ellas dominan este debate!

—Entonces, le pregunto: ¿es conveniente pasarles una renta?

—Es al hombre a quien pasamos la renta, y le repito que no podríamos sin crueldad privarle de sus atributos. *Tistin Patapalo* es un parado leal. A no ser que usted pueda proporcionarnos la prueba de que las viudas remuneran sus servicios. Y, aun en tal caso, es dudoso que podamos intervenir, por no poder considerarse el dinero así ganado como un salario normal.

—Repito que las viudas están encinta. En lo que respecta a una de ellas, al menos, está por completo demostrado, puesto que acaba de dar a luz.

—De donde podemos concluir que hubiese sido lástima dejar sin empleo a esas dos personas, puesto que dan pruebas de capacidades que no vacilo en calificar de patrióticas. Supongo que habrá usted oído decir, Laroudelle, que Francia tiende a despoblarse...

—No creo que sea deseable repoblarla de bastardos.

—No tema, ese término no figura en las estadísticas, Y por lo que se refiere al parado, del cual no esperábamos en verdad nada bueno, no se puede por menos de felicitarle por haber dado a su patria dos futuros ciudadanos.

—Y yo exijo que *Tistin Patapalo* se case con una de sus víctimas.

—Pero, vamos a ver, ¿ellas estaban contentas, sí o no?

—No quiero saberlo.

—¡Es muy importante, sin embargo!

—Señores, suele hablarse de «muchachas seducidas». Lo cual demuestra perfectamente que la buena fe de estas desdichadas...

—¡Perdón! —intervino Piéchut—. La expresión «muchacha seducida» concierne a principiantes, a las que pueden encontrarse efectivamente excusas. Pero defiende usted la causa de viudas de treinta y cinco y cuarenta años, que no acaban, como suele decirse, «de caer de las nubes». Esas damas sabían muy bien lo que eso da de sí.

—¿Es que les niega usted reparación? Haga el favor de decirlo públicamente, que tomaré acta ante testigos.

—No tengo nada que rehusar o conceder, no teniendo nada que ver personalmente en lo que les ocurre. Pero, de todos modos, *Tistin Patapalo* no puede casarse con las dos mujeres.

—Puede casarse con una. Y estimo que debe hacerlo.

—¿Ha expresado él ese deseo?

—Puede obligársele.

—Eso no es legal.

—Se le puede obligar sin faltar a la legalidad. Sencillamente retirándole su título y su indemnización de parado.

—¡Ah!, reflexionemos bien —dijo Piéchut—. Retirarle la indemnización a *Tistin* para ponerle en la obligación de casarse con una de las viudas equivale a imponerle el matrimonio como un trabajo obligatorio. Sería rebajar el matrimonio a un nivel... Su proposición es inmoral, Laroudelle.

—Lo inmoral es dejar unos hijos sin padre. Hijos concebidos en la holgazanería y el libertinaje, a costa del municipio. Cuando sabemos perfectamente...

—¿Qué sabe usted perfectamente? La paternidad está sujeta a sospecha.

—Las dos viudas lo afirman.

—¡Oh! —adujo Piéchut—, las mujeres siempre afirman en el sentido que les conviene. Entre nosotros, ¿acaso pondría usted la mano en el fuego por la fidelidad de las viudas?

—No se trata de...

—Dese cuenta que no incrimino a estas dos honorables damas encinta. No teniendo ya titular vinculado a sus personas, pueden permitirse muchas cosas. Y si les agrada confiarse a los merodeadores...

—¿A los merodeadores?

—Sabe usted muy bien, mi querido Laroudelle, que las casas sin hombre son las más acogedoras. Y que asimismo son las más buscadas, las más frecuentadas...

Se veía muy bien adonde iba Laroudelle. Si se tienen en cuenta los móviles que le animaban, que no tenía nada que ver con la moralidad a despecho de las apariencias, mostraba muy poca buena fe en aquel asunto. Hay que concederle, sin embargo, la justicia de que demostraba más que Piéchut, quien no tenía ninguna. Conociendo el odio recocado de su antiguo camarada, había olfateado su vindicta desde el principio de la reunión. Sabía que *Tistin Patapalo* y sus amantes, que parecían ser el grave objeto del debate, sólo eran un pretexto falaz. Hacer sonar el tambor sobre el vientre

de dos viudas encinta, para tocar a llamada, en provecho propio, con objeto de obtener votos titubeantes, se avenía muy bien con la manera hipócrita de Laroudelle. Piéchut había tratado demasiado al sujeto para saber que la moral y los escrúpulos no le habían quitado nunca el sueño. En su juventud, cuando salían juntos, siempre era Laroudelle quien arrastraba a los demás a los malos lugares.

Hombre guapo, Piéchut había tenido su ración de aventuras, pero aventuras sin trampa, fundadas sobre un mutuo «me gustas», que excluía toda recriminación para lo porvenir. Debemos añadir que el senador se había despabilado bastante por este lado desde que vivía en París, donde frecuentaba los grandes restaurantes y comía platos especiales. El ejercicio del poder le había devuelto los ímpetus de la juventud. Y su mandato de parlamentario atraía hacia él a bastantes pedigüeñas, que trocaban fácilmente sus favores por un favor. Es la moneda corriente de los pequeños arreglos en que la política interviene. Estaba en una edad, por lo demás, en que se le entregaban sin pasión, y las gestoras de antesala, duchas en ese ejercicio, lo desempeñaban como un deber mundano.

Piéchut estaba convencido de que Laroudelle, de hallarse situado como él lo estaba, se habría comportado como un verdadero crapuloso. Tenía algo de libidinoso y de astuto que no escapaba a una mirada atenta. El alcalde no tenía, por tanto, motivo alguno para gastar cumplidos con su enemigo y se proponía batirle en el terreno adonde el otro había lanzado su ataque. La conclusión de todo ello era que Piéchut y Laroudelle se burlaban por igual de *Tistin Patapalo* y de las dos viudas, y que los principios invocados a propósito de aquel trío les eran por completo indiferentes. Ajustaban una cuenta personal, ante un público que contaba los golpes.

Laroudelle mantenía constantemente en su boca las grandes palabras de «justicia» y «progreso», lo mismo que hacía Piéchut, por lo demás. Se las arrojaban con ferocidad el uno contra el otro, como si la justicia y el progreso fuesen patrimonio de un solo clan y la expresión de una sola conciencia. La verdad era que Piéchut deseaba permanecer en el poder, en tanto que Laroudelle pretendía derrocarlo de su situación. Batido en el Consejo municipal, el envidioso barajaba nuevos planes para alcanzar sus fines.

Capítulo 7

Repercusiones

—*¡Scropia de la fafouette!*

—*¡Niquedoine de gazadagne!*

—*¡Mangematatouille!*^[4]

Los hombres se injuriaban a su vez, con sus gruesas voces pesadas como adoquines. Pero ¿por qué se injuriaban? Sencillamente porque había llegado el momento de injuriarse, porque el viento de los humores soplaba del Oeste, porque las mujeres les chinchaban y les ponían los nervios de punta, porque ya duraba demasiado aquello de vivir campechanamente y se sentían cansados de ello, porque habían catado las nuevas doctrinas a fin de ver mejorar su suerte y porque estas doctrinas, antes de cambiar en nada la condición de los ciudadanos, tienen por primer efecto enemistarlos. La política dividía a los clochemerlinos hasta el punto de hacerles semejar a hermanos desavenidos que se disputan una herencia de familia.

Se habían dedicado a pensar por todo lo alto, a penetrar en sistemas cuya novedad les embriagaba. Armados de verdades trascendentales, que por lo demás les habían soplado, cada uno se creía más inteligente y más capaz de argumentar que el vecino.

Los más numerosos se ponían de parte de Piéchut, es decir, del poder, y no querían dejarse desposeer de él. Y a ellos, agrupados con Laroudelle, se enfrentaban los que intentaban derribar el poder existente para sustituirlo por el de ellos. Eran los dos clanes básicos de todo conflicto político, que corresponden a los dos clanes del conflicto social: poseedores y desposeídos. Cabía preguntarse qué les importaba aquello a unos viñadores cuya situación particular en el marco de la economía les ponía al margen del patronato y del proletariado. Cedían a un arrebató general, porque se husmeaba, como suele decirse, «algo en el aire». La intoxicación de los espíritus parece tener causas microbianas que escapan a todo proceso puramente lógico. El tono de la Prensa iba alcanzando una rara violencia y cuando ese tono se ha sostenido por algún tiempo, cualquier otro resulta insípido y apagado en comparación.

—*¡Queremos ser gobernados de verdad!* —repetíase a porfía.

Aquello decía mucho acerca del desorden de los espíritus, pues los franceses, poco inclinados al civismo, piden más bien ser gobernados lo menos posible. Pero, en

fin, a fuerza de pujas y de campañas apasionadas, se había llegado al punto de reclamar un Gobierno fuerte, un Gobierno autoritario, despiadado para con los aprovechados y los tramposos. En suma, un Gobierno virtuoso. Todo el mundo estaba de acuerdo sobre este punto. Las cosas, sin embargo, se complicaban en demasía cuando se planteaba la cuestión de en dónde reclutar tal Gobierno. «En nuestras filas», respondía cada partido, amparados en la convicción de poseer la mejor doctrina, la mejor técnica gubernamental y de agrupar a los hombres más capacitados.

Por haber querido meterse en estas importantes cuestiones, Clochemerle caía en los furores de la dialéctica y del partidismo. Y los clochemerlinos se injuriaban unos a otros.

Entretanto, el burgo mantenía su mirada fija en *Tistin Patapalo*, convertido en personaje de importancia desde que la pasión política se había envenenado bruscamente a propósito de él. No se ignoraba que había sido objeto de una viva discusión en el Consejo municipal, discusión que proporcionó a Piéchut la ocasión de alcanzar una aplastante victoria sobre Laroudelle. Se repetían las palabras afortunadas del senador, y cómo había desconcertado al adversario, tomándose su intervención en guasa. La cosa no era de extrañar. Se sabía a Piéchut capaz de darle la vuelta a una situación con artificios de improvisación que ponían a todos los bromistas de su parte. No se hacía una carrera como la suya sin ciertas cualidades de sangre fría y un sentido de la oportunidad a los cuales era difícil poder enfrentarse. Por lo demás, Piéchut era el primero en Clochemerle.

Se juzgaba en diversos modos el caso de *Tistin Patapalo*, que distaba de no tener más que amigos. Al principio, su título de parado, de gran novedad y sin competencia en la región, había divertido a todo el mundo. Después, se encontró que abusaba de él para sacarle escandalosas ventajas. Hay que decir las cosas tal cual son: los hombres le envidiaban. ¡No era para menos! Un mozo que encontraba el medio de pasarlo de maravilla sin dar golpe y que se daba encima el gustazo de ofrecerse a dos mujeres, a sabiendas de todo el pueblo y con el apoyo de los poderes públicos. ¿Quién habría podido permitirse hacer otro tanto? ¿Y de qué servía el trabajo? Nada de responsabilidades, ni de impuestos, ni de cargas, ni de obligaciones. ¡Bien comido, festejado en todas partes, y dos mujeres a su disposición! Era en particular este punto lo que irritaba a los envidiosos, por ser Jeannette Machurat y Zoé Voinard criaturas bien metidas en carnes, expertas, que atraían los deseos de más de uno.

Con dos mujeres que se habían peleado por él y un senador para defenderle, *Tistin* era el rey. ¿Por qué había de hacer cumplidos? El escándalo proseguía, pues. Ahora que se encontraba repuesta del parto, volvía con Jeannette Machurat, en cuya casa encontraba de nuevo su puesto y la reanudación de sus costumbres. Su cálculo había resultado justo. Aquella buena de Jeannette no podía prescindir de él. Un hijo es algo muy bonito, pero no lo representa todo para una mujer. Y aquello de ser padre le halagaba a él, al pordiosero, al fuera de la ley. Se enternecía junto a la cuna:

—Más adelante nos casaremos, Jeannette. Reconoceré al pequeño.

—¿Por qué no en seguida?

—Hay que aguardar, Jeannette. Me casaré contigo cuando el oficio ya no valga nada.

Hablaba de su oficio de parado, que sin valer tanto como los dos primeros años, seguía siendo rentable. Y *Tistin* se juzgaba joven aún para renunciar a su querida libertad. ¿Qué saldría ganando con ello? Tenía una mujer, una buena mujer, sin tener que aguantar los inconvenientes de ello, ni verse precisado a rendirle cuentas como a una que tuviese derechos adquiridos. Antes de conceder derechos a las mujeres, hay que pensarlo dos veces. Porque la mejor de ellas, una vez casada, ¿se sabe lo que va a dar de sí?

Además, podía disfrutar de otra ventaja, la de volver a casa de Zoé Voinard. Esto concordaba con la peculiar moral de las esposas, que consideran que una mujer no casada no es digna de tener un hombre para ella sola. Haciendo de su situación un mérito, estiman que solamente se casan las mujeres que merecen la pena y que las otras pertenecen a una categoría inferior. Incluso aquellas que en otro tiempo se habían acostado un poco a la ligera se habían vuelto muy formales sobre este punto. Por lo que a ellas respecta, *Tistin* no incurría en ninguna censura.

Había sido una excelente cosa oponer una a la otra a Jeannette Machurat y Zoé Voinard. Siendo la inquietud un buen tema de meditación, aquello las había suavizado a ambas. Si uno autoriza a una mujer a creerse indispensable, instintivamente propenderá a abusar de ello. Si, por el contrario, sabe que tiene una rival, esto la mueve a reflexionar. Se pregunta de qué medios dispone la otra que ella no tenga para reteneros. Eso la saca de su molicie, la vuelve a poner en pie de guerra, la obliga a repetir sus esfuerzos para seducir. La que se siente amenazada se torna dulce, paciente, obsequiosa. Saca todo el arsenal de sus cualidades morales y domésticas y también se esfuerza más corporalmente.

Si Jeannette Machurat no hubiese cansado a *Tistin* con sus quejas, sus «cásate conmigo» perpetuos, jamás él habría ido a casa de Zoé Voinard o, en todo caso, no hubiera repetido sus visitas. Pero Zoé Voinard se había presentado en un momento en que Jeannette, inaguantable ya, se estaba volviendo insoportable. Ocasión muy propicia para irse apartando. Desgraciadamente, cuando Zoé Voinard se creyó bien segura de su ascendiente, comenzó a su vez a hostigar a *Tistin* con demandas de matrimonio. Lo cual hizo que él se sintiese muy contento de retornar a casa de Jeannette tan pronto ésta quedó restablecida. Entonces, Zoé Voinard, abandonando toda exigencia, le pidió que volviese sin condiciones, aunque no fuese más que por el solaz. No podía negarse, por agradecimiento, y, además, el solaz era real.

Así *Tistin Patapalo*, por el favor de dos mujeres tiernamente solícitas, se descubría un valor amoroso que estaba lejos de conocerse. ¿Cómo no tenérselo en cuenta a ambas, siendo a la vez fiel e infiel a las dos? Aprovechaba lo mejor que había en ellas y que ellas no pedían sino confiarle, y lo que era un poco deficiente en

una se hallaba compensado por una superabundancia en la otra. (Por ejemplo, Jeannette era más bien silenciosa, y Zoé muy charlatana). Pero él no podía otorgarles ya una exclusividad que ellas hubieran hecho mal en exigir. Porque cada una, gracias al juego de la alternación, debía a la otra su poder siempre renovado. Zoé parecía infinitamente deseable después de Jeannette, y a la inversa. *Tistin* hubiera podido escoger entre ellas sin empobrecerse, ahora que conocía bien sus recursos. El campo de la sensación, que es infinitamente vasto, puede englobar varios cuerpos y varias almas. Se sentía extrañado, además, de descubrirlo, pues sus experiencias anteriores, experiencias de las más sumarias, le habían ahorrado todo problema de orden sentimental y psicológico.

Jeannette y Zoé, que habían llegado a él por iguales motivos y casi de la misma manera, componían para él un solo amor, variado y divertido. Con toda sinceridad podía contestarles de modo afirmativo cuando le preguntaban: «¿Me quieres?». Las quería por las buenas, en instantes diferentes, aunque con el mismo amor.

El resultado de todo aquello era que las dos viudas habían corrompido un poco a *Tistin Patapalo*. Sus mimos, mellando su costra de insumiso, le tornaban sensible a los halagos, al bienestar, a una cierta importancia social. Porque dos personas desamparadas, enloquecidas por los terrores de la soledad, se le habían ofrecido (lo cual era cierto, hay que reconocerlo), deducía que su atractivo personal era irresistible. No tenía la menor duda de que hallaría poca resistencia en otras personas del bello sexo, si se pusiera otra vez a la búsqueda de los bienes de ternura de que estaba saciado ampliamente —lo cual le dispensaba de tener que intentar la experiencia—. De suerte que *Tistin Patapalo*, próspero, de piel reluciente, mimado y respetado, paseaba por el burgo con un aire de satisfacción vanidosa, descansando en la convicción de poder triunfar con toda holgura de las consideraciones de rango y de fortuna a las cuales se otorga un valor de ostentación, por entero exterior, que no resiste a ciertos instantes de intimidad. Sabía lo que las mujeres pueden pedir a los hombres y con qué desenfado lo consiguen. Miraba, pues, a las más amables con un aire de complicidad ligeramente distante, que jugaba el equívoco de una bondad desenfadada, pero los ojitos avispados que clavaba en ellas parecían dar a entender la pregunta ante la cual la menos avisada no puede equivocarse: «Entonces, bribona mía, ¿sí o no?». Con ella dejaba traslucir el homenaje de un cómputo en extremo favorable a sus encantos.

Por mucho que se defendiesen, aquello producía efecto y las damas no eran insensibles a tales matices. La melancólica rutina conyugal las privaba de la admiración que con gran habilidad dejaba traslucir el muy astuto, esa admiración que pone en pie de guerra a una mujer, tensa, erguida, como una hermosa yegua cuya grupa se halaga con palmadas sonoras. Hasta la más honesta nunca olvida por completo el papel capital que representa su cuerpo en la conducta de su vida. La imperiosa necesidad se adueña otra vez de ella al oír celebrar la gloria de ese cuerpo, al sentirse repetir que el hombre hace de él un objeto poético, el centro de sus

ensueños, la meta suprema de sus luchas y de sus conquistas. Los triunfos de un solo amor son de una duración en extremo corta, recaen demasiado pronto en las vulgaridades del hábito, para que la mujer pueda satisfacerse de ellos por una existencia entera. Se torna semejante a una actriz que falla sus entradas, que ya no es aplaudida en escena y que sólo se le confían pequeños papeles. Por esta razón, cualquiera que encuentre en ella un carácter precioso, incomparable, tiene posibilidades de conmoverla. Precisa que le confirmen este poder suyo de ilusionar, sabiendo que si lo ha perdido, todo está también perdido para ella.

Era la clase de favor que *Tistin* sabía hacer a las mujeres. Las situaba en el terreno de seducción que es la verdadera patria femenina. Tenía tiempo disponible para ocuparse de ellas sin prisas, como un ocioso, escuchar sus historias, hacerles el cumplido que agrada. Aquello podía mantenerse en un plano platónico —y en el ánimo de la mayoría de ellas no se trataba de otra cosa—, pero tales pequeñas atenciones, salpimentadas de reticencias zalameras, les devolvían el placer de vivir, reanimando su convicción de seguir siendo deseables, salvándolas de caer en el abandono de esposas desencantadas. A cambio, ellas concedían su protección al parado. Conforme, tenía dos mujeres, lo cual no era de buen ejemplo. Mas para tener dos mujeres (incluso, una) hay que ser capaz de ello. Luego, el apego de Jeannette Machurat y Zoé Voinard abogaba en su favor. Para ser querido así, necesariamente debía de haber algo en aquel hombre, pues al fin y al cabo Jeannette y Zoé no eran unas chiquillas.

—¡Ese buen *Tistin*...! —repetían las mujeres—. ¡No hay dos como él para hacer un favor!

Seguían llamándole a sus casas, pese al peligro que parecía ofrecer, Pero, según hacían observar ellas, el verdadero peligro no venía de él. Si no le hubiesen ofrecido nada, *Tistin* habría guardado las distancias. ¿A quién, pues, había faltado al respeto? Razonamiento a todas luces falaz. Porque si había faltado al respeto aquí o allá, por invitación, nadie tenía interés en revelarlo. Y menos él, quien cuidaba de conservar el favor de las mujeres de Clochemerle, sabiendo la influencia que tenían sobre las reputaciones, que siempre lograban demoler por una labor subterránea de habladorías que iban de boca en boca.

Eran, pues, los hombres quienes tendían a enfrentarse con *Tistin Patapalo*. Comenzaban a encontrar que el sujeto exageraba, que su prosperidad escarnecía a todo el mundo. Aquel pordiosero, despreciado pero astuto, había llegado, sin trabajo y sin riesgo, a organizarse una vida suave a costillas del municipio, a que se le permitiese lo que no se hubiera tolerado a ningún vecino. Última razón para envidiarle: era el hombre a cuyo propósito Piéchut, en el Consejo municipal, había planteado la cuestión de confianza, para ganarla entre carcajadas, por fuerte mayoría.

Se ignoraba en Beaujolais que *Tistin Patapalo* era muy conocido en París, donde

Piéchut había hecho de él un personaje legendario, cuyas hazañas divertían mucho a los ancianos caballeros del Senado. Cada vez que el alcalde de Clochemerle regresaba de provincias, se hacía corro alrededor suyo y se le asediaba a preguntas:

—¿Qué es de su parado, mi querido Piéchut?

—Una de las viudas ha parido con toda fortuna. Acaba de ser padre por primera vez.

—¿Y qué dice la segunda viuda de eso?

—Se declara dispuesta a hacer otro tanto. Pero le salió con retraso.

—Esas damas, ¿no se han vuelto a arrancar el moño?

—Están más calmadas. Pero pretendían casarme a mi parado. Casármelo a la fuerza.

—¿No lo habrá usted permitido?

—No, no, tranquilícese. He tenido en cuenta que tenemos bastantes viudas en Clochemerle. Si me casan a mi parado, ¿qué será de las pobres mujeres?

—¡Vaya, hombre! ¿Se está especializando en viudas?

—Es la providencia de ellas. Pero tuve en el Consejo municipal una sesión muy tormentosa.

—Cuéntenos eso, querido amigo.

Se adivina el partido que Piéchut sabía sacar de aquellas historias. La crónica de Clochemerle le servía para conquistar grandes éxitos en el Luxemburgo^[5]. Como distraía a los senadores, en los intermedios de sesiones a menudo aburridas y somníferas, ninguno de sus colegas le negaba cualidades de primera. Tenía interés, por tanto, en mantener a un protegido que le proveía de anécdotas irresistibles. Se beneficiaba de ser el alcalde de un municipio que pasaba por ser el más cómico de Francia. Con ello iba ganándose una reputación de hombre jovial. En cuanto a *Tistin Patapalo*, sus excentricidades desarrugaban de tal manera el ceño de los senadores, que éstos le hubiesen concedido alegremente dos o tres viudas más, y hasta le permitirían hacer algún que otro cornudo. A su edad, por la dicha de reírse un poco, no retrocedían ante nada.

Por lo cual, en París, Piéchut y *Tistin Patapalo* tenían las espaldas bien guardadas, aunque el segundo no estuviese al corriente de su renombre en el Senado y del partido que el primero sacaba de él. Laroudele lo ignoraba también. Estancado en su provincianismo, atribuía a las cosas del poder más seriedad de la que suelen tener. Era incapaz de pensar que un oscuro parado forzoso pudiese ser conocido en las altas esferas más que él mismo, que representaba a un gran partido. Consideraba a *Tistin Patapalo* como el punto flaco del senador, y en este sentido trabajaba sordamente a la opinión. Hemos visto que numerosos clochemerlinos estaban dispuestos a seguirle, no por odio hacia Piéchut, contra el cual no tenían agravios y cuyo encumbramiento halagaba al pueblo, sino por despecho de ver a un pillo redomado burlarse de la gente y pagarse buenos momentos a costa de todos. Se ponían furiosos cuando pensaban en las precauciones que ellos habían de tomar para engañar un poquitín a sus mujeres, lo

cual no conseguían nunca sin gastos, y las comparaban con la desfachatez con que *Tistin* acaparaba los favores de las dos viudas todavía apetitosas. Aquel privilegio les parecía abusivo.

Por lo demás, Laroudelle no había previsto que las mujeres seguirían en su mayoría a favor de *Tistin Patapalo*, por las sutiles razones que hemos expuesto. Laroudelle no hacía caso de las mujeres, lo que constituía en él una grave laguna, pues ellas son de gran ayuda en las empresas de la vida. Es de buena política tenerlas propicias.

Todo aquello creaba en Clochemerle un clima de nerviosismo y de confusión, del que nacían cada vez más disputas entre personas que experimentaban como un sombrío placer en enfadarse. Reinaba un gran malestar de alma, calificado de *psicosis*, que provenía del estado de incertidumbre y descontento generales. Todas las garantías, tanto sociales como económicas y militares parecían amenazadas a la vez.

Mientras tanto, Laroudelle reflexionaba acerca de los medios de cargarse a su enemigo. Se había convertido en el primordial objetivo de su vida. Conocía otro punto flaco de Piéchut, su afición a los pimpollos. No era un misterio para nadie que el alcalde de Clochemerle, en París, vivía muy en plan de senador. Si se le pudiera pillar en un buen escándalo... Era un asunto que debía prepararse en el mayor secreto.

Regresando de hacer sus compras en el pueblo, Félicité Traviolet encontró a un hombre cómodamente instalado en su casa. Se había servido de beber y fumaba, sentado en una silla. Podía ser un cliente con prisas, pero Félicité no le reconoció de buenas a primeras. ¡Verdad es que conocía a tanta gente! Algo le decía, no obstante, que ella había tenido relaciones con aquel individuo. Sin embargo, debían remontarse a muy lejos. Fue él quien habló primero:

—¿No me recuerdas?

Aquella voz la hizo estremecer. Miró con más atención. Había cambiado, pero era él sin duda alguna: ¡Traviolet!

—¡Vaya, hombre! —exclamó—. De veras eres el último en quien... ¿Cómo te las has apañado para entrar?

—Siempre he guardado la llave.

—¿Y qué vienes a hacer aquí?

—¡Todavía soy tu marido, no lo olvides!

—¡Vaya marido! Un marido que me plantó con los chicos llevándose el dinero. ¡Un bonito canalla, eso es lo que eres!

El hombre expresó con gesto vago que aquello era una consideración secundaria y que toda la cuestión pertenecía al pasado.

—Y de la tía ésa, ¿qué hay? —preguntó ella.

Otro ademán impreciso apartó al personaje, al tiempo que las circunstancias de su

desaparición.

—¿Te ha dejado tirado tu furcia? —insistió Felicité.

—No te preocupes...

—Cornudo por las dos bandas, eso es lo que has salido ganando. ¿Y por qué has venido?

—Vuelvo —respondió Traviolet.

—¿Así, por las buenas?

—Sí, así.

—¿Y si yo no quiero saber nada contigo?

—¡Oye, no me grites! —protestó Traviolet, que intentaba recobrar su antiguo ascendiente.

Félicité se rio burlonamente, plácida y segura de sí misma.

—Ya no eres el más fuerte —dijo—. Tengo hombres para defenderme.

—¿Hombres? ¿Cuántos tienes?

—Tantos como quiero.

Traviolet no comprendía.

—Hago de puta —dijo ella altivamente.

—¿Por oficio, quieres decir? —preguntó él, observando, en efecto, que su mujer era más elegante y más avispada que en su época. Había algo de duro e insolente en su expresión que jamás le había conocido.

—¡Claro! ¡No va a ser por amor al arte! Me he conseguido una buena clientela. Los cuatro chicos son felices.

—¿Cuatro? —preguntó él, asombrado.

—Tuve uno después de tu marcha.

—¿Y sabes quién es el padre?

—No puede saberse. De todos modos, lleva tu apellido.

—Bueno —comentó Traviolet—, has cambiado mucho. Antes eras más bien boba...

—Pero siempre he sido trabajadora —replicó Félicité.

Traviolet tuvo un acceso de tos. Ella notó que tenía el rostro arrugado y que había enflaquecido mucho.

—¿Estás enfermo?

—¡Tuberculoso! —dijo él lacónicamente, golpeándose el pecho, que sonaba a hueco. Encorvada la espalda. Casi daba lástima.

—¿Vuelves para que te alimente? —preguntó su mujer.

—Vuelvo porque me da la gana —contestó él aviesamente—. No tengo por qué darte explicaciones.

—Eso lo veremos —afirmó Félicité.

—Mientras esté yo aquí, seré yo el que mande. Tendrás que obedecer.

Pero ella comprendía que nada tenía ya en común con aquel hombre olvidado, que tiempo atrás fuera su marido. Se plantó ante él, en jarras, sin asomo de miedo.

—Eso de obedecer, se acabó, Traviolet. Si regresas con esas ideas, harás mejor yéndote por donde has venido. Que yo no he ido a buscarte.

—¡Oh, oh! —exclamó él. Pero el timbre de su voz había bajado.

—Haré lo que me dé la gana —dijo Félicité—. ¿Me oyes bien?

—Bueno, bueno...

El acceso de tos continuaba.

—Y tendrás que dejarme continuar mi trabajo. Te diré a qué horas puedes quedarte en casa. Y por la noche no cuentes con acostarte conmigo después del desfile de la jornada. Te tocará el turno como a los otros, y nada más...

Luego, reflexionando, añadió:

—Pero a ti no te cobraré.

Miró su reloj de pulsera y le designó la puerta:

—Y ahora, largo de aquí.

—Apenas acabo de llegar...

—Lárgate te digo. Espero clientes. No vuelvas antes de las diez.

—¿Adonde quieres que vaya?

—Conoces el pueblo, ¿no?

Reflexionó, abrió su bolso y tendió un billete de cincuenta francos a su marido.

—Vete a echar un trago.

—¿Se sigue yendo a casa Adèle?

—Todavía.

¿Qué puede hacer un hombre que regresa tras una larga ausencia sino volver a los sitios conocidos? Un poco después, Traviolet empujaba la puerta de la taberna.

—¡Salud! —dijo.

—¡Salud! —le contestaron maquinalmente.

Pero nadie pareció prestarle atención.

Sentóse solo a una mesa, con la gorra calada sobre los ojos. No se daba cuenta de que ya no se parecía en nada a la gente del pueblo. Hubiérase dicho un obrero de fábrica, un miserable peón, lo que había sido últimamente, antes de caer enfermo.

—Un vaso de Clochemerle —dijo a la sirvienta que acudió a preguntarle qué deseaba.

El vino seguía siendo bueno en casa Adèle, pues Torbayon sólo compraba género de calidad. Pero era extraño encontrarse allí otra vez. Tenía delante de él una veintena de clochemerlinos y a todos los conocía muy bien. Seguían con la misma manera de beber, de bromear, los mismos gestos al golpear la madera de la mesa echando las cartas sobre el tapete. Inmutablemente los mismos. Parecía haberlos dejado la víspera. Pero, entonces, ¿tanto había cambiado él?

Permaneció largo rato mirándoles, preguntándose cómo volver a penetrar en aquel calor de amistad en el que, a menudo, durante su peregrinaje, había pensado con tanta fuerza que el sabor del beaujolais le subía a la boca. Había llegado el momento de reingresar en la gran comunidad de Clochemerle. ¿Cómo le acogerían?

Quien se ha alejado cesa pronto de contar. Y después de lo que le había dicho Félicité...

No pudo aguantarse más. Aprovechó que uno de los bebedores se había vuelto hacia su lado, cargando la pipa:

—¡Machavoine! —llamó.

Y, quitándose la gorra, repitió el nombre varias veces.

Machavoine le miró, sorprendido, y luego como intrigado. Visiblemente se esforzaba por recordar algo. De pronto se le iluminó la cara:

—¡Mecachis en tal! ¡Pero si es Traviolet!

—¿Traviolet?

El nombre fue repetido a coro por los otros clientes, entre los cuales se encontraban varios habituales de Félicité. Se rieron de lo lindo, acusando a Machavoine de tener la vista enturbiada. Ya no se conocía a Traviolet más que a través de su mujer, lo cual les venía muy bien a todos.

—¡Pero si Traviolet ha muerto...!

—Vamos, vamos, no vais a decirme que...

Miraron al individuo. Acaso no era ya más que un residuo del Traviolet antiguo, pero de todos modos era el propio Traviolet. Reconocieron su mirada fría y un poco alocada de mal compañero, que no podía ir a ninguna parte sin desafiar a uno u otro, que siempre quería pegarse y rajar después de haber bebido y que había que echar fuera a la fuerza. Ruin, holgazán, chulo y celoso como un tigre. Solamente él tenía derecho a injuriar y zurrar a Félicité, pero ¡guay de quien la mirase! Bueno, esto representaba el lado cómico del caso, porque si aún pretendía ser celoso, ¡iba a tener trabajo!

Pero ¿qué venía a hacer ese estúpido de Traviolet en Clochemerle, donde su presencia amenazaba con perturbar un orden establecido, reconocido como bueno para la estabilidad del burgo y la paz en los hogares? Félicité había adquirido rango entre las instituciones. Brindaba un poco de variedad y fantasía a quienes no tenían tiempo o medios para ausentarse. Un hombre que salía de su casa de ella ponía mejor cara al llegar a su hogar, daba muestras de más paciencia. Y como Félicité redistribuía lo que ganaba entre los proveedores, el dinero del placer trabajaba en circuito cerrado. ¿Iba a desbaratarlo todo aquel fantasmón? Convenía interrogarle con prudencia.

—Hace tiempo que no se te veía por Clochemerle.

—Seis años —respondió Traviolet.

—¡Ya ha llovido!

—¿Vienes de paso?

—¡Quién sabe...! —dijo Traviolet.

—¿No has hablado todavía con Félicité?

—No hay prisa...

Quería saber lo que pensaban de él en el pueblo, cómo juzgarían su regreso.

—Tal vez será mejor que la dejes tranquila, ahora que la costumbre está tomada ya... ¿No te parece?

—Es por el aquel de los chicos —explicó él.

Se le contestó, solícitamente:

—Tus chicos marchan bien, Traviolet. Todo el mundo se ha ocupado de ellos.

—Hay que decirte que a Félicité se la ha ayudado en lo que hemos podido.

—Todos hemos intervenido un poco.

—¡Gracias! —dijo Traviolet.

—No hay de qué. No se la podía dejar en la necesidad. Y hoy en día es una mujer que no padece.

—No, no padece en absoluto. Por ella no tienes que preocuparte.

—¿Habla de mí? —preguntó Traviolet.

—Bueno... Raramente se tiene ocasión de hablar de ti. ¡Se te daba por desaparecido!

—Cuando te fuiste, lloró mucho.

—Hubo que consolarla.

—Enseñarla a reaccionar.

—¿Me ha sustituido? —preguntó de nuevo Traviolet.

Titubearon, no sabiendo qué contestar. Por fin, Machavoine encontró una fórmula:

—No se le conoce ningún titular, esto es lo que podemos asegurarte. ¡Eh, vosotros! ¿No es cierto?

—No —corroboraron los demás—, ningún titular.

—Ahora que... lo que haya podido pasar en seis años... Es mucho para una mujer.

—¿No han circulado rumores?

—Rumores los hay siempre... Pero no se ha hablado más de uno que de otro.

—Un poco de todo el mundo, eso no quiere decir gran cosa.

—Alguna vez, de pasada, ya sabes lo que es eso... Pero lo que es decir haber visto... ¿Habéis estado presentes, vosotros?

—No —dijeron—, jamás lo hemos estado.

—¿Lo estás viendo? Le tienen estima a Félicité.

—Sí, es muy apreciada.

Algunos apenas podían contener la risa, Al mismo tiempo, pensaban en el retrato de Traviolet, altivo y serio en su marco. ¡Él sí que había estado presente! Pero ¡caramba!, había desaparecido seis años antes, abandonando mujer e hijos. Era muy necesario que se hiciese cargo de lo que había pasado. Una cosa era cierta, a todos les encantaría ver marcharse al diablo a Traviolet, con su mal carácter. Pero a su mujer, no había que tocarla. ¡Félicité pertenecía a Clochemerle!

—¿Has venido a ver a los chicos y vuelves a marcharte?

—No lo sé todavía...

—¿Has encontrado colocación fuera?

—Sí, sí...

Al verle tan destrozado, no parecieron muy convencidos.

—Oye, te largaste con una amiguita, ¿no? ¿Sigues con ella?

—¿No sería la Josette Page? Una chica que tenía unos pechitos...

—¡La mandé a paseo! —contestó Traviolet, con una risita.

—Eso suele pasar... Uno se encalabrina por cualquier mujer que encuentra, porque está formada así o asá... ¡Pero lo que es conservarla toda la vida..., es otro cantar!

—¡El cuerpo no lo es todo!

Se levantaron. Era hora de regresar a casa para cenar.

—¿Piensas quedarte aquí unos días? ¿Te volveremos a ver?

Le estrecharon la mano y le dejaron. La sala se había vaciado. Pidió un tentempié por hacer el paripé, en espera de que le fuese permitido volver a su casa...

Traviolet no sólo fue visto otra vez en la taberna, sino que pronto volvió a convertirse en asiduo. Decididamente había regresado a Clochemerle para quedarse. Pero Félicité hizo saber que aquel retorno inopinado nada cambiaría en las buenas relaciones que mantenía con su clientela, recordando que su puerta quedaba condenada de tal a tal hora, tiempo que dedicaba a la vida familiar, es decir, a sus hijos. En efecto, las cosas continuaron como antes. Nadie quedó desairado y nadie se dio de narices con Traviolet, siempre escamoteado en los momentos útiles. Se aprobó que una mujer, que no había podido contar más que consigo misma para sacar adelante a su familia, hubiese puesto aquellas condiciones. Hubiera procedido muy mal si se hubiese privado de la holgura adquirida y renunciado al género de existencia que tantos amigos le habían proporcionado en el pueblo.

Sorprendió mucho saber que Traviolet aceptaba sin rechistar aquel estado de cosas. Y después, cínicamente instalado en su papel de marido-chulo (lo que, en realidad, tan sólo era desagradable para él), verle matar el tiempo en el café con toda despreocupación, bien provisto de dinero, bebiendo, fumando y jugando a las cartas, como un verdadero rentista. ¡Una cosa más que nunca se había visto en Clochemerle! Pero se acostumbraron a ello puesto que los principales interesados parecían encontrar normal aquel arreglo. Se notó que Traviolet no pestañeaba nunca cuando la palabra «cornudo» era pronunciada ante él, y ¡Dios sabe que tal palabra no se la ahorran! Se acabó por comprender que el ridículo no podía afectarle porque él era un profesional de los cuernos y éstos cambian de categoría cuando se hace resueltamente de ellos un medio de existencia.

Por otra parte, seguía tosiendo mucho. Viéndole tan maltrecho, con el pecho desgarrado por los terribles accesos, se comprendía que el pobre diablo no estaba en libertad de escoger. Tenía que reventar en la calle, lejos de todos, o dar gracias a su

mujer por prostituirse para alimentarle. Por parte de ésta era un acto de caridad haberle recogido cuando manifiestamente él no era ya capaz de trabajar. Félicité quedó rehabilitada por ello a los ojos de todos. Se enternecían al pensar en su caso:

—¡Otra boca que alimentar, lo que le faltaba!

—¡Seis personas que sacar adelante todos los días, sólo con un trabajo de mujer!

—Y sus hijos, ¿le agradecerán por lo menos más tarde toda esa abnegación?

—Le reprochan vivir de su cuerpo... Bien obligada está, la desdichada...

—Mire, señora, tal vez sea un poco fuerte lo que voy a decirle. ¡Me pregunto si no habrá arrastradas que tienen tanto mérito como las santas!

Barthélemy Piéchut fue nombrado ministro. Una mañana, leyendo el periódico, Francia se enteró sin sorpresa, que, una vez más, la crisis ministerial había tenido feliz desenlace. El presidente del Consejo preparaba su discurso-programa, que sería pronunciado inmediatamente ante el Parlamento. Aquel programa prometía resolver —al menos por algunos meses— las dificultades que habían acarreado la caída del gabinete precedente.

Aquellas crisis sobrevenían por término medio dos veces al año. Eso, los años buenos. Se explicaban por la necesidad de establecer un relevo entre los personajes «ministrables» de la República, impacientes aguardando su turno. Tras un plazo de conferencias y negociaciones entre bastidores, quedaba formado un nuevo equipo. Se parecía mucho al anterior en lo que concernía a los jefes de grupos, pero éstos habían cambiado de empleo, pasando de un Ministerio a otro. Al lado de ellos se deslizaban cada vez dos o tres hombres nuevos, cuya fotografía era publicada, acompañada de un *curriculum* elogioso y detallado. Aquellas promociones se acogían con agrado. Los buenos ciudadanos veían en ellas la prueba de que el país era rico en hombres de Estado capacitados, que se tenían en reserva para cuando llegaran los malos días. Hubiera sido imprudente, por lo demás, arrojarlos en la refriega todos a la vez. Tiempo les quedaría para corromperse. Se querían reformas, no se cesaba de reclamarlas, pero había que desconfiar de los reformadores.

Y no dejar sueltos a través de las instituciones a impulsivos, tan peligrosos como elefantes en una tienda de porcelanas, puesto que era difícil que una reforma ventajosa para un cotarro no pareciese nociva para el cotarro de enfrente. Se limitaban, pues, los estragos con aquellas modificaciones.

Por lo cual, resultaba tranquilizador ver regresar a primer plano a los antiguos, a los viejos reincidentes, que sabían que la República necesita cierto fondo de conservadurismo para no comprometerse en aventuras en las que tendría más probabilidades de perder que de ganar. Gobernar, tal vez sea en parte prever, pero es sobre todo contemporalizar. Ésta era otra razón por la cual se tenía interés también por los augustos ancianos, tótems del régimen, que habían aprendido en cuarenta años el arte de manejar las asambleas y los congresos. Como decía uno de ellos: «Tomar el

poder es una cosa; ejercerlo, es otra; pero, conservarlo, es un oficio que no se aprende en un día». Aquellos hombres podían haber sido acusados de impostura, de traiciones y de cambios de casaca —de lo que a menudo no se habían privado—, pero su persistencia en volver al poder, a despecho de un pasado turbio y agitado, acababa por inspirar confianza. Con ayuda de la edad, llegado el olvido, se habían consagrado como «las grandes conciencias del Estado». Eran los viejos listos, los bonzos y los grandes brujos de la República. Porque desagradaría a los simples saber que el Gobierno pudiese funcionar sin algunos misterios y astucias profundas. Es lo inaccesible lo que impresiona fuertemente a los espíritus y confiere una superioridad a aquellos que han logrado deslizarse dentro del sanctasanctórum.

Piéchut no deslustraba en absoluto el equipo que tomaba el poder. Tenía una buena cabeza de tipo galo, la mirada fruncida, con un aire de astucia bonachona. Además, se había conquistado un éxito de popularidad en el último Congreso del partido. Rompiendo con la fraseología convencional, no tuvo miedo de exponer un programa resueltamente realista, que todo el mundo estaba en condiciones de comprender.

—¿Cuáles son, amigos míos, las aspiraciones del francés medio? No vacilemos en definir las, puesto que corresponden a un ideal razonable cuya aplicación tenéis perfecto derecho de exigir. Deseáis, con la libertad de trabajo, la facultad de comer pollo a la crema, jugar a los bolos, pescar con caña, tener un cochecito, una casita con empalizada en torno y, en la empalizada, un rótulo: «Que no me vengan a hacer la p... en mi casa». ¿No es así?

—¡Sí, sí!

—Si tales son vuestras legítimas aspiraciones, prendas de una felicidad que os es debida y que nosotros estamos aquí para procuraros, es más, que nos comprometemos a procuraros, entonces yo os digo que nuestro partido es el que os conviene, y me atrevo a gritaros: «Venid con nosotros, amigos míos», a fin de que todos juntos, unidos por la misma fe fraternal, devolvamos a Francia el rostro sonriente que jamás hubiera debido cesar de ser el suyo.

Aquellas palabras causaron sensación y muchos militantes se dijeron: «Éste es nuestro hombre». Reproducidas en la Prensa, las declaraciones de Piéchut llegaron a conturbar incluso afiliados de otros Partidos, que estaban saturados de grandes vocablos hueros. Encontraron extremadamente agradables el pollo a la crema, el pequeño coche, la casita con empalizada en torno. Y la inscripción del rótulo les entusiasmó. Por fin escuchaban un lenguaje humano, que daba al individualismo francés lo que le correspondía.

La promoción de Piéchut no dejó indiferente a Clochemerle. Por segunda vez, el famoso burgo del Beaujolais proporcionaba un ministro a la República. Antes de Piéchut, lo había sido Alexandre Bourdillat, excafetero. Hacía tiempo que Bourdillat no era más que un viejo carcamal. Se le mantenía alejado del poder, donde se había tirado planchas gordísimas, y su presencia no era deseable. Hasta en sus mejores

tiempos nunca había sido otra cosa que un bestia ahíto de absenta. Sin embargo, esto no molestaba en cierta época, porque brutos semejantes reclutaban gran número de electores sirviendo copas en el mostrador. Su elevación demostraba que el poder no estaba por fuerza reservado a los hábiles, a los artificiosos, a los candidatos procedentes de grandes familias y grandes escuelas. La presencia de algunos imbéciles en las filas del Gobierno allegaba a éste sufragios que debían ser buscados donde se encontraban. Para esto se empleaba a los Bourdillat, de la misma forma que los ejércitos mercenarios se servían otrora de sargentos-reclutadores, que eran en general unos perfectos pillastres.

Piéchut pertenecía a una clase superior. Sin mucha instrucción, tal vez, pero curioso de muchas cosas, rozado con muchos ambientes, el hombre tenía sutilidad, enganche y mucho olfato. Se veía ministro a los sesenta y cinco años. En Francia, esto no representa ser viejo. Tuvo la presencia de ánimo suficiente para no deslumbrarse, para no inflar ridiculamente su personaje. Se le dio la cartera de Colonias, porque había venido rodado así. Él no conocía una palabra acerca de las colonias. No habría sabido siquiera enumerarlas y menos aún situarlas en un planisferio. Sin embargo, creyó que aquello no era un impedimento serio. Reunió a sus jefes de negociado y les dijo con gran amabilidad: «Hagan ustedes como si yo no estuviese aquí». Recomendación superflua, puesto que era su costumbre, pero resultaba raro oír a un ministro confesarlo con una sencillez que le hacía simpático. Luego escogió un colaborador de confianza, al que dijo sin ambages:

—Hágame una lista de esas condenadas colonias. Al parecer, las tenemos un poco por todas partes.

—Somos la segunda nación colonial del mundo, señor ministro.

—¿Con todo lo que hemos perdido?

—Sí, pese a eso. Vamos inmediatamente detrás de los ingleses.

—Nunca hubiese creído que llegásemos tan lejos...

—Puede resumirse la cuestión colonial de la siguiente manera: Inglaterra posee la mitad de los territorios coloniales del Globo. Nosotros, los franceses, poseemos la mitad de la parte restante, o sea, la cuarta del total. Las demás naciones del mundo se reparten el último cuarto.

—¡Pero, oiga, esto es muy interesante! En ese caso. ¡Colonias es un gran Ministerio!

—Es decir, que están vinculados a nosotros territorios cuya superficie representa algo así como diez veces la de la metrópoli.

—¡Qué gracia...! ¡Vaya, el presidente del Consejo no se ha burlado de mí!

—Con seguridad que no, señor ministro.

—Bueno, ¿y qué debo saber yo acerca de todo eso para no hacer un papel totalmente idiota?

—Yo pienso que le haría falta al señor ministro un cierto barniz de conjunto. Conocer cada colonia, su situación geográfica, su clima, su superficie, su flora y su

fauna, su religión y su lengua, algo de su pasado histórico o, al menos, de su conquista, su población de blancos e indígenas, sus capacidades agrícolas e industriales, sus minas, sus principales ciudades, sus puertos (los puertos son muy importantes, porque estamos comunicados con las colonias por mar y el comercio se hace por barco), las fuerzas militares, los administradores, los pequeños soberanos locales, algunos monumentos célebres...

—Me parecen demasiadas cosas para meterme en la cabeza...

—A primera vista. Pero con un poco de método se consigue... Precisamente tengo aquí una serie de cuadros sinópticos que el señor ministro podrá consultar con provecho. Es una buena visión de conjunto. Los números colocados junto a determinados párrafos remiten a datos más detallados. Estadísticas adjuntas a los cuadros permiten seguir la marcha de cada colonia durante los diez últimos años. Todo está aquí, en fin, en esta cartera, resúmenes sucintos que son muy cómodos de llevar en el bolsillo. El señor ministro hará bien en no separarse de ellos. Ellos le permitirán contestar a toda pregunta que le sea hecha de improviso.

—¡Pero, oiga, piensa usted en todo!

—Es una tradición de la casa. Muchos de los predecesores del señor ministro estaban exactamente en la situación del señor ministro al llegar al Ministerio. Pero en seguida, gracias a los trabajos que tenemos preparados con vistas a ellos, han podido desenvolverse con todo decoro.

—¡Es magnífico!

—En caso de intervención en la tribuna, los expedientes son preparados por nuestros servicios, y tenemos a la disposición del señor ministro dos o tres buenos especialistas en discursos.

—En resumen: que yo no tengo que hacer nada...

—El señor ministro estará muy ocupado, por el contrario. Tiene que recibir a los pedigüños. Las antesalas siempre están llenas.

—¿Y qué les digo a los pedigüños?

—El señor ministro promete siempre. Promete estar particularmente atento, y luego no se ocupa de nada. Si ha lugar, nosotros hacemos lo necesario... Otro gran trabajo del señor ministro es la firma. Hay muchos documentos que firmar.

—¿Deberé leerlos?

—Sería mucho tiempo perdido. El señor ministro puede confiar en su personal. Y nosotros dejamos en suspenso toda decisión que pudiera ser objeto de debate en la Cámara. Esas cuestiones se zanján en Consejo de Ministros o de acuerdo con el señor presidente del Consejo. Afortunadamente, son muy raras.

Grandes festejos locales celebraron el acceso de Piéchut al Ministerio. Invitado a presidirlos, lo hizo con su sencillez acostumbrada. No obstante, algo grave en su actitud atestiguaba el peso de las responsabilidades con que acababan de cargarle,

responsabilidades que tocaban de cerca a la estructura del pueblo y a su irradiación en el mundo. El ejercicio del poder adorna al hombre con misteriosos prestigios. Ahora era ministro, y esto tenía su peso. Se advertía que una nueva etapa quedaba recorrida, que él pertenecía en adelante al gran Estado Mayor que preside la dirección de los negocios patrios. Al escucharle, era un poco como si se oyese la voz de Francia, y aquellas palabras, «el interés nacional», cobraban, pronunciadas por él, una resonancia impresionante. ¡Hombre de Gobierno! Que es como decir: acallemos las querellas y los resentimientos, para consagrarnos por entero, por encima de los partidos, a tareas tan nobles que el ánimo no vuelva a dejarse atraer jamás hacia abajo.

Piéchut dio un notable informe de la cuestión colonial, tan poco conocida de los clochemerlins y tan halagadora para el amor propio de los franceses. Maravillosamente documentado, hacía malabarismos con las cifras, los tonelajes y las exportaciones. Hablaba de aceitunas y de higos, de dátiles y plátanos, de esparto y de rafia, de arroz y de yuca, de café y vainilla, de caña de azúcar y de corcho, y de fosfato, de manganeso, de molibdeno, hierro, cobalto, cinc..., con extraordinaria competencia. Su discurso evocaba la selva y el desierto, las vastas extensiones agrícolas, caravanas, convoyes de camiones, flotas de cargueros..., que transportaban inmensas riquezas producidas por comarcas que el genio de la madre patria había ganado a la civilización, fecundando aquellos países con la sangre de sus más audaces hijos, los más esforzados, los más desinteresados...

—¡Ese tío se ha adaptado muy pronto! —comentó Mouraille.

—Me pregunto de dónde habrá sacado lo que cuenta —dijo Samothrace—. ¿Acaso sabía usted tantas cosas acerca de las colonias, Tafardel?

—No necesitaba enseñar tanto a mis alumnos —dijo el exmaestro—. Lo que estamos oyendo es un informe colonial para personas mayores.

—¡Es que lo que cuenta parece fundamentado!

—Os pronostico que le veremos de ministro para rato —dijo Mouraille—. Nuestro Piéchut no se dejará desalojar fácilmente.

—Me gustaría mucho ver la cara que pone Laroudelle —exclamó Samothrace.

Estragada por el odio, aquella cara no era agradable de ver. Quizá los celos sean el más torturador de los sentimientos. En el plano amoroso, empuja a los seres al crimen. Los celos de gloria y de importancia, celos de la ambición entorpecida y de la vanidad lastimada, engendran acciones no menos abominables. Los celosos de esta segunda categoría no retroceden ante nada por abatir a un rival detestado. No pueden perdonarle que les haga sufrir la humillación de haber triunfado sin necesidad de seguir los caminos tortuosos por los que ellos deben pasar, ni alcanzando, empero, ni mucho menos, el rango donde aquél evoluciona a plena luz, en un clima de admiración y el rumor de los aplausos.

Jules Laroudelle era probablemente el hombre más desdichado de Clochemerle, porque se envenenaba con su propia hiel que se veía obligado a tragar y porque su

imaginación le recordaba a cada instante a Piéchut en el resplandor del triunfo, como la imaginación del celoso le representa el cuerpo de la amada entregado a las delicias que otro le procura. El nuevo logro de su enemigo era para él una ofensa tan escocedora, que de todo corazón habría precipitado a Francia en una revolución, de haber podido sacar de ésta la satisfacción de que le entregasen encadenado al senador-alcalde, con la posibilidad de hacerle morir en el tormento.

Pese a rivalidades y querellas y a la recaída del progreso, que no cumplía sus promesas, las estaciones se añadían a las estaciones y los años a los años. Los clochemerlino demandaban a los pequeños placeres cotidianos un derivativo para las grandes esperanzas insatisfechas. «En espera de días mejores», esos días fastos con que sueñan las imaginaciones, sin conseguir, por lo demás, amueblarlos con una felicidad inalterable e infinita, felicidad que son impotentes de concebir.

—«El aburrimiento es el gran enemigo de la vida» —decía Samothrace, citando a Alfred de Vigny.

Pero las pasiones marchan al unísono del marco donde evolucionan y de los objetos que las animan. Las de los clochemerlino bastaban a ocuparles los días y les ayudaban a pasar la vida.

Capítulo 8

Cara al porvenir

Para Marie Coquelicot el mundo presentaba mil aspectos esplendorosos. La fealdad y el recelo le eran tan desconocidos como la lepra y el escorbuto. No concebía que Clochemerle fuese un simple burgo vinícola, uno cualquiera entre los municipios de Francia. Era la capital de su corazón, y su corazón no podía latir con holgura sino en un escenario de cuento de hadas. Para ella, ese decorado existía realmente. Vivía en el Beaujolais como en un cambiante paraíso. La atmósfera constituía en él una perpetua fiesta melódica, cuyos músicos encantadores eran el ruiseñor cingaro, la alondra y la perdiz, el mirlo guasón, la golondrina estridente y los gorriones que en los hilos telegráficos componen pautas de solfeo. Mil ruidos secundarios acompañaban a las grandes sinfonías de la Naturaleza: el choque de una ciruela de oro, hinchada de zumo tibio, cayendo sobre la hierba; el crujido al viento de las cepas artríticas; los murmullos del viento que llegan de las cumbres boscosas, donde se encuentran los claveros, refugios de hadas y de ardillas brincadoras; la salida gorjeadora de la escuela; la bocina del autocar en las revueltas de los valles; el bramido de los trenes allá lejos, en la llanura. Y a veces, dominándolo todo, instantes de silencio absoluto, un silencio tan henchido y tan colmado que ni siquiera una voz osa quebrar su cristal precioso. Se siente entonces que la realidad no es sino convención o superchería, que las agitaciones son fútiles, irrisorias las rivalidades, y que la dicha podría ser muy sencilla, una absoluta plenitud en un bienestar de contemplación. Y existiríamos como existe Dios, mezclado a todas las cosas, unido a todos los seres por una telepatía de amistad. Y toda la belleza del hombre nos entraría en el corazón, como flechazo de gran amor.

Marie Coquelicot podía sentir eso mejor que nadie en Clochemerle. Mantenía el más estrecho contacto con todo lo que vive, sin complicaciones de astucia, en perfecta unión con las cosas que resplandecen, florecen, perfuman y hacen soñar. El perro le lamía la mano, el gato ronroneaba a su caricia, el borriquillo le confiaba el secreto de su melancolía, el pichón se le posaba sobre el hombro, el pájaro brincaba a su sombra, el caracol la dejaba acercarse sin esconder sus periscopios y el sapo, ese reprobo, la sentía llena de compasión por su fealdad viscosa.

Las gentes le ofrendaban un respeto infinito. El caminero Tistin Bègue,

funcionario rezongón, la saludaba al pasar presentándole armas con su escoba diciendo: «Marie Coquelicot, si el municipio me pagase mejor, procuraría que la calle Mayor estuviese como una alfombra para cuando usted pasase por ella». Y *Juan Cadáver*, aquella hiena: «No la deseo por cliente, Marie Coquelicot. Sería una gran lástima». Samothrace, sin renegar de su admiración por Flora, le otorgaba la belleza ideal de una virgen. Piéchut le sonreía paternalmente. «En París —pensaba—, le ofrecerían a esa pequeña todo lo que quisiera. Pero estoy seguro de que ella no desea nada de lo que se disputa allí».

El senador estaba en lo cierto. Ella no aspiraba a nada fuera de Clochemerle. Las aventuras del corazón se corren sin grandes viajes y la imaginación se ríe de los trotamundos. Asia, Africa y América pueden inventarse mucho más bellas de lo que en realidad son. Marie tenía a su disposición el cielo más terso y más azul y los más bellos espejismos. Los rostros le eran familiares y le sonreían. El amor no tenía aún nombre de pila y no disfrutaba de ninguna exclusiva. ¡Cuán conmovedora es la pureza y cómo desarma la confianza! La lujuria, la codicia y la envidia no podían nada contra Marie Coquelicot. El mundo se extendía ante ella tan libre de peligros como un redil.

Pero ¡cuidado! La doncella no está más que a un paso de la mujer y, de querer prolongar esta etapa demasiado, se derrocharían esas fechas en las que deben ser inscritos los altos hechos del cuerpo que, de no ser cumplidos, marcan con deslucimiento a la más bella. La pureza no podría eternizarse sin llevar otro nombre. Se desfigura y desfigura al mismo tiempo, envejeciendo. Doncella, piénsalo. Te esperan tareas a las que no se debe renunciar, pues la pureza sólo es patrimonio de la juventud, a menos que tengas vocación de monasterio.

Y por pura que sea, Marie Coquelicot lo sabe. Sabe que deberá quitarse su primer atavío de inocencia, para plegarse a las leyes a las cuales los cuerpos están sometidos. No se niega a ello, en principio, si bien, ignorante de ciertos aspectos secretos de sí misma, ninguna impaciencia la apremia por apresurar la hora que ha de conducirla al estadio supremo, aquél en que la mujer, crisol de la vida, coopera a las fiestas de la Naturaleza, que son los nacimientos y los prodigios arrebatadores del amor inclinado sobre cunas.

Sabe otra cosa más Marie Coquelicot. Se ha encontrado últimamente con Rose Brodequin, quien, por gesto espontáneo de afecto, le ha puesto en brazos al pequeño Dios. Al tener contra su pecho el bebé cálido y risueño, color de miel y de aurora, ha sentido en sí misma que algo se conmovía profundamente, un instinto fuerte y trastornador. Desde entonces comprende que el sentido de su destino está contenido en la expresión «carne de mi carne». Es un bebé sólo suyo lo que desea, que no tenga que devolver a otra y con quien mantendrá esos diálogos farfullados, incomprensibles, que permiten, sin embargo, a una madre y a su hijo comulgar en un éxtasis indecible.

Sabe, en fin, una última cosa, dicho sea en su honor, que la sitúa entre las

muchachas casaderas demasiado bellas, pero que asimismo la enfrenta con una gran dificultad muy difícil de superar; ningún chico se atreverá a hablarle de amor. La pasión no dispone en Clochemerle más que de un vocabulario reducido y poco provisto en términos de madrigal. Se ven enamorados que no se dicen siquiera una frase cada cuarto de hora, muy contentos, no obstante, de estar juntos y persuadidos de que se convendrán uno al otro. No vacilan en unirse, sin haber tenido en total una hora de conversación.

—¿Quieres, Jeannette?

—¡Oh, sí, Jean-Marie!

Así fue cómo Jeanne Cunat y Jean-Marie Lagrume, dos tímidos incurables, se confirmaron que se gustaban. Necesitaron grandes esfuerzos de imaginación y muchos arreboles para encontrar aquella fórmula de declaración. Quedaron tan satisfechos de ella, que la repetían sin cesar. Por variar un poco, invertían pregunta y respuesta:

—¿Quieres, Jean-Marie?

—¡Oh, sí, Jeannette!

No se dijeron prácticamente nada más durante todo su noviazgo. Pero era más que suficiente para establecer entre ellos la connivencia secreta de la felicidad. Vivieron después juntos, en muy buen acuerdo, sin inventar mucho más.

Y siempre volvía entre ellos el refrán del mutuo consenso. Marie Coquelicot no podría acomodarse con esos acercamientos embrutecedores, ni con las pomposas gestiones que hacen las familias para negociar, según las dotes, el porvenir de sus hijos.

El dilema que se le plantea es no tener que ruborizarse, y nada le haría enrojecer más que los vergonzosos melindres de las doncellas que están disponibles, tanto las que desean sin atreverse del todo, como, peor aún, las que se atreven sin desear de veras. Se dice que en esta materia el éxito corresponde a los que resultan mejor postor. Pero de elegir es de lo que se trata, de elegir muy seria y deliberadamente. En la delicada situación de Marie Coquelicot, hartamente diferente de la posición de las otras, ya que la desmaña de los mozos no se aventura a abordarla, lo mejor es optar por la lealtad y entregarse con la frente alta. Así que proyecta la donación entera y confiada de sí misma, de la que todo cálculo quedará excluido. La rectitud del carácter puede pasar por encima de muchas cosas. No hay nada de frívolo ni de equívoco en su ánimo. Pudiera hablarse de riqueza interior si la expresión no le pareciese demasiado pretenciosa. Ella no tiene más que buena voluntad y fervor de vivir. Ahora bien, al contacto con el hijo de Rose Brodequin, acaba de recibir la advertencia de que ha llegado el momento para ella de renunciar a la despreocupada condición de la doncella para asumir el riesgo humano que le corresponde y que consiste en marcar su paso por la tierra mezclándose estrechamente con sus semejantes, obrar con ellos

con vistas a la duración de la especie, como un simple eslabón en la cadena de los innumerables seres a los que una solidaridad fraternal la vincula. Sería cobardía faltar a este deber. Por muy virgen que sea —y lo es de cuerpo y de pensamiento—, comprende que su estado virginal no podría prolongarse sin egoísmo y que su cuerpo de danzarina —porque hay danza en su andar, ritmado por la alegría—, su cuerpo intacto y maravillosamente receptivo, por el que le llegan tantos gozos deslumbrantes, no puede encerrarse en una negativa solitaria sin traicionar su misión.

Era y sigue siendo la figura más pura de Clochemerle. Pero este cetro, el título de doncella que lo acompaña y todo lo que de etéreo ha informado la primera fase de su existencia, ha de ser abandonado.

Ha rebasado ya los veinte años, edad del más hermoso y del más intrépido coraje, pero que es también la de ingresar en su mayoría de edad femenina, con plena aquiescencia de sus fibras y completa exaltación de su corazón. La vida a dos es como un fruto que se comparte y cuya mejor porción siempre se tiende al otro. «¡Haced de mí lo que queráis, Señor!». Humildad que es la expresión de un destino útil. «¡Vuestras sonrisas felices serán mi recompensa, oh, queridos míos!». Piensa en las gozosas sonrisas del esposo y de los hijos, reunidos en el hogar, de cuyo calor será ella la animadora y guardiana y casi la vestal. Puede muy bien decir vestal, porque, en suma, ella no establece diferencia entre la condición de doncella y la de mujer casada, salvo que la segunda supone un aumento de deberes y el empleo sin límites de una abnegación que destina a los seres bienquistos. En esto es comparable a la señorita Muguette, con la ventaja sobre ésta de una belleza que le crea obligaciones. No se considera con derecho, habiéndola recibido como presente, de no dejarla disfrutar a nadie. Amar es entregarse, es comprender, embellecer y magnificar. He aquí por qué Marie Coquelicot, con ese aire franco y resuelto que le concede tanto encanto, marcha decidida hacia el amor.

Cuando se porta consigo el amor, forzosamente se le encuentra eco. Es como una proyección al exterior de nuestros propios sentimientos, que actúan como las ondas que los radiofonistas aficionados lanzan al cielo, o también como el eco que nos devuelve el ruido de nuestra voz, amplificada y deformada hasta el punto de que no la reconocemos. Por lo demás, repitémoslo, Marie Coquelicot *quiere* amar, más que desea ser amada, porque, si bien presiente lo que ella es capaz de dar, ignora lo que recibirá a cambio. Por ello, el objeto de su elección carece de importancia por el momento. No existe todavía, pero resultará muy interesante ver cómo, para adueñarse de él y hacerle digno de su adoración, vestirá a ese ser con las galas de su propio ensueño, y cómo, admirándose agigantado en el seductor retrato que le propondrán de sí mismo, el elegido se dejará conducir por la joven maga inexperta. Puede confiarse en ella.

Dispone de suficientes riquezas, de bastantes triunfos para atraer y su poder de convicción la torna irresistible. En fin, la pureza es capaz de las mayores audacias, porque ignora el mal y el pudor trivial, que a menudo se inspira en un sentimiento de

vergüenza y de culpabilidad. Sí, Marie Coquelicot no puede dejar de encontrar el amor, su amor, que será un reflejo de sí misma, pues el amor no es más que lo que somos nosotros y se limita a restituirnos lo que ponemos en él.

Y, creemos nosotros, no está lejos su amor cuando ella se encamina sola a pasear su ensueño hacia la cima de los montes, hasta la linde del bosque, para echar una última mirada de doncella sobre la extensión panorámica que tanto ha encantado su juventud. Allá arriba se encuentra aquel que aguarda, sin saber que está aguardando y que van a su encuentro.

Dejémosla por discreción en el momento en que camina intrépidamente hacia su destino de mujer, al que era preciso llegar, sin siquiera sospechar que un pliegue del arranque del brazo, el nácar de una orejita rosada o el reborde pueril de un labio basta para hacer incomparable y conmovedor a un ser. El amor se escoge en lugares de elección secretos, por razones sutiles que escapan a las miradas de los demás. ¡Deseémosle que llegue a conocer la complicidad de los cuerpos que se reconocen y se eligen! En lo que se refiere a las altas regiones del sentimiento y del alma, no es necesario. Eso está a su nivel y ella será quien dé el tono a su pareja, no lo dudemos. ¡Buena suerte, pequeña Marie Coquelicot!

El estío se acaba. En este período del año, todos los afanes de Clochemerle se vuelven hacia el vino, del cual muy pronto se conocerá la abundancia y la calidad. La suerte del burgo marcha ligada durante todo el año al logro de la vendimia, mediana, buena o excelente. Estación, pues, en que las pasiones hacen tregua durante algunas semanas. En torno al vino agosto, el burgo aún sus esfuerzos. Cada cosecha va acompañada de sorpresas y de imponderables. Los hombres han hecho cuanto podían y la Naturaleza ha puesto el resto. Ella es la única dueña de repartir los aromas de esencias y los sabores que componen el alma del vino. Puede hablarse, en efecto, de alma, ya que el vino dispensa un optimismo cuyo radiante calor es función de su grano, de su finura y de sus perfumes.

En este principio del otoño de 1936 parecía que una mejoría general se dejaba sentir. Las «vacaciones pagadas» habían puesto de nuevo el dinero en circulación, pues las masas de trabajadores que se encontraban en el bolsillo quince días de salario adelantado no podían resistir a la gran tentación del viaje. Todo un pueblo de barrios industriales partía en trenes rebosantes hacia los campos, la montaña y el mar. De ello resultó un gran movimiento gozoso que ya no se conocía. Se vieron en el Beaujolais algunos de esos nuevos turistas, escapados de los grandes centros urbanos, que venían a visitar parientes permanecidos en el pueblo. La ciudad y el campo volvieron a tomarse en contacto en esta ocasión. Ello permitió hablar y comparar dos géneros de existencia totalmente diferentes. ¿Quiénes llevaban razón y quiénes se equivocaban? En realidad, no cabía probabilidad de elección. El aumento de familias acarrearía una partición tal de la tierra, ya tan dividida en parcelas (los pequeños

viñadores no producen más allá de una treintena de barriles por año) que las escasas hectáreas correspondientes a cada rama no bastarían para permitirles vivir. Por lo que se hizo muy necesario que los más resueltos, los más audaces o los más desposeídos marchasen a buscar suerte en otra parte. Ahora volvían de la ciudad con aires fanfarrones y por nada del mundo quisieran convenir en que se arrepentían de haberse marchado. ¡Encerrarse de nuevo en Clochemerle, ni soñarlo!

¿Qué es, por tanto, Clochemerle? Tal era la pregunta que se hacían, filosofando, Samothrace y Mouraille, el poeta y el médico, que tenían tras de sí un largo pasado de experiencia y habían dispuesto de bastantes ocios para interrogarse acerca de la condición humana. Todo ser verdaderamente pensante puede enriquecer con una pequeña aportación el gran patrimonio de las ideas, donde los hombres del porvenir hallarán un punto de partida para progresar por los caminos del conocimiento. Sólo mediante un conocimiento total de sí mismo, de la materia y del cosmos, el hombre podrá elevarse a la situación dominante que le convertirá en dueño de su destino, si es que ello es posible.

Cuestión eternamente planteada desde los orígenes de la Humanidad. Es enojoso confesarse que el hombre que vivirá dentro de cien mil años ha de considerarnos tal vez como un antepasado tan primitivo como lo es para nosotros el de Cromagnon. Acaso algunas zonas inexploradas de lo mental proyectarán un vivo resplandor sobre las rarezas de la creación.

Samothrace preguntaba:

—¿Qué pareceremos a los ojos de nuestra remota descendencia?

—¿Y a usted qué demonios puede importarle? —gruñía Mouraille—. ¿Cree usted que el cerebro alojado en el cráneo de Neanderthal se preocupó jamás de lo que podíamos pensar de él?

Una contestación típica de Mouraille, que rezongaba siempre cuando se sentía tentado a enternecerse y que ocultaba bajo un escepticismo exagerado una facultad de indignación de la que jamás podría curarse. Se pondría furioso, por lo demás, si se le dijese que le tienen por mejor de lo que quiere aparentar. Su vida había transcurrido luchando contra el dolor, aunque no había podido dominarlo totalmente. No obstante, recomenzada la misma lucha día tras día, encogiéndose de hombros, declarando que todo aquello era idiota e inútil y la iniciaba con la esperanza de aliviar a un ser humano o de prolongarle la vida. ¡Para que luego la gasten en sabía Dios en qué! Pero esto no le incumbía. Las gentes viven como quieren. Aunque, en realidad, a relativamente pocas les es dado escoger, evadirse del círculo donde el azar las ha colocado.

—¿Es bueno reflexionar tanto? —decía Mouraille—. Nuestras campiñas no tienen necesidad de mentes brillantes. Necesitan, por el contrario, seres sencillos y rudos, que no se dejen desalentar por los rigores de la Naturaleza.

Y ambos convenían en que Clochemerle era una aglomeración humana como existen a miles en el mundo, ni mejor ni peor, donde los seres se ocupaban en vivir en función de sus labores, de sus necesidades y de sus pasiones. Ni malos hombres, ni malas mujeres, en conjunto. Por lo demás, ¿se les podía tomar en serio? O generalizando más, ¿se podía tomar en serio al hombre?

—Clochemerle —concluía Mouraille— es la media de la Humanidad.

—Sí —decía Samothrace—, la media. Míreles vivir a todos...

Y ésta nos parece una excelente ocasión para pasar revista, antes de dejarlos, a algunos de los clochemerlinos entre aquellos que mejor conocemos.

Hemos visto evolucionar a esos personajes dentro de los límites de la condición humana media, a la cual no ha sido aportado un cambio básico, salvo que nuevos cuidados de higiene y nuevos remedios alargan en conjunto la duración de la vida. Son sobre todo las modalidades de la existencia las que varían, a consecuencia de la evolución acelerada del universo, que acarrea cambios de hábitos y de relaciones entre los seres, cambios que repercuten en los comportamientos. A estos numerosos cambios corresponden vocablos de reciente creación.

Tengamos en cuenta, por ejemplo, que la palabra *desnudismo* ha llegado ya hasta el Beaujolais, donde justifica audaces y provocativas (indecentes, dicen las personas de edad) innovaciones del indumento femenino. Igualmente, la palabra *partouze*, salida de lejanos focos de depravación, más o menos neuróticos, ha podido conturbar algunas mentes. Incluso cabe preguntarse si una Anaïs Frigoul se habrá prodigado en reuniones orgiásticas, lo cual explicaría su rápida ascensión en un ambiente donde la notoriedad es casi siempre semigalante. Y si bien la libido no ha adquirido carta de ciudadanía en Clochemerle, en tanto que imperativo reconocido y determinante, su acción se propaga sordamente, a causa de que, habiendo sido proclamado el materialismo científico, se espera todo de los cuerpos y porque la sexualidad, de la que se habla abiertamente y a cada dos por tres, representa un papel más importante que antaño. Todo concurre, por lo demás, en tornar a la sexualidad en muy osada. Los histerismos del *jazz*, con sus ritmos salvajes, contrastados y sacudidos, incitan a los seres, por conmoción de los centros genésicos, a abandonarse sin freno.

Y el traqueteo del automóvil, en un clima de ebriedad, de desarraigo y de fácil dominación del mundo, actúa insidiosamente sobre el subconsciente. Además, las palabras confieren una importancia acrecentada a viejos instintos que se solía mantener en la oscuridad. Así ocurre con el *sex-appeal*, que existió en todos los tiempos, pero al que una designación nueva ha situado en primer plano, hasta el punto de que cualquier muchacha, en vísperas de iniciar su carrera, se interroga acerca de su potencial erótico, que constituye su mejor posibilidad de hacer camino en la sociedad. Así, por ejemplo, hemos visto a una Lulu Bourriquet plantearse la pregunta ya a los dieciséis años, comprobando la firmeza de sus senos puntiagudos,

midiendo sus encantadoras redondeces para compararlas con las dimensiones de las bellezas más célebres. Y sabemos que repetidas veces se ha ofrecido a los objetivos, con objeto de asegurarse de que poseía efectivamente la preciosa cualidad de ser fotogénica.

En lo que respecta a los cuerpos, a fuerza de despojarlos del atavío de un misterio que se refugiaba en las zonas del sentimiento, se ha llegado a la conclusión de que los comportamientos del ser están condicionados por las secreciones ováricas y las abundancias hormonales. Así toda responsabilidad individual incumbe directamente a la biología y a la química de nuestros componentes. El libre albedrío no es ya sino cuestión de dosificación. Tan impregnado está el mundo de estas teorías que los clochemerlinos, aun sin conocerlas, obran en función de lo que está en el aire, ya que los hombres se guían por las modas y las corrientes de ideas de su tiempo. He aquí, pues, a nuestros viñadores lanzados en la vertiginosa aventura del progreso, y ha sido asimilando las cambiantes leyes del mismo en lo que acabamos de verles ocupados durante una quincena de años. Período de transición y de refundición, sin cesar evolutivo, cuyas prolongaciones todavía no son concebibles. ¿Se logrará la liberación del ser humano, que conoce ya lo que ocultan los principios que no servían más que para enmascarar sus ignorancias? ¿O será la repetición de la utopía de Ícaro? ¿Se verá tal vez caer al hombre envuelto en llamas, con las alas desprendidas, para sumirse de nuevo en los abismos? Nadie puede decirlo todavía. Y, confesémoslo, nadie piensa en ello en Clochemerle, aparte Mouraille y Samothrace.

Han existido poderosos motivos para que *Tistin Patapalo* se haya convertido en un personaje, y para que su calidad de parado, tan asombrosa al principio, haya sido admitida con tanta facilidad. En él se encarna la primera aplicación de la gran ley de la colectividad, aún reciente, que exige que en la nueva sociedad las relaciones entre los individuos se basen en la compensación del fuerte al débil y del rico al pobre. Se está todavía en los primeros tanteos de una justicia que rescatará las desigualdades de la Naturaleza. Mas como dicha justicia lleva milenios de retraso sobre la creación, se concibe que su asentamiento sea laborioso. En todo caso, *Tistin Patapalo* acababa de demostrar que el hombre moderno no vive forzosamente de su trabajo, sino que puede vivir, por el contrario, de su negativa a trabajar. El buen sujeto no se siente molesto ni mucho menos por esto. Lozano y próspero, siempre de buen humor, siempre servicial, se ocupa en sus menudos trabajos voluntarios y en sus placeres con toda tranquilidad. Su fuerza estriba en haber sabido hacerse indispensable, subiéndose a las escaleras de mano, empujando carretillas, manejando el martillo o la pala. Se ha convertido en hombre para todo de las amas de casa, pronto a ponerse a su disposición al menor signo, hasta el punto de que les sería difícil prescindir de él. Sigue repartiéndose entre sus dos viudas, según él dice porque le tiene miedo a Zoé Voinard, pero cabe suponer también que obtiene ciertas compensaciones de ello. Por lo demás, usa de cierta discreción, pues si bien frecuenta abiertamente la casa de Jeannette, no va a la de Zoé sino a la caída de la noche, con aire fraudulento, como un

esposo que se persona en casa de su querida. En su ánimo, Jeannette es la mujer principal de su vida, la primera que le sacó de su oscura condición. Con ella se casará cuando la situación de parado no produzca ya rendimientos. Pero cree que su popularidad es bastante grande aún como para asegurarle un buen porvenir en el paro forzoso. En ello pudiera equivocarse. Aparte que la envidia le acecha, no es bueno para él estar situado en el centro de la intriga política y de la rivalidad de partidos. Y en este terreno, las mujeres resultarían impotentes para protegerle.

De vez en cuando, el Angelus suena como si fuese tocado al revés. Los clochemerlinos reconocen el repique inarmónico del pertiguero Nicolas, a quien, por veinticuatro o cuarenta y ocho horas, Coiffenave ha confiado su campana y el servicio de la iglesia. Se sabe entonces que el sacristán está de juerga en Saint-Romain-des-Îles, junto a la gorda Zozotte, de la que sigue mostrándose hambriento. Por lo demás Coiffenave no se ausenta nunca por mucho tiempo y los cepillos no han vuelto a ser fracturados. Es verdad que se pueden pescar los billetes uno a uno, por medio de un alambre retorcido y untado de pez, aprovechando las horas del alba, cuando todo duerme. Pero este procedimiento, que exige mucha paciencia y tino, no permite reunir grandes cantidades. Justo el precio de una pequeña cana al aire de tarde en tarde. Solamente la gorda Zozotte está al corriente. Y se siente tan agradecida a Coiffenave que no le aplica la tarifa ordinaria. Le halaga que por ella se robe al culto.

Provisionalmente, se ha hecho el silencio sobre Lulu Bourriquet. No hay por qué extrañarse. Las orgullosas que han abandonado a sus padres con ostensión, lanzando un reto a Clochemerle, no quieren reaparecer sino como triunfadoras. Algunas no han vuelto jamás, de donde cabe concluir que se han hundido en los bajos fondos de las ciudades, tras aventuras sin gloria. Así es como un clochemerlino, regresando de un viaje a Marsella, ha dicho haber encontrado allí, en una casa de tolerancia, a una chica del burgo. («No me atreví a subir con ella por el aquél de que conocía a su familia»). Otra chica de Clochemerle había sido vista en Brest, en un antro de marineros, un infecto burdel. Se ha comentado mucho la mala suerte de esas desdichadas, sin atreverse a confiarlo a los padres. Otras han vuelto a las normas de una manera que, sin ser precisamente brillante, les ha permitido sin embargo regresar al pueblo, acompañadas de un esposo. Así Bébée Grimaton, quien se ha casado con un enterrador de Montceau-les-Mines. Y Léocadie Fanouche, casada en Lyon con un cobrador de tranvía. Conviene, pues, otorgar a Lulu Bourriquet un crédito de algunos años, el tiempo que tardará su destino en decidirse para bien o para mal. Cree saberse que se presentó en París en casa de Anaïs Frigoul, quien ha tomado bajo su protección a su joven compatriota. Ciertamente, la bella Anaïs no se mueve en

ambientes muy sosegados. Pero una chica diestra, bien formada y pertrechada por aquélla, debe encontrar cómo despabilarse.

Para Mathurine Maffigue, la madre soltera de los dos gemelos, las cosas están en vías de arreglarse. Por verdadera suerte, podemos decirlo. Esa suerte ha sido la muerte brutal, a los treinta y dos años, de Marguerite Soumache, quien dejaba tras de sí a un viudo desamparado con tres hijos a cuestas.

Soumache ha resuelto casarse con Mathurine. Reunirán a sus cinco hijos bajo el mismo techo y los criarán juntamente, como hermanos y hermanas, sin perjuicio de lo que pueda venir, pues, dada la fecundidad de Mathurine, eso promete. Por fin está salvada. Una vez confundidos sus hijos con los de Soumache, se olvidará su pasado. Tampoco es un mal asunto para Soumache, quien tendrá una mujer doce años más joven que la que ha perdido. Y fresca y alegre y robusta y activa en una casa, cuando la pobre Marguerite siempre estaba doliente y enferma. Ya se dice: «No hay mal que por bien no venga».

Claudine Soupiat, ya casada, vuelve a estar encinta. Deja asomar su gravidez con la tranquila seguridad de la legitimidad. El joven esposo parece, por su parte, muy orgulloso de su resplandeciente y joven mujer. Lo que hace falta tener en cuenta, dejados a un lado todos los prejuicios, es el atractivo que una mujer procura en el matrimonio. Para el atractivo puede contarse con la rica naturaleza de Claudine, y el resto no se queda a la zaga. Esas «buenas-en-la-cama» tienen en general una gentileza natural que hace agradable el vivir en su compañía. Claudine pertenece a la misma categoría femenina que Rose Brodequin, que también fue seducida en su juventud y cuyo apego por Claudius Brodequin no se ha desmentido jamás desde hace más de diez años, prueba de que comparten la dicha. Tales logros son bastante raros como para que no se hable de ellos.

Harta de lágrimas y nerviosismos, Odette Auvergne ha tomado un amante. Sería más justo decir que ha encontrado un amante, pues la iniciativa no ha partido de ella. Pero se hallaba ya al borde de las más tiernas declaraciones (cien veces murmuradas en sueños seductores que no cobraban cuerpo en la realidad), con el ánimo obseso por el romanticismo y las imágenes prenupciales. Ha bastado murmurarle al oído algunas palabras acariciadoras, sin gran sentido ni gran originalidad, pero que su estado de receptividad hipersensible transformaba en música divina, para que se dejase sumergir por la amorosa languidez que subyacía en ella, como el agua calma de un estanque se anima con remolinos concéntricos en torno al bañista, cuyo cuerpo abraza con toda la masa agitada de su onda. Su amante es forastero. Éste, almorzando en

casa Torbayon, observó a la bonita funcionaria y adivinó, bajo su afectación deliberada, su estado de disponibilidad. Se atrevió a abordarla, a ofrecerle llevarla en su coche, cuando Odette Auvergne estaba en pleno desamparo de soledad, en el vacío y abominable ocio dominical, tan pesado para los corazones sin empleo. Todo partió de ahí. Se trata de un mozo de treinta y dos años, de buena figura, que viaja por negocios a través de la región. Telefonea siempre para avisar su paso. En cuanto cierra la oficina, ella acude a reunirse con él en Thoissey o Mâcon, en un ciclomotor que acaba de comprarse para correr hacia el amor. Estas relaciones acaso sean insólitas por parte de una funcionaria, que debe dar ejemplo de elevado comportamiento y de moralidad. Pero, además de que evita por todos los medios hacerse notar, tiene mucha esperanza de regularizar su situación algún día. Mientras tanto, es feliz, tiene alguien en quien pensar y cada llamada telefónica la hace estremecer y murmurar bajito un nombre.

Nada ha cambiado, por el contrario, para Ginette Berton y la señorita Dupré, que ven con terror, la primera, llegar sus treinta y cinco años, y la segunda, frisar la cuarentena. Ambas luchan como pueden contra la marcha del tiempo que las aja inexorablemente. Ginette Berton exhibe un desdén cada vez más sarcástico, pero que le amarillea la tez de modo lastimoso, con lo cual no consigue resolver nada. La señorita Dupré busca refugio en las disciplinas pedagógicas y se consuela pensando en que forma mentes jóvenes. Pero su enseñanza se hace cada vez más ácida y a menudo la paciencia la abandona. Contemplando a las chiquillas que le están confiadas, se siente tentada a decirles: «Dentro de algunos años, pequeñas, no vaciléis. Apresuraos a caer en los brazos que se abran para recibirlos». Está a punto de preguntarse si incluso las tonterías no son preferibles a los lamentos. Si una vida en parte fallida, pero de la cual se han corrido los riesgos, no vale más que una vida que no ha sido vivida plenamente.

El desorden reina en el campo de las solteras. Tenía que ocurrir. Clémentine Chavaigne, malvada sin necesidad de eso, está terriblemente irritada por la manera en que Pauline Coton ostenta su pasión por el señor cura, cómo se agita en presencia de éste y cómo se abalanza hacia el confesonario para murmurar con deleite sus pecados de mitómana. El abate Patard le ha prohibido confesarse más de una vez por semana, aunque estima que todavía es demasiado. Un alma de chalada no reclama tantos cuidados. A su juicio, Pauline Coton necesitaría más un psiquiatra que un sacerdote. Y Aglaé Pacôme no está menos loca que Pauline Coton.

No se puede terminar esta corta revista sin hablar de Adèle Torbayon, uno de los personajes más ilustres del burgo, que lucha por seguir siendo la «bella Adèle», título que le era concedido sin discusión. Hace ya bastante tiempo que confiesa, según los

días, treinta y ocho o treinta y nueve años (el número cuarenta le produce gran malestar al pronunciarlo), prueba de que esa edad ha sido ampliamente rebasada, si bien nadie podría decir en cuánto, y ninguno de sus viejos admiradores desee saberlo. Qué importa, en efecto, puesto que sigue siendo una mujer hermosa, imponente, con un aire de pasión grave, que posee el dominio absoluto de sus encantos, aunque ya no se atreva a exponerse a las iluminaciones crudas en exceso. Pero Adèle está en vías de cambiar. Se vuelve celosa de Flora y trata con acritud a la soberbia moza, sin intentar, no obstante, ni siquiera por un momento, prescindir de una sirvienta que atrae clientes al hotel y mete dinero en su caja. Es sólo despecho de mujer adulada, que siente la amenaza de ser suplantada por una rival que, sin clase ni autoridad verdaderas, sólo dispone del injusto prestigio de una carne joven en sus primeras floraciones, mientras he aquí llegado para ella el tiempo del último rebrote. El cuerpo denso y majestuoso de Adèle hace pensar en una tropa sólida de retaguardia, que no quiere confesarse batida, pese a la retirada iniciada.

Este comportamiento valeroso puede retrasar la derrota, mas no transformarla en victoria. Ella lo sabe e, instruida por secretos avisos, sufre lo que se oculta de desgarrador bajo una belleza femenina que brilla con sus últimas luces y mantiene sus últimos ardores. Se niega a sacrificar esta postrer llamarada a un embrutecido como Torbayon, archiempapado en alcohol, a quien acecha a corto plazo la muerte del borrachín inveterado. El observador pudiera descubrir en la bella Adèle, por ciertos estremecimientos de sus labios, por la indolencia de sus anchas caderas, por la mirada cargada y soñadora que posa sobre los hombres jóvenes, que está en vísperas de una cabezonada del corazón y de los sentidos en la que comprometerá todo su ser, con un gozo desesperado y salvajemente animal. A los cuarenta años pasados, una mujer puede ofrecerse todavía, henchida de suspiros y de gritos contenidos. Se juega en ello su oportunidad suprema y es posible que vaya al encuentro de próximas humillaciones; pero ¿acaso no es esto mejor que la espera mortecina y resignada de la abdicación? ¡Todavía puedo sentir brazos cerrados sobre mí, todavía algunas caricias, algunos besos, aunque sea por compasión, una última vez!

Mas todo esto no significa que Clochemerle sea una Babilonia, como pretende la señora Fouache. Es verdad que las costumbres han cambiado en los pueblos. Consecuencia del gran trastorno de la guerra. Habiendo viajado y visto muchas cosas, los hombres han regresado con otras ideas. Luego ha hecho su aparición el progreso, con su profusión de máquinas y de ingenios. Aturdidos, los clochemerlinos han creído en el advenimiento de un mundo donde todo se obtendría sin esfuerzo. Sin embargo, la ilusión se ha disipado. Los viejos afanes han reaparecido, más apremiantes aún por razón del precio de las cosas y de todo lo que ahora se ha hecho indispensable para vivir. Quiérase o no, hay que seguir la época, adaptarse a los nuevos usos. ¿Se es más feliz que antaño? ¿Quién podría decirlo? La única cosa

cierta es que no se puede serlo de la misma manera.

Y de pronto ocurrió una cosa extraordinaria, totalmente inesperada, que podía tener gran influencia sobre los destinos de Clochemerle.

Un día, mientras se encontraba en la llanura y habiéndose agachado para satisfacer una necesidad perentoria detrás de un matorral, Catherine Repinois recibió súbitamente un chorro hirviente en el trasero, que la obligó a ponerse en pie y la precipitó hacia delante, arremangada y gritando de dolor. Creyó de momento que alguna alimaña le había arrancado un jirón de carne, o que una serpiente venenosa acababa de morderle. No le era posible, por lo demás, examinar la herida. Pero sufría cruelmente y debía mantener las faldas arremangadas, pues el contacto de la tela era intolerable a su cuerpo lastimado. Se apostó en el borde de la carretera, junto a un árbol acechando el paso de alguien que pudiera socorrerla.

Al fin, asomó una camioneta, la del panadero Farinard, que venía de repartir el pan a los hogares clochemerlinos distantes del burgo. El panadero vio surgir de súbito una extraña silueta de mujer. Mientras se preguntaba por qué adoptaría una actitud tan escabrosa para hacer el *autostop*, frenó y se paró. El exceso de sufrimiento abolía en Catherine Repinois todo pudor. Volvió hacia el panadero la parte escaldada de sí misma, que iba cobrando tonos rojos y violáceos. Viéndole la grupa en tal estado, Farinard se dio cuenta de que no se podía sentar a la paciente sobre ampollas que se hinchaban a ojos vistas. La encaramó como pudo en la parte posterior de la camioneta, debajo del toldo, donde ella se quedó a gatas, con el trasero descubierto, llamando en su socorro a todos los santos del paraíso. Fue en esta posición como la condujo hasta la puerta de Mouraille. El doctor estaba por fortuna en casa. Juzgó conveniente ir a examinar a Catherine Repinois en la misma camioneta, a fin de no tener que exponer a la curiosidad del burgo la parte desnuda de su persona.

—¡Pero si lo que tiene ahí son quemaduras...! Comprendo que sienta usted fuego en las posaderas. ¿Qué le ha pasado, Catherine?

Era tanto más sorprendente cuanto que aquello, según el relato de Farinard, había ocurrido en pleno campo. Mouraille logró calmar lo más fuerte del dolor con un aplicación de pomada «Zénaphal», suavizadora, cicatrizante e insensibilizadora, un segundo producto maravilloso que salía hacía algún tiempo de los Laboratorios Basèphe. Guarnecida de algodón hidrófilo, Catherine Repinois pudo dejar caer sus faldas y contar lo que había sucedido. Pero lo poco que podía decir no explicaba las causas del accidente.

—Es raro —exclamó Mouraille—. Si no hubiera visto sus nalgas hinchadas, me costaría creerlo... ¿Reconocería usted el sitio? —le preguntó al panadero.

Tras la respuesta afirmativa de Farinard, subió a la camioneta.

—Vamos allá en seguida —dijo—. Quiero enterarme bien.

Se orientaron fácilmente gracias a un grupo de árboles y no tuvieron que buscar

mucho. Detrás de un matorral, se oía la caída de un chorro de agua. Acercándose, vieron manar del suelo un pequeño géiser de varios metros de altura. No cabía duda.

—Un manantial —dijo Mouraille—. Y tiene un fuerte caudal.

—Y caliente, doctor. Mire, está humeando.

—Está hirviendo.

Aquel calor no podía dejar de corresponder a cualidades excepcionales. Era lo primero de que hacía falta asegurarse. Mouraille se hizo conducir a la residencia de Basèphe y le avisó. Regresaron juntos, provistos de recipientes para recoger muestras del líquido.

—Vamos a proceder a los primeros análisis —dijo el farmacéutico, muy exaltado también.

El agua era gaseosa y ferruginosa, con un tanto por ciento de sosa y de bicarbonato. Basèphe declaró que aquello le confería a primera vista cualidades medicinales innegables. Una definición más precisa de las dosificaciones determinaría para qué afecciones del cuerpo resultaría aquel agua particularmente benéfica.

—Tal vez —concluyó Basèphe— lo que acaba de brotar hará la fortuna del pueblo. ¿A cuántos estamos? Debemos apuntar la fecha.

—Estamos a 26 de septiembre de 1936.

—La apunto. Apúntela usted también. Y anotemos asimismo la hora. Son cosas que más tarde se lamenta haber olvidado.

La historia del baño de asiento dio rápidamente la vuelta al pueblo. Todo Clochemerle acudió a ver el manantial, cuyo caudal se mantenía regular y potente. ¡Vaya extravagancia! ¡Un torrente de agua mineral en un país vinícola por entero!

Catherine Repinois se pasaba allí la vida. Su cuerpo estaba tan atiborrado de vendajes que le sobresalía una protuberancia en la grupa comparable al famoso saledizo de Zoé Voinard. Seguía sin poder sentarse y, por la noche, debía dormir de bruces. Repetía veinte veces al día el relato de su aventura y decía orgullosamente, mostrando el manantial:

—Yo lo he descubierto.

—¡Vaya olfato que ha tenido de situarse aquí, Catherine! —decían los clochemerlinos, felicitándola por sus capacidades de zahori.

Y entonces se estableció el paralelo. El 26 de septiembre correspondía, fecha por fecha, a la noche de los primeros prodigios en la iglesia, sobrevenidos algunos años antes, mientras Catherine Repinois (ella, precisamente) velaba sola el cadáver del cura Ponosse. La coincidencia resultaba en verdad conturbadora.

—¿Se acuerda usted de lo que dijo la voz?

¡Pues no iba a acordarse! Podía aún repetirlo palabra por palabra, tan fijos en su mente permanecían los menores detalles de la noche milagrosa.

—El ángel dijo... —comenzó.

—¿Está usted segura por completo de que era un ángel?

—Había en la iglesia una luz cegadora. Pero oí perfectamente el ruido de sus alas. Y por la voz, se notaba bien que no podía ser sino un ángel.

—¿Podría usted repetir lo que dijo?

—Jamás lo he olvidado. Y Sophie Baratin lo escribió en un papel. Tal vez todavía lo tenga. Y Zoé Voinard, que estaba con ella...

Se descartó, sin embargo, el testimonio de Zoé Voinard, sospechosa de artimañas y que tenían por simuladora.

—Dijo así el ángel: *Día llegará en que tú serás San Ponosse, porque tu humildad ha tocado el corazón de Dios. En recuerdo tuyo se producirán grandes milagros en el pueblo, y todas las miradas de Francia se volverán hacia Clochemerle.*

Parecía imposible que Catherine Repinois, cuya simplicidad de espíritu era bien conocida, hubiese inventado palabras semejantes, que tan poco se asemejaban a su ingenua manera de expresarse. Vinculado a aquel punto de partida, el alumbramiento del manantial cobraba efectivamente un carácter milagroso y se situaba en la lista de los prodigios anunciados. Había, como es lógico, escépticos que se reían de ello. Pero la atracción de lo sobrenatural permanece siempre poderosa, sobre todo en las mujeres, y lo sobrenatural constituye la mejor explicación que cabe ser dada de lo inexplicable. Se perfiló una corriente mayoritaria a favor del ángel de Catherine Repinois. Se admitió que el difunto buen cura Ponosse no era ajeno al prodigio. Ciertamente, desde el cielo, seguía velando sobre sus feligreses con cálido afecto. Y si les hacía el regalo de un manantial, el más asombroso presente que pudiera hacerse a unos viñadores, tenía para ello motivos de santo varón, impregnados de una sabiduría superior, adquirida en la vecindad de Dios. Se empezó, pues, espontáneamente a hablar del «Manantial Ponosse».

El apelativo quedó pronto rubricado por el hábito. Poco importaba que fuese adoptado por convicción o ironía. Piéchut se regocijaba ante la nueva historieta que podría contar en París. El cura Patard, por su parte, no veía sino provecho para la Iglesia en que se asociase el nombre de un miembro del clero a las virtudes de un agua medicinal.

De todas partes acudían curiosos a ver el manantial, y no solamente curiosos, sino también sabios, especialistas, técnicos. Se hablaba ya de instalar una estación balnearia, o de una piscina milagrosa del género de la de Lourdes. Porque el ángel lo había dicho: *Las miradas de Francia se volverán hacia ti.* Palabras misteriosas. Espantables incluso, si se cree que una cierta oscuridad es una garantía de paz y de vida tranquila. Pero ¿cuántos espíritus —que a menudo se aburren sin saberlo— son capaces de resistir al atractivo de las novedades? Milagroso o no, el alumbramiento del manantial las presagiaba importantes.

Había clochemerlinos que ambicionaban para su patria chica una reputación cada vez mayor y que estaban deseosos de ver entrar el nombre de Clochemerle en la

Historia. Vanidad, sin duda. Pero ¿acaso no es ésta la principal palanca de las empresas humanas? Otros se conformaban con decir:

—Ya veremos...

De todas suertes, milagro o no, progreso o no, Clochemerle seguía haciendo su vino y cantando, sin decidirse a consumir el agua del manantial, reservada a las compresas húmedas:

*La vida, amigos, es irrisoria
Para el mendigo o para el listo.
¡Y sería menguada cosa,
Podéis creerlo, clochemerlinos,
Sin el buen vino,
Sin el buen vino!*



GABRIEL Chevallier, (Lyon, 1895 - Cannes, 1969). Escritor francés que se dio a conocer en todo el mundo con la novela *Clochemerle* (1934), traducida a más de treinta lenguas y adaptada al cine, teatro y televisión. En 1914, a la edad de 16 años, se vio obligado a interrumpir los estudios de Bellas Artes al ser llamado a filas. En 1915 fue herido en Artois y se reincorporó a primera fila de combate, donde estuvo hasta el final de la guerra en 1918. De vuelta a la vida civil ejerció todo tipo de oficios: periodista, diseñador, representante, pequeño industrial, etc. Su primer libro, *Durand, voyageur de commerce*, se publicó en 1929. Pero no fue hasta la aparición de su cuarto libro cuando el nombre de Gabriel Chevallier estuvo en boca de todos. Con *Clochemerle* obtuvo elogios tanto por parte del público como de la crítica. Hasta 1968 escribió más de veinte libros, entre ellos, *Clochemerle Babilonia* y *Clochemerle Balneario*. Recientemente se ha recuperado en lengua española *El miedo*, uno de sus libros menos conocidos. Se trata de un testimonio en primera persona de su participación en la Primera Guerra Mundial, que recibió encendidas críticas en Francia en el momento de su publicación en 1928 siendo acusado de antipatriota. Bernard Pivot, uno de los críticos literarios franceses de mayor prestigio, considera que *El miedo* es uno de los mejores libros que existen sobre la Primera Guerra Mundial...

Notas

[1] Mercado central de París (*Nota del traductor*). <<

[2] Véase *Clochemerle* (*Nota del traductor*). <<

[3] Véase *Clochemerle* (*Nota del traductor*). <<

[4] Injurias en dialecto beaujolais. Intraducibles. <<

[5] Palacio del Senado. <<